

El último patriarca



El Hachmi, Najat

Produced by calibre 0.6.27

El último patriarca

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

El último patriarca

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

El último patriarca

Najat El Hachmi

OceanofPDF.com

A Rida

0

Esta es la historia de Mimoun, hijo de Driouch, hijo de Allal, hijo de Mohamed, hijo de Muhand, hijo de Bouziane, al que nosotros simplemente llamaremos Mimoun. Es su historia y es la historia del último de los grandes patriarcas que forman la larga cadena de antepasados de los Driouch. Cada uno de ellos vivió, actuó e influyó en la vida de todos los que los rodearon con la firmeza de las grandes figuras bíblicas.

Sabemos poco acerca de cómo se forma un gran patriarca o un patriarca mediocre, su origen se pierde en el principio de los tiempos y aquí no nos interesan los orígenes. Hay muchas teorías respecto a ello que pretenden explicar la perpetuidad de este tipo de orden social, que ha existido desde siempre y que aún hoy perdura. Tanto dan los razonamientos deterministas y las explicaciones pseudomágicas. El hecho es que Mimoun marca la finalización abrupta de esta línea sucesoria. Ningún otro hijo suyo se identificará con la autoridad que lo precedía ni intentará reproducir los mismos esquemas discriminatorios y dictatoriales.

Ésta es la única verdad que os queremos contar, la de un padre que debe afrontar la frustración de no ver cumplido su destino, la de una hija que, sin habérselo propuesto, cambió la historia de los Driouch para siempre.

PRIMERA PARTE

1

UN HIJO ESPERADO

Aquel día nació, después de tres niñas, el primero de los hijos de Driouch de Allal de Mohamed de Muhand de Bouziane, etc. Era el afortunado, Mimoun, por haber nacido después de tanta mujer.

El día no empezó con singularidad alguna; era un día como cualquier otro. Incluso si las grandes señoras envueltas en telas blancas que se suelen fijar en ese tipo de asuntos tuvieran que explicar qué hacía prever ese nacimiento, no habrían podido apuntar nada extraño. No había señales en el cielo, ni espesas nubes en el horizonte del crepúsculo, ni esa especie de calma angustiosa, ni un sol ardiente cerca

del mediodía. Ni siquiera el rebaño de corderos parecía más alborotado que de costumbre. El asno no movía las orejas de aquella peculiar manera que indicaba que algo estaba a punto de suceder. Tampoco los barrancos del río resonaban más de lo habitual.

No pasó ni lo que suele pasar en estos casos: la abuela, la madre de Mimoun, no se levantó por la mañana con esa suerte de presentimiento de que era el día señalado, aun que faltasen todavía unas cuantas jornadas para la luna nueva. Nada de todo eso. Ni el dolor de riñones, ni el ir y venir que provocaba la incertidumbre de las contracciones hasta romper aguas.

La abuela se había levantado como siempre, con el canto del gallo, muy pesada ya, pese a la discreta barriga de ese cuarto embarazo. Había preparado la masa del pan como siempre, blanca y blanda como el vientre de una mujer estéril. Había hecho sus abluciones matinales mientras la masa fermentaba y se había postrado varias veces ante el Supremo.

Había salido a recoger los higos de las chumberas con el alargado trebejo de tentáculos rígidos donde se metía la pieza elegida. Allí mismo, una gruesa gota de sudor le resbaló a lo largo de las sienes enmarcadas por el blanco pañuelo y por las trenzas que sobresalían, negras, bruñidas con aceite.

La vecina había salido a saludarla diciendo: ¡ay, menuda barriga tienes! ¿Y estás segura de que no será otra niña? Que sea lo que Dios quiera, si viene sano y vivo, niño o niña, debemos aceptar su gracia y su bendición.

En el fondo, a ella le daba igual que fuera niña. Pero ¿qué haría cuando todas las chicas acabaran en casa de otros y criaran allí a su descendencia, y los hijos de ellas ya no recordasen su linaje? Seguramente todo eso del linaje le daba exactamente lo mismo, pero la soledad... La vecina-cuñada ya tenía dos hijos varones. Ella, hasta el momento, había fracasado como esposa, no había cumplido el objetivo principal. El proyecto de los Driouch no estaba saliendo según lo previsto.

La abuela había bebido sangre de erizo, se había bañado con agua donde había diluido el esperma de su marido y se había hecho humear

la entrepierna con la mezcla que hervía al fuego, elaborada a base de azufre, amapolas desmenuzadas y excrementos secos de paloma.

Todos los remedios que las abuelas de la época le habían recomendado. No vayas a fiestas donde las miradas de las más celosas puedan hacer cambiar el sexo del pequeño si fuera varón, y no saques barriga delante de las que sabes que te consideran rival. No te fíes de nadie y rocía la entrada de la puerta con tu primera orina del día. Si ellas entran, sus males no lo harán.

Aquel día la abuela estuvo trajinando como siempre, con los brazaletes de plata tan gruesos que hacían clonc clonc contra el gran recipiente de barro cocido donde trabajaba una y otra vez la masa medio fermentada. Clonc clonc y se limpiaba los dedos del blanco que se le había quedado pegado. Con el índice juntaba los trocitos con el resto, el toque final. Como una nota musical.

Sólo cuando ya hacía un rato que cocía el pan con las mejillas encendidas por el fuego de las ramitas, tosiendo de vez en cuando, con todo el peso sobre las plantas de los pies y las rodillas abiertas al calor, sólo cuando ya le faltaba por cocer la pieza más pequeña, dijo ay y se vio los pantalones mojados de un beige indefinido. La humedad se le había metido por el amplio *serual*, por la primera camisa, por la primera capa del vestido, por la segunda capa sobrepuesta a la primera, hasta traspasar encima mismo del delantal. Era el parto, que no se había anunciado.

Corrió a llamar a su suegra y le dijo que no le dolía nada, pero que ya estaba empapada de arriba abajo.

Un mal augurio.

La abuela se puso en cuclillas y se cogió a la cuerda que colgaba del techo. Miraba las vigas hechas de troncos, menudos agujeros de carcoma. Una de cada color. Levantó la cabeza para mirar hacia el otro extremo mientras se agarraba las rodillas con todas sus fuerzas y comenzó a empujar. Parecía colgada de la cuerda, como un cordero. Empujó. No tuvo que insistir mucho más, aunque hubo un momento en que se sintió presa de un estreñimiento enorme y pensó si aún estaría a tiempo de detener la salida, de hacer volver atrás a aquella cosa tan enorme. No, no podía. La suegra, colocada detrás y agarrándole el vientre con ambas manos por encima de la cintura, le ordenaba

continuar con su ineludible misión. En nombre de Dios, empuja, en nombre de Dios, ampáranos, Señor, empuja. Los niños que nacen sin dolor son un mal presagio, hija. Si no te duelen al nacer, te dolerán el resto de tu vida.

Y así fue. Aquel día nació Mimoun, el afortunado, el que tendría el honor de concluir las generaciones y generaciones de patriarcas destinados a hacer del mundo un lugar ordenado y decente. Con él se acabaría para siempre la condena del patriarcado. Aunque él aún no lo sabía. Y la abuela, que presentía y soñaba tantas cosas que acababan siendo ciertas, no había ni soñado ni intuido todo eso. Pero, exhausta, había oído los «iuius» de las mujeres de la casa, que anunciaban la buena nueva al pueblo entero: en casa de los Driouch había nacido un niño. Se elevó la estridencia de los gritos salidos de las bocas con lenguas que estallaban frenéticas a derecha e izquierda.

2

EL PADRE DEL PADRE

Mimoun recibió su primera bofetada a los seis meses. Plaf, sonó, sorda. La mano que se había encastrado a duras penas había tenido superficie donde estrellarse, pero de todas formas había sonado así, plaf, sorda. No sabemos cómo debió de recibir Mimoun una notificación tan impactante, ni si aprendió algo de ella.

Su padre se lo pensó bien. Le había avisado. Primero había advertido a la madre: haz callar a este carajo de crío, dijo. Había avisado a las hermanas de Mimoun, hacedlo callar de una vez, debió de decir. Pero todas ellas se lo habían ido pasando, meciéndole dentro del fardillo donde lo protegían del mundo. Mimoun seguía abriendo la boca y soltando unos gritos que, en defensa de Driouch, tenemos que decir que seguramente debían de ser bastante insufribles. Él había advertido a las hermanas, a la madre y, finalmente, no había podido más y amenazó al pequeño. Cállate ya de una vez, que me estás volviendo loco, le debió de decir. ¡Dios maldiga a los antepasados de la madre que te parió! La abuela ya estaba acostumbrada a oírse increpar de ese modo y lo debía de mirar de reojo, con los músculos del rostro inmóviles, como a punto de lanzarle un escupitajo de esos que salen del fondo de la garganta. Pero no diría nada y debió de continuar

acunando a Mimoun arriba y abajo, cada vez más de prisa, ya no sentada sino dando vueltas con los pies en medio de la claridad que dejaba entrar la puerta de la alcoba, incluso por encima de la blandura del barro seco del patio, que así los berridos se esparcían por el cielo y llegaban más tenues a la habitación del abuelo.

Pero el abuelo tenía un mal día, el tabaco que solía esnifar se le había acabado, en la tiendecita del pueblo no quedaba y hasta la mañana siguiente ningún coche saldría hacia la ciudad más cercana. Miraba el pañuelo sucio en el que había estornudado los últimos gramos aspirados por el agujero derecho de la nariz, que le habían subido hasta algún rincón y le provocaban aquella especie de pequeños orgasmos, lentos y secos, para volver a salir después mezclados con la mucosidad característica de ese tipo de cavidades del cuerpo humano. Pero de eso hacía ya rato. Tanto rato como el que hacía que Mimoun bramaba.

Y así fue que se levantó de golpe de la alfombra de piel de cordero teñida de hena donde estaba medio tendido. Hay que decir en defensa de Mimoun que estaba en la estancia del otro lado del patio. Se podría pensar que ese gesto fue una muestra de susceptibilidad por parte de Driouch. Pero ocurrió así, se levantó poniendo primero el peso encima del pulgar y del índice de ambas manos, como si de un corredor se tratara, se dio impulso para llegar hasta donde estaba la abuela con los labios apretados y los ojos más alejados de su sitio de lo que era habitual. Quizá sucedió así, si queremos entender por qué Mimoun recibió su primera bofetada a los seis meses. Plaf, bien sorda y apenas tocando el rostro del chiquillo, mientras la abuela trataba de protegerlo echando sus hombros encima de él. Pero la había pillado desprevenida, de otra forma no hubiera podido cumplir su objetivo. El suelo del patio no reflejó lo suficiente el sonido apagado de sus pies descalzos. La abuela habría evitado la bofetada si no hubiera sido porque él le debió de pasar la mano por detrás para soltar toda la fuerza de su antebrazo sobre el pequeño bulto que apenas podía distinguir. Fue un golpe de esos que uno no piensa demasiado, que se da intentando alcanzar lo que puedas, intentando deshacerse de la rabia, quizá incluso soltó uno de esos gemidos más propios de animales que de personas.

No sabemos exactamente cómo ocurrió, pero lo que es seguro es que allí, en medio del patio de suave tacto bajo las plantas de los pies, rodeado de paredes encaladas, a la hora en la que todos deberían haber estado durmiendo la siesta, ¡plaf!, sonó la primera bofetada de Mimoun, que tenía que aprender a no ser tan consentido.

Y Mimoun soltó un grito de esos que ya no se oyen. De esos que empiezan con un chillido estridente que de repente se quiebra para que el silencio se vuelva pánico. El niño continúa con la boca más abierta que nunca, rojo, congestionado y con los ojos cerrados, pero no hay sonido. No hay aire. Parece que se esté muriendo sólo del susto y, lo que todavía es más terrible, parece que de ese dolor tan grande ya ni se acuerde de respirar. Son tan sólo unos segundos, pero se eternizan en la angustiosa espera del retorno a la vida. ¿Y si no vuelve? ¿Y si no vuelve? La abuela lo debió de sacudir, en nombre de Dios, en nombre de Dios, en nombre de Dios. Y aun así tardaba en volver. ¿Y si no vuelve? Le escuchaba el corazón, le escuchaba los pulmones, lo volvía a sacudir. Como si alguien hubiera apretado «pausa», el niño tardaba en volver, la abuela había notado que su propia sangre le bajaba toda hacia los pies y en el rostro sólo quedaba un calor que la sofocaba, el corazón le dejaba de funcionar por segundos. ¿Qué has hecho, desgraciado? ¿Qué le has hecho a mi hijo?

Pero Mimoun volvió, si no ¿de qué otra forma podríamos continuar esta historia? Volvió en sí y siguió llorando, con más fuerza que nunca, y la abuela dejó de detener su corazón para seguir temblando mientras se abrazaba al hijo. Y debió de llorar, sentada en el suelo y recitando una letanía. Balanceando el cuerpo adelante y atrás con el niño pegado a sus ropas. Y así, un buen rato.

No sabemos qué importancia tuvo este hecho insólito en la vida de Mimoun. La abuela siempre cuenta que aquello hizo cambiar a su hijo. Que los sustos recibidos de tan pequeños nos marcan para siempre, que el miedo se te mete muy dentro y se esconde en algún rincón desconocido. Hasta que se transforma y se convierte en algo que tú no reconocerías nunca como miedo, como por ejemplo un puñetazo en la puerta o un arrancarte el pelo porque no te dejan hacer lo que quieres. La abuela siempre justificó el comportamiento poco usual de su hijo con esta historia. Siempre que Mimoun les provocaba algún

quebradero de cabeza, ella volvía a contar lo mismo, pobre hijo mío. Sí, los sobresaltos se te meten muy dentro y se van transformando en la peor parte de todos nosotros, pero ya lo sabes, hija, que en el fondo tu padre es de buena pasta y nunca te haría daño. Es tan sólo eso, que los sustos nunca se le han ido del todo del cuerpo y eso lo ha hecho alguien diferente.

3

EL RIVAL NÚMERO UNO

Mimoun habría sido un hombre, normal si no fuera porque su infancia se vio salpicada por tantos incidentes poco usuales, el primero de los cuales fue el orden mismo de su nacimiento. Si tan sólo hubiera nacido antes que la hermana o después de su hermano, todo habría sido muy diferente.

Era un niño de piel morena, como tantos otros, de los que nacen feos, arrugados y tirando a azulados, y se van transformando con los días, tras el nacimiento. Pero él continuó muy moreno.

Dejando a un lado el incidente de la bofetada, ¡plaf!, sorda, Mimoun creció sin demasiadas anomalías. Sus tres hermanas eran mujeres de las de antes, de las que se encargan de la casa, de la familia, y sentían una devoción innata por el pequeño, aunque ellas no eran mucho mayores. Lo arropaban, lo acariciaban, ordeñaban la vaca cada mañana para que el niño tuviera leche fresca, y lo acostumbraron desde que nació a los masajes con aceite de almendra. Estaban por él, eran sus niñeras y él era su juguete.

Y así creció, rodeado de mujeres que lo protegían de todo. Si lloraba y el abuelo decía aquello de haced callar a ese niño, ellas corrían a regañarlo, sobre todo tras el incidente de la bofetada, ¡plaf! Que qué te has creído, que después de todo lo que te ha costado tener un hijo varón harás que del susto se le lleve el alma un *djin*¹ y no se la devuelva nunca más.

Las hermanas no sólo le protegían del padre, también lo ponían a cubierto de las miradas de mujeres envidiosas que habrían maldecido la belleza de sus ojos y la latitud perfecta de esa peca tan oscura sobre el labio. Y de los vientos, del sol, de las eternas tardes de verano. Lo envolvían, lo ocultaban, siempre en la sombra.

Durante el tiempo de la siega, las chicas hacían turnos para atárselo a la espalda como un fardo antes de encorvar el cuerpo con la hoz en la mano.

Y ocurrió de repente uno de esos hechos que harían de Mimoun alguien diferente de quien debía ser, un hecho que a día de hoy nadie conoce, o que quien lo conoce se lo guarda en silencio. A los tres años, cuando ya corría por los campos que rodeaban la casa encalada y conocía todos los rincones y espiaba a los animales y se metía entre los arbustos para buscar huevos de gallina, un nuevo personaje apareció

¹ Genio, espíritu

en escena, inesperado. Hacía ya algún tiempo que a la abuela se le había hinchado la barriga hasta semejar una pelota grande, grande. Un día se le desinfló de golpe, tras oírla gritar toda la noche como si se fuera a morir o tuviera un dolor insoportable. A la mañana siguiente, Mimoun la fue a buscar y aún estaba tendida al fondo de la habitación, entre frazadas, rodeada de aquel olor a sangre o a cordero degollado mezclado con clavo de olor en vinagre.

Se acercó tras restregar los pies en la alfombrilla de la entrada de la habitación, sacudiéndose el polvo que el patio le había dejado en las plantas; se limpió con el dorso de la mano los mocos que le caían de la nariz, intuyendo que algo había cambiado.

La abuela estaba, pues, al fondo de la estancia, con el cinturón desabrochado, la ropa holgada como cuando se iba a dormir. La cabeza descubierta, las trenzas desmadejadas, los cabellos despeinados, escapándose del recogido.

Ven, hijo mío, ven, le debió de decir. Y la voz tenía un deje de ternura, mezcla de tristeza y alegría, que el niño le notaría después de cada uno de los siguientes partos. Como de cansada y satisfecha a la vez. ¿Quieres conocer a tu hermanito? Mira qué bonito es.

Y era un bultito, un lío de sábanas atadas alrededor de una personita muy pequeña a quien sólo se le veía la cara, toda ella enmarcada en blanco. Prisionero. Era la persona más pequeña que había visto hasta entonces, todavía más pequeña que él. Feo. ¿Por qué su madre decía que aquello tan azul y tan congestionado era bonito? Es feo, gritó Mimoun, y echó a correr mientras veía los brazos de la abuela

ocupados por aquella especie de gusano gigante a punto de esconderse del todo dentro del capullo.

O quizá no se fue corriendo, quizá le dijo a la abuela que le dejara sentarse a él en su regazo. No podemos saberlo porque entonces no era la persona que es ahora y, después de todo, sólo era un niño.

Inocente, abandonado, desplazado a un segundo plano tanto por su madre como por sus hermanas, que corrían a coger en brazos al nuevo pequeño cada vez que lloraba. Abría esa boca como de viejo desdentado y gritaba con una fuerza que nadie habría atribuido a algo tan diminuto. El padre decía, mira, tu hermano es mucho menos llorón que tú, no despierta a nadie de madrugada. ¿Y qué harás cuando te pelees con él, quién será el ganador? ¿Tú o él, que es más pequeño? Si quieres que te acabe respetando y te llame *Azizi*², ya puedes imponerte.

Y fueron tantas las cosas que cambiaron con la llegada del segundo chico a la familia Driouch, que al final sucedió algo a lo que nadie supo dar una explicación y que algunos incluso atribuyeron a la aparición de un espíritu maligno.

² Apelativo que los hermanos pequeños dan a los mas mayores en señal de respeto.

Fue cuestión de un instante. Se presentó la oportunidad y Mimoun la aprovechó. El pequeño debía de tener un par de meses y lo habían dejado encima de las mantas de la habitación de las chicas mientras desayunaban en la parte de abajo, aprovechando la luz que dejaba entrar la puerta. La abuela todavía contaba los sueños de la última noche con una pierna estirada y otra doblada formando un ángulo bastante obtuso. Decía tener una especie de presentimiento.

Mimoun miraba al pequeño, lo miraba fijamente y, sin pensárselo demasiado, cogió uno de los almohadones y lo abrazó. El hermanito miraba a su alrededor y sólo veía sombras y colores, hasta que lo único que pudo ver fue el blanco de la suave tela y, aun después, al final, sólo la oscuridad que anticipa la pérdida de conocimiento.

Las mujeres todavía hablaban alegremente, todavía reían, mientras el pequeño, cada vez más pequeño, agitaba piernas y pies dentro del envoltorio de momia donde estaba preso. No hizo demasiado ruido. No, no hizo ruido, tan sólo dejó de hacer fuerza, de estar rígido. Y Mimoun

se fue a jugar al patio delante de su madre, que después creyó que el niño había estado allí todo el rato, desde que había mojado el último trocito de pan dentro del plato de aceite de oliva y se había quedado flotando, empapado. Nadie había sido consciente de que había estado demasiado rato parado delante de su hermano pequeño.

Hasta mucho más tarde, cuando la abuela y sus hijas empezaron a recoger los platos del desayuno, a dejar el pan entre los trapos enharinados, y fueron a darle una ojeada al pequeño, nadie se dio cuenta de que no se movía. La paz que traslucía no tenía nada que ver con el sueño que le habían atribuido. No, en absoluto, no se imaginaron que aquel silencio era algo más que un sueño profundo.

Nadie recuerda haber visto a Mimoun rondar cerca del niño antes del fratricidio, ni siquiera sabemos si él, a día de hoy, recuerda algo.

4

MIMOUN ES ESPECIAL

Hay quien no recuerda si el rival número uno existió o no. Sobre todo porque la abuela se quedó de nuevo embarazada poco después y al bebé le pusieron el nombre de su hermano muerto, como marca la tradición. O sobre todo por la brevedad de su trayectoria vital, gracias a la cual iría directamente al cielo. No sabemos si Mimoun lo recuerda o no.

Lo cierto es que el rival número dos fue más fácil de soportar. También era feo y chillón, y hacía que todo el mundo estuviera pendiente de él a todas horas, pero Mimoun se había hecho mayor, había empezado a ir a la escuela y, lo más importante, había empezado a ejercitarse en el difícil arte de domesticar a las personas que lo rodeaban, de crear vínculos, que diría el zorro.

Con las mujeres no le costaba demasiado: sólo tenía que sonreír inclinando ligeramente aquella peca de latitud perfecta. Sus hermanas lo dejaban remolonear más de la cuenta entre las sábanas todavía calientes del fondo de la estancia; aún dormía con ellas, una a cada lado. Debían de dejarle más tiempo del que estaba estipulado en estos casos, porque les daba miedo que durmiera solo en la habitación que había de ser para los chicos o porque sufrían por su almita, más etérea y sensible de lo que suele ser normal, quizá a causa del incidente de la

bofetada, ¡plaf! Fuese como fuese, todos tenían la certeza de que aquel niño no era del todo normal y que por cualquier motivo podía romperse en trocitos o deshacerse en cenizas. Sólo así se entendía que de vez en cuando le cogiera esa especie de rigidez en el cuello, rodase por el suelo con unos alaridos que hacían poner la piel de gallina y moviera piernas y pies frenéticamente dejando marcada su huella en el suelo. Y eso podía sucederle en cualquier lugar: mientras la abuela lavaba la ropa en el río y él no conseguía que el resto de mujeres lo dejaran chapotear dentro del agua estancada que habían formado para hacer la colada. Niño, saca tus sucios pies de aquí, debían de decirle. Y la abuela, cuando el espectáculo de Mimoun ya había empezado, debía de correr a increpar a las mujeres con las que compartía la tarea de batir las chilabas y los *seruales* contra la piedra y a pedirles que no le llevaran la contraria, que ese niño no estaba bien, ya lo veis, sobre todo no le llevéis la contraria cerca del agua, que es el peor lugar donde puede enojarse. Y así aprendió a identificar los momentos más peligrosos para su delicadeza de espíritu: cerca del agua, al despuntar el alba, alrededor de mediodía y, en especial, al anochecer, en ese instante de la jornada en que no se sabía si era de noche o de día.

Eso funcionaba con sus hermanas y su madre, claro, que eran capaces de entender la precoz sensibilidad de aquella criatura. El abuelo no debía de verlo así; seguramente corría zapatilla en mano cada vez que llegaba a sus oídos alguna de las rabietas de Mimoun, gritando dejádmelo a mí, a ese consentido, que le voy a curar todos los males y le haré salir todos los *djins* que lleva dentro; cuando vean lo que les traigo huirán corriendo. Pero no lo pillaba casi nunca: la abuela o cualquiera de las tías lo detenían a tiempo. Para cuando ellas no estuvieran, Mimoun aprendió a correr. A correr tan de prisa como le permitían sus pies sobre las piedras de los caminos polvorientos o de los campos yermos. Corría por lugares donde el abuelo no llegaba o bien lo hacía tan rápido que no podía alcanzarlo. Entonces el abuelo debía de decir eso de ya te atraparé, ya, tarde o temprano te cogeré y se te acabará cayendo la piel a tiras de tanto que recibirás. Pero cuando lo tenía cerca era ya difícil que se acordara de sus amenazas.

Y la abuela de vez en cuando lo llevaba a curar, convencida de la singularidad de su naturaleza. Lo conducía hasta aquella casa de una

sola habitación, donde la esperaba una mujer envuelta en extraños olores que lo hacía sentarse muy cerca de ella. La señora, tatuada desde la parte inferior del labio hasta donde le comenzaba el vestido, amasaba durante un rato la alholva, molida con su propia saliva. Hacía *tfu* y escupía dentro del recipiente para continuar removiendo con los dedos gruesos, gruesos. Y le debía de poner una nuez de esa mezcla en la parte interna del codo y la golpeaba rítmicamente con dos dedos mientras invocaba en nombre de Dios, en nombre de Dios, en nombre de Dios. Como si fuera música. Hasta que de la mezcla pegajosa y adherida a la piel de Mimoun empezaban a salir unos vapores finísimos que se elevaban, arriba, arriba. ¿Lo ves?, debía de decir la mujer: todo eso que salen son sustos, señora mía. ¿Cómo querías que estuviera este niño? Mira, mira, cada vez más gordos, pobre hijo.

5

¡CORRE, MIMOUN, CORRE!

Mimoun no mostró nunca interés alguno por los trazos hechos encima de un papel que significaban algo, no les veía ninguna utilidad, y mientras su profesor garabateaba alifs, bas, tas y compañía sobre la pizarra, él soñaba con casetas para palomas y conejos que se reproducían sin morirse por una peste repentina. Ya en la mezquita, le aburrían las largas recitaciones de suras, a pesar de que el canturreo y el movimiento cadencioso a izquierda y derecha le habían llegado a parecer placenteros. Y también cómo elevaban el tono en algunas sílabas, antes y ahora, y cómo estiraban el cuello para hacer más graves las voces. Todo eso lo soportaba, seguramente, a pesar de la delgada rama de olivo que mantenía erecta el imán, siempre amenazante.

La escuela era otra historia. Levantarse tan temprano él, que necesitaba dormir hasta que el cuerpo le decía basta. Caminar una hora para ir, otra hora para volver. Y lo peor de todo: aquel maestro con los brazos tan largos, tan negro y que parecía salido del mismísimo infierno. Ya debía de haber oído hablar de él mucho antes, y en cuanto empezó a ir a la escuela, a los siete años, los primos más mayores lo debían de atemorizar antes de las clases. Ssi Foundou te pegará en las puntas de los dedos, que es donde hace más daño, o en las plantas de los pies. Te pegará tan fuerte que después no podrás ni caminar, y sólo por

el hecho de haber encontrado a toda la clase armando follón, aunque tú no tengas ninguna culpa.

Y así fue. Ssi Foundou tenía unos brazos que le llegaban hasta las rodillas y unas manos que debían de doler si te pegaban. De piel negra, a Mimoun le daba miedo. No había visto antes ningún negro. Y aún menos con una vara de madera como la que llevaba aquel hombre.

Mimoun aprendió como solía aprender, muy de prisa. A pesar de que las palabras del maestro, pronunciadas en árabe del sur, le sonaban a maldiciones incomprensibles, pronto supo distinguir el «ven aquí, cabronazo» del «ya podéis iros a casa». Allí se acostumbró a recibir de otra forma. No como recibía de su padre, así, de repente y sin esperárselo, como por sorpresa. No, con Ssi Foundou era muy diferente: él mismo iba, sumiso, a recibir el castigo que se merecía. Porque si no iba, los golpes empezaban a multiplicarse, Driouch, diez golpes más, Driouch, veinte golpes más y voy subiendo. E iba subiendo. Puede que le hicieran más daño que los golpes de su padre. Tan frío, tan calculador, y ni siquiera parecía enfadado cuando levantaba bien alto la pieza de madera y cortaba el aire, zas, hasta que ya no se sentía las puntas de los dedos y parecía que le fuesen a reventar y la sangre de los capilares fuera a salpicarlo todo.

Hasta que empezó a faltar a la escuela, tan harto estaba de recibir. Hacía el camino con los otros y después se dedicaba a gandulear por los alrededores del pequeño edificio, esperando la salida de sus compañeros o de los alumnos más mayores para, de lejos y asegurándose una distancia ventajosa, gritar lo peor que les podía decir, el coño de tu madre, o marica que te follas a las gallinas de tu abuela. Alguna vez las piernas le habían fallado y había acabado llevándose más de una pedrada en medio de la cabeza, y volvía a casa con una colección de chichones decorándole la frente o las mejillas señaladas.

Faltar un día a la escuela era sinónimo de recibir más aún. El maestro te decía por qué faltaste ayer, y tú respondías, he estado enfermo, señor profesor. Eres un mentiroso, podía echarte en cara, Said te vio a media mañana apacentando las ovejas cerca de aquí. Y daba igual que no tuvierais ovejas, sólo cabras, tú ya habías aprendido que era mejor callar para no multiplicar la condena.

Y cuantos más días faltaba, más difícil se le hacía volver, y cuanto más difícil se le hacía volver, más días faltaba. Hasta que llegó a cuarto curso y tuvo que hacer aquella prueba tan importante que le permitiría pasar al siguiente ciclo. Una prueba muy importante, le debió de decir el abuelo, si no apruebas no podrás continuar yendo a la escuela y serás un borrico para siempre. Porque a pesar de la palpable realidad y de la naturaleza de Mimoun, el abuelo todavía anhelaba que su primogénito se dedicara al oficio de la medicina y que al menos uno de sus hijos pudiera dejar la vida en el campo y viviese de un trabajo tan respetable como el de médico.

Tan decisiva era la prueba, tan difícil, que Mimoun pronto se cansó de mirar la ininteligible página llena de símbolos que a duras penas reconocía. Sabiendo que no podía marcharse hasta que se acabara el tiempo, decidió distraerse dibujando en el margen inferior derecho del papel. Dibujaba el muro de casa en cuya parte más alta había ido dejando aberturas para que anidasen las aves, dibujaba pequeñas palomas con las bocas bien abiertas esperando la comida masticada que en ellas depositaba la madre. Dibujaba todo eso sin darse cuenta de que el bolígrafo no podía borrarse. Y empezó a borrar tanto como pudo, frotaba una y otra vez el papel hasta que, de tanto erosionarlo, se deshizo del dibujo haciendo un agujero.

Un agujero era incluso más visible que un dibujo en miniatura de unas palomas, y a Mimoun se le ocurrió recomponer el trozo de papel. Arrancó un trozo de otro sitio, lo ensalivó como si fuera un sello y lo pegó por la parte de detrás. Había quedado perfecto. No se veía el dibujo, únicamente un ligero relieve en la superficie de la hoja.

Cuando el abuelo fue a la escuela a recoger los resultados de la prueba y Ssi Foundou le contó que no sólo no había aprobado sino que había estado faltando muchos días, así como la gran obra de ingeniería que había llevado a término durante el examen, Mimoun empezó a correr en cuanto le vio la cara al salir del despacho del profesor. Hicieron así todo el camino hasta casa, el abuelo más enfadado de lo que había estado nunca y Mimoun jadeando y realmente asustado porque su padre nunca había resistido tanto tiempo persiguiéndole. Por primera vez sentía que le iba la vida, que quizá nadie lo podría salvar de aquello y que no podría escapar ni aunque llegaran a casa, que en

esta ocasión su padre no fingiría que se había olvidado de todo lo ocurrido.

Pensando que quizá no solamente le haría daño sino que podía llegar a morir, a Mimoun le comenzaron a flaquear las fuerzas y notó que su paso se hacía más lento, que las piernas no le seguían. Hasta que sintió la mano del abuelo en el codo y le pareció que ahí donde apretaba no circulaba la sangre. Mimoun miró a su alrededor buscando a alguien, fuese quien fuese, para pedirle auxilio. Nadie. Estaban en medio de la explanada. Nadie. Nadie mientras gritaba tan alto como podía. Nadie mientras recibía todo tipo de patadas allí donde acaba la columna, nadie mientras se protegía la nuca, tratando de detener las manos y los brazos de su padre. No había nadie cuando se vio empujado hacia la chumbera de los márgenes y supo que iría a parar contra ella no mucho después. No había nadie, nadie cuando Mimoun sintió todos los pinchos de la chumbera clavándosele en el rostro, en las manos, que le atravesaban la ropa y le provocaban mil heridas. El dolor se convirtió en miles de agujas que se le metían muy adentro.

Y si la abuela se había dedicado a justificar tanto el inusual comportamiento de su hijo en los años que siguieron al incidente de la bofetada, Mimoun relató con todo detalle el incidente de la chumbera para explicar sus actuaciones futuras.

6

ESTATE QUIETO, MIMOUN

Mimoun dejó de ir a la escuela, ya no sería médico ni dejaría de trabajar en el campo. El abuelo tuvo que empezar a hacerse a la idea de que su primer hijo varón no haría nada mejor en la vida de lo que había hecho él. Dejó de esperar nada y centró sus expectativas en el segundo hijo.

Mimoun dispuso de más tiempo para aprender cosas de la vida que nos cuesta siglos desaprender. De algunas no nos deshacemos jamás.

Y si la teoría de la abuela para explicar el carácter de su hijo era la de la bofetada, ¡plaf!, y la teoría del propio Mimoun era la de la chumbera que se te mete muy adentro, el abuelo tenía otra que pocas veces había explicado y que casi todo el mundo intentaba no mencionar

en voz alta, por miedo a que la pesadilla se volviera a reproducir. Incluso ahora, si alguno de nosotros se atreve a preguntar «¿Es cierto que cuando padre tenía doce años le pasó aquello de las cabras...?», antes incluso de poder acabar la frase, la abuela de repente se muestra asustada y te cierra la boca con su palma llena de durezas. Calla, borrico, no digas nunca esas cosas, calla. Y es que hay quien dice que si hablas de los *djins* que has visto o de los *djins* que ha visto alguien de la familia puedes perder la razón y no volver a recuperarla nunca más. Nunca más.

En cambio el abuelo, como así podía explicar cada patada que padre arreaba a las puertas de casa o cada vez que lanzaba por los aires la mesa de la comida dejando regueros de caldo por las paredes de la estancia y podía justificar también aquella manera tan insólita de hacer girar los ojos hasta que sólo se veía el blanco, no se contenía nunca a la hora de hablar del episodio de las cabras.

De todos modos, se le notaba tenso cuando hablaba de ello, y se revestía de un cierto ademán trascendente, mirando hacia el infinito y rascándose la barbilla, que ya le blanqueaba.

Decía, sí, este hijo mío no ha vuelto a ser el mismo desde que le pasó todo aquello, desde esa maldita noche de verano. Él siempre os lo dice, que no está bien, que no está bien, y es verdad, no lo ha estado desde entonces. Y ahora aún lo veis bastante bien porque con el tiempo ha ido olvidando aquella aparición, Dios se lleve todas las apariciones lejos de vosotros, hijos míos.

Alguien se casaba. Y ya se sabe que en las noches de boda puede pasar de todo, los chicos iban y venían sin que nadie les dijera nada, se les permitían comportamientos que el resto del año no se podían ni mencionar. Incluso las chicas disfrutaban de más libertad, lo que convertía la situación en un campo abonado para los flirteos y los enamoramientos.

Esa noche en que no se sabe cuál de los primos mayores de Mimoun se casaba, él fue a parar al río que quedaba por debajo de la carretera, junto a los huertos del abuelo y justo detrás de la hilera de chumberas. Debió de llegar a oscuras; difícilmente le habrían dejado un quinqué en un día con tanta gente invitada en casa de los Driouch. Allí mismo, en la hondonada que formaba el río ahora medio seco, Mimoun tuvo la

terrorífica visión que lo marcaría para toda la vida. La luna iluminaba la poca agua que circulaba, lenta, y se debía de percibir una niebla tenue, de esa que sólo aparece a ras de suelo. En medio de la serenidad y de la quietud de la noche, encima de la pared más alta del margen, apareció una cabra muy tiesa que parecía mirar a Mimoun. Lo miraba fijamente y le dijo: ¿has visto a mi hijo? Hace rato que lo busco y tiene que estar por aquí, he oído cómo me llamaba. Y Mimoun debió de asustarse y huyó como alma que lleva el diablo, o bien se quedó allí plantado, quieto, observando la aparición.

Dicen que después volvió a casa, se arropó con las mantas en la parte más oscura de la habitación, temblando, y no salió hasta pasados tres días y tres noches. Y que no quiso hablar de lo que había ocurrido.

Es muy cierto que algo pasó aquella noche en el río, porque todos los que lo vieron correr como un poseso hasta la casa con el rostro lívido pensaron que venía de enfrentarse con el mismísimo demonio.

Corren por la familia otras versiones no oficiales. 1) Hay quien dice que fueron las bebidas alcohólicas que circulaban por la boda, mezcladas con el primer porro de hachís que Mimoun se fumó con sus primos, lo que lo alteró hasta el punto de transformarle el rostro de aquella forma. 2) La versión menos oficial de todas es la que no se cuenta nunca: el primogénito de los Driouch debió de entrar de lleno en el mundo de los adultos cumpliendo el papel que les suele tocar a los miembros de la familia de estas edades por aquellos parajes. Teniendo en cuenta que el hermano de la abuela había regresado del río poco después que Mimoun, no es extraña la posibilidad de que, cansado de embestir asnos y gallinas, aprovecharse la euforia del momento para buscar una cavidad más humana donde introducir su miembro erecto. No habría sido ningún hecho inusual que le hubiera dicho baja un poco, Mimoun, no te haré daño, no, no te haré daño, Mimoun, estate quieto, déjate ir, déjate ir, así, sí, así no te hará tanto daño.

7

FATMA

Hay quien te enseña el sexo y hay quien te enseña el amor. Mimoun pensó que Fatma le enseñaba el amor. Pensó que se había enamorado por cómo lo acariciaba cada vez que le hacía entrar en su alcoba. Había

ternura en los gestos de ella. Si no fuera porque Mimoun tenía entonces sólo doce años y aún debía aprender toda la ternura del mundo.

Fatma vivía en la casa de al lado, y era la prima más mayor que le quedaba por casar al tío de Mimoun. Cuentan que, de tan harto que estaba de tenerla en casa, su padre incluso había llegado a «ofrecerla» en matrimonio. Fatma había pasado por delante de su padre y de otros chicos que se sentaban junto a la carretera para ver los coches, que cruzaban el paisaje a toda velocidad quizá cada dos o tres horas. Seguramente Fatma llevaba el hatillo de ropa todavía mojada encima de la cabeza, en equilibrio, y caminaba moviendo las caderas a derecha e izquierda, como solía hacer, con esa sonrisa sesgada que te decía sin decir nada «ven». Dicen que entonces su padre no pudo evitar hacer el famoso comentario, que cada cual se tomó a su manera. ¡Mirad qué culo tan espléndido, y todavía por estrenar! ¿Cómo puede haber un hombre sobre la tierra que se resista a él?

Lo que no debía de saber el padre de Fatma era que ese culo estaba más que estrenado. La chica era virgen, por descontado, tenía que preservar su honor hasta llegar al matrimonio y mostrar a todo el mundo la mancha de sangre en la tela blanca el día después de la noche de bodas y todas las mujeres soltarían «iuius» de alegría.

Con el himen intacto, Fatma gozaba de la protección de su madre para poder hacer escapadas a la parte trasera de la casa con algunos chicos del pueblo y, resguardada por las grandes chumbaras que rodeaban las paredes teñidas de lluvia, se dejaba hacer o hacía.

Las peores lenguas cuentan que, incluso algunos días en que el padre de Fatma estaba en la ciudad, su madre le había dejado llevar a algún chico a su propia habitación. Venga, date prisa, recuerda que no debes dejarte hacer nada por delante, le debía de aconsejar.

Mimoun había sorprendido a Fatma con la mejilla contra la pared de arcilla, el vestido subido hasta la cintura y el sexual en los tobillos, ofreciéndose. Mucho antes de que ella se encaprichara de la latitud perfecta de su peca, de sus ojos de hollín que la miraban siempre curiosos y de esos labios que parecían emerger de su rostro todavía medio infantil. Fatma sabía mucho de sexo, y él pensó que le enseñaba el amor.

Pensó que le enseñaba el amor cuando lo invitó una tarde de aquellas en que todos dormían y sólo se oía el cric cric de los grillos. Una tarde de mucho calor, seca, Mimoun había visitado la casa de su tío para pedirle aceite, seguramente la abuela estaba cocinando *remsemmen*³ y se había quedado corta a media cocción. No regresó a tiempo y ese día las hojas quedaron más secas que nunca.

Fatma, con aquella sonrisa que te decía «ven» sin decir nada, le había dicho «ven» y se lo había llevado al fondo de la alcoba, donde no penetraba mas que un rayito de luz que dejaba entrar la puerta medio ajustada. Azul, la puerta era azul mientras Fatma le decía haz esto o ponte así, tumbate como si fueras un marido, no hay nadie, no sufras, tu tío llegará muy tarde hoy. Y lo agarraba de donde no lo solían agarrar, apretándolo con las dos manos, y todavía iba más allá. Y él no sabía cómo ponerse, si dejarse ir del todo, si recelar de la mujer que lo hacía estremecer. No te haré daño, no te morderé, esto te gustará mucho, me vendrás siempre a ver porque ya no podrás vivir sin lo que te voy a hacer. A todos los hombres les gusta. Y se ponía de cuatro patas y le decía, ahora ven poco a poco, hazlo así.

Mimoun, que no había tenido ninguna experiencia sexual anterior en la que fuera el protagonista, no debió de tardar en correrse y en enamorarse, todo al mismo tiempo, pensando que ya era hora de que tuviera un marido de verdad y que ya era hora de que dejase de ofrecer las nalgas a todo el que pasaba.

Pensaba en la forma de explicárselo al abuelo, ¿es que te has vuelto loco? Una mujer con diez años más que tú, y encima la guarra más guarra del pueblo. Mejor se lo decía primero a su madre, que le quería, que era dulce como ninguna otra mujer. Estaba decidido a convencerla. Hasta que volvió a pasar entre la chumbera y la casa del tío, por aquel rincón que ocultaba de casi todo, y de repente dejó de estar enamorado, sin excesivos aspavientos.

¿Por qué buscaba a otros hombres si lo tenía a él? ¿Por qué lo traicionaba también? ¿Es que no tenía bastante? Y estaba aprendiendo a acariciarla, incluso le había descubierto ese punto que tienen las mujeres y que dicen que si lo aprietas las vuelves locas.

Fatma no se había vuelto loca por Mimoun y él se sentiría un poco uno de esos trapos para fregar el suelo que siempre se quedan en un rincón del patio, ni mojado del todo ni del todo seco. En especial al verla otra vez con el culo al aire delante del tío de Mimoun, que se mordía el labio mientras la embestía. Le dio asco que él hubiera pasado por el mismo sitio. ¿Cuántos debían de haber pasado antes que él? ¿Cuántos después de él? Le vinieron ganas de vomitar, de huir a toda prisa donde nadie lo pudiera reconocer, como si todo el pueblo supiese que él había sido humillado de ese modo.

Seguramente los oiría jadear cuando decidió que quería tener una mujer para él solo y para nadie más. Debían de soltar unos gritos apagados que le llegaron

³ Especie de millojas típico de Marruecos.

prestos mientras pensaba que no había mujeres como sus hermanas, que eran decentes y que no se atrevían ni siquiera a mirar directamente a los ojos a ningún hombre desconocido, y que la mujer que él escogiese debería ser de esa clase, todavía más de esa clase que ellas. Debería serle fiel hasta con el pensamiento. Y si no era así, o él tenía la menor sospecha de que no lo era del todo, ya la domesticaría.

8

NO ES TU DESTINO

O lo levantáis vosotras o voy yo, debía de escuchar Mimoun que decía el abuelo desde fuera mientras él continuaba acurrucado entre la tibieza de las sábanas. No era el mejor modo de empezar el día, pero ocurría a menudo que Mimoun se dormía, ya hemos dicho que le gustaba mucho dormir, y ocurría a menudo que los chicos del camión le esperaban abajo, a pie de carretera.

El primer día seguramente fue más puntual, pero a medida que pasaba la semana su espalda de trece años se debía de ir contracturando a cada paletada que daba para cargar el camión. O lo levantáis vosotras o voy yo, repetiría el abuelo viendo que la puerta no se abría. Después iba la abuela, venga, levántate, los hijos de *rhaj*⁴ Moussa te esperan abajo hace ya rato.

Y con la claridad que la mujer había dejado entrar en la habitación ya no se podía quedar más allí, abrazándose las rodillas. No sólo por la

luz, que incluso habría podido ignorar para proseguir con los ojos cerrados, no. Seguramente ya sabía que si se hacía el dormido mucho mas rato, el abuelo cumpliría su palabra y lo iría a buscar. Y el abuelo no sería tan delicado despertando a su hijo como lo era la abuela. Si iba descalzo, aún. Cuando te arrea una patada allí donde las costillas tienen menos carne que las cubra duele más si el malnacido va calzado. Fuera como fuera, Mimoun se quería ahorrar los golpes de buena mañana, que dicen que es muy mala hora para tener sobresaltos de esos que se te quedan por dentro y te provocan los males que te provocan.

Creemos que se levantó a toda prisa y se fue directamente hacia la palangana del patio, la que siempre había al lado del granero, tomó agua con las dos manos juntas haciendo un cuenco y se las pasó por todo el rostro fuera del recipiente para que resbalase hasta el desagüe.

La abuela ya le debía de haber preparado un trozo de pan con aceite de oliva, quizá todavía con el convencimiento de que su hijo era demasiado joven para aquel trabajo tan duro. Pero no podía hacer nada, Mimoun no había sacado ningún provecho de la escuela, y que se quedara en casa sólo les hubiera ocasionado problemas. Ya hacía demasiado que los creaba. Le robaba a su madre los huevos de las gallinas que ella guardaba para los desayunos de su marido, les hacía un agujero en la cáscara y aspiraba con fuerza todo el contenido; debía de ser por eso que cada vez estaba más robusto. Le pedía dinero que ella no tenía y le cogía un ataque de los suyos si no se lo daba. La abuela había llegado a pedir préstamos a las vecinas para

⁴Tratamiento de respeto que se da a las personas que han hecho el peregrinaje a La Meca. Rhaj, rhajja.

contentarlo, pasando vergüenza y sin saber cuándo les podría devolver el dinero. Es probable que vendiera alguna coneja para evitar aquellos gritos horrorosos que le recordaban siempre la bofetada, plaf, bien sorda.

Hacía tiempo que no lo llevaba a curar; ya no se dejaba. Le decía, hijo, vamos a ver a *rhajja*, que te quitará esta rabia, pero él decía que eso eran tonterías y que lo único que hacía aquella mujer apestosa era robarle el dinero. Así que Mimoun cada vez tenía más ataques de esos,

como de niño pequeño, en los que no pegaba a nadie, todavía, pero se pegaba a sí mismo con todas sus fuerzas en el pecho y en las piernas. Se arrancaba mechones enteros de pelo y la abuela acudía muy asustada para intentar desprenderle de encima de la cabeza los dedos cerrados como puños.

No se sabe si era porque ya no iban nunca a ver a *rhajja* o porque Mimoun se iba haciendo mayor, pero los dolores de cabeza que ocasionaba iban creciendo con él. Hasta que el abuelo debió de decir basta, este gandul ya ha hecho bastante el cantamañanas. Yo, diría, a su edad, ya hacía tiempo que trabajaba, y no sólo en el campo, sino asfaltando carreteras a pleno sol.

Como no quedaban demasiadas carreteras por asfaltar que alguien pretendiera asfaltar, el abuelo había hablado con *rhaj* Moussa y sus hijos. Iría con ellos en el camión para cargar la arena que llevaban hasta la ciudad, allí donde había quién podía permitirse el lujo de construir casas con ladrillos, cemento y baldosas en vez de con adobe y cal, como ellos habían hecho siempre.

El trabajo en sí no era complicado. Llenar la carretilla de arena, paletada a paletada, doblar el espinazo mil veces para cargar el peso con fuerza y con cada golpe de pala conseguir llevar más hasta el camión. Subir por la pasarela de madera, donde no le cabían los pies juntos, llegar hasta la parte más alta del camión y descargar, descargar todo el contenido de la carretilla. Seguramente eso le gustaba más que cualquier otra cosa, pero duraba poco. Y el polvo se te metía por todas partes, te dejaba los labios secos, que se agrietaban tras unos días de hacer siempre lo mismo. Te dejaba la cabeza blanca como si envejecieras de golpe, te quedaban las manos tan ásperas que ya no las volvías a tener como antes.

A1 principio, los hijos de Moussa eran agradables. Lo animaban a competir con ellos, a ver quién carga más de prisa la carretilla, a ver quién llega más rápido arriba, a ver quién aguanta más rato trabajando. Mimoun ganaba siempre, hasta que de tanto ganar los otros dejaron de competir. Como lo haces tan bien, te lo dejamos todo para ti.

Mimoun estaba contento, sobre todo cuando recibió el primer dinero que era suyo y de nadie más. Aprovechó el último viaje a la

ciudad y compró un kilo de carne de ternera; el resto se lo guardó para tabaco. Ya no tendría que montarle más numeritos a su madre ni buscar por la carretera las colillas lanzadas para apurar las últimas caladas. Ya no. Y había llegado a casa con el kilo de carne para el estofado, se lo había dado a su madre y le había besado la cabeza por encima del pañuelo blanco, clavo de olor y vinagre. Perdóname, madre, por todo lo que te he hecho pasar, perdóname, ya sé que a veces te hago mucho daño, pero tú ya sabes que no es mi voluntad. Ya lo sé, hijo, ya lo sé, y debía de llorar de la pena que le daba aquel adolescente que dejaba de serlo. ¿No os había dicho que este chico era de buena pasta? Lo sé, hijo, lo sé, que eres una buena persona y que tú serás quien nos hará la vida más llevadera cuando tu padre y yo seamos mayores. Sus hermanas le debían de empezar a besar y a rodearlo con los brazos todas a la vez.

Hasta aquel día en que le rodó una gruesa gota entre los omoplatos y la sintió resbalando, abajo, por la espalda dolorida. Los dos hijos de Moussa estaban junto al río, a cubierto del sol, bajo un árbol que se inclinaba hacia el agua y con un cigarrillo en la mano. Estaban tan tranquilos que entornaban los ojos, con la barbilla reposando sobre el hueco de la mano.

Mimoun notó esa gota tan redonda y lo entendió todo, aunque algunos días antes ya lo había comenzado a intuir. ¡Eh! ¿Es que voy a hacer yo todo el trabajo o qué? Pues claro, ¿qué te creías? El camión es nuestro, imbécil. Vieron que se ponía rojo, que los ojos se le encendían y ya no pudo parar de gritar. Maricones de mierda, os habéis estado aprovechando de mí todo este tiempo. Cabronazos, hijos de la gran madre, iba diciendo mientras corría tanto como podía y se paraba de vez en cuando a recoger alguna piedra para lanzársela con todas sus fuerzas. Los hijos de Moussa intentaban esquivarlas mientras corrían detrás de él, ven aquí, malparido, que vas a probar una medicina de verdad, y no la que te da tu padre, desagradecido.

Mimoun debía de correr bastante. Siempre ha contado que corrió sin parar hasta llegar a casa. El verano le golpeaba pero habría sido peor que lo hubieran atrapado los dos hermanos, que se lo contaron todo al abuelo.

Mientras corría, ven aquí, malparido, Mimoun entendió que ése no había de ser su destino.

9

EL ORDEN NATURAL DE LAS COSAS SE RESQUEBRAJA

Mimoun se encerró en el dormitorio de los chicos y decidió que no saldría nunca más. Nadie sabía exactamente qué había pasado, pero Mimoun tenía esas cosas. Podía meterse en la habitación después de comer y no salir hasta la noche, por eso a nadie le extrañó que llegase del trabajo y cerrara la puerta, ¡plof!

La abuela debió de ver que venía con el rostro más transfigurado que de costumbre. Se hizo el silencio en el patio y las hermanas se miraron, se miraron, pero continuaron desgranando los guisantes para la cena. ¿Y a éste qué le pasa ahora?

No sabemos si alguien se fijó en que Mimoun había llegado empapado de sudor y con la cara a punto de reventar. Él se quedó encerrado mientras las chicas acababan de dejarlo todo a punto, desgranaban guisantes, pelaban patatas, iban a buscar a las gallinas para hacerlas entrar en el cobertizo, recogían la ropa tendida sobre los arbustos que rodeaban la casa y aprovechaban para charlar con Fatma, que las miraba con esos ojos que te dicen «ven» y les contaba cómo lo había hecho para tatuarse una peca bajo la comisura de los labios. Una hoja de afeitar, te haces un corte bien seco y pequeño y lo llenas de *khol* sí, el que tengas a mano. Dios te castigará por mutilar tu cuerpo de esa manera. Pero Fatma formaba parte de una clase de mujeres que ellas no conocían.

El abuelo ya había llegado de trabajar, pues aún se dedicaba a aplanar algún camino de arena que nadie quería asfaltar, y se había quitado la chilaba que siempre llevaba para protegerse del tiempo a pesar del calor. Había cogido el pote de hervir agua de encima de las brasas, había añadido agua fría para no quemarse y se había ido detrás de la casa, a la parte que quedaba protegida por las chumberas, para hacer las abluciones antes de la plegaria del anochecer.

La abuela había remendado pantalones de Mimoun y zurcido calcetines; aún era capaz de enhebrar una aguja cuando el sol

comenzaba a declinar. Había rezado delante de la puerta abierta de su habitación, encendido los quinqués de toda la casa y supervisado el trabajo de las niñas en la cocina. Había recalentado el pan sobre las brasas en medio del patio, pues ese día no había horneado y el que quedaba estaba demasiado frío para comérselo. Había salido a dar una vuelta por la parte baja de la casa y se había encontrado a la madre de Fatma en el alféizar de la puerta, cogida al marco mientras contemplaba el paisaje. Debían de hablar de quién se había casado y qué había hecho la hija de tal y la de tal y seguramente la abuela se agachó más de una vez para recoger del campo esas hierbas que tanto les gustaban a sus conejas.

Todo eso sucedía mientras Mimoun estaba aún encerrado en la habitación y no pensaba salir nunca más.

Todo eso sucedía mientras el abuelo había ido a la mezquita y se había encontrado a rhaj Moussa con el rosario en la mano, sacudiendo la cabeza a lado y lado. Tu hijo no tiene remedio, Driouch, no sé si conseguirás encarrilarlo. Puede que el abuelo se sintiera avergonzado frente al hombre que había confiado en él dejando que su hijo trabajase con los suyos. Escuchó la versión del *rhaj* con la mirada clavada en el suelo, sentado encima de las rodillas y deseando que nadie más los pudiera oír. Les ha dicho palabras muy fuertes, tanto que no podría ni repetírtelas, les ha faltado al respeto mentándoles a su madre y todo; Driouch, ya sé que eso no le viene de ti, yo te conozco y no sé de dónde ha salido un demonio como ése. Es como una enfermedad, hijo, nadie se comporta así sólo porque sí, tiene que estar enfermo.

No sabemos si el abuelo llegó a asistir a la plegaria colectiva. Lo que sí es seguro es que no se quedó a la tertulia que acostumbraba a haber una vez acabada la comunicación con el Supremo. Puede ser muy cierto que se apresurara por la carretera, levantándose la chilaba por los lados, las manos en los bolsillos, para dar los pasos más amplios. Yo lo curaré del todo, pensó mientras enfilaba la cuesta hacia casa.

Ya estaba oscuro y se oía alguna rana cuando el abuelo empezó a golpear la puerta azul con todas sus fuerzas. Sal de aquí, hijo de puta, malnacido. Somos la vergüenza del pueblo, ¿por qué te ha vuelto a dar la locura? Te la voy a quitar de golpe, no te preocupes. Hijo del pecado y del demonio, sal si no quieres que tire la puerta abajo.

Mimoun no contestaba. Alguien habría podido pensar que todo aquello le daba igual, si no fuera porque la sangre le subía cada vez más de prisa por las venas del cuello. Hijo de puta, hijo de puta, qué manía con insultar a la abuela siempre que pasaba algo. Desde dentro también la podía oír. Que si déjalo, que si ya sabes cómo es, que si ya saldrá mañana.

Pero quedar en ridículo delante de alguien a quien respetas te hace subir la rabia a la boca, a los puños, por todas partes, y ya no puedes parar de maldecir y de dar golpes. Hacía tanto rato que estaba allí insistiendo que Mimoun empezó a pensar que esta vez no le dejaría escapar, que no lo dejaría marcharse así como así. Le vino a la memoria el recuerdo de la chumbera y pensó que si aquello sucedió cuando todavía era un niño, el castigo de ahora sería aún mucho peor para que le hiciera algún efecto.

Esperó preparado junto a la puerta. Esperó a que el abuelo la reventara mientras la sangre no paraba de golpearle en el cuello, en las sienes.

Finalmente el abuelo cogió impulso y golpeó con el hombro la superficie de madera, tan fuerte como pudo. Y otra vez, y otra más. Y aún otra mientras las hijas, la esposa, las primas y la cuñada subían de la casa de abajo al oír los gritos e intentaban detenerlo. Malparido es lo último que dijo antes de que la puerta se abriera y rebotase contra la pared.

Se miraron los dos a los ojos, uno frente a otro. No sabemos si Mimoun todavía tenía miedo, no sabemos si el abuelo tenía miedo, pero Mimoun sacó el puño bien cerrado desde atrás y golpeó la nariz de su padre tan fuerte como pudo. Con los ojos cerrados y antes de darle la oportunidad de poderle pegar.

Mimoun no se quedó a esperar la reacción de su padre, habría sido demasiado arriesgado. Se escabulló por entre toda aquella gente que trataba de detenerlo, deshaciéndose de todos los brazos y manos que se le acercaban, y no supo si le había hecho mucho daño, si la nariz le había comenzado a sangrar o si todo aquello le había caído como una jarra de agua fría. Era la primera vez que un hijo pegaba a su padre, era trastocar el orden natural de las cosas, era algo que nunca nadie se hubiera imaginado.

Mimoun huyó tan lejos como le permitieron sus piernas y cuando llegó al río, a resguardo de todo, le dolía todo el cuerpo. Buscaría cobijo en aquel hueco que formaban las paredes de barro y que al anochecer incluso te permitía notar la calidez, como un abrazo, y se quedaría los tres días que dicen que estuvo fuera de casa.

Qué hizo, dónde comió y cómo durmió durante aquellos tres días es algo que no sabe nadie. Sólo sabemos que a partir de entonces el abuelo empezó a sentirse vencido y a pensar que quizá nunca podría enderezar a ese monstruo que tenía por hijo.

La abuela tuvo también el convencimiento de que aquello era una prueba evidente de que su hijo no estaba bien, no está bien, os digo. Se pasó tres días y tres noches yendo arriba y abajo, preguntando a las vecinas si lo habían visto, haciendo y deshaciendo todos los caminos del pueblo, deteniendo a los chicos jóvenes para rogarles, hijos míos, os lo pido por Dios, que lo buscasen y que si lo encontraban le dijeran que volviera a casa, que está matando a su padre, que estás matando a tu madre. Debió de ser entonces cuando el arco que le formaban los labios se le empezó a caer, cuando le empezaron los dolores de barriga, tan intensos que se tenía que estrechar el cinturón para frenar el dolor.

Un día Mimoun pensó que ya tenía bastante y apareció por la parte de atrás de la casa, polvoriento y con la cara sucia. Debió de ver a una de las tías, que recogía la ropa, y la llamó en voz baja, chsss, chsss, eh. Mimoun, Mimoun, seguro que dijo la tía antes de romper a llorar. ¿Está padre? Ella le dijo que no, que entrase a comer algo, abrazos, y lo debió de conducir hasta la maldita habitación que tantos recuerdos le despertaba. Eso no se le hace a una hermana, Mimoun, hace tres días que no dormimos por tu culpa, no sabíamos si estabas vivo o muerto. No se hace, no se hace. Y debían de rodearlo todas, llorando, disculpándolo por lo que había pasado, si nosotras ya lo sabemos, tú no estás bien, ya lo sabemos.

Seguro que la abuela se mareó y todo al volverlo a ver, como todavía le pasa hoy en situaciones similares.

Al verlas así, tan preocupadas, y pensando en el abuelo, que aún tenía que volver del trabajo, pensando en el hambre que había pasado y en cuánto había echado de menos su casa, Mimoun volvió a saber que ése no podía ser su destino.

ALGUIEN A QUIEN DOMESTICAR

Para la ocasión especial que suponía la boda del segundo primo, Mimoun había conseguido un artículo de lujo con el dinero ganado con los últimos trabajillos en la ciudad, haciendo de aprendiz de albañil de quien acabaría siendo su cuñado.

Había hecho calentar toda el agua que cabía dentro de la olla más grande que tenían sus hermanas, se había metido en el baño con la palangana de agua fría, que iba mezclando con la caliente de la olla, y había ido llenando la estancia de vapor. Se fue tirando el agua por encima con la taza de cerámica que tenían para ese uso y se frotó con la manopla rugosa de su madre. Se quitó la piel sobrante de cuerpo y rostro, el polvo del campo que se le había ido adhiriendo, el olor de los animales y todos los olores posibles. Se vistió con su mejor ropa, aquellos pantalones de perneras amplias y de cintura muy estrecha, tanto que le había costado meterse dentro, la camisa de cuadros con los puños anchos y la solapa bien puntiaguda. Se miró al espejo antes de coger de encima del estante la pequeña tarrina de color azul, la más pequeña y barata que ofrecían los vendedores de especias. Nivea, ponía, pero él decía *nivia*; todo el mundo conocía la famosa crema que se usaba para casi todo.

Mimoun la quería para domar los rizos de negro que siempre había tenido, ahora que había decidido dejarse crecer un poco el pelo. Ve al barbero de una vez, Mimoun, le repetía el abuelo, pero él se hacía el sordo y, como ya había pasado el incidente del puñetazo, éste no debió de insistir demasiado. Vete al barbero, que pareces un hippy de esos. Cuando se hubo peinado y repeinado, con la crema pastosa marcándole las ondas y sin los esponjosos rizos, su rostro pareció más redondo. Se le ocurrió que parecería más blanco si se ponía la crema por la cara. Así pues, Mimoun salió por la puerta reluciente, de cara, de pelo, con los pantalones haciendo ras ras y los botones de la camisa a punto de reventar, de tan ceñida que la llevaba. Aquél tenía que ser el día de su triunfo. Ya nadie podía parar a ese Elvis moro perdido en pleno campo. Salió de casa vigilando para no toparse con el abuelo, que le habría dicho de todo por ir vestido de esa forma tan estrafalaria.

Pero Mimoun triunfó, y mucho. Tenía un encanto especial con las chicas, dicen que por culpa de la perfecta latitud de su peca sobre el labio, pero también hay quien dice que era su modo de hablar, cómo las hacía cómplices y las engatusaba para que se dejaran hacer todo lo que a él le apetecía. Te juro que serás mi mujer, bonita, pero más adelante, que ahora no tengo dinero para la dote ni para la boda. ¿Con quién más podría casarme, si no? Y sonreía de tal forma que no le podían decir que no, con todos los dientes tan bien puestos llenándole la boca. No, no podían decir que no.

Con sus primas todo era aún más fácil, tan a su alcance, siempre tan dispuestas. Fatma se le seguía ofreciendo y él, cuando no tenía otra alternativa, la utilizaba para desfogarse. Pero sólo cuando no tenía nada más qué hacer; todavía le daba asco que por allí hubieran pasado otros hombres.

Para Mimoun, las mujeres que no se sabían hacer respetar, que no preservaban su honor, eran eso, sólo cavidades donde deshacerse de la propia tensión. Y aun así las mujeres lo adoraban, y más todavía con ese aspecto moderno y forastero que le daba la *nivia* sobre las mejillas enrojecidas por el alcohol y aquella vestimenta que ellas sólo habían visto en las carátulas de las cintas de Rachid Nadori con su guitarra.

No se sabe si era por la edad o por el trato preferente de que siempre había disfrutado, pero Mimoun era de los pocos chicos que podía estar tanto en la zona reservada para los hombres como en la zona de las mujeres. Entraba tranquilamente a hablar con las que conocía y ninguna de las otras se tapaba púdicamente la cara con el borde del vestido ni gritaba, ¡un hombre, un hombre! No, era un hecho natural que el hijo de Driouch, a pesar de tener la edad en la que otros chicos ya ni osaban levantar la vista hacia las mujeres de su propia familia, siguiera teniendo acceso a los espacios reservados y nadie se planteara que aquello iba contra las normas establecidas. Mimoun se había ido acostumbrando a que, para él, las normas se exceptuaban siempre. ¿Verdad que te casarás conmigo, guapo?, decía alguna, y las demás soltaban un ah, por tan insolente que había sido la chica pidiendo en matrimonio a un hombre. Pero se añadían otras que lo reclamaban, y él decía que sería tan rico que podría casarse con todas ellas y les preguntaba si tendrían bastante con tenerlo sólo una noche

de vez en cuando. Las señoras más mayores exclamaban, ay, vete, descarado, que no tienes vergüenza, pero también se reían y lo miraban, cómplices.

Aquella noche central de la boda, la segunda de los tres días que duraba la fiesta, llevaron un grupo musical, con unas bailarinas de piel blanca que hacían los coros. Muy rellenitas y con los labios pintados de rojo sangre. Mimoun había charlado bastante con una de ellas en su árabe rudimentario. Después de acompañar al novio a su habitación para que dejase las manos marcadas en la pared con hena y de cantarle el *subhanu-jaili*⁵ mientras lo hacían pasear por toda la casa, la fiesta acabó y los chicos jóvenes entraron en una de las estancias para seguir bebiendo. Las bailarinas también estaban, y tanto el padre del novio como la madre hicieron ver que no sabían nada de todo eso; sólo quedaban familiares muy cercanos, y ya se sabe que esas cosas pasan en todas las bodas.

La bailarina que había conocido Mimoun no tardó en ofrecérsele, consciente de que eso entraba dentro del paquete de la actuación.

⁵ Canción que los acompañantes y amigos del novio le cantan en la segunda noche de la boda.

El chico recordó al día siguiente la imagen borrosa de él mismo en la boca de la chica, muy roja. Estaba de pie al lado del novio mientras iban en busca de la novia, que salía de la casa tapada de arriba abajo con la chilaba de lana de su padre cubriéndole incluso el rostro. La madre de la novia lloraba y las chicas que la rodeaban daban palmas y cantaban todas a la vez.

Y allí en medio, entre tanta gente y alboroto y confusión de fiesta, allí mismo, Mimoun se enamoró. La vio algo detrás de las otras chicas, delgada, muy morena, muy morena, con la cabellera suelta cayéndole hasta la cintura, reflejos rojizos. Sonreía como todas y se miraba las puntas de las babuchas. Ella levantó la cabeza y lo vio, sonriéndole, y no pudo apartar la mirada de él. Qué vergüenza, debía de pensar, mirar a un hombre directamente a los ojos de esta manera, pensará que le gustas, qué vergüenza. Volvió a mirarse los zapatos, completamente ruborizada bajo la piel morena, y Mimoun lo supo. Por el modo en que había bajado la mirada, supo que ésa era la mujer a la

que podría domesticar, con la que crearía unos vínculos tan intensos que no podrían deshacerse nunca, nunca.

11

LAS PUTAS, EN CASA DE LOS DEMÁS

Las hermanas mayores de Mimoun eran mujeres como es debido, mujeres que nunca habían creado ningún problema, prudentes, trabajadoras, honestas, y a ninguna se le había conocido nunca ni un solo flirteo, ni una sola mirada poco decorosa antes de su boda. Mimoun estaba orgulloso de ellas, sobre todo desde que había comprobado que en el mundo había muchas mujerzuelas que necesitaban un hombre como si fueran perras o conejas. Sus hermanas eran como se debe ser, castas.

La tía Fati era guapa, muy guapa, demasiado para ser hermana de Mimoun. Ella no tenía la culpa de eso, claro, pero ya nació muy blanca de piel, muy diferente a las otras, y con un cabello muy negro que le enmarcaba la mirada. La tía Fati venía después de Mimoun y él siempre la había querido mucho, muchísimo, era dulce y tierna, parecía que se fuera a romper.

Pero, como hemos dicho, tenía el defecto de ser demasiado guapa.

Mimoun ya le había advertido muchas veces, pobre de ti que te encuentren hablando con algún chico. No quiero que hables ni siquiera con los primos, que van todos muy calientes, que conozco a los hombres mejor que tú y sé de qué hablo. ¿Queda claro?, le decía mientras le tocaba con suavidad el lóbulo de la oreja.

A ella le gustaba cantar, bailar y pensar que algún día viviría en un lugar donde no tuviera que trabajar tanto como ahora. En una ocasión volvía del río con la colada sobre la cabeza mientras cantaba aquello de la chica que quería ir a la ciudad con su amante para comprarse joyas. Y al atravesar la carretera no vio que, agazapados bajo un árbol, la escuchaban sus primos y otros chicos del pueblo. Estaban tan escondidos que no los había visto.

Mimoun estaba con ellos y bromeaba con la canción diciendo que si yo te pillara ya verías si te quedaban ganas de ir a la ciudad; hasta que asomó la cabeza por debajo del árbol inclinado para ver de quién era

ese culo que se movía con tanta gracia y se dio cuenta de que hablaba de su hermana. No dijo nada a los otros y arrancó a correr hacia donde ella estaba, todavía cantando iremos a la ciudad, te llenaré de joyas de oro, iremos a la ciudad. No vio cómo se preparaba para coserla a patadas. La cogió tan por sorpresa que la empujase con esa fuerza que la cara le fue a parar al suelo y, cada vez que trataba de levantarse, él la volvía a abatir. Hasta que llegaron a casa, todo el camino fue así.

Incluso la abuela se enfadó con él, qué le estás haciendo a mi hija, bestia, lárgate, hombre, vete a medirte con los de tu edad, y no con una pobre criatura. Él debía de decir eso tan recurrente de es una puta, y contaría que había pasado provocando a los chicos del pueblo como si estuviera en celo, cantando canciones de putas como ella.

La tía Fati debió de llorar sobre el regazo de la abuela, mientras ella decía, mira que tú, ¿cómo se te ocurre hacer eso?

Y así fue como Mimoun puso en el punto de mira a Fati, no se sabe por qué ella y por qué entonces. Quizá porque las otras hermanas eran demasiado pequeñas, ya hemos dicho que las mayores eran perfectas y que el rival número dos, que se llamaba igual que el rival número uno, todavía no molestaba demasiado. O quizá por el hecho de ser ella como era.

Fati tenía el defecto de hablar mucho con Fatma, la prima. De dejarse enredar por ella, que no tenía a nadie que la vigilara y que siempre hacía lo que quería. Le enseñó una foto de esa cantante tan famosa del sujetador y le dijo: te quedaría perfecto, como a ella, con ese pelo tan liso que tienes. Fatma cogía las tijeras y le peinaba un mechón de cabello sobre el rostro. Fati se puso a temblar cuando Fatma empezó con ese ruido que te pone la piel de gallina y fue siguiendo una línea recta por encima de las cejas de la tía. Ella veía caer su pelo abajo, abajo, y sabía que no se lo podría volver a pegar.

Cuando la abuela la vio debió de decir ¿qué has hecho con tu pelo, loca? No es ni siquiera *aixura*⁶ y te cortas el pelo, y encima te lo dejas hacer por esa bruja. ¿Es que no ves que te crecerá más despacio?, pues ya sabía que ella tenía la mano maldita. Y aún añadió, tápate con un pañuelo si no quieres que tu hermano te mate.

La tía Fati se ajustó el pañuelo sobre la cabeza antes de que nadie pudiera verla. No estaba escrito en ningún lugar que cortarse el flequillo estuviera prohibido, pero si su madre decía que se tapara era que se tenía que tapar.

Fueron pasando los días, casi no se acordaba del miedo que le tenía a Mimoun.

Un anochecer estaba en el patio de afuera hablando con Fatma, junto a los arbustos que dividían los dos territorios a modo de frontera, y criticaban a las hijas de vete a saber quién o a la mujer de tal cuando Mimoun pasó frente a ellas. Fatma lo saludó y Fati reía mientras se retorcía un mechón de cabellos de la frente, con el pañuelo tan atrás que amenazaba caerse. Era y es así, la tía Fati no ha sabido nunca intuir el peligro. Vio que el rostro de Mimoun cambiaba y dijo: ¿qué? Empezó a correr sin esperar su respuesta. Mimoun saltó los arbustos y no tardó en cogerla. Pero déjala, Mimoun, que sólo estaba hablando con su prima, pero ¿qué ha hecho?

Fati aún se preguntaba qué había hecho mientras Mimoun le pegaba con manos y puños con todas sus fuerzas. Al ver que no le podía hacer tanto daño como quería sólo con los golpes propinados con las extremidades, Mimoun decidió buscar algo más contundente. Fati aún se preguntaba qué había hecho mientras notaba que

⁶ Mes del calendario musulmán durante el cual es tradición cortarse el pelo.

se le clavaban las cadenas con que habían atado al perro en el patio de afuera. Aún se preguntaba qué había hecho cuando pensó que se moría y lo vio todo oscuro, oscuro.

12

UNA BONITA HISTORIA DE AMOR

A los dieciséis años no se suele saber qué se quiere hacer con la propia vida ni se suele pensar en formar una familia ni en tener hijos. Pero Mimoun también era diferente en ese aspecto y él, a la edad de dieciséis años, ya sabía que aquél no era el mundo donde habría de vivir, pero también sabía que quería muchos hijos de una mujer que tenía que ser sólo suya y en la que no entraría ningún otro hombre que no fuera él. Lo tuvo claro desde el momento en que vio a aquella

muchacha morena de pelo largo que lo había mirado unos instantes que le parecieron eternos, pero que sólo eran eso, unos instantes. Porque si lo hubiera mirado con descaro como habían hecho otras chicas durante la boda, él no se habría fijado nunca en ella.

Lo tuvo tan claro que fue a hablar con el primo que se casaba. ¿Quién es ésa, quién es? Entre canciones y «iuius» estridentes oyó que era hija del tío de la novia, muy buena chica y de casa de honor. Muchas hermanas, de las que jamás se había oído hablar mal. Ya lo tenía, le habían confirmado su hipótesis: era la mujer perfecta para tenerla para él solo.

No dijo nada mientras duró la boda, ni a lo largo de los siete días en los que la novia no puede ver a nadie que no sea su marido, esperó a que su primo segundo acabara la luna de miel retenido en la alcoba de la nueva esposa y al acabar lo abordó aprovechando una de sus salidas al patio para fumar. Me tienes que decir si la hija de Muhand de Allal está disponible o no, dime que es para mí, hermano. Y el hermano le dijo que no estaba comprometida ni casada ni pedida en matrimonio por nadie, pero que él era demasiado joven para casarse, que para eso hacen falta otras cosas en la vida y él todavía era un saltabardales incapaz de encontrar un trabajo. Mimoun ya no lo escuchaba.

Se había ido a hablar con su hermana mayor, que seguro que le ayudaría. Me quiero casar, le dijo, y ella no podía parar de reír y reír. Lo digo en serio, es la mujer de mi vida. Esa negra que parece una esclava de las que salen en las historias que cuenta madre. Venga, va, deja de bromear, Mimoun.

Y habló con su hermana segunda, y con la tercera; todas reaccionaron igual. Decidió hablar directamente con su madre y que ella se lo explicara a su padre. No te casarás antes de poder mantenerte a ti mismo, ¿de dónde quieres que saquemos la dote? ¿Sabes cuánto pedirá su padre, si ella es tan buena chica como dicen? A mí no me importa que sea tan morena, hijo, pero es que es demasiado buena para ti y tu fama no es la mejor del mundo; su padre tendría que estar loco para dártela en matrimonio. ¿Por qué no te conformas con una de las hijas de *rhaj* Benissa? Ya he hablado de ello y están dispuestos a darte a una de sus hijas.

Mimoun ya no la escuchaba. Debía de mirar a la abuela muy fijamente sin verla, apretando los dientes y moviendo los músculos de la mandíbula, como solía, pensando en lo que tendría que hacer para salirse con la suya. Hasta que miró a su madre a los ojos y dijo, sin ni siquiera gritar, si no vamos a llevar un saco de azúcar a casa de Muhand me mataré.

Lo dijo tan serio que la abuela se asustó, no serás capaz, desgraciado. Él ya salía de casa y sus hermanas gritaban ¡no hagas ninguna barbaridad, Mimoun! Mimoun, espera, no te vayas.

Tanto las chicas como todo lo que las rodeaba quedó en suspenso, todas llevaban un signo de interrogación sobre sus cabezas y parecían contener la respiración. No sabían dónde estaba Mimoun ni qué maquinaba. Por si acaso, en cuanto llegó el abuelo le plantearon el tema. Cuando ya estaba sentado frente a la puerta y se bebía medio adormilado un vaso de vino, dijeron aquello de padre, tenemos que hablar contigo, justo después de besarle la cabeza en señal de respeto.

Pero ¿es que se ha vuelto loco, este chico? ¡No tenemos dinero ni para comprarle unos zapatos y nos pide una mujer! Ni pensarlo, ni pensarlo.

Mimoun llegó al anochecer y sus hermanas se lo quedaron mirando. ¿Qué? Padre dice que no, que no tenemos dinero ni para la boda ni para la dote. Él no tardó en emitir sentencia: ya podéis decirle a madre que su primer hijo está muerto. Y se fue mientras las chicas intentaban detenerlo.

La abuela debía de dar vueltas arriba y abajo sobre la arcilla del patio cuando lo vio entrar. Llevaba toda la camisa manchada de sangre y un cuchillo con la hoja oculta, justo a la altura del estómago. Mimoun tenía cara de estar sufriendo, tenía cara de haberse clavado un cuchillo en el vientre, y la abuela sólo tuvo tiempo de decir «qué» antes de desmayarse. Las hermanas empezaron a gritar arrancándose las vestimentas y él pedía ayuda con toda la ropa manchada de sangre.

Ya corrían a ayudarlo cuando se dieron cuenta de que el cuchillo se desprendía de su cuerpo, de que no lo tenía clavado y de que todo era una farsa. Tu hijo está muerto y es por vuestra culpa, seguía diciendo. Pero, Mimoun, ¿por qué nos haces esto? Mira a nuestra madre, Mimoun, ¿es que no te importa? ¿Es que no piensas en nadie que no

seas tú? Entonces soltó eso que suele decir tan a menudo: es en mí en quien nadie piensa nunca, soy la víctima de todo esto. Lo decía tan convencido y con tanta sangre alrededor que parecía que fuera verdad.

De cómo se había manchado de sangre circulan diversas versiones, pero la más conocida es la que cuenta el propio Mimoun: dice que se encontró una tortuga por los campos de delante de la casa blanca, que se quitó la camisa y que degolló al pobre animal encima de la tela.

La abuela debió de ser consciente de que aquello sólo era capaz de hacerlo alguien realmente enfermo y cedió a su chantaje, como hizo tantas veces a lo largo de su vida. Así fue como el gran patriarca pudo conocer a madre.

13

PARA DOMESTICARTE, TIENES QUE SER MÍA

Las dos versiones oficiales no han admitido nunca que Mimoun y madre se hubieran visto nunca antes de la petición de mano, ambas versiones defienden la castidad incluso en las miradas de antes del matrimonio. En cambio, la versión de mis tías dice que antes de casarse ya se habían encontrado varias veces y se habían dado un hartón de hacer manitas. No sabemos si se encontraron, si se vieron o si fueron más allá, ellos siempre han dicho que madre era demasiado buena chica para flirtear con un chico, aunque éste hubiera de ser su futuro marido.

El abuelo había pedido dinero en préstamo para comprar un hermoso saco de azúcar, galletas, cacahuetes, menta y verduras de todo tipo, y había hecho degollar unos cuantos pollos. Envío un emisario para que comunicase al abuelo segundo que iban a pedir la mano de una de sus hijas. Que irían tal día, que irían a comer. El abuelo segundo respondió que sería un honor recibir en su casa a una familia tan distinguida, como se suele decir en estos casos.

De modo que medio camino ya estaba recorrido y Mimoun se preparaba para su gran triunfo. Ese hombre al que no conocía le provocaba una sensación nueva, mezcla de miedo y respeto. ¿Qué pasaría si decía que no? No le podría montar un espectáculo para que cediera, no lo conocía de nada. Si lo amenazaba con matarse

seguramente no le importaría demasiado, pues lo que más en cuenta debía de tener eran el futuro y la seguridad de su hija.

Mimoun se levantó más temprano que nunca. Rezó a conciencia, incluso una oración entera, sin recordar cuándo fue la última ocasión que lo hizo. Después de inclinarse por enésima vez, se sentó sobre las rodillas, juntó las manos haciendo un hueco de cara al cielo y habló con Dios directamente en rifeño, en su propia lengua. Por primera vez en su vida. Por favor, por favor, por favor, Señor mío, haz que ella sea mi esposa, Señor mío.

En la otra habitación, la abuela debía de rezar para pedir exactamente lo contrario. No se imaginaba a su hijo de dieciséis años manteniendo a una mujer, por fuerte y robusto que se hubiera hecho; no se lo podía imaginar tutelando a una esposa. Por favor, por favor, Señor mío, no se la concedas.

Mimoun se había puesto la chilaba blanca de los viernes, que ya hacía tiempo que no vestía, y las babuchas de color azafrán. Parecía formal y todo, vestido a la usanza tradicional, con el cuello tan impecable. Se llevaron los tres burros e hicieron el viaje de dos horas encima de los animales hasta llegar al pueblo vecino. Seguro que el abuelo no dejó de repetirle: sobre todo, tú, callado, sobre todo.

Mimoun quizá pensó que, por una vez, le debería hacer caso.

Al llegar, las mujeres se fueron con las mujeres y el abuelo y Mimoun fueron a sentarse con el abuelo segundo y con el hermano mayor de madre. En aquella habitación olía a incienso, y a Mimoun el abuelo segundo le pareció un hombre tranquilo. No lo miró demasiado, muerto de vergüenza. Se sentó al final de las mantas colocadas a lado y lado de la estancia, muy cerca de la puerta, por si tenía que marcharse corriendo, y no hacía otra cosa que mirar al suelo. El abuelo nunca lo había visto en esa actitud y el abuelo segundo pensó qué chico tan bien educado, qué callado, qué respetuoso.

Se fueron sucediendo las letanías de elogios mutuos de los dos abuelos, que si había oído hablar mucho de su familia, que si no había nadie como ellos en el pueblo, que si ya hacía generaciones y generaciones que se hablaba de ellos, que si su honor estaba impoluto.

Mimoun los escuchaba sin levantar la mirada y se iba mordiendo el labio, moviendo los dedos de los pies, encima de los que estaba sentado,

para que no se le durmiesen. No se atrevía ni a cambiar de posición. Los dos abuelos debían de reírse, tranquilos, mientras él sólo pensaba en qué poder tan grande tenía ese hombre en su vida y en que él no podría hacer nada si éste no lo quería como yerno.

Sirvieron miel con un trozo de mantequilla en medio, carne estofada con ciruelas y pollo con almendras, cuscús dulce, fruta y pastelillos, pero Mimoun casi no probó nada, a pesar de la insistencia del abuelo segundo y del hermano mayor de madre. No, no, ya estoy lleno. Venga, no tengas vergüenza, que casi somos familia, dijo el abuelo segundo, y a Mimoun el corazón le dio un salto. ¿Eso era un sí, o era porque era el tío de la mujer del primo segundo de Mimoun? Sí, hombre, sí, ya somos familia, no hace falta que me vengas con cumplidos.

A medida que el mediodía iba avanzando y se oía el clonc clonc de los platos que se lavaban en el patio, a Mimoun la espera se le hacía más insufrible. Aquel hombre daba la sensación de estar más tranquilo a cada rato que pasaba, y cada vez que lo miraba su poder le parecía mayor. Debía de pensar, cabronazo, sabes que estas muy por encima de mí, ¿verdad? Ahora el té, ahora hay que dejarlo reposar, ahora hablamos de los tiempos que corren y de cómo ha cambiado todo. Los abuelos disfrutaban de la conversación con la parsimonia precisa en estos casos, mientras que Mimoun sólo tenía ganas de gritar: ¿me la da o qué?

Pero recordaba las palabras del abuelo y no decía nada. Ya estaba medio adormilado cuando oyó que le decía: amigo mío, antes de que se haga tarde tendríamos que hablar del motivo de nuestra visita. Ya debéis de intuir que queremos que nos concedáis la gracia de ser vuestra familia y que vuestros nietos y los míos sean los mismos. Es por eso que os pido en matrimonio a vuestra tercera hija para mi hijo Mimoun, mi primogénito.

Mimoun enrojeció hasta las orejas, a pesar de la piel morena.

El abuelo segundo dijo que sus dos primeras hijas todavía estaban por merecer y que él prefería que fuera la primera la que se casara con Mimoun. Éste se volvió repentinamente hacia su padre y el abuelo lo debió de mirar de aquel modo que quería decir espera, no corras.

Es un honor para nosotros que nos ofrezcáis a la mayor de vuestras hijas, pero es que hemos oído hablar tanto de la tercera, de sus habilidades en las tareas de la casa, de su obediencia, de su actitud impecable, que mi hijo y yo mismo pensamos que es la mujer adecuada para él. Me tendréis que dejar que consulte con el resto de mi familia, respondió el abuelo segundo.

El abuelo segundo los dejó solos y tardó un rato en volver. El abuelo y Mimoun se miraron, y después fueron recorriendo con los ojos los relieves de las paredes encaladas.

Los minutos de espera debieron de hacerse eternos. Mimoun pensaba en lo que tendría que hacer si el abuelo segundo le decía que no, que no te quiero para mi hija.

Oyeron a una mujer que hacía un «iuiu» muy alto en algún lugar de la casa y Mimoun no se lo creía.

El abuelo segundo entró en la estancia y fue directamente a estrechar la mano del abuelo, sonriente. Acercó la mano hacia Mimoun, que aún tenía la vista clavada en la pared, y le dijo: felicidades.

14

ME VOY

Dios había escuchado a Mimoun, y no a su madre. Así había ido y nadie se lo podía creer. Nadie. De cómo pudo suceder que aquel hombre tranquilo regalase su hija a ese chico de tan sólo dieciséis años, nadie puede dar razón. Él mismo, si hubiera podido intuir el calvario que le esperaba a su hija junto a aquel joven que parecía tan inofensivo, lo habría echado a puntapiés de su casa.

Todo el asunto sólo puede explicarse si aceptamos que Dios escuchó más a Mimoun que a su madre. Y es que en cuanto salió de la boca del abuelo segundo la palabra felicidades ya comenzaron los problemas.

¿Cómo haría para pagar la ceremonia de compromiso, que fijaron en seis meses? ¿Y los anillos? ¿Cómo pagarían la boda que se había de celebrar dos años más tarde, cuando madre ya fuera lo bastante mayor?

Nadie entendió que el padre de la futura novia, con lo reflexivo que solía ser para todo y con lo buen padre que era, no le hiciera ningún

cuestionario a Mimoun sobre todos esos temas. Aún hoy, si alguien se lo pregunta, se encoge de hombros y pone cara de interrogante. No lo sé, me pareció buen chico. Nadie ha dicho nunca lo contrario de él, todo el mundo ha estado siempre de acuerdo en que era buen chico y tenía buen corazón.

Por eso se pasó los siguientes seis meses en casa de su hermana mayor, ya casada, que vivía en la ciudad, trabajando de sol a sol y ayudando a llevar sacos de cemento arriba y abajo, baldosas y arena. Por primera vez en su vida, Mimoun decía que sí a todo y hacía lo que tocaba. Para ahorrarse el dinero del trayecto diario de casa a la ciudad y de la ciudad a casa decidió quedarse a vivir con la tía.

Así descansaron de él en el pueblo y él descansó del pueblo.

Estaba tan cansado que dejó de salir por las noches y de perseguir a las chicas por todas partes, e incluso llegó a rechazar la invitación de su cuñado de acompañarlo a casa de una amiga que se lo hacía por muy buen precio.

Te conviene salir más, Mimoun, le decía el marido de la tía, tú eres muy joven y tienes que divertirte. Pero Mimoun sólo pensaba en el dinero que debía reunir para el día de la ceremonia, en la ropa que debía vestir, en el anillo de compromiso y en toda la comida que tendrían que llevar. Un cordero, los pollos, etc. Ya tendría tiempo de pensar en el sexo; antes de nada tenía que conseguirla a ella. A las otras furcias las podría tener siempre que quisiera, pero ella no se le podía escapar. Sin saber cómo, estuvo seguro de que, si le fallaba, el padre de la novia era muy capaz de cambiarle la vida.

Así pues, cargaba y descargaba sin parar, se llenaba de polvo y sudaba, seguro de que ése no había de ser su destino, pero que bien podía serlo de modo temporal, sólo a corto plazo.

La abuela había bajado a la ciudad con Mimoun, debía de ser la segunda o tercera vez que iba en toda la vida. Sonreía mirándolo todo a su alrededor, el ajetreo incesante de los coches, los sobresaltos de las bocinas y los gritos de los vendedores ambulantes. Abría los ojos para captar todos los detalles de aquel batiburrillo de gente en movimiento y se hacía cruces de estar allí con su hijo, al que aún veía tan pequeño.

Mimoun la llevaba cogida de la mano, nervioso y contento por sentirla tan cerca, ahora que había tenido tiempo de echarla de menos

y sabiendo que la extrañaría mucho más. Mira, hijo, decía ella todo el rato, y se quedaba plantada en medio de la acera, sin darse cuenta de que entorpecía el paso de los viandantes.

Antes de ir a comer a casa de la tía recorrieron todos los comercios de oro de delante del paseo marítimo. La abuela no había visto nunca tantas joyas juntas, todas puestas en los escaparates, amontonadas. Delgados brazaletes de siete en siete o más gruesos de tres en tres, eso era lo que se llevaba. Y cadenas de perlas negras con una moneda de oro al final o coranes hechos de oro que se abrían y cerraban como un auténtico libro. En todo ello tenían que ir pensando para dentro de dos años, para la boda, pero ahora era el momento de conseguir un buen anillo de compromiso.

La abuela se debió de fijar en alguno de esos coronados por pequeñas piedrecitas, todas unidas y todas falsas, claro, y querría el más voluminoso, que se notara quién era su familia en los dedos de aquella chica a la que conocía tan poco. Mimoun no paraba de decir no, madre, éste no, ése tampoco, o dónde vas a parar con eso.

Pero la abuela no lo contrarió demasiado, contenta de que finalmente hubiera trabajado tanto para cumplir su objetivo. Seis meses sin Mimoun habían sido seis meses de tranquilidad. Incluso había ganado peso, y el ambiente que se respiraba en casa era más distendido, como si costara menos esfuerzo dejar ir una sonrisa o una carcajada.

Nadie lo decía en voz alta, pero casi todo el mundo se sentía aliviado por la ausencia del hijo mayor. El abuelo no tenía de quién quejarse, las hermanas mayores no sufrían por cualquier nimiedad y las pequeñas habían ganado libertad, y el rival número dos quizá vivió un poco más tranquilo. Y la abuela podía estar orgullosa de él por primera vez en su vida. Iba hasta el patio de la vecina a charlar mientras tomaban el té de media tarde y no podía evitar repetir, gracias a Dios, que ha devuelto la razón a mi hijo. Creo que esta muchachita debe de estar bendecida y que seguro que cambiará a ese pobre desgraciado, que lo único que se ha llevado en esta vida han sido sobresaltos. No se acordaba de los suyos, de tan dentro que los escondía. Se ha acabado el sufrimiento, se convencía. Cuando tenga a su mujer con él será feliz y ya no hará más locuras.

La vecina-cuñada decía que sí y se lamentaba de que Mimoun no hubiera elegido por esposa a alguna de sus hijas. Ya sabes cómo son los jóvenes de ahora, sólo quieren ir a la suya y hacer lo que les parece, debía de argumentar la abuela. Ya somos bastante familia tú y yo, ¿no crees?

No quedaba mucho para el día de la ceremonia de compromiso, y Mimoun estaba decidido a escoger el mejor anillo que encontrasen. Al final se pusieron de acuerdo y escogieron uno con tres piedrecitas, una junto a otra, todas de diferentes tonos verdosos, y la abuela había dicho, qué bonito.

Yendo hacia casa de la tía, Mimoun le dijo a su madre: me voy, madre, no puedo quedarme más aquí. Y ella se rió porque no lo entendía, ¿dónde quieres ir? Me voy al extranjero, a trabajar hasta que llegue el día de la boda. Me marcho al día siguiente del compromiso. A la abuela la sonrisa se le quebró allí mismo. ¿Qué tenía que hacer su hijo en un país extranjero?

15

POR UN NUDO DE DEDOS CON DEDOS

Aún debía de pensar en ello cuando entró en el piso de la tía y se descalzó para entrar en la estancia, cuando su hija la abrazaba y decía bienvenidos, bienvenidos, pasad dentro, qué alegría teneros aquí.

Pensaría en eso tan extraño que decía Mimoun de marcharse a otro país cuando mojaba el pan en el estofado de ternera y conversaba con la suegra sobre el compromiso y todo lo demás.

El día de la ceremonia hacía un viento de esos que agobian tanto y una llovizna imprecisa que molestaba todo el rato. Hacia media mañana ya estaban todos preparados encima de los burros, las alforjas bien llenas de los alimentos que iban a ofrecer a la que sería su nueva familia, el cordero atado con una cuerda a uno de los animales. Mimoun se había sentado con las dos piernas a un lado y tiraba de las riendas de vez en cuando para guiar a su mula. La lluvia indecisa se le metía por los huesos y se decía no podré no podré, no podré con todo esto. Pero el animal que lo cargaba no por eso se detenía y pronto

llegaron frente a la casa, donde los recibieron entonando «iuius» de alegría y bienvenida.

Los hicieron entrar como la otra vez y al descargar toda la comida exclamaron un «no hacía falta que os molestarais» de los que se acostumbran a decir en estas ocasiones. Después de la eterna sucesión de platos de la comida, el abuelo segundo dijo ya es la hora y sacó a Mimoun al patio con todos los hombres que venían con él.

En la otra parte del patio se encontraban todas las mujeres, tapándose con la mano o con un borde del vestido en los labios para no ser vistas por hombres aún desconocidos. Entre ellas estaba madre, con un caftán blanco blanco, cubriendo su piel morena. Con un cinturón trenzado que le ceñía la cintura, delgadísima de tanto trajinar por la casa, con la mirada clavada en el suelo, según suelen contar las versiones oficiales, aunque cuando Mimoun está bebido puede llegar a dar alguna otra.

La debió de ver, debió de temblar, y tembló más todavía al tenerla cerca, aunque las mujeres cantaran, aunque todo los envolviese, no dejaba de ser un encuentro íntimo, el primero, expuesto públicamente.

El abuelo dijo al abuelo segundo que menudas modernidades, que en nuestros tiempos eso de verse y ponerse el anillo habría sido impensable, que ellos hasta que no la tenían en casa no sabían qué cara tenía su mujer.

Y así fue como Mimoun tocó por primera vez a madre, o al menos ésa es la versión oficial de ambos. La tocó todo él tembloroso ante hombres y mujeres a los que conocía de toda la vida y ante hombres y mujeres a los que no conocía de nada. Cuando le puso el anillo en el dedo se debió de estremecer y debió de tener la certeza, ahora sí, de que empezaba a crear vínculos.

16

UNA MALETA DE RELUCIENTES HEBILLAS

Mimoun había hecho cola delante de la oficina toda la mañana, desde primera hora, como le habían recomendado. Había dormido en casa de su hermana y se había levantado más temprano que ninguno de los que después esperarían con él para hacerse el pasaporte.

El funcionario llegó tarde, caminando como si fuera de paseo, sin ni siquiera mirar a toda la gente que lo esperaba. Llevaba esa especie de bigote que suelen llevar los funcionarios, como de morsa, y masticaba un palillo que movía de un lado a otro de la boca. ¿Qué se tenía que mondar a esas horas de la mañana? ¿El desayuno?

Al cabo de una hora de esperar en cuclillas, el hombre morsa abrió la puerta de su despacho y dio un bostezo antes de decir quién es el primero. Miró la partida de nacimiento de Mimoun, ya amarillenta de tan guardada que la tenían, y empezó a leer. O sea que de Beni Sidel, ¿no? ¿Dónde demonios está eso? ¡Malditos rifeños! Mimoun no entendió el insulto, no por la falta de comprensión del árabe, que había ido puliendo durante su estancia en la ciudad, sino porque no entendía qué le habían hecho los rifeños a ese desgraciado. Hijos de puta, vosotros, debía de pensar Mimoun, pero no dijo nada.

No puedo hacerte el pasaporte hasta que tengas dieciocho años, no es legal. A Mimoun le costaba imaginarse a aquel tipo preocupándose por la legalidad de las cosas. ¿Es legal que seas un gandul malparido? Vuelve dentro de un par de años, guapo, a ver si has crecido lo suficiente para poder marcharte del país.

Mimoun se fue sin tan siquiera poder insultar al funcionario, y a punto de clavarle un puñetazo al primer mendigo que pasó por allí. Al cabo de un buen rato se encontró con su cuñado, que le dijo, hombre, ¿es que no sabes cómo funcionan estas cosas? ¿Y tú quieres ir por el mundo y no sabes ni cómo va tu país? Ese cabronazo sólo quería la propina que le corresponde, le tienes que pagar algo y él te hará el pasaporte aunque seas un niño de pecho. ¿No ves que este país funciona así?

Mimoun tuvo que volver a casa sin el pasaporte y le dijo a la abuela: debo irme, madre, debo irme. ¿Dónde quieres ir, hijo? ¿No ves que atravesar el mar es muy peligroso, que puedes morir en el intento y que no serías el primero? A la abuela siempre le había dado miedo el mar, fuese como fuese. Tanta agua junta no puede ser buena, decía. El agua, para beber, no para ir por encima.

Mimoun le dijo, madre, necesito dinero para irme, me lo he gastado todo en la ceremonia, y ella decía, ¿y de dónde quieres que lo saque yo? Lo necesito, ¿lo entiendes?, tengo que ir a trabajar dos años, y volveré

para comprarme mi propio camión. Después ya no tendrás que sufrir más por mí, madre. La abuela probablemente pensó que todo aquello sólo era el principio del sufrimiento y fue a hablar con su marido. Ya es un hombre, le dijo, que tome sus propias decisiones. Pero movía la cabeza de un lado a otro pensando qué maldita idea se le habría metido ahora entre ceja y ceja. No se lo imaginaba con los españoles, aguantando todo lo que le dijeran, los insultos, como solían hacer con los moros. No se lo imaginaba sometido a un jefe español que le mandase todo el rato lo que tenía que hacer y cómo lo tenía que hacer, ni siquiera dos años.

Es un hombre, que haga lo que quiera, decía, pero era para no tener que sufrir otro episodio parecido al de la tortuga, o puede que peor.

A la abuela sólo se le ocurrió una solución para financiar el viaje de su hijo. Sin que el abuelo se enterase, había sacado de entre las mantas bien dobladas y guardadas encima del estante del fondo de su habitación uno de sus brazaletes de oro. Lo había envuelto en un pañuelo de esos del abuelo ribeteados de azul y se lo había dado a su cuñada-vecina, que iba a la ciudad casi cada semana. Le dijo en voz baja, a ver cuánto puedes sacar y que no lo sepa nadie, por Dios, que nadie se entere de que vendo parte de mi dote.

La vecina-cuñada le devolvió bastante dinero, dinero que la abuela le dio a Mimoun. Él le besó la frente y le dijo no te arrepentirás, madre, te compraré tantos brazaletes cuando vuelva que no tendrás suficientes brazos para lucirlos. Lo había prometido. Estoy convencido de que esto irá bien, madre. Y lo estaba, estaba convencido de que ése era el destino que le tocaba vivir. Se estremecía de emoción al pensar que se deshacía el destino que le había tocado hasta entonces, el pequeño, mísero e injusto destino que le perseguía desde su nacimiento.

Mimoun se fue a la ciudad para comprar el pasaporte, el billete de barco y una maleta, pues no quería ir a recorrer mundo con un hatillo.

La abuela le había puesto toda su ropa y un Corán pequeño encima de un gran pañuelo y había atado las puntas, pero Mimoun llegó con una maleta nueva de relucientes hebillas y debió de decir, ¿dónde quieres que vaya con eso, madre? ¿Es que te crees que voy a ver a uno de tus morabitos?

Su madre le dejó hacer. Al día siguiente, al despuntar el alba, la abuela ya lloraba, como hacía en todas las despedidas. Adiós, madre, dijo, y se debió de marchar corriendo para no sentirse el corazón encogido por la futura añoranza.

El abuelo lo acompañó hasta el barco, pasada la frontera, y lo debió de mirar de hito en hito antes de despedirse. Puede que Mimoun no supiera qué decirle y que no entendiera que lo iba a echar de menos, a pesar del incidente de la chumbera y de otros parecidos. Adiós, padre, le dijo besándole la cabeza. Adiós, hijo, debió de decir el abuelo, mientras lo veía desaparecer engullido por la pasarela del barco.

17

VIAJE

Si a los dieciséis años no se suele pensar en el matrimonio ni en formar una familia propia, aún es menos frecuente que alguien que no ha salido nunca del círculo formado por su pueblo y por la ciudad más cercana se decida a atravesar fronteras e ir a parar a un país desconocido.

Podríamos pensar que lo que empujó a Mimoun a penetrar en aquel enorme monstruo de hierro que flotaba encima del agua fue el amor, sería muy fácil explicarlo así, mediante la simple persecución platónica de la media naranja. Si no fuera porque hacía ya tiempo que Mimoun se movía con la firme convicción de que aquél no era el destino que le tocaba vivir. Debía de estar muy convencido si se metía en un lugar no sólo desconocido sino inimaginado del todo, por él y por los suyos. Mimoun pensaba que aquel que había escrito en su libro del hado: Mimoun vivirá aquí y sufrirá todas estas carencias, lo habría de guiar y escribir encima: Mimoun vivirá allí y será feliz.

Así pues, es muy probable que el verdadero motor del viaje de Mimoun fuese el convencimiento de que cualquier alternativa sería mejor que lo que ya tenía, que de hecho él debía de considerar que no era nada. Y a pesar de ser el último gran patriarca, no podemos dejar de imaginárnoslo atemorizado en la cubierta del ferry, aferrado con fuerza a la barandilla sin atreverse siquiera a mirar al mar.

Nos lo imaginamos acurrucado sobre una butaca, abrazando la maleta de relucientes hebillas o usándola como almohada para tratar

de conciliar el sueño aunque sólo fuera unos instantes. No debió de dormir demasiado, preocupado por si alguien le robaba el dinero con que tenía que pagar el billete de autobús. Había quien hablaba como él, y a algunos, pocos, los entendía. Había quien hablaba español, y él sólo conseguía recordar los insultos que su padre gritaba en esta lengua, aprendidos cuando trabajaba para ellos.

Recordaría al abuelo incluso con pena, plantado allí, al principio de la pasarela, pero no se habían dicho nada que no fuera adiós, padre, o adiós, hijo.

Antes de embarcar le habían dado las instrucciones precisas desde el otro lado del hilo telefónico: Barcelona, Mimoun, tienes que encontrar el autobús que lleva a Barcelona. Ya lo verás, paran todos en el puerto y van por toda España, pero a Barcelona sólo hay uno. No te equivoques. Mimoun se debía de imaginar subido a un autobús que lo llevaba a un lugar donde no conocía a nadie y prestó más atención a la voz ronca, intentó memorizar el nombre de la ciudad que lo esperaba. Y baja en la estación del Norte, yo te estaré esperando, estación del Norte.

Lo había retenido todo y los nombres le resonaban en la cabeza mientras el barco se balanceaba. Mimoun no sabía cuál era el grado de movimiento normal y no habría sabido si se estaban balanceando demasiado y cuál era el punto en el que su vida correría peligro. No pienses en ello, no pienses en ello, y seguía comiéndose los huevos duros que su madre le había preparado para el viaje, con ese pan que tardaría tanto tiempo en volver a saborear.

Se debió de despertar con el hilillo de saliva que le bajaba por la comisura de los labios hasta la maleta y se secaría apresurado pensando que aún dormía en el suelo de su habitación. Miró a su alrededor y vio algunos cuerpos tumbados encima de la moqueta, envueltos en mantas o sábanas y con sus pertenencias muy cerca. Vio a un camarero de las cabinas que pasaba por allí con una bandeja en la mano y así recordó dónde estaba y hacia dónde iba. Preguntó la hora; debía de faltar poco para llegar al puerto. Por los pasillos había montañas de sábanas blancas que la tripulación iba sacando de las camas ya vacías.

Al bajar del barco se dio cuenta de que la luz de aquel país era ligeramente distinta y que los edificios no estaban encalados y eran más altos de lo que estaba acostumbrado a ver. Había seguido a alguien que se apresuraba hacia lo que parecían unas consignas con diferentes anagramas. Aquí no, si has de ir a Barcelona vete al otro, le había dicho un señor de mediana edad en su propio idioma. Venga, ve hacia allí.

Una chica repeinada y vestida con un uniforme azul le decía algo mientras él repetía: Barcelona, Barcelona. Ella siguió hablando y él cogió el fajo de billetes que llevaba encima y lo hizo resbalar bajo el cristal que los separaba: *Barciluna, Barciluna*, pedía. La chica sonrió, le devolvió parte del dinero junto con un billete alargado y señaló hacia la derecha. Mimoun debió de dudar antes de dirigirse hacia donde apuntaba la uña brillante de la chica. *Barciluna*, pedía. Le cogieron el billete de las manos, lo rompieron y le dieron la mitad, haciendo un gesto con el pulgar como diciendo, sube.

Mimoun debió de pasarse todo el viaje pegado al cristal, aún con el vaivén del barco acompañándolo, ese ruido de las máquinas metido en la cabeza y ahora el del autobús. A ratos se adormilaba, a pesar de la excitación. Tenía para muchas horas, pero perdió la noción del tiempo. De vez en cuando se detenían, salían a fumarse un pitillo, y el conductor incluso le sonrió, y le dijo algo que él no pudo entender. Maldito judío, seguro que me debes de estar insultando con esa sonrisa tan falsa, pero Mimoun le devolvía el gesto.

Estaba ya oscureciendo cuando entraron en aquella ciudad inmensa, la más grande que Mimoun había visto hasta entonces y que dejaba en ridículo a su capital de provincia. Los edificios de tonos grises se encaramaban tan alto que no tenía tiempo de buscarles el final con la mirada desde el cristal de su ventana. Y se sucedían uno junto a otro sin dejar nunca vacío alguno entre ellos; parecía que la secuencia hubiera de ser infinita. Por mucho que se esforzara por ver el final de las calles en el horizonte no lo conseguía. Desde la carretera la gente parecía más pequeña, se movía apresurada por las aceras pegada a esos bloques de cemento tan enormes, sin miedo a que se les pudieran caer encima.

Mimoun ya ni se acordaba de que tenía que bajar del autobús, absorto en su contemplación, cuando oyó gritar al conductor: estación

del Norte, estación del Norte, ésa era su parada. Bajó y cogió la maleta del compartimento lateral del vehículo, y sólo vio un montón de autobuses a su alrededor, con mucha más gente como él que trataba de buscar a alguien conocido y con otros que se dirigían hacia la parada de taxis.

Estación del Norte, Barcelona, le había dicho la voz desde el otro lado del teléfono, y él estaba seguro de recordarlo así. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no venía? ¿Se habría olvidado?

Cuando ya empezaba a desesperarse lo vio venir, de lejos, mejor vestido de lo que lo había visto jamás, con la piel más clara, y lo abrazó muy fuerte. Bienvenido a España, Mimoun, le dijo aquella voz ronca que tantas y tantas veces le había repetido eso de estate quieto, Mimoun, que no te haré daño, hombre, estate quieto.

18

TE LLAMARÁS MANEL

Ésa no era la ciudad donde viviría, estaba aún más lejos. Su tío no paraba de agarrarlo por los hombros, de tan contento que estaba porque alguien de la familia lo hubiera seguido hasta allí. Echarás de menos muchas cosas, Mimoun, pero ya verás que habrá otras que te compensarán. Cogieron un taxi para cambiar de estación y tomar un tren que los llevaría hasta una ciudad más pequeña, más silenciosa que la que acababan de cruzar.

Mimoun se debió de asustar al pasar con el tren por aquel puente tan alto, sin entender que se pudiera construir una vía a esas alturas, y todavía se asustó más cuando el tren aminoró la marcha y empezó a balancearse. No sufras, chico, yo he pasado por aquí un montón de veces, y aunque no lo parezca, no se cae, el tren no se cae.

Por si acaso, Mimoun debió de apartar la mirada del paisaje, concentrado en el asiento que tenía delante. Mañana mismo te llevaré a conocer a mi jefe, ya lo verás, trata muy bien a sus trabajadores y podrás aprender mucho. Aquí se construye de otra forma, Mimoun, con máquinas que te hacen las tareas y materiales de primera. ¿Te imaginas no tener que hacer la pasta? ¿Te lo imaginas? Pues aquí hay una máquina que va rodando todo el rato, sólo tienes que poner el

agua, el cemento y la arena, y ella lo hace por ti, ni palas ni nada de nada.

Llegaron a aquella ciudad que exudaba olores extraños. Son los cerdos, había dicho el tío, en este maldito país comen tantos cerdos que algo tienen que hacer con sus meados, y como no tienen bastante con comérselos riegan los campos con sus perfumes. Esa fetidez le molestó especialmente hasta que llegó al piso donde iba a vivir, y por un momento quizá incluso pensó en volver. No eran sólo los cerdos, eran las curtidurías que rodeaban la casa de paredes llenas de humedad, suspendida encima del río. Otra actividad a la que se dedican en esta ciudad es trabajar la piel de los animales para hacer zapatos, bolsos y chaquetas.

El hedor se parecía al que despedían las pieles de conejo de la abuela cuando las ponía en remojo con harina y agua hasta que se caía todo el pelo y le servían para hacer los panderos que utilizaban en las fiestas. El mismo hedor pero multiplicado y multiplicado y que se te metía en la nariz y ya no salía nunca más.

Te puedes quedar en esta habitación, Mimoun, tuvimos un gitano que vivía con nosotros, pero decidió volver con los suyos. Ya lo ves, éste es nuestro reino, sin mujeres y sin nadie que nos haga las tareas de la casa.

Mimoun vio el rincón del comedor destinado a hacer de cocina, con una pila de platos amontonados y unas moscas sobrevolando en círculos; se dio cuenta de que la pintura del comedor se agrietaba por doquier y que en algunos puntos llegaba a desprenderse de la pared, que la tenue luz entraba por las dos ventanas de la sala, porque en aquella ciudad la luz no tenía demasiada fuerza, pero también porque los cristales estaban empañados de polvo y salpicados de grasa aquí y allá.

Mimoun debía de oír aún el ruido de tantas horas de autobús, su cuerpo parecía continuar en movimiento cuando su tío le dijo, venga, vete a dormir que mañana nos tenemos que levantar muy temprano. Mimoun debió de entrar en aquella diminuta alcoba y se desvistió antes de meterse en esa cama que chirriaba. La almohada y las sábanas olían a otras personas. A otras personas que habían dormido allí noches y

noches, y si no fuera porque estaba rendido le habría costado mucho conciliar el sueño.

Todavía estaba oscuro cuando salieron al día siguiente. Mimoun pasaba frío con la chaqueta que se había traído de casa, la única que tenía y que había utilizado muy pocos inviernos, cuando las temperaturas bajaban en el pueblo. No era suficiente abrigo para una mañana que helaba; cuando cobres ya te comprarás unos guantes y una bufanda, le había dicho su tío.

Caminaron de prisa para combatir el temblor de piernas bordeando las murallas de piedra, bajaron la calle Montserrat y continuaron caminando durante al menos una hora y media por un camino sin asfaltar, rodeados de campos cubiertos de escarcha. Trabajamos en otro pueblo, pero ahí sólo tenemos para unos meses, después ya veremos dónde nos lleva a trabajar el jefe.

Mimoun debía de estar medio atemorizado y medio emocionado por tantas cosas nuevas, a pesar de que acabaría siendo el último gran patriarca. Ven, que te presentaré al jefe, y vio a un hombre de piel muy clara, como rosa, sin pelo. Gordo, enorme, con los pantalones abrochados por debajo de la barriga y la raya del pelo pegada a la oreja para tratar de disimular la calvicie. Puede que se le hubiera puesto esa cara de tanto comer cerdo, o quizá es que en ese país todos eran así.

El tío habló un rato con él y finalmente el jefe lo repasó de arriba abajo. Dice que estarás a mis órdenes y que me ayudarás en todo lo que haga; si te pregunta, di lo que pone en tu pasaporte, que tienes dieciocho años. Mimoun seguramente pensó que si le preguntaba algo no entendería nada, y le debió de empezar a coger manía justo en el momento en que lo había repasado de arriba abajo como midiendo el provecho que le podía sacar.

Mimoun empezó a llenar la máquina de amasar con la pala en las manos y sintió que aquél no era todavía su destino, lo que le tocaba vivir. Por cierto, le había dicho su tío, como le cuesta mucho decir tu nombre, dice que a partir de ahora te llamarás Manel.

TODAS PARTES

Los primeros tiempos fueron difíciles, cuenta siempre Mimoun, no penséis que todo era como ahora, que vosotros lo tenéis todo hecho. Los primeros tiempos debieron de ser difíciles para todo el mundo, porque no había demasiados como Mimoun, que ahora se llamaba Manel, ni demasiados como su tío. De modo que mientras no pudo ejercer el talento natural que mostraba con elocuencia en su lengua madre, se tuvo que conformar con mostrar su encanto sólo con la latitud exacta de su peca sobre el labio y con esos ojos, que por aquella zona resultaban bastante exóticos.

Todavía era exótico ver a un moro en medio de una ciudad tan de interior y bastante a menudo había quien se volvía y se lo quedaba mirando con la mano tapándose la boca para no mostrar más de la cuenta la sorpresa. Sobre todo las señoras, que recordaban historias de magrebíes asesinos durante la guerra que habían cortado cabezas a todo aquel que se les ponía por delante y que las colgaban después por el pelo en medio de la plaza. O al menos eso era lo que se había oído decir.

Pero en los primeros tiempos, Manel no se dio demasiada cuenta de cómo sorprendía su presencia ni podía saber qué pensaban de él sus vecinos o sus compañeros de trabajo. No entendía su lengua y bastante tenía con aprender las cuatro frases rudimentarias que le servían para comprender las órdenes del jefe o para pedir algo de comer en el restaurante.

Hasta que supo pedir otra cosa, se pasó semanas comiendo bocadillos de tortilla. Un bocadillo de tortilla, por favor. Su tío le decía que parecía una de esas serpientes que sólo comen huevos de gallina y que nunca se hubiera imaginado que tuviera esa afición por los huevos.

La obra de la granja de cerdos del pueblo de al lado se había acabado y ya no trabajarían más allí. El jefe lo cargó a él solo hasta la cima de una montaña y le dijo: es aquí. Se pasaría seis meses viajando cada día para ir a acabar la casa del jefe con muchos otros albañiles que ya hacía tiempo que trabajaban allí. El tío se fue a otra obra y Manel comenzó a soltarse con el nuevo idioma.

A mediodía les daban la comida en un restaurante de mesas de madera de la de verdad, barnizadas de marrón oscuro y con las huellas de los troncos aún marcadas. Se llamaba Cal Met, y Manel debía de intuir que eso no venía de Mohamed.

Mimoun se iba sintiendo más a gusto, ya entendía lo que le decían tanto los compañeros como todo el grupo del restaurante donde iban a comer. Se sentía especialmente acogido por Ramona, aquella mujer tan gorda que le llenaba una y otra vez el plato de macarrones con carne o butifarra con judías.

Eso no quería decir que ya no le preocupase el tipo de carne que comía, sólo que en ocasiones llegaba tan hambriento del trabajo que ni tiempo tenía de fijarse en qué había y qué no dentro del plato. Por buena educación, tampoco se atrevía a preguntar qué era y aún menos habría rechazado un plato cocinado con tanta destreza por la señora de la casa.

Hacía ya tiempo que Mimoun no probaba un buen guisado, prácticamente desde que se había ido de casa de su madre. A él nadie le había enseñado a cocinar o a limpiar, y muchos días la única comida decente que ingería era la de la señora Ramona.

Había desistido de intentar hacerse la comida él mismo. Esperaba a que llegara su tío o se iba al bar de la plaza. Allí se acostumbró a dejarse llevar por la estridencia de la música de las máquinas tragaperras mientras el televisor, sucio de salpicaduras de aceite, le mostraba imágenes del mundo donde se suponía que estaba.

Las putas de aquí son como las de cualquier otro sitio, le decía su tío, sólo que te hacen pagar más y no te dejan hacer según qué. Te hacen lavarte antes de hacer nada contigo, como cuando te lavas para rezar, y algunas incluso te ponen una especie de plástico para que no las contamines, las muy cabronas. Hay muy pocas que te dejen hacérselo por detrás, dicen que les duele.

Y al oír hablar así a su tío, a Mimoun, que ahora se llamaba Manel, le subió una bocanada ácida desde el nudo del estómago y debió de recordar aquello de estate quieto, Mimoun. Sólo unos instantes, muy breves, que no tenían que dolerle.

De vez en cuando se permitían ir a parar a una pensión de la calle de Argenters donde había chicas de batas transparentes sobre

sujetadores de encaje y bocas de rojo brillante que masticaban chicle y que de vez en cuando inflaban globos hasta hacerlos explotar. Chicas que decían entrad y se dejaban penetrar por donde nunca había penetrado Mimoun, que, todo hay que decirlo, echaba en falta un grado más de estrechez.

Las chicas solían repasar que la pintura de las uñas no se les hubiera saltado mientras él acababa. Ésa era una de las cosas diferentes en aquel país, y no sólo el clima, los olores o la luz: también las putas eran muy diferentes. Mimoun consideraba que las putas musulmanas eran más acogedoras, aunque esperasen llegar vírgenes al matrimonio.

Los primeros tiempos fueron difíciles, entre el deber de levantarse temprano, cargar ladrillos y calentarse a media mañana alrededor del fuego que encendían dentro del bidón. Ya empezaba a pensar que tampoco ése debía de ser su destino cuando la conoció a ella.

UN PRECEPTO RELIGIOSO

Ella era lo que llamaríamos una señora, señora. No sabemos si lo que cautivó a Manel fue su pelo teñido de rubio o esas faldas estrechas que le llegaban por encima de la rodilla, con aquel corte por detrás que dejaba al descubierto el perfil de ambas piernas hasta una altura considerable, o sencillamente esa forma que tenía de mirarlo cuando volvía la cabeza hacia él.

Mimoun ya no recuerda su nombre, pero ella era la mujer de su jefe, y comenzó a aparecer por la casa nueva a medida que las obras avanzaban. Primero para escoger las baldosas del lavabo, y después para la colocación de los muebles y de las cortinas cuando Mimoun ya estaba trabajando en la piscina del jardín.

Mimoun empezó a imaginar que su jefe quería que le hiciese otro tipo de trabajo, además del de albañil. Por muy extraño que pueda parecer, la actitud de su patrón le había hecho pensar que su deber como trabajador era satisfacer a aquella mujer tan espléndida.

Mimoun lo debía de encontrar enfermizo, pero no veía ninguna otra explicación a todo lo que sucedía. Primero lo deja trabajando con un solo albañil más, uno muy mayor que no tenía ninguna posibilidad de que se le pudiera levantar, después hace venir a la mujer para dar un vistazo a tonterías de la casa para las cuales no tenía por qué desplazarse necesariamente hasta allí, y al final, aquello que demostraba con mayor claridad la teoría de Mimoun: había dejado a su mujer sola en casa con dos hombres trabajando afuera.

Si yo tuviera una mujer así, pensó Mimoun, no la dejaría salir de casa, la follaría cada noche tantas veces que ya no querría estar con ningún otro hombre. Por eso la actitud de su jefe sólo podía tener esa explicación.

Él no debía de poder satisfacerla por la edad que tenía, seguro que de vez en cuando le fallaba la herramienta, y al ver a Mimoun tan fuerte y con tanta energía, debía de haber urdido todo aquel plan para dejarlo solos a él y a su mujer. A Mimoun no es que le pareciera la conducta más lógica del mundo, pero teniendo en cuenta que en ese país las cosas funcionaban tan del revés y que los cristianos no tenían

ningún sentido ni del honor ni de lo que él consideraba dignidad, la explicación podía ser perfectamente plausible.

Así pues, Mimoun aprovechó que el jefe acababa de salir, dejando una gran polvareda tras las marcas de las ruedas del coche, para entrar dentro de la casa de paredes desnudas. Ella estaba sentada en el sofá de la salita y le dijo ah, Manel, ven, ven, que quiero que me cuentes cosas de tu tierra. O eso es lo que años más tarde Mimoun recordó que ella le había dicho. El resto no suele contarlo, pero parece que todo fue muy fácil, que él la debía de mirar con esos ojos que pone a veces, de depredador, y ella se debía de sentir cazada, y ¡zas! No cuesta imaginar que alguien se rindiera a la mirada de deseo de Mimoun, aunque la mujer estuviera casada y aunque su marido pudiera regresar en cualquier momento.

Mimoun sí que recuerda que el sexo fue muy rápido, por miedo a que volviera el hombre, pero que ella había temblado como nunca lo hacía con aquel calvo de la raya pegada a la oreja, se lo dijo ella misma con la voz quebrada. Y así lo fueron repitiendo, día tras día. Ella era más cálida que las mujeres que lo hacían por dinero, lo acariciaba, y Mimoun se estremecía de una manera poco usual. Recordaba a Fatma y anhelaba sus promesas, tan lejanas.

Todo fue ocurriendo a medida que pasaban los días, y Mimoun sentía una satisfacción vengativa cuando el jefe le hacía quedarse más horas de las que le tocaban o lo abroncaba porque las paredes que empezaba a levantar no quedaban lo bastante rectas. Malparido, debía de pensar, ¿es que no ves que me estoy tirando a tu mujer? Y tú, que te haces llamar hombre. Seguro que escupió por dentro, *tfu*.

A ella le debía de seducir el exotismo del mozo, que se movía de otra forma, su piel tan morena le recordaba a la del gitano aquel que había trabajado para ellos en otra ocasión. Pero no era lo mismo, Mimoun tenía algo que lo hacía brillar en la penumbra, la luz rebotaba sobre su piel.

Así se fueron satisfaciendo durante bastante tiempo, con el aliciente de estar engañando al jefe de los dos, hasta que Mimoun le empezó a pedir aquello.

Que no, Manel, que yo no hago esas cosas. Sigo siendo una mujer decente aunque a ti no te lo parezca. Mimoun no debía de saber qué

quería decir decente y continuó insistiendo día sí y día también. Va, mujer, diría, si es una costumbre musulmana, piensa que todas las generaciones de mi familia lo han hecho y es lo primero que aprenden del sexo las mujeres. Lo dice nuestra religión, que lo tenemos que hacer, es tan sagrado como el Corán o como rezar cinco veces al día.

Y ella le decía que no y que no y que él no rezaba, ni leía el Corán, y que el único precepto islámico que quería cumplir era el de follarla por ahí. Pero seguro que te gusta, insistía él. No y no, Manel.

Pero Manel tenía esa especie de instinto de cazador que a la fuerza deben tener los que están destinados a ser grandes patriarcas y no entendía lo que era un no. Así que un día en que la estaba penetrando una y otra vez mientras la mujer tiraba el cuello hacia atrás y dejaba caer la cabeza, con los ojos medio cerrados, salió de ella un momento y ya no lo pudo parar nadie. La hizo girar, cogiéndola por las caderas como si fuera un bulto ligero, y le dijo que cuanto más se resistiera más le dolería. Ella aún no había tenido tiempo de reaccionar y él ya le estaba separando las piernas; empezó a buscar la almohada para huir, presa del pánico, pero Mimoun le apretaba las muñecas mientras con las rodillas le mantenía las piernas separadas. No le costó demasiado dominar el cuerpo menudo de ella, que no paraba de gritar. No, Manel, no, decía, pero un hilillo de sangre ya rodaba abajo por su carne blanca.

21

MIMOUN VUELVE A CASA

A partir de aquel día ella le dijo que no a todo. Que no, Manel, que tú a mí no me vuelves a tocar nunca más, ¿me has entendido? Y pronto le pidió a su marido que echara a aquel moro que no dejaba de mirarle el culo porque no le gustaba quedarse sola cuando él estaba por allá. Pero, mujer, si es muy buen chico, y además es de los mejores trabajadores que tengo, parece un toro que no se cansa nunca. Pero ella gritó, que no lo quiero aquí, te digo, que me da asco verlo por aquí.

Y el jefe dijo, Manel, te vuelves a las granjas de cerdos. Mimoun, que jamás se da por vencido, insistió y la persiguió hasta que vio claro que no podría tenerla nunca más, con lo cálida que había sido. Después se la empezó a imaginar con su marido, dio por hecho que si a él no lo

quería era porque volvía a disfrutar del sexo con el jefe. Se ponía celoso, se encendía imaginándoselos en la cama, él con aquella cara de cerdo y ella disfrutando como una ramera. Los pensamientos de Mimoun no debían de ser muy convencionales si imaginó que ella lo traicionaba con su esposo, y nunca se imaginó en el papel del amante. Él era la víctima de todo aquello, como siempre, y había decidido que le haría chantaje a ella. La mujer le dijo que hiciese lo que quisiera, saldrás perdiendo tú. Así pues, Mimoun fue a ver al jefe y le dijo me he tirado a tu mujer, por eso no me quiere más por aquí.

No se sabe cómo, la jugada que tenía que beneficiar a Mimoun y permitirle tenerla a ella toda para él se invirtió y ya no se tuvo ni a sí mismo. Mimoun huyó antes de que ese hombre gordo le arrease el golpe de pala que pretendía y dio por descontado que no podía volver al trabajo.

Deja en paz a esa desgraciada, Mimoun, le decía su tío. Aquí las mujeres son así, cuando se cansan de ti te echan y punto, te expulsan sin muchos miramientos. Por mucho que digan, nosotros siempre seremos para ellos unos moros de mierda, ¿es que no lo ves? Amará tu miembro tanto como quieras porque le gusta más que nada en el mundo y porque los de aquí la tienen pequeña, pero no por eso te tiene que querer a ti entero.

Mimoun, desocupado, tuvo demasiado tiempo para pensar. Y para beber, y para pasarse los días urdiendo su venganza. No se podía dejar vencer de aquel modo, y menos aún por una mujer y por su marido cornudo. En todo eso debía de pensar durante los largos ratos que pasaba sentado encima del antiguo puente de piedra mientras dejaba pasar el agua y las horas por debajo de él.

Y en eso también debía de pensar cuando, con las frías esposas ciñéndole las muñecas, lo metieron dentro de la furgoneta enrejada. Entonces entendió el significado de la palabra expulsión, tanto en español como en ese otro idioma que hablaban en aquellas tierras. Expulsión del territorio español sin poder entrar de nuevo durante cinco años, había dicho aquel juez vestido de negro.

Por entonces las leyes eran otras y la condena fue bastante indulgente. No le habrían dejado irse tan fácilmente si todo aquello hubiera pasado ahora.

Mimoun rehizo todo el trayecto de regreso a casa esposado y sin los huevos duros que su madre le había hecho para el viaje de ida. Mimoun, no hagas ninguna barbaridad, le dijo, pero él nunca había hecho caso a esa clase de advertencias.

Los hombres uniformados de verde charlaban en la parte delantera del vehículo mientras a él se le dormían las piernas de tantas horas sentado. De vez en cuando decía tengo calor y ellos le respondían cállate la boca, o tengo hambre y le contestaban que ya comería en su puto país. Mimoun les habría querido decir que su destino tampoco era ése, el de estar atado como un perro kilómetros y kilómetros sin tener tiempo para nada. No era culpa suya que aquella guarra no lo hubiera querido, ni que el jefe no se la hubiese dado después de saber que se la había estado tirando durante tanto tiempo. Aún le echó la culpa a él, por tener una mujer como ésa que lo iba provocando cada vez que pasaba por delante, con el culo tan firme y las tetas siempre al aire. ¿Es que no se imaginaba lo que ella estaba pidiendo, enseñando toda esa carne e insinuándose con aquellas sonrisas?

Si hubiera sido su mujer, de tantos golpes que le habría clavado ya estaría muerta. Bueno, una mujer suya nunca haría eso, no podría ni salir de casa, no fuera que alguien la mirase y se la pudiera imaginar ofreciéndose. No, su mujer sería impoluta incluso en los sueños de los hombres que la pudiesen ver, que serían pocos, evidentemente. Ya se encargaría él de crear unos vínculos tan fuertes que no pudieran romperse nunca.

En eso iba pensando Mimoun mientras recorría el camino de vuelta. Expulsión, habían dicho. Que hay cosas que no les gusta que hagas en este coño de país. Entre otras lo que había hecho Mimoun para vengarse a la vez del jefe y de su perra.

Había aprendido la lección para ocasiones futuras: en España no quieren gente que rocíe de gasolina la casa del hombre que le dio trabajo y que después tire encima la cerilla con la que ha encendido el cigarrillo. No, ese tipo de cosas no se podían hacer si no querías que te echasen. No debía de ser nada personal contra ti, aunque te pasó por la cabeza que podían ser racistas y punto. Uno de los insultos que el abuelo siempre decía en castellano cuando se enfadaba.

Expulsado. La sensación de que no te quieren ya la conocía de otras épocas de su vida, o sea que subió al barco que lo había de llevar hasta la ciudad capital de provincia pensando que quizá no volvería a quemar ninguna casa de ningún amo, aunque sólo fuera por no tener que volver sin nada y con una boda a la vista.

22

TODAVÍA NO ES TU DESTINO

El único paseo con árboles de la ciudad capital de provincia acogió a Mimoun después de que los funcionarios de la aduana marroquí le dijeran: venga, vete. De allí se había ido haciendo autostop y caminando, hasta que un camión lo recogió y lo llevó a ese lugar, al rincón más anónimo que se le había ocurrido.

Qué haría y cómo explicaría su situación y a quién se lo contaría eran asuntos en los que había pensado desde que iniciara el viaje de retorno tras la negra reja de la furgoneta. En todo eso debía de pensar mientras deambulaba por las aceras llenas de envases de todo tipo y se sentaba de vez en cuando bajo la sombra de algún árbol.

A ratos se le acercaba alguno de los esnifadores de cola y lo miraba con la vista borrosa y le extendía la mano, pidiendo. O alguna señora que se inclinaba hasta tocarse las rodillas, toda vestida de negro. Hasta algún loco de esos de la ciudad que se hacía el chiflado para no tener que pensar demasiado en la vida y que llevaba el pelo lleno de rastas y piojos le había pedido dinero a Mimoun. Y él pensaba: si supierais que mi situación no es muy diferente de la vuestra.

No lo era, por descontado. Ya se acercaba el final del día y Mimoun aún no sabía dónde ir ni a quién contar todo lo que había hecho, como le pasaba siempre cuando hacía alguna gorda. No es que tuviera miedo del abuelo, que ya no, o de decepcionar a su madre, que tampoco, porque ella lo quería y lo querría siempre pasara lo que pasara. De quien tenía más miedo en aquel punto de su existencia era del abuelo segundo, la persona que más poder podía ejercer sobre su vida.

Si volvía a casa sin dinero después de perder parte de la dote de su madre en un viaje en vano y eso llegaba a oídos del abuelo segundo, a buen seguro le negaría a su hija, a pesar del compromiso y de la boda inminente.

No tenía dinero ni para pagarse una comida o una pensión barata hasta saber qué debía hacer, e incluso tendría que pasar alguna noche a la intemperie. Probablemente lo despertó al despuntar el día la llamada a la oración desde los muchos minaretes esparcidos por la ciudad. De buena mañana, debía de notar esa sensación que se tiene cuando estás de viaje y te despiertas sin saber dónde te encuentras.

Se pasó mucho rato caminando por las calles con la arena del parque todavía marcándole las mejillas y apretando los dientes, como acostumbra a hacer aún hoy, sin tener en cuenta que la ciudad capital de provincia no era tan grande como parecía, y pronto, a pie de esquina, chocó de frente con su cuñado. Mimoun debía de gritar abrazándolo mientras éste todavía dudaba si era él o no. Pero ¿qué? Y no le preguntó mucho más, porque aquel tío marido de la tía siempre había sido muy buena persona. Se lo llevó cogiéndolo por los hombros y lo condujo hasta casa, y le hizo entrar en aquella habitación embaldosada con cortinas rojas en la puerta.

La tía siempre cuenta que cuando lo vio entrar, Mimoun empezó a llorar como un niño y que ella nunca lo había visto así. Dice que la abrazó y que incluso daba pena oírlo sollozar desde tan adentro, como si no hubiera podido llorar nunca antes. Ella se debía comportar como lo hace a veces, que te acaricia el pelo de ese modo mientras te sienta en su regazo, y debió de hablar con aquel tono dulce. Va, Mimoun, que todo tiene solución en la vida, y las cosas no siempre salen como uno querría. No sufras que todo se arreglará.

Ésa era la frase que Mimoun estaba acostumbrado a oír de sus hermanas, ellas lo arreglaban todo y esta vez no sería diferente, por grave que pareciera la situación. Muchos de los éxitos del gran patriarca no se explicarían si no fuera por las mujeres que lo han rodeado siempre y que le sacaban -y todavía le sacan-las castañas del fuego: la abuela, las tías y, más tarde, madre.

No sabemos si estaba arrepentido de todo lo que había hecho, porque al gran patriarca pocas veces se le ha visto arrepentido de verdad, pero seguramente confió en lo que ya maquinaba su hermana mientras dormía doce horas seguidas después de un baño caliente y el estofado de pollo lleno de especias. Ya estaba en casa, y se sentía aliviado por primera vez en muchos días.

Al día siguiente, durante el desayuno, su hermana le dijo, ahora cuéntame lo que ha pasado. Él le narró la aventura a su manera, aplicando la autocensura que estas situaciones requieren. Hablaba con una mujer, una mujer de honor que, además, era su hermana, o sea que nada de hablar de sexo, ni del explícito ni del que no lo es, nada de palabrotas, que ellas sólo se las permitían cuando tenía un episodio de los suyos, que ya sabéis que Mimoun no está bien, no está bien.

Ya sabes que suelo gustar a las mujeres, hermana, pero es que aquella cristiana me miraba con unos ojos que yo llegué a pensar que me había lanzado algún hechizo para enamorarme. Pero en aquellas tierras las mujeres no saben hacer ese tipo de cosas, ellas son más simples que las brujas que corren por aquí. Si les gustas, te lo dicen y punto. Y ella me perseguía, te lo juro, insistía e insistía, y yo le decía, le repetía, que no y que no. Pero debe de estar acostumbrada a tener a todos los hombres que quiere, ¡si vieras cómo iba vestida! Allí les da todo igual, incluso a su marido tanto le daba que la parienta fuera medio desnuda. Nada, no me dejaba en paz y me continuaba persiguiendo hasta que la amenacé con contárselo a su marido. Imagínate lo blandos que son que cuando se lo dije no sólo contestó que me despedía del trabajo, sino que hizo venir a la policía y me llevaron esposado hasta la frontera. Me han tratado como a un perro, hermana.

La tía se debía de llevar la mano a la boca de vez en cuando y diría aquello de será mala pécora o pobre hermano mío.

Ella aún explica ahora qué mala suerte tuvo Mimoun durante su primer viaje al extranjero y que seguro que aquel tío suyo tan envidioso estuvo muy contento de que las cosas le hubieran ido tan mal. Así, decidieron que Mimoun, a unos meses de la fecha prevista para la boda, se quedase a vivir con ellos y a trabajar con su cuñado para reunir aunque sólo fuera el dinero del banquete, que ella ya hablaría con el abuelo para tratar de solucionar el resto. Así era como Mimoun conseguía siempre que las mujeres de su vida le fuesen convirtiendo en patriarca.

Mimoun se conformó con ese destino alternativo durante un tiempo provisional. La tía siempre cuenta que le habría dado mucha vergüenza enviar a su hermano al pueblo sin un duro y con el ánimo tan decaído que se le reflejaba en el rostro, que después de haber estado en el extranjero, de donde los pocos que volvían lo hacían más gordos y más radiantes que nunca, Mimoun había adelgazado y daba lástima verlo.

Así fue que durante todo el tiempo que estuvo en su casa lo fueron alimentando con las mejores viandas. Ella le decía, come, Mimoun, come, hasta que él ya no podía más y pensaba que reventaría de tan lleno que estaba. Come, que tienes que tener buena cara para la boda.

Mientras tanto, en casa, los abuelos debían de pensar qué se debe de haber hecho de Mimoun, y cómo le debe de ir por esos mundos de Dios, tan lejos de aquí. La abuela lo recordaba sobre todo cuando oscurecía, y debía de pensar cuánto tiempo sin sobresaltos, pero también que nada era lo mismo sin él. Atizaba el fuego con una rama pensando que si sufría allí alguna enfermedad de esas que los médicos de ahora no entienden, ¿quién lo curaría? Y estaba segura de que a Mimoun, tarde o temprano le daría el mal y haría alguna gorda. Y ella no le podría pasar por encima la babucha de su madre mientras él estaba tumbado e ir diciendo, por Dios, en nombre de Dios, por Dios. Pensaba que ojalá se acordara de ponerse el Corán debajo de la almohada para que no le atacaran los malos espíritus mientras dormía. Pensaba en cómo reaccionaría Mimoun cuando se despertara en plena noche imaginándose que alguien intentaba ahogarlo con una cuerda ceñida al cuello. Le decía, Mimoun, ponte el libro sagrado bajo la almohada y nada de todo esto te pasará. Pero Mimoun había seguido teniendo pesadillas y pensaba que sólo si era capaz de crear vínculos lo bastante fuertes con alguien que no lo abandonara nunca podría dejar de sufrir por las noches. Era su cuerpo el que le daría paz, y no el libro sagrado.

Tendremos que vender algunas tierras, dijo el abuelo. Mimoun había ahorrado bastante dinero para pagar el banquete y su hermana le había comprado regalos para llevar a la familia como si viniera directamente del extranjero e hiciera una aparición triunfal en medio de la casa blanca. Os quería dar una sorpresa y por eso no os he avisado. La abuela había ido al pozo a por agua y le dio un mareo de esos que le cogen en este tipo de situaciones al ver a su primogénito

plantado en medio del patio. Por unos momentos debió de pensar que era una visión provocada por el calor del mediodía o que soñaba despierta. Hasta que llegó donde él estaba y empezó a toquetearlo por todas partes. Eres tú, gracias a Dios, eres tú, no me equivoco, en carne y hueso, por fin. No sabes cuántas veces había tenido esta aparición y cuando estaba a punto de tocarte te desvanecías. Ahora no, gracias a Dios, ahora estás aquí de verdad.

Lo hicieron sentarse y le llevaron un té bien caliente, aceite de oliva; lo rodeaban y él debía de sentirse en casa del todo, arropado por sus hermanas y primos y por su madre. El abuelo aún no había vuelto de la oración del viernes y Mimoun seguramente estaba nervioso. No sabía si lo habría echado de menos o no. Hasta que lo vio y sintió ese impulso que le sobreviene a veces de abrazar a quien lo mira, aunque le dolía en un lugar que no sabía reconocer. Las chicas lloraban por un encuentro tan efusivo, pero aún a día de hoy no se sabe cuándo Mimoun es afectuoso de verdad y cuándo incorpora un cierto grado de teatralidad para conmover a los asistentes al espectáculo que es la vida.

Tendremos que vender algunas tierras para pagar la dote, Mimoun, con lo que has ganado en España sólo tenemos para pagar la fiesta, y a mí se me caería la cara de vergüenza si ahora tuviera que deshacer el trato con el señor Muhand. Piensa que hemos tenido a esa pobre chica esperándote dos años, y más de una vez me ha llegado la noticia de que había pretendientes que habían ido a pedirla en matrimonio. Su padre, que es un hombre de palabra, les dijo a todos no, no, que es con Mimoun de Driouch con quien mi hija se va a casar. Pronto volverá y se la llevará a casa de esa familia que parece tan respetable.

Mimoun debía de pensar por dentro, pobre de ti si rompes el compromiso, pobre de ti, pero no decía nada porque todo marchaba bastante bien.

Un trozo de tierra menos quería decir menos ingresos para la familia, que sacaba al año unos cuantos sacos de trigo para hacer pan. Pero no había otro remedio, para el abuelo la palabra de un hombre siempre ha sido más importante que cualquier otra cosa, incluso que la vida. No quedaba demasiado para la boda, tendrían que encontrar pronto un comprador que no se lo pensara mucho.

A Mimoun le daba igual el trozo de tierra, sólo pensaba en que dentro de pocas semanas la tendría tan cerca que no sabría qué hacer, pensaba empezar a crear los estrechos vínculos que los unirían para siempre.

Por eso había interrogado a alguno de sus conocidos del pueblo de al lado. ¿Habéis oído hablar de la hija mediana de Muhand? ¿Estáis seguros? Ellos le habían dicho que no, que no había ninguna chica más responsable y trabajadora en toda la zona y que si quería le hablarían de otras chicas que hacían de las gordas sin que lo supiera nadie de su familia, ya lo ves, putas hay en todas partes.

Le preguntó a Fatma si ella había oído algún rumor, si su futura esposa había asistido a bodas, contrariando la voluntad que él le había expresado antes de marcharse, si había ido alguna vez a la ciudad o había enseñado sus encantos junto al pozo. Ella le decía y a mí que me importa tu negra, Mimoun, ¿no ves que esa chica es más una esclava que una esposa? Pero no, no he oído nada malo, que ya me gustaría, ya, podértelo contar, le decía mientras se dejaba levantar la falda bajo el rincón oculto que formaba la chumbera con el muro blanco de la casa.

24

LA GRAN NOCHE

De tan cerca que la tenía no sabía qué hacer, tanto tiempo soñada y esperada. Allí la tenía, encima de la cama de la barandilla, detrás de las cortinas y con el velo todavía cubriéndole el rostro, los ojos clavados en el suelo. La debía de querer más de lo que suele querer Mimoun a cualquier mujer con la que se mete en la cama, porque aquella noche incluso temblaba. Estaba tan poco acostumbrado a la ternura que no sabía cómo acercarse, no sabía cómo le tenía que retirar los vestidos ni cómo debía estrenar su matrimonio.

Ya había pasado todo. Esta vez la ceremonia había sido la suya, los bailes eran en su casa, el paseo cantando el *subhanu jairi* alrededor de la vivienda, las manos con hena plantadas en la pared de la habitación, muy rojas, ir a buscar a la novia y subirla en el caballo que los vecinos le habían dejado. Darle de beber un trago de leche antes de que ella abandonara el hogar paterno, meter en la boca del otro un trozo de dátil. Esperar a la novia en la verja de entrada de lo que a partir de

entonces había de ser su nuevo hogar, esperar hasta notar la miel fría en la planta del pie derecho que la abuela le debía colocar encima del plato. Si entras en mi hogar avanzándote en dulzura, dulce como esta miel será nuestra convivencia. Te querré como a una hija y a partir de ahora yo seré tu madre. O algo parecido debió de recitarle a su joven nuera.

Alguien había disparado un flash con una cámara de fotos enorme y a Mimoun le dio un momento de esos, a pesar de ser el novio. Cogió el aparato del chico y lo estrelló contra el suelo. En esta casa no quiero fotos. Aquí somos una familia decente y ni mis hermanas ni mi mujer saldrán retratadas por ti, desgraciado. Toda la gente que los rodeaba hizo un silencio unánime y consensuado, incluso las cantantes y los «iuius» habían enmudecido. Todos debían de pensar, Mimoun ya vuelve a las andadas.

No se sabe por qué extraño motivo, cuando Mimoun está rodeado por una multitud es cuando le dan más momentos de esos. En la familia no se recuerda ninguna boda, bautizo o incluso funeral en que el primogénito de los Driouch no montase un espectáculo.

Tan a gusto que se solía sentir rodeado de gente y tan fuera de lugar que debía de sentirse en aquella estancia donde sólo estaban él y ella, justo después de que la abuela cerrara la puerta. No sólo porque era la primera vez que estaba a solas con su ya esposa, quizá también porque sabía que afuera todos estaban a la espera de su actuación.

¿Cómo empezar? ¿Cómo demostrar al mundo que él era lo bastante viril y su esposa lo bastante decente como para haber conservado el himen intacto? Debía de ser muy extraño que el sexo, tan privado y tabú que era en aquellos lugares, se hiciera tan público en ceremonias como éstas. Incluso Mimoun, que para esos asuntos no había tenido nunca dificultad alguna, empezó a temer un posible fracaso. No dejaba de pensar en las mujeres y en los hombres de las habitaciones de al lado que esperaban su veredicto. Aunque su naturaleza nos podría hacer pensar que aquello iba a ser muy fácil para él, hay que tener en cuenta las circunstancias y la presión del entorno.

Y así ocurrió que cuando Mimoun se disponía a cumplir con su deber marital se encontró con que su miembro, ese cómplice que tantos

problemas le había ocasionado, ahora no quería responderle.

La miraba a ella al fondo de la habitación, rodeada de telas blancas, y se miraba la entrepierna. Nada, nada de nada. Caminó arriba y abajo sobre el suelo pavimentado y cubierto de alfombras hechas de trapos viejos, arriba y abajo, con la chilaba de novio e intentando deshacerse de sus fantasmas. Nunca antes le había sucedido, más bien lo que le costaba era contenerse.

Iba y venía haciendo tiempo. Corrió la cortina y levantó el velo que cubría el rostro de madre, temblorosa. La debía de querer mirar para adivinarse deseado en los ojos de ella, alzándole la barbilla hasta que ella no pudo esquivar por más tiempo su mirada, buscando en ella algún atisbo de atracción. Pero no. Su mujer había sido muy bien educada y no se comportaría como un animal en celo. Se lo quedó mirando un instante, indiferente, con esos ojos tan grandes que parecía que se le fueran a salir del rostro. Nada, su miembro continuaba sin responder.

Hasta que una de sus hermanas, la mayor y ya casada, tocó a la puerta con los nudillos y dijo, ¿va todo bien? ¿Hay noticias? ¿Ya podemos hacer los «iuius»?

Él abrió la puerta y le dijo entra, que no sé qué me pasa. Que no puedo, hermana, que no puedo. Debió de pasar mucha vergüenza al decir algo así, pero ella lo entendió antes de que acabara la frase y dijo que ya lo solucionaría. Fueron a buscar el brasero, y la tía, que de tanto vivir en la ciudad ya había aprendido mucho de esos temas, fue quemando diferentes tipo de hierbas y de minerales encima del fuego encendido y dijo, levántate la chilaba y pasa las piernas por encima del humo. El le hizo caso y pronto sintió un calorillo que le subía piernas arriba; toda la estancia humeaba hierba quemada. ¿Es que no te lo digo siempre, Mimoun? Ya sabes quién te ha hecho eso, ¿no? Ha sido esa furcia que siempre rondas, Fatma te debe de haber echado mal de ojo, Mimoun. ¿No ves que está celosa y que se querría haber casado contigo? Con lo vieja que está, qué se habrá creído. Ahora veremos si a tu mujer también la han mirado mal y nos tenemos que pasar la noche humeándoos a los dos.

Pero en casa de Muhand no sabían hacer ese tipo de cosas, y nadie había hecho pasar a madre encima del humo cargado de olores para

hacerle el himen impenetrable, nadie. O sea que debió de soltar un «ay» muy agudo cuando Mimoun la penetró tan fuerte como pudo, con prisa por demostrarles a todos que él era un hombre de verdad y su esposa, una mujer de las que ya no abundan y con la que crearía vínculos que nadie podría deshacer.

Ay, debió de gritar madre antes de que la tela blanca encima de la que había estado tumbada se manchara con unas gotas finísimas de sangre, como una lluvia. Sin saber que ese dolor dentro de la vagina sólo era el inicio del calvario que le esperaba.

25

UNA ESPOSA COMO ES DEBIDO

Madre era demasiado tozuda para ser la esposa de Mimoun. Él necesitaba una mujer que se dejase domesticar del todo y ella, en los asuntos que le eran importantes, no sabía ceder. No es que hiciera cosas que no debiese ni que quisiera gozar de más libertad de la que tenía, pero a madre le habían enseñado a ser una buena esposa y una buena nuera para la señora de lo que ya era su nuevo hogar.

Por eso le debió de costar mucho quedarse una semana entera encerrada en su habitación, esperando a que pasasen los siete días estipulados en que sólo tenía que dedicarse al disfrute de los primeros momentos del matrimonio. Lo hizo por respeto a la abuela, por respeto a las tradiciones y porque en el pueblo habría sido un escándalo que hubiera salido antes de cumplirse la semana. No tuvo que serle fácil, debía de ir por toda la habitación, colocando las tazas de té que sus primas le habían regalado encima del estante del fondo de la estancia y los vasos dorados y las teteras en el armario de delante de la puerta del lavabo, y sacudiendo las mantas, que doblaba para colocarlas de asiento junto a la pared, en el espacio entre la cama y la entrada.

Dicen que madre estaba muy guapa, tan joven, con las manos teñidas de rojo, los ojos pintados y la boca coloreada con corteza de nogal. Se debía de atar el pañuelo justo en medio de la nuca y se le vería el pelo tan bien peinado allí donde comenzaba la tela, seguramente con la raya al lado y los pendientes bajándole por las orejas y rozando de vez en cuando su cuello. Se debía de sentar junto a la pared, con las piernas dobladas a un lado, frotándose de vez en

cuando los talones cuando venían a visitarla las mujeres del pueblo, deseosas de conocer a la nueva nuera de Driouch.

A ver si consigues que este chico siente un poco la cabeza, que tiene demasiados pájaros, le decían. ¿Te han contado lo de las palomas? Y ella no sabía de qué le hablaban, pero tampoco preguntó nada, pues su suegra le hizo chsss y nadie le daba ninguna otra información sobre aquel asunto. Sí que era verdad que en aquella casa había muchos agujeros en lo alto de las paredes del patio donde anidaban un número exagerado de palomas, pero ¿qué tenía eso que ver con su marido?

Madre quería barrer el suelo después de las visitas, los restos de cáscara de cacahuete de encima de la alfombra, pero la abuela le cogía asustada la escoba, ¡bendita! ¿Es que no sabes que eso trae mala suerte? Dicen que los siete días posteriores a la pérdida de la virginidad cualquier mujer se vuelve más vulnerable que nunca, que su estado es diferente, como si estuviera medio en el cielo y medio en la tierra, rodeada a todas horas de ángeles que la contemplan enternecidos. Pero los ángeles huirían despavoridos si ella hiciera algo que los pudiera ofender, como por ejemplo barrer, fregar o lavar la ropa. Incluso saldrían corriendo y la dejarían desprotegida si llegara a salir del lugar donde ha dejado de ser niña. Sin su guardia constante durante ese periodo de tiempo, todos los *djins* del mundo se le podían meter dentro y nunca más volvería a ser la misma.

No es que madre no se creyera esas cosas, pero estaba demasiado acostumbrada a trabajar desde que salía el sol hasta el anochecer. Siempre había sido así. Se sintió aliviada cuando el último día de su cautiverio vinieron a visitarla sus padres, como debe ser, y le llevaron unos cuantos pollos asados para comer. El abuelo segundo le debía de decir no llores, mujer, que si tú lloras, yo también. Pero al oírlo hablar con la voz rota, ella aún debía de llorar más.

Al día siguiente ya podía volver a ser ella, y empezó a aprenderse de memoria todos los rincones de la casa para trabajar tanto como hiciera falta. Así se olvidaba de la añoranza de su padre y cumplía el que había de ser su destino. Cuando aprendió a cocinar, a hacer el pan, a moler la harina y a recoger las hierbas para los conejos, la abuela segunda siempre le repetía que todo eso le serviría para ir preparada a la casa de su marido. Piensa que una novia siempre es el centro de atención y

que serás juzgada por tus acciones y por lo que salga de tu boca. Gozarás de los favores de tu señora siempre que ella esté contenta con el trabajo que hagas, no lo olvides. Ella es mayor y se merece que la honres como madre de su hijo. Que no salgan de tus labios más que palabras dulces y que tus manos no se detengan nunca.

Pero la abuela segunda jamás se habría imaginado que pudiera existir un marido como Mimoun, y es por ello que madre estaba preparada para ser una esposa como es debido, pero no su esposa.

Seguramente madre lo aprendió todo muy de prisa y debía de estar contenta de que la abuela halagara sus guisos y las pastas que hacía. Debéis aprender de ella, les decía a sus hijas más pequeñas, y ellas ya la querían como a una hermana. Madre también se acostumbró a ese Mimoun que bromeaba a todas horas y que ya no le hacía tanto daño por las noches. Se reían juntos, y ella quizá pensaba a menudo que era un joven muy agradable y que podría aprender a amarlo aunque fuera su esposo. Mimoun aprendía a ser afectuoso con ella, pero ella no estaba preparada para ser su mujer.

Dicen que aquel día hacía mucho calor, que la abuela no se había encontrado demasiado bien y que se tenían que lavar y extender los granos de trigo tiernos para hacer los cereales tostados que se comían por la mañana. Al oír que su madre y su esposa hablaban, Mimoun había dicho yo no quiero que hagas ese tipo de labores del campo, y aún menos en la parte trasera de la casa; que lo hagan las niñas.

Las niñas pusieron en remojo el cereal después de desprenderlo del tallo y fueron a recoger la ropa tendida cerca del río. Puede que se hubieran encontrado con alguna amiga con quien chismorrear porque aún no habían regresado.

Quizá madre dijera, *lalla*⁷, hace ya mucho que el trigo está en remojo, voy a escurrirlo y a extenderlo antes de que se estropee, y salió por la puerta principal.

Movía la mano sobre los verdes granos para que no quedase ninguno encima del otro y de vez en cuando retiraba alguna piedra minúscula con el pulgar y el índice y la lanzaba hacia atrás, por encima de los hombros. En ello estaba cuando oyó a Mimoun detrás de ella diciendo: pero ¿yo qué te había dicho? ¿Qué te había dicho? ¿Es que

mi palabra no vale para nada? Y madre ya tenía la cara sobre el trigo y él había agarrado la pieza de hierro que utilizaban para moler las especias y se sentaba encima de ella golpeándole las piernas. Madre no sabía gritar, y gritar la hubiera ayudado. Mimoun le pegaba cada vez más fuerte al ver que no le hacía daño. Cuanto más callaba ella, las lágrimas rodándole por el rostro, más rabia sentía él. Si tan sólo hubiera gritado un poco, él se habría sentido vencedor. Y si hubiera gritado, la abuela no habría tardado tanto en llegar hasta allí y en sacarle de encima a Mimoun. ¿Por qué no me llamabas, bendita? No entendía que aquella mujer aguantara los golpes en silencio y Mimoun no paraba de repetir que le tenía que hacer caso en todo lo que le dijera, en todo.

Madre se pasó no se sabe cuántos días con las piernas tan llenas de moratones que no podía ni caminar, ya ni se acuerda. Cuando me cuenta esta historia, yo siempre se las repaso con atención, para comprobar si todavía le queda alguna marca.

⁷ Apelativo respetuoso que dan las nueras a sus suegras o las sobrinas a las esposas de sus tíos, o las cuñadas jóvenes a la esposa del hermano mayor.

26

EL HIJO DEL HIJO

Con episodios como aquéllos, la mujer de Mimoun había ido aprendiendo que cuando él decía algo se le tenía que hacer caso al pie de la letra. Pero madre era muy tozuda para ser la mujer de Mimoun, porque para ella era más importante cumplir sus deberes que obedecer a su esposo y punto. De modo que debía de recibir bastante a menudo por esa manía suya de no hacer lo que él decía, incluso debió de recibir durante el tiempo que duró su primer embarazo.

Mimoun iba y venía de la ciudad, alternando trabajillos de pocas semanas con dilatados periodos de descanso. Aún trabajaba con la convicción de que ése no era el destino que le tocaba vivir. Cuando no tenía nada que hacer, subía a la terraza de una de las habitaciones, que hacía un amenazante ruido como si fuera a romperse, y se podía pasar así todo el día, vigilando que su mujer le fuera en verdad fiel y que no se saltara ninguna norma de las que le había impuesto.

Seguramente desde allí arriba se fijaba más que nunca en el rival número dos, que se llamaba igual que el rival número uno. Hasta entonces no le había molestado demasiado, pero ahora observaba que el chico empezaba a entrar en esa edad en la que todos lo consideraban un niño aunque ya no lo fuera. Mimoun pensaba en él mismo cuando tenía sus años, en cómo le gustaba magrear a sus primas cuando las tenía cerca. Ellas se reían porque de hecho él era un niño, pero Mimoun gozaba de ellas como cualquier adulto, y se masturbaba recordando cómo les tocaba los suaves pechos o el culo. Y por eso enrojeció de rabia cuando vio que su mujer jugaba con el rival número dos. Ella sostenía en alto un libro del niño y éste saltaba y saltaba para conseguir alcanzarlo. En cada salto le tocaba la cintura y su rostro quedaba junto al pecho de ella. Mimoun no había dicho nada.

Nada hasta la noche, en que le soltó al oído: ¿te ha puesto caliente el pequeño? Y ella no sabía ni de qué hablaba. Te ha gustado que te tocara las tetas, ¿eh? Eres una puta, como todas las mujeres, y la debía de penetrar sin muchas contemplaciones. Si te vuelvo a ver cerca de él te mato. ¿Me has entendido? Te mato.

Mimoun seguía encontrándose con Fatma, a pesar de tener para él a aquella mujer con la que iba creando unos vínculos tan intensos. Fatma hacía cosas que una mujer decente no debía hacer nunca, aunque fuera con su esposo. Además, madre estaba embarazada, y ya se sabe que las embarazadas suelen estar raras.

Pero no por eso la dejaba tranquila, y ella esperaba nerviosa el día del parto. Presentía que llevaba un niño en el vientre.

Madre quería tener niños, porque no podía imaginarse a una hija suya sufriendo a su marido. Mimoun, en cambio, sólo quería niñas, decía que ellas eran más fieles con sus padres y que los chicos siempre te acaban traicionando.

Así se fueron sucediendo los días de aquella primavera, hasta que una mañana madre se levantó con los riñones doloridos y dijo, *lalla*, me parece que me pasa algo. Se debía de asustar como se asustan todas las madres primerizas, pero la partera del pueblo llegó a tiempo para explicarle cómo lo tenía que hacer. La cogió fuerte hasta que empujó lo suficiente y se oyó el chillido de un niño. Lo que nació en casa de los Driouch fue un varón, el primero de los nietos que le daría su

primogénito. Mimoun dijo que nadie dejara ir un «iuiiu» de alegría, que para él la alegría hubiera sido una hija, de modo que en el pueblo todo el mundo pensó que había nacido una niña.

27

SIN TI ME MUERO

Después de su primer embarazo, la cara de madre no volvió a ser la misma. Las manchas oscuras que aparecen entre el sexto y el noveno mes y que se van a las pocas semanas del parto, a ella no se le borraron jamás. Ni esa línea oscura que iba del ombligo hasta el pubis.

Dicen que madre se dejó enredar por Fatma, pero debía de tener otros motivos para engañar a padre con eso de las pastillas y que después ocurriera el incidente de la chilaba del abuelo segundo, que le dijo ven y ponte lo que yo llevo encima para no tenerte que quedar ni con el vestido que él te compró. Desde que sucedió todo aquello madre ya se supo del todo domesticada y el gran patriarca empezó a ejercer como tal.

Madre debía de pasar vergüenza al ver que su bebé crecía y que la ropa se le iba quedando pequeña. Le decía, Mimoun, mira al niño, Mimoun, necesita ropa. Él la miraba de reojo, amenazador, o bromeaba diciendo que el conjunto que llevaba le sentaba muy bien, cuando le quedaba a media pierna o a medio brazo, y que eso se acabaría poniendo de moda. Mimoun, el niño pronto no tendrá bastante con mi leche.

Y el niño iba creciendo y Mimoun seguía trabajando en días esporádicos, se gastaba el dinero en la ciudad, pagando cara la cerveza en el mercado negro y también a alguna mujer de esas que le hacían cosas que madre no debía hacer. Sólo de vez en cuando, para variar, porque aún tenía a Fatma y a alguna otra chica del pueblo.

Hasta que madre ya no supo qué hacer para vestir al pequeño y el abuelo se dio cuenta de ello. Un día llegó de la ciudad con un montón de paquetes y le lanzó uno a madre: esto lo tendría que comprar tu marido. Ella se moría de vergüenza por el hecho de que el orden de las cosas fuera el inverso al que debía ser, que en vez de ser ella la que comprase regalos para su suegro fuera él quien les echara una mano en necesidades tan básicas.

Y todavía le dio más vergüenza enterarse de que el abuelo sabía lo de las borracheras, los porros y las mujeres de la capital de provincia. Madre siempre cuenta que pasaba por el patio con la cabeza gacha cuando él estaba en casa y que a menudo ni siquiera se atrevía a mirarle a los ojos.

Cuando estaba de buen humor, el abuelo le contaba lo de las cabras y el río, y le decía que todo lo que estaba ocurriendo no era culpa de ella, que era Mimoun el responsable de mantener a su familia y que si no lo hacía, ella era tan sólo una víctima. Pero cuando tenía un mal día era capaz de dejar de utilizar su nombre y llamarla todo el rato negra o algo peor. Seguro que la abuela lo interrumpía y lo abroncaba mientras madre, que pecaba de sensible en situaciones como éstas, huía corriendo a su habitación para llorar sin cesar. Le dolía más aquello que los golpes de Mimoun.

Cuando ya estaba pensando en dejar de amamantar a su hijo, de casi dos años, pensó también que otro embarazo todavía complicaría mucho más el panorama. Fue entonces cuando dicen que Fatma la enredó.

Ella le debió de contar eso de las nuevas pastillas que te las tomas y no te quedas en estado, una cada día hasta el día que hace veintiuno y después las dejas una semana para que te venga la regla. Lo había hablado con su suegra, a quien se lo contaba todo. No sé, no sé, debía de decir la abuela ante un invento que aún ahora le parece desconcertante. La función natural de una mujer es tener hijos, pero es evidente que en esta familia no nos conviene una boca más para alimentar. Así pues, la abuela sacó los ahorros que tenía de la venta de los huevos de sus gallinas y se los dio a su nuera para que comprase los anticonceptivos. Fatma se encargó de todo y madre no paraba de repetirle, sobre todo que no lo sepa Mimoun, hermana, sobre todo. Y ella decía que me muera ahora mismo si de mis labios sale una sola palabra.

Madre estuvo bastante tiempo sin amamantar a su hijo y sin quedarse embarazada, puede que pasaran algunos meses hasta que sucedió lo que llevó a todos al incidente de la chilaba.

Madre aún no se explica que su marido descubriera el secreto, pero es evidente que tener de cómplice a la amante del susodicho no era garantía de nada. Dice que estaba colocando la ropa doblada dentro del

armario cuando vio entrar a Mimoun con esa cara que ponía apretando la mandíbula. ¿Qué pasa?, dijo madre mucho antes de que él levantara la mano. Con el tiempo aprendes a intuir las tormentas, de tantas que has visto. ¿Es que me quieres dejar sólo con un hijo? ¿Por qué no me la cortas, de paso? ¿Dónde están? ¿Dónde están? Ella quizá dijera qué o quizá fuese directamente a buscar las pastillas por miedo a que, si se negaba, aún la hiciera sufrir más.

Madre siempre cuenta que no se acuerda con qué ni cómo le pegó y que ésa no fue la peor paliza de todas, pero, por algún motivo, por algún clic que se le debió de activar en algún sitio, ella dijo basta.

Así, cuando acabó de recibir, cuando se enjugó las lágrimas y la saliva que le había resbalado por la boca, cuando se puso en pie y se recompuso la ropa, fue a buscar al abuelo y le dijo: llévame a la casa de donde un día vine.

La abuela ya debía de llorar, que yo no te quiero perder, que ya eres una hija para mí. Mimoun la oyó: lárgate, hombre, y que te aguante tu padre, ¿o es que crees que te querrá algún otro hombre con esa cara manchada? Las tías se debieron de sentir medio huérfanas y el abuelo sólo movió la cabeza de un lado a otro mientras se llevaba una mano a la frente: este hijo mío nunca ha valorado lo que Dios le ha dado. No sé cómo le di mi palabra a ese hombre de honor y firmé el infortunio de esta pobre criatura. Todavía no sé por qué tuvimos que hacer caso de esa bestia. Llama a mi padre y que me venga a buscar, repetía madre.

El abuelo segundo no tardó en acudir y encontró a su hija sentada cerca de la puerta, esperándolo. Nada más verlo debió de llorar más que nunca, pensando en cuánto lo había echado de menos y en cuán lejos quedaba aquel mundo que era el suyo y de donde se había sentido expulsada.

Vamos, dijo el abuelo segundo. Vamos, hija, que yo no te he dado en matrimonio para que te marquen de esa forma, que en mi casa no tratamos así ni a los animales. Vamos, que mientras yo viva no te faltarán el pan y el agua imprescindibles para vivir, puedes estar segura. Quítate la ropa que llevas y dejásela a su propietario, yo te daré mi chilaba de lana, que me la quito ahora mismo, para que no se diga que te llevaste algo de esta casa.

La abuela seguramente dijo no, por favor, señor Muhand, ¿es que no veis que mi hijo está enfermo? Y le dedicó un besamanos empapado en lágrimas.

Dicen que Mimoun se escondió del abuelo segundo, al que temía más que a nadie, y que lo oyó desde el interior de una de las habitaciones. Se estremeció al imaginarse sin su mujer, o al menos eso es lo que siempre cuenta. Puede que saliera cuando su esposa ya se marchaba, montada encima del burro, y dicen que fue una de las pocas veces que pidió perdón, tanto a ella como a su suegro. Los que lo oyeron dicen que parecía arrepentido del todo y que no paraba de decirle a madre que si ella se iba él se moriría poco después, que me perdones, que me perdones, que todo eso no volverá a pasar nunca más, que me curaré, que te prometo que me curaré. Suegro, no me la quites si no quieres acabar conmigo, por Dios y por todos tus antepasados, ya me he acostumbrado a ella y quiero que sea la madre de mis hijos. ¿Qué haré con este niño si lo dejáis sin madre?

En aquel preciso momento tanto nuestros destinos como el de ellos dos podrían haber virado hacia caminos muy diferentes, fue el instante en que hubiéramos podido ser o no ser, hubiéramos podido existir o no.

Si madre hubiese decidido continuar el viaje con su padre, las cosas habrían sido muy diferentes. Pero desmontó de la silla poco después de mirar al abuelo segundo y dudó, y con las lágrimas casi secas entró en la casa. Así es como nosotros, y todo lo que vendrá luego, fuimos posible.

28

HASTA LUEGO

Madre ya estaba embarazada de su segundo hijo y cuenta que con aquel embarazo le sangraban las encías y las piernas se le hinchaban hasta el extremo de que no podía ponerse ni los zapatos. Que durante el verano se le hizo muy pesado y que Mimoun estaba más insoportable que nunca, que había llegado a traerse a casa latas y más latas de cerveza en vez de bebérselas en la ciudad. El abuelo sólo podía mover la cabeza de un lado a otro porque Mimoun ya empezaba a ser el gran patriarca que le tomaría el relevo.

Hasta que un día Mimoun volvió a decir me voy, me tengo que ir, pero en esta ocasión no se lo dijo a la abuela, sino a madre. Que yo no me puedo quedar más aquí, ¿es que no ves que estoy rodeado de envidias que me obligan a hacer los disparates que hago? Todas me desean y me hacen daño sólo con mirarme, ¿ves cómo me hacen daño? Tengo que irme.

La abuela había dicho eso de ni se te ocurra. Pero madre no le hizo caso, hurgó entre la ropa bien doblada de su armario de lunas y sacó una de las piezas del juego de los siete brazaletes de su dote. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Su madre siempre le había dicho que lo último que ha de hacer una mujer en la vida es malbaratar su dote. Le dijo eso la última noche que pasó en casa del abuelo segundo, tu dote será tu única garantía cuando ya no te quede nada más. Si tu marido te falla, tu padre muere y no tienes otro remedio, vende las joyas y trata de sobrevivir tanto tiempo como puedas con lo que te den por ellas. Si tu marido todavía te quiere o tu padre aún está vivo, haz como si todo esto no existiera, no pienses nunca en su valor actual.

Pero Mimoun se lo había pedido. Me tienes que ayudar a salir del perverso mal de ojo de todas esas brujas que me asedian día y noche, sólo te tengo a ti. A aquellas alturas madre ya se sabía lo de «en el fondo es de buena pasta» que en tantas ocasiones nos explicó a nosotros, y se debió de enternecer al verlo tan desesperado.

Tendrás una niña, estoy seguro de que esta vez será niña, decía mientras miraba como ella le preparaba la maleta de hebillas ya no tan relucientes. Como debían de estar todas las hermanas reunidas para despedirlo, seguro que aquella noche pegó algún puñetazo contra la pared, como reacción a algún comentario del abuelo acerca del modo en que estaba echando a perder su vida o de qué haría él con una mujer embarazada y su niño en casa, sin marido y sin padre, que eso no sería bueno para nadie.

Mimoun se despidió llorando de las mujeres de la casa, pero al abuelo, por lo que cuentan las tías, puede que no le dijera ni adiós, padre. Y en vez del abuelo, fue su cuñado quien lo acompañó hasta la frontera. Ándate con ojo y no te metas en berenjenales, y piénsatelo dos

veces antes de utilizar el manubrio, le había dicho mientras le señalaba con los ojos la bragueta, arqueando las dos cejas.

Mimoun no estaba seguro de poder atravesar el paso fronterizo sin problemas. El nuevo pasaporte era idéntico al anterior, la misma foto, los mismos apellidos, pero diferente número. Aquel funcionario malnacido le había sacado mucho dinero por la falsificación. ¿Y si lo tenían apuntado en alguna lista? ¿Y si no podía volver a entrar y la vida se le continuaba haciendo tan insufrible en ese lugar que no era su destino?

El guardia vestido de caqui de la aduana marroquí miró el pasaporte de cabo a rabo y le lanzó una media sonrisa. Mimoun pensó que había reconocido la falsificación, tú también debes de haber hecho, ¿verdad, hijo de puta? Pero entonces le soltó la bromita acerca de su apellido: Driouch, ¿eh? ¿Qué os creéis vosotros, que venís de la península Arábiga o qué? Mimoun hizo un esfuerzo por esbozar otra media sonrisa, ésta llena de rabia contenida.

Esperando en el paso español lo había visto más claro. Se había acercado al hombre uniformado con la piel como de color oliva, le había dado el documento y había esperado. Esperado. Esperado. Esperado. Le pareció que el tiempo se enlentecía hasta parecer detenido, no, todavía no me he muerto, me siento los latidos del corazón más que nunca. ¿Qué haría si lo obligaban a volver atrás de nuevo? El guardia dijo pase, pero él aún debía de estar pensando en lo que haría si tenía que volver. Pase de una vez, que hay cola.

Tenemos que decir que Mimoun disfrutó de aquel viaje más que del primero. Se paseó tranquilo por la cubierta del barco, pidió una cerveza en la barra y le guiñó el ojo a más de una desconocida. Sabiendo cómo suele ser de convincente cuando está de buen humor, puede que incluso llegara a llevarse alguna chica al camarote y lo hicieran en la estrechez de la litera. Cuanto más mayor se hacía, más aumentaba su destreza con las mujeres, quizá porque las iba conociendo mejor o quizá porque sabía elegir a las que seguro que eran presas fáciles.

También disfrutó más de ese segundo viaje porque sabía que tenía a madre controlada, aunque se hubiera fiado más del padre de ella que del abuelo, que siempre la defendía, según él. Le tranquilizaba

relativamente el hecho de que el rival número dos, que se llamaba como el rival número uno, hubiese ido a estudiar a la ciudad y sólo volviera a casa por vacaciones.

Mimoun pudo decir algo más que *Barciluna, Barciluna* a la chica que vendía los billetes del autobús, y no le había costado tanto reconocer la parada donde tenía que bajar.

Cuando todavía pensaba en las promesas de madre, aquel tío que le decía estate quieto, Mimoun, le abrió la puerta del piso junto al agua. Le habría gustado que hubieran sido promesas hechas espontáneamente, una señal de amor por su parte, pero ella era reservada y fue él quien tuvo que hacerle decir todo lo que quería oír. No saldrás de casa si no es para ir al cementerio. No tengo problema alguno en que tus padres te vengan a visitar, o tu hermano, no me importa. Pero tú no saldrás de aquí hasta que yo vuelva. Piensa que en cuanto des un paso en el patio de fuera yo ya lo sabré, por lejos que esté. Debes jurármelo por tus padres y por tus hijos. Júramelo y me iré pensando que tengo a la única mujer decente del mundo.

Ella lo juró, con la voz rota, sabiendo que si no cumplía su promesa los seres a los que más quería sufrirían las consecuencias. Mimoun pensaba que esa separación pondría a prueba los vínculos que había creado con su mujer y así se vería si ya la había domesticado lo suficiente.

29

BIENVENIDO

Continuaban los mismos olores y la pintura de las paredes del comedor aún se agrietaba de vez en cuando. Mimoun había empezado a trabajar, entusiasmado, pero no en la anterior empresa. Su tío lo había recomendado a otro constructor de la ciudad capital de comarca y le había repetido eso de vigila donde te metes. Cuando se lo proponía era un buen trabajador, se cargaba a la espalda sacos de cemento de cincuenta kilos sin demasiados problemas y había llegado a hacer demostraciones de fuerza delante del público de la obra para mostrar cómo era capaz de ir arriba y abajo con aquello encima como si nada.

Ésa fue su mejor época: estaba ganando mucho dinero y había hecho amistad con algún cristiano que no le resultaba del todo

desagradable. Uno de ellos le había invitado a comer a su casa, donde la madre del chico le sonreía con unos dientes muy blancos. Caía tan rendido por las noches que ya no pensaba en alcohol ni en hachís. En la calle de Argenters ya no estaban aquellas chicas de las batas transparentes.

La construcción estaba en alza y Mimoun iba adquiriendo las habilidades del oficio propias del país, y cada vez se le hacía más fácil alinear los ladrillos en fila uno junto a otro y una fila encima de otra. Tenía más destreza de la que se podía esperar en estos casos y la resistencia que demostraba maravillaba a más de uno. Parecía que por fin su destino sería el que tenía que haber sido desde buen principio.

Mimoun siempre explica que las envidias de los demás hacen mucho daño. Que cuando las cosas te van mal o no destacas especialmente en nada no corres peligro, pero que el hecho de tener éxito te hace estar en el punto de mira de los que tienen el corazón tan estrecho que no pueden desear que a los otros les vaya bien. Colocaba uno de los ladrillos bajo el cordel del equilibrio y retiraba el mortero sobrante que resbalaba por los lados cuando su tío se lo dijo. Ya faltaba poco para terminar y Mimoun había mirado de soslayo, cerrando un ojo, la hilera que acababa de hacer para comprobar que estuviera recta, cuando su tío le dijo, ¿y qué? ¿Es que tu mujer no te echa de menos? Todo habría sido muy normal si su tío no hubiese continuado y no hubiera especificado a qué tipo de añoranza se refería. Sí, hombre, ya me entiendes, las mujeres cuando son vírgenes no lo necesitan, pero si la tuya ya se había acostumbrado... No tuvo tiempo de acabar la frase. Mimoun le arreó un golpe con el mango de la paleta que tenía en las manos y el cemento debió de ir a parar al pelo de su tío. Mi mujer no es una puta como la tuya, ¿me oyes?, no lo es. No vuelvas a hablarme así nunca más, le decía mientras le iba dando patadas. Yo no soy un marica como tú, le debía de decir con esos ojos que pone cuando las cosas no salen como él quiere, muy redondos y con las cejas muy juntas.

Mimoun se fue y lo dejó allí tendido. Puede que diera una vuelta por debajo de las arcadas de la plaza de la capital de comarca antes de irse a emborrachar a algún bar de aquellas calles tan estrechas. Llegó al portal de su casa a trompicones y empezó a gritar y a llamar a la

puerta cuando ya era noche cerrada. Perdóname, tío, yo no te quería hacer daño, perdóname. Pero nadie abría mientras él seguía bramando. Nadie.

Debió de pasar horas intentando echar abajo la puerta, pero el peso de su cuerpo en ese estado etílico le impedía hacerlo con todas sus fuerzas, así que tuvo que pasar la noche acurrucado sobre el felpudo en el que ponía bienvenidos.

Al día siguiente ya no recordaba si había visto a alguien salir del piso o no, pero encontró junto a él la maleta de hebillas no tan brillantes y una bolsa con la comida que guardaba en la nevera.

Apalazar al único conocido de tu mismo pueblo en una ciudad capital de comarca como aquella, tan lejos de la ciudad capital de provincia, no había sido una de las mejores ideas que había tenido Mimoun. Se fue a buscar a ese chico que le había caído medio bien en la obra y le preguntó si lo podía acoger, aunque fuera por una noche, mientras buscaba una habitación de alquiler. No puedo, tengo mujer e hijos, le dijo, no cabrías. Mimoun sabía que no era ése el motivo principal, pues él tampoco habría dejado entrar en su casa a un tipo con la pinta que tenía él en ese momento y con la fama que ya le precedía incluso en aquel rincón del mundo.

Mimoun se pasó el día vagando por las calles, tratando de encontrar a algún conocido o de distinguir a algún paisano suyo que pudiera necesitar un compañero de piso. Fue a lavarse a los lavabos del restaurante que tenía aquella carta con fotos grasientas de las comidas grasientas que allí se servían y no se separó ni un instante de su maleta de hebillas, ahora todavía menos brillantes.

Malparido, musitó cuando se acercaba la noche. Para no pensar más en cómo era su tío, empezó a emborracharse tan pronto como le permitía su estómago y hasta tan tarde como le dejó su bolsillo. ¡Maldito marica! Debía de dar muchas vueltas antes de comenzar a buscar un sitio donde poder dormir, aunque sólo fuera un rato. Regresó al lugar del que se había marchado por la mañana e insistió con unos cuantos golpes antes de rendirse. El puente tan antiguo por debajo del que pasaban aguas tan apestosas se le presentó como la única solución. Ya había dormido en la calle una vez; al menos ahí debajo no pasaría frío, o pasaría menos que a plena intemperie.

Así pues, ésa fue la primera noticia de Mimoun que llegó a casa de los Driouch después de su segundo viaje: que el hijo mayor del abuelo dormía debajo de un puente en una tierra donde todo era posible. Madre aún no sabe si eso sucedió de verdad o si fue una invención de su tío, tan envidioso, pero durante la llamada que cada quince días hacía a su mujer, en la ciudad, el tío de Mimoun contó eso. Que Mimoun no cambiaría nunca y que ahora le había dado por vivir debajo de un puente, que no sacarían nada bueno de ese chico.

Sí que es cierto que el que sería el gran patriarca fue a parar una noche debajo de las antiguas piedras del puente románico, pero también es cierto que al día siguiente volvió a tratar de buscar a alguien que le fuera más familiar que el resto de rostros sonrojados y abstractos, y que esta vez la búsqueda había dado sus frutos. No fue él quien encontró al chico de cabellos tan lisos y con aquel flequillo ridículo que le enmarcaba la cara de pan que tenía, Mimoun ni se debió de fijar, pensando que la conversación que pudieran tener se ceñiría al escaso vocabulario que había recuperado en su segunda estancia en ese país.

Fue el otro quien lo estuvo observando durante un rato mientras compartían barra, y cuando Mimoun ya le iba a dar un puñetazo, pensando que se le estaba insinuando, el chico, sonriente, le dijo, ¿qué te pasa que andas perdiendo el tiempo por aquí? El hecho de que le hablara en su propio idioma lo pilló a contrapié, y Mimoun transformó el gesto de enojo en una amplia sonrisa. Malparido, yo pensaba que eras un maldito cristiano; ¿por qué no me has hablado antes?, a mí sí que se me nota que soy moro. Y tan moro, debió de decir el otro mientras se daban un apretón de manos.

El chico se llamaba Hamed, pero todos lo conocían como Jaume, que venía de Jaime, y entretuvo a Mimoun con todo un repertorio de chistes de zorros y leones. Cuando hacía ya rato que se reían y él ya no se acordaba de su situación, Jaume le dijo, ¿es que te vas de viaje? Seguramente Mimoun le contó que el malparido de su tío había insultado a su mujer y que, ya sabes, *sahbi*⁸, hay cosas que uno no puede consentir si quiere salvar su honor. Le debió de relatar orgulloso la de hostias que le dio y cómo había acabado toda la historia.

Así fue cómo el gran patriarca, que todavía no lo era del todo, se vio entrando en el piso de la calle de la Gelada, un piso tan deteriorado como el primero, pero lejos de las pestilencias del río y de los curtidores. Entró en su habitación feliz por haber conocido a aquel hombre de facciones extrañas que le hablaba en la lengua más cercana que conocía. Aún no sabía que esa amistad se mantendría durante casi toda una vida.

⁸ Apelativo que designa al amigo, al
compañero.

30

EN CASA

Jaume se ocupaba de la casa igual que las mujeres. El piso donde vivían no era mucho mejor que el que Mimoun había compartido con su tío, pero él tenía ganas de volver allí después de trabajar. Quizá fuera porque Jaume siempre preparaba café al llegar a casa y cuando Mimoun entraba por la puerta ya notaba el olor. Quizá porque los curtidores quedaban lo bastante lejos como para que el aroma del café no se mezclara con los hedores de los vertidos de las fábricas. O quizá porque a Mimoun el río no le había traído demasiada buena suerte y sentía que era mucho mejor para su espíritu estar alejado del agua.

Hacía tiempo que Mimoun echaba de menos tener la casa limpia; no sabía que eso era lo que le hacía estar siempre con la mandíbula apretada. Su tío y él dejaban la ropa sucia esparcida por todo el piso, los platos se amontonaban hasta que ya no sabías qué hacer para desmontar el castillo lleno de comida reseca. Mimoun había llegado a comprar una vajilla nueva al no encontrar nada donde poner la cena. Y no era que le gustase vivir así, con el suelo pringoso pegándose a los zapatos y aquel ruidillo de chuf, chuf; no, sólo era que no sabía cómo encargarse de la casa. Su madre y sus hermanas lo habían educado para hacer de señor, y su mujer había proseguido la costumbre. Aún ahora, si se le ocurre pelarse una fruta, corre hacia él cualquiera de las tías y le dice, no, no, no, ¿qué haces? Habiendo tantas mujeres como hay en esta casa, ¿cómo puedes pretender hacerte tú mismo las cosas? Venga, déjame, que es tarea nuestra.

Por eso Mimoun no entendía a un individuo tan excepcional como Jaume, al que consideraba casi como un ser híbrido por la destreza que demostraba con los estofados de pollo con patatas o con aquella especie de crepes llenas de burbujas. No, era un hombre, estaba seguro de ello, pero no sufría la disminución natural de su género a la hora de hacer las labores del hogar. Mimoun pasaba su tiempo libre contemplándolo desde el sofá con una lata de cerveza y un cigarrillo mientras el otro pasaba la fregona por todos los rincones. Oye, *sahbi*, intenta no levantarte hasta que se haya secado, ¿vale? Y él contestaba aquello de sí, señora.

Mimoun se burlaba siempre, pero el otro esquivaba los dardos venenosos que salían de su lengua. Aun antes de que él dijera nada, Jaume ya se había reído de sí mismo tanto como podía y así neutralizaba el ataque de Mimoun antes de que a éste se le ocurriera. Cuando Mimoun le preguntaba que cómo había ido a parar a ese país un hombre como él, que cuáles habían sido los motivos de su migración, Jaume siempre respondía lo mismo: ¿no ves que me expulsaron de allí por no parecer lo bastante moro? Me vieron tan rubito y tan blanco que no me quisieron, *sahbi*, ya lo ves. Y su compañero de piso se reía, aunque la bromita ya no fuera ninguna novedad. No había día en que no le hiciera la misma pregunta, y el otro continuaba abriendo la boca con la misma respuesta. Además, con el flequillo cortado así, añadía siempre Mimoun, ¿qué te crees?, ¿que eres un Beatle o qué?

La calidad de vida del gran patriarca mejoró mucho desde que conoció a Jaume; no sabemos cuál era el motor que lo movía a actuar de esa manera, pero lo cierto es que era la primera vez que Mimoun podía tener la certeza de que hay quien te ayuda porque sí, que se da porque sí. Jaume no sólo le hacía sentirse a gusto en casa como no se había vuelto a sentir desde que se había marchado del pueblo, sino que lo sacaba de muchos líos. Lo había frenado en el mercado cuando Mimoun quiso pegar a un vendedor que se reía de su forma de hablar la lengua del país o de esa costumbre que conservaba de pedir póngame tantas pesetas de patatas o tantas otras de tomates. Mimoun solía ponerse a gritar cuando el dependiente en cuestión empezaba a reírse con un ¿y éste qué dice ahora? despectivo, y Jaume, que lo veía venir,

se lo llevaba del puesto. Estás muerto, tenía tiempo de gritar Mimoun a ese hombre, que ya no se reía. Hacía ese gesto que él siempre hace para asustar a los demás y que sabe que impresiona. Se pasaba veloz la mano extendida junto al cuello, estirándolo amenazante.

A pesar de esa clase de sucesos, en general Mimoun había mejorado bastante. Trabajaba las horas que le tocaban y tenía muchas menos discusiones con su jefe, llegaba rendido a casa y cada vez salía menos a emborracharse. Incluso se había comprado un cubo de albañil, una paleta propia y un nivel y hacía trabajillos por su cuenta durante los fines de semana. Cambiaba baldosas de lavabos llenos de moho, levantaba paredes de granjas que se habían caído y reparaba suelos pavimentados llenos de grietas.

Ya casi no tenía tiempo de pensar en madre y en si se iría con otro o no o en si le debía de hacer todo el caso que él le había exigido. El tiempo iba pasando y las palabras de su tío le habían ido resonando de vez en cuando dentro del magín. ¿Necesidades, dice el malparido?, ¿qué necesidades debe de tener mi mujer?

Un día se levantó por la mañana y decidió que añoraba su casa. Sin ninguna explicación, así, sin reminiscencias proustianas ni nada de nada, lo decidió. Tenía suficientes ahorros para el viaje, para volver y para comprar regalos para todo el mundo. Mimoun ya no pensaba en comprar ningún camión cuando hizo su primer viaje de vuelta, que ahora lo era de verdad, y no una expulsión.

31

NO ME ENGAÑARÁS NUNCA MÁS

Mimoun vuelve a casa, Mimoun vuelve a casa, madre, madre, ya está aquí. ¡Nuestro hermano ha vuelto! Las tías gritaron en cuanto lo vieron subir por el camino de piedra que venía de la carretera y a la abuela le debieron de temblar las rodillas de la emoción, eso dice. Madre no debía de saber cómo comportarse. ¿Tenía que estar contenta de recibir a su marido? ¿Lo debía demostrar delante de todos o sólo ante él? ¿Qué tenía que demostrar si ni siquiera sabía qué sentimientos le provocaba aquel hombre al que hacía dos años que no veía?

Tu marido está aquí, le habían dicho las hermanas de Mimoun, pero ella no se movió, tan sólo lo miró mientras él la contemplaba con esa

especie de chispa en los ojos. Le había cogido la mano, nada más, por vergüenza a mostrar demasiado afecto delante de la familia. Las hermanas se reían, seguro que lo que habías pensado es cogerle sólo de la mano, ¿verdad?

Pero a madre ya le dio vergüenza sólo que la mirara de aquel modo delante de todo el mundo. Que es tu marido, chica, le dijo su suegra, y no muerde a menos que le dé un ataque de los suyos. Era un buen momento para bromear con Mimoun.

Sus hermanas lo llevaron hasta la habitación y le hicieron sentarse, lo descalzaron y le trajeron el lavamanos. Os he comprado un jabón que ya veréis qué piel os deja, nada que ver con ese pastoso y seco que me dais. Ya lo veréis. Allí mismo, con el primer vaso de té hirviendo y un cigarrillo entre los dedos, Mimoun empezó a contar lo bien que le iba todo. Se puede decir, y no digo ninguna mentira, que tengo mi propia empresa. Un piso donde ya os gustaría vivir, ya, con comodidades que aquí no encontraríais jamás. ¿Sabéis que es una lavadora?, ¿a que no? El día que aquí os llegue la electricidad y montemos una cisterna para tener agua corriente, os prometo que os enviaré una por correo certificado y ya no tendréis que bajar más al río a desgastaros las palmas de las manos contra aquellas piedras.

Las tías sólo debían de abrir la boca y repetir, milagro de Dios, ¿has oído eso, madre? Mimoun debía de pensar que se podría acostumbrar a que su familia se sintiera tan orgullosa, que algo así quizá nunca le había ocurrido.

Para celebrar el éxito y dar gracias al Supremo por la suerte, cuando ésta te acompaña, se dice que hay que organizar un banquete e invitar a todos los que no son tan afortunados como tú. En realidad, son unos banquetes que siempre se han hecho para demostrar a los demás tu poder económico y que ellos están por debajo de ti.

Por uno u otro motivo, Mimoun había decidido dar una gran fiesta. La abuela debía de estar contenta, pensando que eso sumaba puntos positivos a los muchos negativos que acumulaba su hijo para entrar en el paraíso. Conservarás tus éxitos, hijo mío, si los compartes con los demás. Ya sabía yo que en el fondo tenías buen corazón, si te parí yo, ¿cómo no ibas a ser bueno?

Compraron un par de corderos, kilos y kilos de fruta y verdura, aceitunas, miel y mantequilla de las buenas, pan blanco de ciudad, y las tías cocieron sus dulces en aquel horno de barro que había en el patio de fuera. Y todo fue como es debido. La abuela hizo ir a alguna de las niñas a casa de los vecinos a pedir platos y cubiertos para completar los que tenía y la pequeña debió de aprovechar para recitar la letanía que tenía aprendida para formular la invitación. Se tenía que hacer así y de ninguna otra forma.

Todo iba como es debido. Hasta que el gran patriarca se acercó a las chicas que estaban lavando los melones en una palangana en un rincón del patio interior, apoyando todo el peso en los talones y tratando de no mancharse unos vestidos tan relucientes. Puede que lo intuyeran a su espalda, silencioso, y debieron de pensar que eso no sería bueno para nadie. Antes de que él abriera la boca, ellas ya le habían preguntado ¿qué te pasa?

Era un buen momento para el espectáculo, aunque todo fuera por culpa de la bofetada que sonó, ¡plaf!, o de lo que fuera que le sucedió en el río o del incidente de la chumbera, tanto daba el motivo del comportamiento del gran patriarca. Los ataques siempre elegían momentos en que hubiera público, sobre todo mujeres. Es una puta, les dijo a sus hermanas, saltándose todas las normas que establecen no hablar mal delante de una persona mayor que tú o de las mujeres de la familia. Mimoun nunca tuvo un ataque estando solo, afortunadamente, pensaban ellas; suerte que sólo te da cuando nosotras estamos cerca.

Es una puta y vosotras también sois sus cómplices. Lo sé, ¿verdad que ha salido de esta casa? ¿Verdad que me ha desobedecido? Por eso está tan fría conmigo, por eso está tan rara, es que se entiende con otro. Mi propia mujer, la que dicen que es la más tranquila de todo el pueblo, de quien no se ha oído nunca nada deshonroso, ahora resulta que es una puta como cualquier otra. Pero ¿qué dices, hermano? No hay nadie como *lalla*, y ya te decimos nosotras que no ha ido a ningún lado. Nos hemos convertido en su sombra y no la hemos dejado ni un instante, precisamente porque sabíamos que tú ya le habías advertido. ¿Cómo puedes mentir de esa manera? ¿Y lo de su padre, eh? ¿O es que me negaréis que se fue a ver a su padre enfermo? Pues si él aún no ha muerto, ahora verá cómo pierde a una hija. Y vosotras, ya os podéis ir

preparando, mentirosas, que preferís traicionar a vuestro propio hermano que a ella.

No, no, pero si sólo salió un día, y no cogimos ni un taxi, fue su hermano el que la vino a buscar. Pensaban que se estaba muriendo, Mimoun, pensaban que eran sus últimos instantes de vida. Y la acompañamos todo el rato, no la dejamos sola ni un momento, Mimoun, por favor, no le pegues.

Pero Mimoun ya no oía nada porque se trataba de un ataque de los suyos. Una de las tías ya había ido a avisar a madre, que freía pollos en una olla llena de aceite; le dijeron aléjate del fuego, que ya sabes que trae mala suerte. Te protegeremos, no dejaremos que te haga daño. La arrinconaron en un lateral de la cocina y todas la rodearon. Sólo que madre era tan alta que le sobresalía la cabeza por entre todas las mujeres que la protegían. No le pegues, Mimoun, si todavía nos quieres, déjala en paz, porque cada golpe que le des a ella será como si nos lo hubieras dado a nosotras. Entonces, entre las voces trabadas de ellas y el chuf chuf de las ollas, sonó una bofetada, plaf. Sólo una, una sola, sonora.

Mimoun no se debía ni imaginar que ese golpe que le arreó a madre tendría mayor trascendencia que cualquiera de las palizas que le había propinado. Primero porque había sido en público: no hay nada más humillante que un golpe dado ante la cocinera del pueblo, las niñas y las primas de las niñas que venían a ayudar a la abuela. Segundo, porque nadie se creyó que con un solo golpe ya estuviera solventado el tema y madre tendría que pasar días esperando que le cayera el resto. Al fin y al cabo ella se lo debía de merecer por haberle desobedecido, aunque sus órdenes fueran absurdas.

Pero él no volvió a pegarla, sólo le dijo aquello de no me engañarás más. Seguro que había luna llena cuando le dijo eso, porque madre siempre cuenta que yo soy como soy porque fui concebida en plenilunio. Así fue como Mimoun, antes de volver a la ciudad capital de comarca, dejó mi semilla en el interior del vientre de su vientre. Quizá soy como soy porque él la dejó con cierto pesar, cavilando todavía si por allí había entrado algún otro. Quizá intentó averiguar si conservaba la misma estrechez de antes de irse, pero ya se sabe que estas cosas son difíciles de medir.

SÍNDROME DE LA AÑORANZA PERPETUA

Mimoun volvía a emprender el mismo viaje y el corazón ya no le latía tan de prisa mientras esperaba apoyado en la taquilla a que aquel hombre de bigote encrespado le mirase el pasaporte. Todo eso ya no era novedad, pero sí que lo era el hecho de que Mimoun había quizá empezado a pensar que ése era realmente el destino que le correspondía: ir arriba y abajo cada año y gastarse todos los ahorros en unas cuantas semanas. El destino de no saber si aquellos con los que has creado vínculos se olvidarán de ti mientras tú no estés. Mimoun sabía que tenía la mejor de las mujeres, pero no dejaba de ser una mujer. La había notado distante durante toda su estancia; no era ésa la forma en que una esposa debe tratar a un marido largamente ausente, no, señor. Si al menos lo hubiera abrazado, si se le hubiese lanzado al cuello y le hubiera dicho te he echado tanto de menos o amor mío o alguna palabra dulce que él se pudiera llevar al país vecino... No, madre siempre ha sido más bien arisca. Sensible, pero arisca, porque no sabía más.

Las hermanas de Mimoun se lo habían dicho: si se hubiese comportado de esa manera, como hace una mujer cualquiera, ¿tú qué habrías pensado? ¿No habrías dicho que eso no era propio de una mujer casada y decente? ¿No habrías empezado a preguntarle de dónde había sacado esas frases y quién se las había dicho? No, Mimoun, *lalla* no es de ésas, ella no es así.

Mimoun debía de pensar en todo eso mientras se dejaba llevar por el vaivén del barco y se arrebuja en una de las butacas tapizadas de azul tratando de conciliar el sueño. Se cubría con una manta de colores estridentes made in China que madre le había hecho llevarse tanto si quería como si no. Mi mejor manta, Mimoun, que allá debe de hacer mucho frío. Le había frito un par de pollos en aceite y las niñas le habían hecho *remsemmen* del bueno, huevos duros y pan del nuestro. Ya me gustaría, ya, que hubiera alguna forma de enviarte comida de la buena cada dos por tres... si no estuvieras tan lejos. Porque a las niñas que ya estaban casadas, la abuela nunca había dejado de enviarles «su

parte» de la cosecha de higos chumbos, de higos, del par de sacos anuales de almendras o del aceite de oliva elaborado por ella. Por eso Mimoun cargaba una de aquellas garrafas blancas de cinco litros con el dibujo en rojo de un pavo real que la abuela había llenado con su aceite. Mimoun, esto hará que no te pongas nunca enfermo, tómate una cucharada en ayunas cada mañana y verás cómo no te afectarán ni el frío ni la lluvia.

Mimoun habría preferido un remedio para otras cosas. Para la incertidumbre de saber hasta cuándo tenía que durar su destino, por ejemplo. O si siempre debería huir de ese rumor que le venía el día anterior a la partida, cuando la abuela ya empezaba a trajinar llorosa, hijo mío, pobre hijo mío. Él se hacía el enfadado. No empieces, madre, no empieces, que te conozco. Ella no podía contener las lágrimas y decía ¿y yo qué quieres que haga? Él amenazaba con tener un ataque si no paraba de llorar, si lloras tú, lloro yo, y ya sabes que me quiero ir tranquilo. Que me quiero ir contento, madre. Volvía la cabeza y los ojos mientras decía no empieces y todo indicaba que estaba a punto de comenzar a lanzar objetos por los aires o a darse golpes a sí mismo, pero no lo hacía. Entraba en la habitación para no ver cómo la abuela continuaba barriendo el polvo del patio con aquel haz de ramas, doblándose del todo sobre su propio cuerpo, y cómo le iban cayendo las lágrimas que de repente ella borraba.

Mimoun quería volver al trabajo y olvidar todo aquel mundo que siempre le esperaba, un par de hijos que no le hacían más caso que su mujer y un montón de hermanas que lo admiraban más que nunca. Quería olvidar que el abuelo ya sólo movía la cabeza de un lado a otro y que le había dicho que gastarse tanto dinero en banquetes para alimentar a medio pueblo no era suficiente, que lo que tenía que hacer era encargarse de su familia el resto del año, no sólo cuando venía. Debes enviar dinero, como hacen todos los que se han ido a vivir fuera, es tu obligación. Mimoun lo miraría fijamente, de esa manera suya que hace que el corazón se te acelere y no te atrevas ni a respirar. Miraría al abuelo de esa manera para cortar la conversación, pero no dejó de pensar en sus palabras.

Al final su destino iba a ser ése. Trabajar tanto como pudiera para vivir bien y permitirse cubrir las necesidades de un hombre, enviar

dinero a menudo para mantener a la familia y ahorrar lo bastante como para volver cada año a celebrar los éxitos. Así planificaba Mimoun la vida cuando entró en el piso que compartía con Jaume y olió el incienso que le daba la bienvenida. Bienvenido a casa, Mimoun, veo que te han vuelto a expulsar del país.

Mimoun ya había decidido que su destino era ése, el de la rectitud y todo lo demás, hasta que apareció Isabel.

33

ISABEL

Isabel vivía al final de la calle donde más tarde lo haría el gran patriarca, y él la conoció en el hospital, un día que erró el golpe que había de ir a parar sobre un cincel y fue a parar sobre la mano que lo sostenía, la suya. Así ocurrió que, mientras estaba en la sala de espera, Mimoun la vio paseando pasillo arriba, pasillo abajo, con el palo de fregar entre las durezas de las manos y secándose la frente de vez en cuando.

Por entonces, el gran patriarca ya había aprendido a afinar su búsqueda a la hora de encontrar mujeres que se lo pusieran fácil y no le complicaran la vida. Cuando la competencia es elevada y la tuya es una posición de desventaja, no te queda otro remedio que especializarte. Mimoun se especializó según los criterios que le marcaban sus gustos personales, pero también siguiendo las leyes del mercado. Hacía ya bastante que tenía claro que le gustaban las mujeres mayores que él, y con los años también había descubierto: 1) que eran mujeres más fáciles de satisfacer que las demás, y 2) que como hacía ya un cierto tiempo que estaban al alcance de todos, no les importaba practicar ciertas cosas que a una jovencita la llenarían de asco o le darían miedo. Una mujer mayor que él siempre se sentiría halagada por el hecho de que un joven corpulento como él le lanzase el anzuelo. Y tan moreno, decían. Algunas seguían relacionando su procedencia con todas las leyendas que habían oído contar a sus abuelas sobre moros, y eso era un punto que jugaba a favor de Mimoun. Además, las mujeres más mayores se entregaban del todo, y muchas no necesitaban demasiados preámbulos para llegar allá adonde a él le interesaba.

Pero el gran patriarca todavía se especializó más. Descubrió que entre las mujeres mayores había un grupo específico que no sólo le provocaba una gran satisfacción conquistar, sino que sus hembras se dejaban llevar por él del todo con sólo pasar una noche juntos.

Eran las divorciadas las mujeres que más placer le podían dar, más aún que las profesionales, más aún que Fatma o que cualquier chica del pueblo. Las divorciadas solían tener un cierto sentimiento de inferioridad por el hecho de considerarse un poco como de segunda mano. Además, muchas tenían hijos y se encargaban de ellos casi siempre, tenían que hacer de padre y de madre a la vez, y apenas pensaban en sus cuerpos, en cuidarse, y mucho menos en salir de fiesta para ligar. Eran mujeres que solían tener durezas en las palmas de sus manos y un cierto deje de tristeza en los ojos.

Y Mimoun había descubierto que era tal la necesidad que tenían de volver a ser mujeres y punto, perras disfrutando del sexo como animales, que no costaba demasiado conquistarlas. Se sentían halagadas de que alguien como Mimoun se dignase a fijarse en ellas. ¿Me lo dices a mí?, le había dicho alguna. ¿Bonita, yo? Venga, va, ¡quién quieres que se fije en una mujer con tres hijos adolescentes como yo!

Eso mismo fue lo que le dijo Isabel cuando la abordó un día que iba del trabajo a casa. Isabel, ¿verdad? ¿Verdad que te llamas así? Ella ya había caído en su trampa en cuanto le contestó, ¿te conozco? No, te veo a veces en el hospital, pero tú ni te has fijado en mí; yo te he mirado en silencio durante tantos meses y tú ni siquiera sabes que existo. *Touchée*. La misma estrategia que Mimoun solía utilizar al otro lado del estrecho le funcionaba en la capital de comarca. Un golpe a contrapié del que les cuesta rehacerse y que Mimoun aprovecha para decir aquello de si quieres tomar algo, que pareces cansada.

Las mujeres mayores y divorciadas se conforman con eso, con tomar algo, no te piden que las lleves a restaurantes caros ni a ver películas al cine ni zarandajas por el estilo. Y así fue cómo Isabel, recién conocido Mimoun y después de tomarse una cerveza juntos en la plaza de los Mártires, se metió en la cama con él sin pensárselo dos veces.

Mimoun le dijo espérame aquí cinco minutos. Fue corriendo hasta casa y le dijo a Jaume que se esfumara. Ya en su habitación, colocó bien la manta made in China de madre, tan reluciente, que tocaba el suelo por un lado y dejaba al descubierto la almohada por el otro. Se mojó el pelo y se pasó el peine, y más agua, de tanto que se le encrespa cuando se peina.

Bajó las escaleras a toda prisa. Isabel debía de sentir esa inquietud ante lo desconocido cuando Mimoun la volvió a mirar a los ojos muy adentro. Ven, le dijo, y ella se había dejado llevar. Ven, que yo vivo muy cerca de aquí, y ella probablemente pensó que por qué no, que un mozo así no se prueba demasiado a menudo, que ya estaba cansada de tanta fregona arriba y abajo y que aquello se lo merecía. No sabemos si también se lo merecía el olor que despedía la manta después de tantas noches sobre el cuerpo alcoholizado de Mimoun, pero intentó no oler nada mientras él no paraba de hablar. La confusión en el uso de las vocales la enfriaba por momentos, *¿ti guchta?*, decía él, y ella debía de pensar que si se callara todo iría mejor, pero no dijo nada hasta que se sintió mojada por dentro y tuvo la certeza de que ese hombre le traería un montón de problemas que todavía no había tenido.

Así fue como Mimoun conoció a Isabel, un nombre que crecería con nosotros en los primeros tiempos de nuestra infancia, a pesar de estar tan lejos. Pero Mimoun cuenta, sobre todo cuando ha bebido, que las cosas fueron al revés. Que primero dudó que yo fuera hija suya y después, de la rabia que le dio todo eso, decidió vengarse de madre buscándose una cristiana a quien engancharse y que se le enganchara.

34

LA HIJA DEL HIJO

Yo nací cuando debía, pero hay quien dice que me adelanté más de lo conveniente y que ese hecho destrozó la familia y provocó un dolor de los que te persiguen toda la vida. Yo, la verdad, ya no sé si hice bien en nacer. Todavía pienso que quizá no lo tendría que haber hecho, eso de nacer porque sí, como un capricho mío y punto.

La noticia había sido grabada en una cinta de casete en la que la abuela decía hijo mío, soy yo, tu madre, quien te habla desde tan lejos para anunciarte una nueva que te hará muy feliz. Tu mujer ha dado a

luz, gracias a Dios, y ha sido una niña preciosa. Mimoun lo había escuchado con ese chasquido de fondo que hacen las cintas grabadas y había sonreído al aparato, lo había abrazado y saltaba de alegría como si la suerte le hubiera sonreído por primera vez en su vida. Fue a buscar a Jaume y bailó un rato, lo cogió por el cuello, aunque era un hombre de peso, y salió a la calle saltando y cantando como si estuviera loco. Después se llegó hasta el snack de la plaza e hizo abrir un par de botellas de cava; no sabemos si los que estaban allí lo conocían o no, pero él invitaba a todo el mundo para celebrar el nacimiento de su primera hija. Soy padre de una niña preciosa, decía, es preciosa, y quienes lo rodeaban debían de encontrar un poco extraño que un moro celebrase un nacimiento de esa manera. Pero nadie dijo nada y todos lo felicitaron por su paternidad, sin saber que si esta vez Mimoun era tan feliz por haber procreado era porque veía cumplido el sueño de tener una hija. Las niñas son más leales a los padres, te hacen más caso y te quieren de todo corazón, y no por la obligación de ser tus hijos. Y te lo demuestran, las niñas te demuestran que te quieren hagas lo que hagas y su amor siempre es incondicional.

Yo ya nací con este deber afectivo, con una madre arisca domesticada desde el principio de su matrimonio y un padre al que no vería muy a menudo; con esta herencia tenía que cumplir mi deber afectivo.

Mimoun siempre cuenta que estuvo tres días de fiesta, que fue a todos los bares donde lo conocían a beber a mi salud y que en todas partes le daban golpes en la espalda y lo felicitaban. Incluso su tío, al que se encontró por casualidad en el bareto donde antes pasaban las tardes, le había dicho, muy bien, eres todo un hombre, tú. Te pasas un mes en casa y ya le haces una criatura a la mujer. No debiste de descansar mucho, no. ¿Cuánto dices que hace de tu viaje?

Y allí se quedó suspendida la pregunta, que fue saltando arriba y abajo entre el humo de los cigarrillos y los farías hasta que Mimoun tuvo un instante de lucidez. Algo dentro de su cabeza nublada por el alcohol hizo clic. Clic, Mimoun, piensa un poco, Mimoun. Llevas unos cuernos como los de un toro y encima lo celebras, te la ha metido, la mala puta, y bien metida. Si la niña acaba de nacer, el embarazo no ha durado nueve meses, ha durado siete, justo el tiempo que hace que esa

desgraciada me contó lo de la visita a su padre enfermo. Enferma se va a quedar ella para siempre.

Ya no lo debió de celebrar más y se pondría a pensar en cuál era la mejor forma de salvar su honor.

Mientras yo crecía dentro de una caja de zapatos cubierta de algodón y nadie sabía si viviría o no, con las orejas aún pegadas al cráneo y membranas entre los dedos de las manos, Mimoun pensaba qué podía hacer con todo lo que no tendría que pasar si creas vínculos verdaderos con alguien.

Ya había enviado el dinero para celebrar el nacimiento, pero toda la familia estuvo de acuerdo en esperar más de los siete días establecidos para dar a conocer al nuevo miembro; querían esperar a saber si yo viviría o no. Y yo no me decidía y madre ponía su oreja junto a mi boca para saber si respiraba o no, me amamantaba sacándose la leche y haciéndomela tragar con una jeringa. Quizá habría podido escoger no vivir, pero con tantos esfuerzos que me dedicaban no tuve otro remedio.

Y al otro lado del estrecho el patriarca se sentía medio contento y medio enfurecido por tener una hija que no era suya o que no podía asegurar que lo fuera. Había tenido tantas ganas de tener descendencia femenina que se permitió la duda de creer que quizá sí que fuera suya. Sobre todo después de haber hablado por teléfono con su padre y de haberle dicho que le diera el divorcio a su mujer. Envíala con su padre, es evidente que me ha engañado y todos vosotros sois sus cómplices. No quiero saber nada y conmigo ya no contéis. Pero ¿de qué hablas?, dijo el abuelo, la niña ha nacido antes de lo que le tocaba, ha pesado un kilo y medio y no está del todo formada. La tenemos entre algodones bien calentita para que acabe de ganar un peso que le sea saludable. Tu mujer no te ha engañado, no encontrarás ninguna otra mujer que te sea tan fiel. Si la repudias seré yo quien te desheredará.

Aunque el abuelo lo había medio convencido, a partir de entonces Mimoun ya tuvo una justificación objetiva para su enfado hacia madre y hacia el resto del mundo. Era un hecho absoluto que había tenido una hija antes de lo que sería decente, era evidente que el único argumento que podía desmentir su hipótesis estaba a miles de kilómetros y testimoniado por su padre. Pero ¿y si todos eran cómplices y mi pequeñez sólo era una invención para proteger a madre? ¿Y si todo el

asunto formaba parte de una conspiración contra él por el simple hecho de que su mujer caía más en gracia a sus padres que él mismo?

Yo, con tanto alboroto y con un espíritu de rebeldía que debía de haber heredado del propio Mimoun, decidí vivir.

35

ABEJAS

Mimoun se fue aferrando a Isabel más de lo que se había aferrado a una mujer de esas. Ya no existía la emoción de saber si se dejaría o no se dejaría hacer aquello o aquello otro, porque ella no tenía ningún límite. Hasta se podría decir que lo amaba, ella a él, seguro. Él a ella, quizá, si admitimos la premisa de que Mimoun pueda amar, claro.

Se habían ido viendo cada vez más a menudo. Desde que le había presentado a sus hijos no le importaba ir a visitarla día sí y día también. ¿Tienes unos hijos racistas o qué?, le preguntaba a Isabel cuando alguno de ellos lo miraba brevemente y soltaba un resoplido de conformidad. Que no, hombre, que no, es que a ellos les gustaría que volviera con su padre, ya lo sabes.

Y Mimoun seguía encontrando horrorosas las figuritas de porcelana de los estantes de cristal, y el perro que servía de paragüero, y las pieles de conejo encima de las mesitas entre los sofás. Aquella casa no era un hogar y Mimoun no sabía exactamente por qué. Pero había una parte del mueble del comedor que se abría y dejaba al descubierto botellas con licores de todo tipo, y todo estaba bastante limpio.

Durante un cierto tiempo Mimoun pasó más noches en casa de ella que en casa de Hamed, pero oficialmente no vivía allí. No llevaba la ropa a lavar ni ponía a Rachid Nadori, que cantaba canciones sobre inmigrantes y sobre mujeres que te maltratan. Sólo un cierto tiempo, hasta que Mimoun decidió que necesitaba una mujer, que su compañero de piso estaba muy bien, pero que no le podía ofrecer aquello de las caricias cuando estaba medio dormido.

Hasta que un día se presentó en casa de Isabel con las maletas y la manta made in China. Ella la escondió en el fondo del armario después de llevarla a la tintorería, avergonzada de lo horterera que llegaba a ser. Mimoun, por su parte, fue desplazando cada vez más aquel paragüero odioso hasta que fue a parar al cuarto de la plancha, vuelto de cara a la

pared. Por un lado aún se le podía ver la lengua, que le colgaba por fuera.

Es probable que Isabel no pensara demasiado en si Mimoun le habría tenido que pedir permiso para quedarse en su casa o no, pero parecía el paso lógico después de ver a qué ritmo avanzaba la relación. Ella debía de creer que por fin estaba rehaciendo su vida y que se fastidiase su ex al verla con un hombre más joven, y encima moro. Seguro que pensará que la tiene más larga y que por eso lo quiero en mi cama. Y aunque la medida no importara, a ella le satisfacía que los celos de su ex pudieran venir por eso. A Mimoun, también. No hay nada como la sensación de pensar que te estás tirando a la mujer de otro: como las casadas ya le habían traído suficientes problemas, valía más una no casada pero que hubiera sido la esposa de otro.

Si él se divorciase, su mujer tendría que seguirle siendo fiel hasta la muerte; por algo había sido el primero en tenerla.

Así fueron sucediendo las cosas: mientras yo crecía al otro lado del estrecho envuelta en trapos y untada cada noche con aceite de oliva, Mimoun no le decía nada a Isabel de que tenía algo parecido a una familia en algún lugar del mundo. De hecho, a ella debería darle igual si tenía mujer y tres hijos en el pueblo cercano a la capital de provincia, era sólo que valía más no decirle nada, porque en aquel país las mujeres se ofenden por asuntos de lo más normales.

Y, por supuesto, a madre tampoco le había hablado de Isabel, ni en los registros sonoros que enviaba por carta ni en las conversaciones que mantenía por teléfono con su padre de vez en cuando. Jaume no dejaba de decirle, *sahbi*, ¿no ves que vas a desgraciarte la vida, que no te conviene meterte donde te estás metiendo? Cuando sepan lo que estás haciendo te la cortarán a trozos las dos. Entonces Mimoun sacaba el discurso de la infidelidad de su mujer y se justificaba sin grandes problemas. ¿Has visto ya a tu hija? Quizá sea clavada a ti y tú aún dudas de tu paternidad. Podrías disfrutar, y mucho, si no permitieses que el mismo demonio te dijera al oído esa clase de disparates.

Mimoun no me conoció hasta más tarde. Dicen que cuando yo tenía siete u ocho meses decidió que debía ir a reencontrarse con los suyos. Hizo las maletas y le contó a Isabel lo mismo que había contado en la empresa para la que trabajaba. Que su madre había muerto y que

tenía que acudir al entierro. Y de paso aprovechó para pedirle dinero a Isabel y un anticipo a su jefe. Ninguno de los dos sabía que la madre de Mimoun se moriría muchas más veces para poder justificar otros viajes y otros préstamos precipitados.

Las tías siempre dicen que no habían visto nunca tan feliz a Mimoun como el día que me conoció. Que no me dejaba en paz, que no hacía más que abrazarme y que ellas no le han visto querer nunca a nadie de esa manera, ni a su propia mujer. Que le desconcertó el hecho de que me pusiera a llorar la primera vez que lo vi y que se enfadó con todo el mundo por eso. Pero al cabo de un par de días yo ya le tiraba del bigote y le reía como reía a todos los conocidos que entonces me rodeaban.

Cuentan que nos acostumbramos tanto el uno al otro que ya no nos pudimos separar. Él me llevaba a todas partes, donde no se suelen llevar bebés de esa edad, y le gustaba sentarse conmigo bajo las higueras del huerto. Dicen que como yo no era capaz todavía de sentarme sola, me puso un montón de piedras encima de la falda del vestido que me rodeaban y servían de contrapeso para mantenerme con la espalda recta. Pobre hija, decía madre, que no es bueno que una niña vaya tan arriba y abajo, y aún menos a los sitios adonde Mimoun me llevaba.

Hasta que pasó todo aquello de las abejas y Mimoun volvió a dudar de si yo era o no hija suya. Yo todavía no sé qué parte de culpa tuve en todo ese asunto. Madre cuenta que él había ido a pasear por el campo, como le gustaba hacer cada vez que volvía, y que había topado con un nido de abejas que le picaron por toda la cara. Se le hincharon los ojos y casi no podía abrirlos. Le salieron unas protuberancias en el labio inferior, y también en las mejillas, y en la frente.

De esa guisa volvió a casa, cerca del anochecer, cuando la abuela ya había empezado a encender velas y candiles para iluminar antes de que oscureciera del todo. Madre debía de estar ocupada entre los fogones de la cocina. En cuanto lo vieron, todas las mujeres habían corrido a traer barro del patio de afuera y se lo habían puesto por toda la cara. Así, lleno de bultos y con el rostro enfangado, Mimoun dijo traedme a la niña que la echo de menos. Sus hijos mayores lo miraban asustados y no tardaron mucho en salir corriendo a buscar al abuelo, pero a mí me

llevaron a verle, porque me añoraba. ¿Y qué tenía que hacer yo, viéndole con esa pinta? Seguramente no lo reconocí, o lo reconocí más que nunca, pero se ve que en cuanto me tuvo entre sus brazos yo ya no dejé de llorar, como si me fuera la vida en ello, como si me hubieran clavado una aguja. Rompí a llorar y no pude parar, no pude parar. Y él, al principio, se esforzó, y me lanzó por los aires, me cantó canciones, intentó jugar conmigo a los cinco lobitos. Todo fue en vano, y al final Mimoun rompió el silencio de mi llanto para decir lleváosla, no la quiero ver.

No dijo mucho más, pero todo el mundo sabe que fue entonces cuando sintió que se le confirmaba la duda, que fue entonces cuando tuvo la certeza de haber sido víctima del mayor de los engaños.

36

ABANDONAR O DEJAR DEL TODO, QUE NO SE PUEDE TRADUCIR

Mimoun había hecho aquel viaje para sentirse el hombre más feliz del mundo y para ser el más desgraciado del mundo. Todo ello no debía de tener demasiado que ver con las circunstancias externas, es sólo que Mimoun siempre se ha sentido más cómodo cuando todo va mal, cuando sufren los que le quieren, y así él no se siente querido. No sabemos por qué motivo a él la paz y la tranquilidad lo suelen hacer sentirse a disgusto, como si le faltara algo. Dicen que todo eso se debe a alguno de aquellos hechos que se produjeron durante su infancia, pero esta explicación quizá sea demasiado determinista.

Mimoun regresó a la ciudad capital de comarca pensando que ése era su destino definitivo, que ya no le hacía falta volver atrás nunca más porque era allí donde la vida le dolía más que nunca. De hecho, eso de tener una familia en diferido no era una recompensa que valiera la pena por tantos esfuerzos a lo largo de los años.

Así pues, se aferró aún más a Isabel, e incluso se fue acostumbrando a sus figuritas de porcelana y a los hijos de otro hombre. Él no habla nunca de si todo aquello fue fácil o no. Pero lo que está claro es que a ella no hacía falta domesticarla. Se le ofrecía siempre que él lo necesitaba y eso le era cómodo, pero ella ya había estado antes con otros hombres y Mimoun no tenía que preservar su honor porque

consideraba que ya había nacido sin él. Incluso si hubiera hecho falta, la habría compartido con algún amigo que la necesitara, pero el interés de Jaume por las mujeres era nulo. Isabel era como tantas otras, sólo que no tenía que pagarle y le ahorraba los gastos del alquiler y los recibos del piso.

Lo que no podía ofrecerle ella era la emoción de la caza, aquel cosquilleo en el estómago y la certeza-incerteza de saber si la presa sería tuya o no. Eso sólo podía pasar una vez con cada mujer, de modo que Mimoun tuvo que volver a salir por su cuenta a ejercitarse de nuevo para no perder la costumbre. Ella no le había sido nunca fiel, ya había estado con otros hombres antes de él, ¿por qué le tendría entonces que ser él fiel? Además, las necesidades de Isabel quedaban cubiertas, pero a él le hacía falta más, siempre ha sido mucho hombre.

Mimoun dejó hibernando sus funciones de gran patriarca, quería olvidarlo todo, deshacer la maleta definitivamente. Lo intentaba encamándose con tantas mujeres como podía, salía cada noche y volvía a las tantas. Debió de llegar un punto en que ni siquiera la caza tenía la emoción de cuando era más joven: ya conocía muy bien los mecanismos que hacían caer a las mujeres en sus trampas y cada vez afinaba más la búsqueda. Llegó un momento en que le apetecía más seguir bebiendo que intentar ligar con la camarera. Le era más cómodo intentar alcanzar el coma etílico que pensar dónde la llevaría y si se conformaría con una noche o se querría casar con él. Porque resulta que en la ciudad capital de comarca también había mujeres que se querían casar, que le ofrecían el sexo como un anticipo de la relación estable que esperaban de él, que si les decía que estaba casado ya no lo querían y si les decía que no lo estaba le preguntaban a qué se dedicaba. En eso no diferían mucho de las mujeres de la ciudad capital de provincia.

La pereza por las mujeres le fue a más y el alcohol cada vez ocupaba más espacio en sus noches. O las fresas. Esas fresas que perseguía introduciendo unas monedas por la ranura lateral y pulsando los botoncitos que hacían girar las frutas al son de una música estridente. Las tres fresas solían tardar muchas monedas, billetes grandes de cambio, en ponerse de acuerdo para hacer sonar las campanas de la victoria. Podían tardar una noche entera, una noche en

la que Mimoun sólo dejaba de mirar la máquina para pedir un cubata, y otro, y otro.

Jaume lo veía a menudo, a veces incluso lo acompañaba en su ronda de bares. Mimoun solía decirle aquello de que la empresa está empezando y aún no gana lo suficiente. Lo decía sacando el humo por un lado de la boca mientras contaba el cambio que le había dado el camarero. Ya sabes lo que cuesta que se fíen de un moro. Por eso me he puesto este nombre, ¿sabes? Construcciones Manel, S. A. No sé qué quieren decir la ese y la a, pero si quieres parecer una empresa de verdad se ve que tienes que ponerlo. O también S. L. Te dejan escoger. Pues mira, hay quien me da trabajo porque ya me conoce y sabe que lo hago bien y a buen precio, pero a veces salgo perdiendo y todo. Es la forma de comenzar, que te vayan conociendo y se vaya extendiendo tu nombre. Sólo por el boca oreja. El problema es que en algunas ocasiones esperan que el Manel de Construcciones Manel sea un poco más desteñido que yo. Y se muestran reticentes a darme el trabajo, hasta que no ven que me como un bocadillo de salchichón no se creen que me llamo Manel. Jaume lo escuchaba, como hacía siempre, y debía de mover la cabeza como hacía el abuelo, Mimoun, que no vas bien, *sahbi*, que no. Si estaba de buen humor, Mimoun podía dejar que su amigo le largara un discurso sobre la vida que debería llevar y no llevaba, pero la mayoría de las veces le soltaba un no empieces y Jaume se callaba para no acabar en ese lugar sin salida en medio del bar donde el otro terminaba bramando que su mujer le había puesto cuernos.

No sabemos si a esas alturas Isabel sabía algo de la existencia de madre, de sus hijos o de mí misma. Lo que sí sabemos es que su existencia fue bastante conocida por todos nosotros. Decían que Mimoun no volvería nunca más, que había «abandonado», «abdicado» del papel que le tocaba tanto como cabeza de nuestra familia como de hijo, hermano o padre.

Pasaron varios años en los que las noticias sobre Mimoun eran sólo que estaba con Isabel y que las cristianas, ya se sabe, cuando pillan a un hombre ya no lo dejan jamás. Que vete tú a saber qué cosas le daba esa mujer para que él se hubiera olvidado de todo y no quisiera saber nada de su familia.

Así fueron sucediéndose los años y parecía que todo iba a seguir igual, hasta que ocurrió aquello de la llamada, aquello que yo siempre digo que no tendría que haber ocurrido nunca y que habría de cambiar el camino de nuestras vidas.

37

LA FAMILIA ES UN RETRATO DE COLOR SEPIA

A pesar de todas las circunstancias, nosotros crecíamos, no tuvimos otro remedio que continuar creciendo.

Sin padre, con madre, con los abuelos y el par de tías que todavía quedaban solteras, con un tío que venía por vacaciones y por el *idd*⁹ grande. Con un repertorio de tristezas que no se sabía de dónde venían pero que no llegaban a tocarnos del todo. Nuestro padre está en el extranjero, nos habíamos acostumbrado a decir, pero no nos enviaba regalos para la fiesta del final del ramadán ni dinero el resto del año; se ve que nos había abandonado, pero eso no lo comentábamos demasiado.

El abuelo nos quería mucho, pero a menudo decía que a su edad él ya no debería mantener a nadie, que ya le tocaba descansar y que lo mantuvieran a él. De esa época es la foto donde aparece más delgado que nunca, con la piel del cuello desprendiéndose de la carne, pues ya no le quedaba demasiada, y con los ojos que se le cerraban tanto que él mismo se los tenía que abrir con los dedos para ver bien. Es esa foto donde salimos con los brazos pegados al cuerpo como si estuviéramos en el ejército y nos dijeran eso de ¡fiiiir-mes! Yo ya llevaba la cola que me acompañaría tanto tiempo, bien peinada, con la frente tan ancha que no me gustaba, y mis hermanos con aquellos flequillos tan de niña que a mí no me dejaban llevar. Madre no salía, al parecer esa foto tenía que viajar mucho y no se sabía a qué manos iría a parar, y no se podían arriesgar a exponer su imagen a un público desconocido. Era una foto para enviar a aquel padre que nos había abandonado por si se decidía a dejarnos de abandonar.

El abuelo nos quería de verdad, pero decía que no podía ser, que él ya había vendido otro trozo de tierra para tirar adelante y que su hijo estudiaba bachillerato y aún no le podían dar trabajo, por muy bueno

que fuera en clase. Que ese otro hijo suyo no le había dado el divorcio a su esposa, que ella quedaba atada a él para siempre sin poder cambiar ninguna circunstancia de su destino. Abandonada pero atada a él, eso iba contra todas las leyes, tanto las de los árabes como las nuestras.

La abuela hacía lo que podía y me decía pronto podré comprarte unos pendientes de oro y dejarás de llevar esos hilos en las orejas. A ella la pobreza no le daba vergüenza porque tenía suficiente con trabajar la tierra y con poder comer a mediodía sus cebollas tiernas con pan, que ya saldremos adelante, pero yo prefiero que estéis conmigo y me hagáis compañía. Pero lo que sí le daba vergüenza era que yo, a mi edad, todavía llevara el hilo de coser que madre me había puesto en las

⁹ Fiesta del calendario musulmán que se celebra dos meses y diez días después del final del ramadán y en la que se sacrifica un cordero.

orejas en forma de anillo para que los agujeros no se me cerrasen. Decía venderé tantos huevos y tantos conejos jóvenes que pronto le podré encargar a Soumisha unos pendientes de esos tan pequeños.

Madre trabajaba y eso la mantenía alejada de los males que te hacen enfermar. Trabajaba con nosotros, nos levantaba por la mañana y nos lavaba, bien limpios, y pobres de vosotros que manchéis la ropa. Aún hoy nos dicen que no había ningún otro niño en el pueblo que fuera tan pulido como nosotros. Para ir por los campos a jugar, nos ponía en la cabeza la colonia que le había traído el abuelo segundo en una de sus escasas visitas, nos peinaba hasta que a los niños les quedaba el pelo bien liso, pegado al cráneo, y a mí me hacía aquella trenza que siempre le salía tan redonda. Trabajaba barriendo, fregando, lavando la lana de las alfombras hechas con piel de cordero, encalando las paredes cuando tocaba o limpiando el juego de té que parecía de plata y no lo era con aquel líquido especial tan blanquecino. Trabajaba tanto que tenía que dormir siesta después de comer, el momento del día que yo más odiaba, todo tan silencioso. Y tras la siesta con la puerta de la habitación entreabierta, venga, volvamos otra vez. No se lo pensaba demasiado, se levantaba y se ponía de nuevo el pañuelo, que se le había quedado a media cabeza, salía a buscar agua y hacía sus abluciones en el lavabo de casa. Preparaba té, y cuando había

suficiente aceite, *remsemmen*, y cuando había suficiente harina, *khringul*¹⁰. Muy de vez en cuando conseguía un huevo y nos lo hacía revuelto con aceite de oliva; nos hacía entrar en la parte más oscura de la casa, en la despensa de la cocina, y nos decía coméoslo aquí. A mí me gustaba especialmente el barro más blando de las paredes de aquella habitación de techo bajo, sin pintar, acogedor. Parece ser que nadie tenía que saber que entre los tres nos habíamos partido un huevo revuelto.

Muchas tardes venían vecinas a charlar con la abuela, a veces se encontraban a madre sola y ella contaba más cosas de las que solía contar delante de su suegra. No es que revelara ningún secreto, pero se entretenía explicando detalles de historias que habían pasado antes de que yo naciera, antes de que naciera cualquiera de nosotros, historias que habían sucedido muy lejos de allí.

En algunas de aquellas tardes solía aparecer el nombre de Isabel, a la que pronto descubrí que llamaban cristiana, apestosa o mala pécora. Pocas veces pronunciaban su verdadero nombre, casi siempre se referían a ella con algún adjetivo de esos o con todos juntos a la vez. La mala pécora de la cristiana apestosa,

o cosas peores.

Yo ignoraba qué había hecho la tal Isabel, pero aprendí a cogerle manía, y cuando tenía mis peores pesadillas, si no salían serpientes por todas partes aparecía ella para asustarme. La abuela decía esta niña ha heredado los sobresaltos de su padre.

¹⁰ Especie de crepes típicas de Marruecos, elaboradas con harina, agua, levadura y sal.

Yo ya no sabía si me acordaba de aquel al que ella llamaba padre, no sabía si me acordaba de él o sólo del recuerdo que de él tenían las mujeres y toda la historia de las abejas y el barro. Mis hermanos decían que sí, que era muy alto y fuerte y que siempre gritaba, pero que un año les había traído aquellos caballos de plástico y hombrecillos que no podían doblar ni codos ni rodillas, con unos sombreros que si se los quitabas les dejaban la cabeza hueca al descubierto.

Creo que fuimos bastante felices, a pesar de tener que partir una manzana entre cuatro para poder comer; qué dulces eran entonces las

manzanas... Pero el abuelo movía la cabeza y decía que él ya no podía más y que aquello no podía ser y que no y que no y que no.

38

LA LLAMADA, O DE CÓMO EL DESTINO DA UN VUELCO INESPERADO

Me atribuyen a mí todo el mérito de la llamada, pero yo, por la edad que tenía entonces, no debía de saber demasiado bien qué decía. No quiero ni pensar que con tan pocos años pudiera influir tanto en la decisión que después tomarían todos y que dio un vuelco a nuestros destinos hacia un lugar que nos era desconocido. No. Yo no fui a la ciudad y descolgué el teléfono, ni conseguí hablar con padre.

Todavía no se sabe cómo hicieron para que padre decidiera esperar nuestra llamada en aquel bar al que lo había llevado Jaume. Al parecer el tío había hecho de intermediario. Él, que había traído al pueblo cada nueva noticia sobre Mimoun, se ve que le había dicho a su hermana que no quería echar a perder a esos niños y que cuando volviese trataría de que, como mínimo, Mimoun hablara con ellos por teléfono, si no quería escuchar las cintas que le enviaban sus hijos, su mujer y sus padres. Un barco lleno de besos y abrazos, le dijimos nosotros que le enviábamos mientras nos grababa el aparato que nos había dejado Fatma. Nuestras voces nos hacían reír, pues parecían más graves de lo que eran y más serias de lo que éramos nosotros.

Ya habíamos grabado bastantes cintas como aquélla, y habíamos hecho más fotos de esas de abrir mucho los ojos y cerrar la boca, pero nunca habíamos hablado por teléfono.

La abuela dijo vístete, mujer, que vienes conmigo, y ella que no, que no, que Mimoun me mataría si lo supiera, que no. Mimoun ya te está matando, le respondió el abuelo, y a mí esa frase se me quedó grabada para siempre.

Madre se había vestido de calle y a nosotros nos puso zapatos. No sabíamos qué era un teléfono ni qué le debíamos decir a nuestro padre porque casi no sabíamos qué era un padre. El abuelo le había dicho que no se hiciera demasiadas ilusiones, que el cobarde de mi hijo igual no se presenta y nos quedamos con las ganas de hablar con él. Por suerte era

un sobrino del abuelo quien nos llevaba en coche. Durante todo el trayecto madre se miraba los zapatos, por miedo a encontrarse la mirada del conductor en el espejo que colgaba del techo del Mercedes. A nosotros nos divertían las curvas y aquel ir hacia un lado y hacia otro como si no tuviésemos voluntad alguna. Madre no quería hablar y nos mandaba callar mirándonos con ojos de ya veréis cuando estemos solos.

El teléfono estaba en el piso de otro sobrino del abuelo, un piso que no tenía patio y donde las paredes eran rectas y muy lisas, con el techo lleno de dibujos de yeso que formaban relieves. Yo los miraba mientras la abuela, el abuelo y madre iban hablando con el tal Mimoun. A veces lloraban, a veces gritaban y de repente decían, perdona, hijo, no cuelgues, por favor, no cuelgues.

Entonces me llamaron, dicen. Me dijeron, toma, habla con tu padre, y yo no debía de saber qué decir. Venga, habla, que cada minuto que pasa es dinero. Yo no lo recuerdo demasiado bien, pero se ve que Dios me iluminó y usé mi vocecita de niña para arreglar los problemas de toda la familia. O quizá tuve el momento de lucidez más grande que he tenido nunca en la vida. Sé que la frase que le dije fue ésta, porque se habló mucho de ello. Pasé a formar parte del repertorio de leyendas de los Driouch.

«¿Por qué no dejas de una vez a esa puta cristiana y haces el favor de encargarte de nosotros? ¿No crees que ya es hora de que pienses en tu familia?»

Me arrebataron el aparato de las manos por impertinente y se escandalizaron, pero pronto estuvieron todos muy orgullosos de mí. Mucho.

Sobre todo cuando el abuelo recibió el dinero para hacernos los pasaportes, sobre todo cuando nos acompañaron hasta el barco y ya no sabía cómo podía despedirse de repente de tantas personas a las que quería. Estuvieron muy orgullosos de que dijera aquello cuando la abuela se pasó tres días en la cama después de nuestra partida y estuvieron más orgullosos que nunca de mí cuando supieron que Mimoun había dejado a Isabel.

De hecho fue al revés, pero eso nunca lo supieron allí. Fue ella quien lo echó de su casa y de su vida. Que le pusiera cuernos era una cosa, pero que subiera a aquellas furcias a casa y que lo hicieran en su propia

cama, ah, no, eso sí que no, por muy mujer divorciada que fuese. Y no sabemos si el efecto de mi mensaje fue tanto porque padre volvía a estar solo o fue lo que le llevó a forzar la situación para que Isabel lo echara de su casa, y de su vida.

Fuese como fuese, Mimoun había dicho que viajáramos tan pronto como encontrásemos a alguien que nos pudiera acompañar. Yo me caí de la litera porque me giré mientras dormía pensando que aún estaba durmiendo en el suelo. Pero ya nunca más dormiría en el suelo.

Aún recuerdo a madre, que me hacía daño de tanto que me apretaba los hombros para que no me alejase ni un momento de ella, pues nos tenía a su alrededor y estuvo despierta todo el viaje por miedo a que nos raptaran, que nos robaran, que nos degollaran, que nos vete tú a saber qué harán en aquel trayecto del todo desconocido para ella.

Y al final de todo, llegamos con el pelo encrespado de tanto autobús y el run run todavía persiguiéndonos. Al final de tanto cansancio y ahora bajamos aquí, ahora subimos allá, ahora cogemos un autobús, ahora un taxi, ahora un tren, ahora otro taxi. Al final de todo había un pasillo laaargo, largo. Y al fondo del pasillo, él. Nos esperaba con los brazos abiertos y yo recuerdo haber corrido y haber tenido mucho espacio por recorrer. Él estaba allí, y aún me veo dando vueltas en sus brazos mientras me pinchaba con el bigote.

SEGUNDA PARTE

1

UN PASILLO LARGO, LARGO

OceanofPDF.com

El largo pasillo es lo que más recuerdo, muy muy largo. Estuve no hace mucho y no me lo pareció tanto, pero entonces era pequeña y padre nos esperaba en el otro extremo, y puede que por eso nos pareciera tan lejano o quizá fuese por la luz que entraba por la puerta del patio; no podíamos verle el rostro desde allí, plantados frente a la puerta herrumbrosa que acababa de cerrarse. Madre sonreía pero no sabía exactamente qué cara poner. Mis hermanos fueron corriendo a abrazarle y se aferraron a sus piernas mientras él ponía una rodilla en tierra y abría los brazos. No sé si dijo cuánto tiempo os he esperado o quizá sólo es mi memoria que me engaña. Habría sido una buena frase para recibir a tu familia, pero madre no quiere acordarse nunca de muchos detalles de aquel día.

Yo sí que recuerdo cosas. Las paredes del pasillo estaban hinchadas, como de embarazo, a punto de reventar. Al fondo del todo estaba la cocina comedor con dos butacas de piel hechas un asco y al lado, una habitación sin ventanas. Junto a la habitación sin ventanas, otra habitación sin ventanas y al lado, una habitación que tenía una ventana enrejada que daba a la calle, como de prisión. Y por todas partes, el hedor. Una pestilencia que ya había comenzado en la ciudad, en la comarca, en la provincia y en el país entero.

Madre no sabía qué debía hacer con su nuevo marido, que le diría cómo te he echado de menos. Mentira. O verdad a medias porque hasta que no la había visto no había sabido que la había echado tanto de menos. Si hubiese sido una verdad entera nos habría venido a buscar mucho antes y yo no me habría caído de la litera en aquel barco tan grande. Pero madre sí que sabía qué hacer con el desorden y la suciedad que lucía por todas partes. Su capacidad transformadora de la realidad ha sido siempre una de sus virtudes, quizá de las más destacables. Una Mila con pañuelo y cinturón de cordel donde pronto colgó los bordes del vestido para que no la molestasen. Puso agua a hervir, aún no hemos podido comprar un calentador, diría padre, no hace mucho que estamos en este piso. Si habíamos pasado tantas horas de viaje y ella no había dormido por miedo a que raptasen a sus hijos, ¿no estaba cansada? Lo debía de estar mientras buscaba cubos donde poder mezclar el agua fría con la caliente, mientras iba llenando bolsas y bolsas de envases y mondas de fruta, de plásticos que no servían para

nada y de botellas y más botellas de cristal que aparecían por todos los rincones. Sacó el polvo, barrió y recogió con las manos lo que había reunido por toda la casa, haciendo de pala con las dos palmas extendidas, como había hecho siempre. Y como siempre, fregó el suelo con un trapo viejo, doblándose de esa forma que yo nunca he sabido imitar, con las piernas abiertas y estiradas y el vestido colgando en medio. Tenemos esto, le había dicho padre, y le enseñó una fregona de esas con palo, y ella dijo, esto no sirve para nada.

En el dormitorio, las sábanas tenían ya ese color indefinido y madre a duras penas reconoció la manta que se había llevado hacía tantos años, *made in China*, y las cambió por las que había traído del otro lado del mar. Vació los ceniceros llenos de montañas de colillas, recogió calcetines malolientes de los rincones y de debajo del armario, hizo una pila con toda la ropa para lavar y la puso en el lavadero situado en el patio. Todavía no parecía cansada o bien no lo quería parecer. O quizá no habría podido descansar viéndolo todo de aquella manera, que ya lo decía todo el mundo que a este hombre le hacía falta su mujer. Yo siempre pensé que a todo el mundo le hace falta alguien, sea o no una mujer, pero nadie me habría entendido.

Padre dijo, venga, vamos, y dejó que madre continuase con la limpieza y nos llevó a pasear por el barrio, orgulloso. No sé si, en definitiva, lo recuerdo demasiado bien, pero me pareció que toda aquella gente eran amigos suyos, que él mantenía la mejor de las relaciones posibles y así comencé a entender por qué no nos había venido a buscar antes. Estaba aquel hombre del bar que nos dijo tomad, tomad y nos regaló bolsas de unas patatas tan finas que se deshacían en la boca. Un hombre del que nunca supe cómo se llamaba que siempre hacía aquel truco con las manos que parecía que se pudiese sacar y poner uno de sus dedos índice. Con la nariz roja. Una señora tan gorda como no había visto nunca con las piernas hinchadas y azules, pero con una cara de ángel, bien rubia. Esto es de comer cerdo, decía padre en la lengua que ellos no entendían. ¿Ves cómo se le pudren las piernas a esa mujer?, pues es de tanto comer cerdo. ¿Qué, queréis un poco? Nooo, dijimos con cara de asco. Imagínate que acabas con aquellas piernas como a punto de reventar.

Nos fue enseñando las tiendas del barrio para cuando tuviésemos que ir a comprar. La carnicera de voz estridente cuya piel daba angustia de tan clara que era. Nos hablaba y padre nos lo iba traduciendo, pero daba igual porque al final lo único importante fue que nos había regalado chupa-chups. La frutería era lo que quedaba más lejos, junto al horno de pan donde padre nos dijo: una de medio. Nosotros debíamos intentar memorizar: una de medio, pensando que todo aquello quería decir «pan». Estuvimos años pensando que «una de medio» era igual a «pan», preguntándome yo por qué en la escuela nos enseñaban que pan se decía pan y no «una de medio». La frutería tenía un olor que sólo se siente en las tiendas antiguas, mezcla de olor a plátanos y manzanas con olor a bollos y pastelitos que la señora del delantal a cuadros tenía en uno de los lados. Era un olor que yo ya había conocido en la ciudad capital de provincia justo antes de venir, en una tienda de esas donde hay de todo aunque se llame frutería. Después padre nos llevó a la charcutería y nos hicimos una pinza sobre la nariz de tan insoportable que era la peste. No hagáis eso, dijo padre, y nos sacó las manos de la nariz. Cerramos los orificios nasales y respiramos por la boca hasta que estuvimos fuera, pero la señora que despachaba no paraba de reírse, con tantas pecas como no había visto nunca en una sola persona.

Allí padre nos compró una pantera rosa a cada uno y ella nos regaló gran cantidad de caramelos de colores.

Estuvimos varias horas de peregrinación hasta que volvimos al piso, que ya no era el mismo. Olía al país que habíamos dejado atrás porque madre ya estaba cocinando. Estaban contentos, los dos, y a nosotros se nos hacía extraño aquel hombre tan raro y agradable al lado de madre, que había sufrido tanto. Fuimos felices mucho tiempo. O eso era lo que yo había creído siempre, que la primera época había sido muy larga, hasta el extraño incidente del cuchillo a medianoche. Pero madre dice que no hacía más de tres meses que habíamos llegado a la vida de padre cuando aconteció el extraño incidente del cuchillo a medianoche, que fue el principio de todo.

CUCHILLO A MEDIANOCHE

Ocorre, a veces ocurre que no sabes hasta qué punto lo que ocurrió ocurrió o no. Si lo soñaste o lo viviste, si el recuerdo es tuyo o es de quien te lo explica una y otra vez. Por eso nunca he terminado de saber si realmente fui testigo o no del extraño incidente.

Si lo fui, la historia fue así. Si no, los recuerdos de madre ya deben de ser también los míos y no sabré nunca dónde intervine yo. Fue así. Éramos felices, lo sé. Madre dice que todo ocurrió después de que nos visitase la mujer del primo de padre, que había venido a vivir a la ciudad capital de comarca antes que nosotros. Que nos había traído galletas y que a madre no le había gustado nunca la manera que tenía de mirarla. Todo el mundo sabía que era una bruja porque era hija de un encantador de serpientes o algo así. De todos modos, las galletas estaban buenas, y era la primera vez que madre hablaba con alguien que no fuésemos nosotros o padre. No sé si era sólo para disimular, pero yo la vi contenta de poder estar de cháchara con aquella mujer que vestía como las mujeres de la ciudad capital de comarca y no como las mujeres de la ciudad capital de provincia. ¿Has visto qué falda tan corta?, había dicho madre en cuanto cerró la puerta tras de sí mordiéndose el labio inferior. Dios nos aparte de tantos pecados.

Yo, desde aquel incidente, siempre le he tenido miedo a esa señora, pese a que después volviese a vestir como las mujeres de la capital de provincia. Padre fue a su casa y debió de quedarse hasta muy tarde porque todo aquello pasó cuando nosotros ya dormíamos. No recuerdo si dormía o no cuando llegó y de repente despertó a madre, con una sacudida. Dicen que no es nada bueno que te despierten así, de un sobresalto, que cuando estás en aquel punto entre el sueño y la vigilia los sustos te pueden trastocar para siempre. Aún no sé dónde le fue a parar el susto a madre, pero ella todavía anda bastante trastocada.

Padre debió de abrir una cerveza tras otra mientras hablaba gritando con madre; mis hermanos no se despertaron y ninguno de ellos ha sabido nunca qué pasó aquella noche. Yo oí que gritaba y no supe qué hacer. Pensé en quedarme en la cama haciendo ver que aún dormía o tratando de volver a conciliar el sueño, por si sólo hubiese

sido una pesadilla. Me aferré a la manta y me acurruqué como pude sobre el somier metálico que hacía ñeeec, ñeeec.

Pero ya era demasiado tarde, no podía dormirme. Padre no dejaba de gritar, unas veces no se entendía lo que decía y otras se oía un me lo dirás como sea, y no me mientas más que yo lo sé, sé que me engañaste. Todo el mundo se ríe de mí, todos saben que me llegan hasta el techo. Madre aún estaba en la cama, sentada con la manta sobre las piernas y él iba y venía por toda la habitación. Decía por favor, déjame en paz que yo no he hecho nada; tienes a tu madre, a tus hermanas de testigos. Por favor, por tus hijos, por el respeto que tengo hacia tus padres, déjame descansar. Me lo dirás como sea, y los ojos ya se le debían de salir de las órbitas, rojos. Yo estaba en mitad del pasillo cuando vi que entraba en su habitación. Madre dijo, como pudo, vete, pero yo la podía ver, con el cuello estirado y el cuchillo que ya le tocaba la piel. Vete, y hacía gestos con la mano para que regresase a mi habitación, pero yo debía de tener uno de esos momentos en que no me puedo mover y me quedo quieta sin poder hacer nada. Ven, hija, ven, que verás cómo degüello a tu madre. ¿Quieres verlo? Yo ni respiraba y madre decía vete. ¿Sabes qué me ha hecho tu madre? Di quién fue o te corto el cuello ahora mismo. O mi tío en uno de sus viajes de vuelta o el vecino que te llevó en coche a visitar a tu padre o bien mi hermano. ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? Piensa que yo ya sé la respuesta, pero quiero oírla de tus labios. Ven, que verás cómo muere tu madre, ven, ven. Creo que en ese instante volví a dormirme o caminé hacia la cama, o no, pero entendí que la muerte no es tan difícil como parece.

3

CAROL-ANNE, ¿DÓNDE ESTÁS?

Así comenzó el infierno. Ni más ni menos. Ahora ya no lloro. Con un recuerdo tan poco verosímil no tuve otro remedio que hacer ficción de todo aquello. Por eso siempre que aquella noche me viene a la memoria, me visualizo a mí misma como Carol-Anne justo antes de tocar con el dedo el televisor que se la llevaría para siempre. Así todo era más fácil. Ella era una niña rubia, sin traumas, feliz, que vivía con sus padres americanos en una casa americana y que, a pesar de las circunstancias, le pasó lo que le pasó y sufrió lo que sufrió. Mi

poltergeist era diferente, pero no puedo recordarme en las penumbras de aquel pasillo de paredes todavía destripadas sin una larga cabellera rubia y un oso de peluche entre los brazos.

Carol-Anne debía de ser feliz al acabar la película, cuando ya todo estaba resuelto, pero seguro que nunca podría olvidar del todo el lugar donde había estado mientras sus padres intentaban rescatarla, desesperados.

Nuestro *poltergeist* comenzó aquella misma noche, aunque lo que vendría después sería mucho más desagradable, puede que no tan impactante como la muerte de quien tú amas vista tan de cerca, pero la lentitud de todo el asunto aún lo agravó más.

Padre dijo, ya está, se ha acabado, pero lo dijo muchos días después, porque hubo un espacio de tregua en el que nadie decía nada. El silencio se cargaba de aquella especie de ingravidez que ni nosotros nos atrevíamos a romper. Mila no tenía ni siquiera a Ánima para apoyarla, Mila no tenía a nadie por primera vez en su vida en un lugar tan alejado de todo. Madre se fue haciendo pequeña, parecía que quisiera extinguirse. Sobre todo cuando padre volvió a hablar y a nosotros nos decía aquello de decid a la puta de vuestra madre que... decid a la guarra de vuestra madre que... decid a aquella perra que... Nosotros sólo le decíamos madre él dice que... Allí comenzamos a hacer de traductores. Nos lo decía todo desde la butaca del comedor mientras ella permanecía tumbada en el dormitorio, haciéndose cada vez más pequeña. Mientras él se liaba unos cigarrillos que debía deshacer primero y después volver a montar con otro papel, un papel de ala de mariposa que a mí me gustaba mucho.

Ella se levantaba para hacerle la comida o para prepararle la cena, pero muchas veces él se lo dejaba todo en el plato y decía que no podía, que no podía, que no podía continuar viviendo y que la mataría primero a ella y después se mataría él mismo. ¿Y qué más?, decía madre en voz muy baja desde su cama. Sólo yo podía oírla y puede que fuera entonces cuando comenzó a explicarme las cosas como si yo fuese ella y ella yo y no se supiese dónde acababa una y comenzaba la otra. Creo que había hecho el desayuno, o la comida, y había lavado platos mientras ella dormía y decía que no se levantaría nunca más. ¿Cómo lo hicimos para ir a la escuela como si no pasase nada? Ya nos

empezábamos a defender con la lengua, pero ninguno de nosotros explicó nada a los maestros. Nada. De vez en cuando padre se preocupaba de darnos dinero para comprar el almuerzo y era mucho mejor que los bocadillos. Comprábamos unos brioches enormes rellenos de nata que después te hacían tener dolor de barriga, porque nosotros no habíamos comido nunca nata. En aquellos momentos era feliz y conseguía olvidarme del *poltergeist*.

Madre se fue empequeñeciendo cada vez más y yo ya no sabía qué hacer con su dolor. Sobre todo cuando padre comenzó a llamar a aquella tienda de la ciudad capital de provincia donde le esperaban los abuelos y les hablaba horas y horas. Regresaba a casa y decía ahora ya lo saben todo de ti, los que te querían tanto, ya saben qué clase de mujer eres, ya no quieren verte ni arrastrándote por el suelo. Eso de traer noticias de éstas lo había hecho varias veces. Hasta que nos hizo ir a nosotros y madre dijo que no. A ellos no los metas en todo esto, a ellos no. Y le había girado la cara de una bofetada para recordarle que en su condición no tenía derecho a decir nada y que sus propios hijos explicarían lo que su madre había hecho y la odiarían para siempre.

Yo, por mucho que me esforcé, nunca pude odiarla y no tenía ningunas ganas de hablar con mis abuelos, que de repente me daban tanto miedo.

Era domingo, una cabina al final de aquella calle tan larga, junto a un descampado donde más tarde construirían un parque. Padre decía, habla, cojones, habla de una vez o recibirás igual que tu madre. Yo no sabía qué tenía que decir y a estas alturas aún no recuerdo si repetí lo que él me dictaba. Madre ha follado con el hermano de padre. Me costaba decirlo, no por nada, pero es que me habían enseñado que follar era una palabra muy fea, la peor de todas, y todo aquello no tenía ningún sentido. Repite a tu abuela lo que yo digo para que sepa qué clase de nuera tiene. Madre ha follado con el hermano de padre, aquel criminal a quien nunca más llamaré tío.

Yo no quería imaginarme la cara de la abuela a tantos kilómetros, no podía saber si lloraba o si movía la cabeza y decía no está bien, este hijo mío no está bien, o si era a mí a quien culpaba de decir cosas tan feas. Fuera como fuese, yo sentía vergüenza por todo ello.

Hasta que padre dijo a Mila sin Ánima, vamos, y la cogió por el brazo. No, no, no, tú ya se lo has contado todo, por qué no me dejas en paz. Quiero que les repitas lo que me dijiste a mí la otra noche, palabra por palabra, dicen que a mí no me creen. Venga, levántate.

A madre le debían de flaquear las piernas y mientras se ponía la falda que él le había regalado, ésta le había caído a los pies porque no tenía dónde aguantarse.

Cuando la vio en el suelo me miró, pálida toda ella, y debía de estar muy delgada porque yo me probé la misma falda un par de años después y me iba bien. Salió a la calle y la luz le hacía daño en los ojos; era invierno en la capital de comarca. Era otro domingo al mediodía y susurró junto al aparato lo que le había dicho a padre aquella noche del curioso incidente del cuchillo a medianoche. Sólo aquello, pegada al teléfono, y no supimos nunca si su familia de adopción se había creído una mentira tan grande, nunca.

Llegaron cintas con mensajes grabados que decían si es verdad esto, nosotros la condenamos, pero nos parece que ambos deberíais recapacitar y tratar de solucionarlo, que no puede ser todo este sufrimiento, hijo, que ya sabes que tú no estás bien, ya lo sabes. A la abuela se le cortaba la voz ronca de la casete de vez en cuando y podíamos intuir que lloraba. A pesar de todo, nos enviaban un barco lleno de besos y abrazos.

Hasta que padre dijo grabaremos una cinta para los abuelos. A ninguno de nosotros nos gustaba eso de grabar la voz hablando con alguien que no está y a quien te has de imaginar, hacer presente y después decirle cuánto lo echas de menos. Pero aún fue peor tener que repetir lo que padre quería que dijésemos. Yo no digo eso, había dicho el mayor, yo no lo digo. Y había recibido un tortazo y un golpe en alguna parte de la cabeza; por eso todos hicimos caso y pedimos a los abuelos que expulsaran de la familia al tío. Os he dicho que no es vuestro tío, que es el criminal más grande que ha podido existir, el pecador que arderá en los infiernos por siempre jamás. Y debíamos maldecirlo también, con cantidad de fórmulas que parecían sortilegios. Madre decía, hacedlo, vuestros abuelos ya saben que es él quien os obliga.

Dicen que destruyeron las cintas para no escucharnos decir tantas barbaridades y para que nadie pudiese tener prueba alguna de todo aquel infierno. Pero alguien debió de creer a padre, porque dicen que de tanto que nos llegaron a odiar las tías quemaron muchas de las fotos que tenían de nosotros en casa de los abuelos.

Madre se hacía más y más pequeña, hasta que un día ya no pudo ni levantarse de la cama y padre tuvo un momento de lucidez. Parecía asustado y se la llevó en brazos hasta el taxi que le esperaba en la puerta. No os mováis de aquí, nos dijo, y no hagáis nada que no debáis hacer. Ya hacía tiempo que era como si nosotros estuviésemos solos y aprovechamos para poner la tele más alta que cuando ellos estaban.

Madre me dijo aquello de que tenía los intestinos a punto de cerrarse y que el médico le había dicho que si no comía ya no habría marcha atrás y que ya no se le volverían a abrir nunca más. Que a quien se le cierran los intestinos ya no puede vivir porque no puede comer. O eso es lo que ella entendió de la traducción de padre.

Yo, que no sabía cuándo acabaría todo
aquello, comencé a leer el
diccionario.

4

DICCIONARIO DE LA LENGUA CATALANA

Para escapar del *poltergeist*, si no tienes una señora chillona y bajita como Tangina Barrons, debes reír mucho, hasta sentirte las costillas a punto de estallar, o debes llorar mucho, hasta sentir que te has vaciado, o debes tener un orgasmo, que, según como se mire, también es vaciarse. Yo todavía no sabía de eso, de tener orgasmos, a padre no le gustaba que nadie llorara y a madre no le gustaba que nadie riese. De manera que comencé a leer, palabra por palabra, aquel diccionario de la lengua catalana. Todos decían qué niña más inteligente, qué niña más estudiosa, pero sólo era para buscar una de las tres cosas.

Se estableció un tiempo de tregua. Haremos como si no hubiesen existido nunca mis padres, ni él, ni nada de nada. Ni los tuyos. Nadie. No quiero ni oír pronunciar sus nombres. Cualquiera que los mencione, que se prepare. Aquélla era nuestra tregua. No hablar de los abuelos ni

de las tías ni del tío. Sobre todo madre, ella no podía ni decir tu padre, tu madre. Chsss, decía con los ojos saliéndole de las órbitas tanto como podían. Chsss, yo no tengo padres, y tú no deberías hablar de ello. Y todo porque ellos no habían condenado a su hermano por el gran pecado cometido. No debía existir nada anterior a nuestro viaje. Nada. En aquello debíamos ver que padre quizá era capaz de amar, fue el cierre progresivo de los intestinos de madre lo que ayudó a firmar el tratado de paz. Tú comes y yo me olvido de todo. No recuerdo que madre tuviera tan mala cara para que él se asustase de aquella manera, pero es que yo ya debía de ir por la B. *Baador* era un adjetivo y *baare* otro adjetivo, mientras que *baba* ya era un término infantil para abuela, y no lo que te resbala por la comisura de los labios cuando duermes ni lo que te cae. Yo todo esto no lo entendía, pero lo leía igualmente, para ver cómo sonaba.

Yo era su preferida, la niña de sus ojos, era a mí a quien quería más que a nadie en el mundo, más incluso que a madre, más incluso que a los hermanos mayores, más incluso que a las mujeres que había tenido antes de llegar nosotros. No era un amor cómodo, pero me permitía ir con él a todas partes. Un margen de libertad que no acostumbran a tener las mujeres y del que yo gozaba, algo sin precedentes en la sucesión de patriarcados.

Hacía crucigramas en el bar de la calle. Las tortillas eran de esponja y el camarero era calvo y barrigudo, con unas manchas en la frente que ya no es frente. Había pájaros enjaulados por todas partes y olor de farías o rosies, que yo no sabía distinguir. Padre prefería ducados y se fumaba un paquete tras otro mientras se tomaba el cortado con el peso del cuerpo apoyado sobre una pierna, el codo sobre la barra de mármol. Se lo bebía de un trago con la cucharilla que aún no había dejado de serpentear y decía cámbiame esto, Ramón. Y Ramón le daba un buen puñado de monedas que él se dedicaba a meter dentro de la máquina de las fresas. Las fresas se hacen de rogar, siempre. Sólo de cuando en cuando se ponían de acuerdo para alinearse y comenzaban a hacer sonar la musiquilla de premio. Yo me aburría, pero padre decía quédate conmigo, que me haces compañía y todas esas cosas. Así aprovechaba para intentar rellenar casillas donde iban letras de palabras que yo no sabía ni que existiesen. El amo del bar, Manel,

decía, ¡tu hija está haciendo los pasatiempos del periódico! Y él debía de decir ¿y qué? o ¿es que no sabéis que ella es muy lista? Todo dependía de las fresas o de si después del tercer cortado había dicho una cerveza o un cubata. Cuando ya había pasado una cerveza, otra, otra y un cubata, y otro, venga, el último, a mí me decía vete a casa que es tarde, anda, ve a ayudar a madre. Mis hermanos corrían por la calle haciendo globos con el chicle. Madre siempre preguntaba qué hace y yo le respondía: lo mismo de siempre. Que está en el bar, que aún no ha ganado nada y que no se marchará hasta que cierren y tenga que decir, un rato más, Ramón, que casi lo tengo y que esta mala puta no puede tardar en soltar todo lo que me ha robado.

Era una tregua. Madre volvía a transformar lo que la rodeaba e iba engordando. Únicamente salía de casa el sábado por la tarde. Quítate eso de la cabeza, que me haces pasar vergüenza. Y ella que no, que me sentiré desnuda, que no. Mira que aquí las cosas son diferentes y que a mí me conoce mucha gente y tengo una empresa y no hay ninguna necesidad de llevar estos harapos. Le había comprado faldas, a ella, tan alta que le costaba encontrarlas lo suficientemente largas. Camisas, zapatos con algo de tacón que brillaban si les pasabas un trapo. Todo para salir el sábado por la tarde a comprar. Aquí son las mujeres las que van a comprar, no los hombres. Yo no sé qué necesitas o sea que hemos de salir.

Yo lo esperaba, el sábado por la tarde. Era divertido ver a madre con el carrito, cargando cosas que no acababa de saber qué eran y pidiéndome los precios. ¿Qué pone aquí? Yo teñía que leer los números y después traducirlos. Pero no traducirlos para decir el equivalente en un idioma o en otro, tenía que convertir las pesetas en duros porque ella calculaba así el dinero. No había alternativa. Y después traducir. ¿Cuántos sábados de la vida lo hice, producto tras producto? Ya no recuerdo si era más complicado eso que los crucigramas. No. Al final era tan fácil que ya no tenía que decir no lo sé, me cuesta mucho, es un número demasiado alto. Era el tiempo en que los yogures eran un artículo de lujo.

Yo recordaba el día que en el pueblo cercano a la ciudad capital de provincia había encontrado un yogur junto a la carretera. Vacío. Rodeado de moscas, pero parecía bien lleno. Bajé salivando hasta

donde estaba y llamando a mis hermanos, he encontrado un yogur, un yogur. Al abrir la tapa tuve que tirarlo de golpe, lleno de hormigas como estaba. Qué malnacidos. No lo habían abierto; de un mordisco con los incisivos habían hecho un agujero y lo habían sorbido hasta el final. Después habían lanzado el envase allá en los campos. Qué decepción.

Pero ahora tomábamos yogures cada sábado por la noche, cuando ya habíamos colocado la compra en los compartimentos del armario del comedor, la nevera y el dormitorio de madre. De plátano, de limón, de macedonia, de coco. Un día descubrimos que los había también con trozos de fruta, los que eran «con» y no «de». El mundo se abría ante nosotros.

Yo ya debía de ir por la C del diccionario cuando padre nos llevó a conocer a Isabel. *Ca*, que significa perro. O *ca*, que es la letra K. O *ca*, que es la contracción de casa, por ejemplo *ca l'Albert*, que quiere decir la casa de Albert.

5

CONFITES

Yo quería ir a ver a Isabel. Era un lugar nuevo, tan sólo al final de la calle, y así podría saber qué cara tenía una mujer como aquélla. Fea, seguro. Debía de ser fea y maloliente, como había dicho madre tantas veces que eran las mujeres que comen cerdo. Pero tenía una casa muy bonita. Una casa, y no una planta baja llena de humedad. La puerta de cristal reluciente, las escaleras de mármol, todo muy limpio y con aquel brillo que aparecía en el anuncio de los limpiadores de muebles. Me imaginaba cogiendo un trapo y patinando sobre la mesa de su comedor. Si no fuese porque tenía uno de esos tapetes hechos de puntillas y encima un jarrón de cristal con relieves. Si no fuese porque en aquel comedor todo amenazaba con romperse, tantas figuras por todas partes, de muchachas medio adormecidas, de bailarinas, de elefantes de todos los tamaños con las sillas de piedrecitas de colores, árboles de cristal pequeños, pequeños o zapatitos de porcelana.

Isabel nos daba confites, y eso era suficiente para pensar que no se trataba de una persona tan mala. Ella siempre ha dicho que piensa en mis hijos, me había dicho padre, y yo no sabía demasiado bien qué

quería decir con todo eso. Sí, ella misma decía que pensase más en nosotros que en ella cuando se enteró de todo, claro. Ya lo veréis, que es que ella sin saberlo ya os quiere, os quiere tanto como yo. ¿Y qué necesidad tenía ella de querernos tanto?

El perro de la entrada me daba miedo. Repelús. Un perro manchado de negro, que no ladraba ni lamía ni se movía. Que no estaba atado porque no hacía falta y no podía morder a nadie. Sin una pizca de polvo. Completamente inmóvil. Justo allí en el rellano, bajo el espejo que te daba la bienvenida, y a ti te venían ganas de largarte corriendo hacia casa y parar de traicionar a tu madre. Pero estaba lo de los confites, y no podías negarte a tanta dulzura.

Yo no entendía demasiado todo aquello, pero Isabel se lo había pensado bastante rato antes de abrirnos. Le había preguntado si no recordaba lo que habían hablado y que aquello no estaba bien. No, claro que no, que nos quites a nuestro padre durante tanto tiempo no está bien. Pero no dije nada porque en seguida descubrí las golosinas y encima me regaló una figura de aquellas con anises de vete tú a saber qué comunión.

Sí que era fea, tenía cara de mala de película, de las malas que no seducen, que sólo maquinan. Unas cejas muy gruesas, demasiado negras, y una nariz puntiaguda como de bruja. ¡Bruja!, pensé. Que madre es más guapa, que lo sepas, que es más bonita. Entonces sacó una caja de juguetes llena de muñequitos pequeños y caballos y piezas para hacer fortificaciones y tiendas de indios. Conocer a Isabel fue divertido. La casa de dos pisos con dos lavabos, la luz que entraba por todas partes y no tenías que toser por la humedad. Parecía otra ciudad capital de comarca, no se agrietaba la pintura ni se movían las baldosas del suelo. Me habría jugado lo que fuera a que el agua salía caliente sin tener que calentarla para ducharse y ella no parecía tener los nudillos de los dedos pelados de tanto lavar la ropa con agua helada, allí afuera, en la pila que teníamos en el patio.

Padre le preguntaba si quería que trajese a su mujer, que se podían conocer y ser amigas y eso y ella decía que no, no, ni de broma. Yo pensé que en otras circunstancias hubiesen podido ser amigas, se parecían en alguna cosa de esas que no son nunca evidentes para casi nadie. La forma de bajar la mirada, quizá.

No las presentó oficialmente. Nunca. Pero era fácil encontrarse. Un sábado cualquiera, madre y él se habían topado con Isabel y ella sólo había hecho un gesto con la cabeza. Adiós, Isabel, adiós. Él le dijo es ella y la situación le hacía cierta gracia. Madre adoptaba aquella actitud de «no me digas» y chasqueaba la lengua, mirando de soslayo a padre. Si te fijabas bien, la podías sentir suspirar, pero únicamente por dentro.

La tregua parecía continuar y quizá ya era la paz definitiva. No se sabía qué había pasado para que le durase tanto tiempo y madre daba gracias a Dios por haberle vuelto los ojos hacia el buen camino.

Los ladrillos hacen daño cuando los coges, cuando pones los dedos entre los agujeros, pues te pinchan sus muchas aristas. La empresa marchaba tan bien que padre debía ir el sábado y el domingo a preparar y ordenar el material. Yo también quería ir a trabajar con él. Madre decía que no, que era una niña y mis hermanos me hacían burla con las manos diciendo que ellos ganarían dinero y yo no. No me debió de costar mucho convencer a padre. Siempre estaba con él y no le importó que fuese a cargar piezas en las carretillas. Tú de una en una, no cojas más.

Era dentro de aquella fábrica de abonos donde había tanta peste y donde el amigo de padre decía siempre que se encontrarían más tarde. No sé qué hacía en aquel lugar. Los grandes bombos donde se limpiaban las pieles con toda clase de sales extrañas estaban parados y sólo los hermanos del dueño paseaban por allí con las botas hasta las rodillas y los monos azules. ¿Cómo vamos, Manel? Y padre quería que hablásemos en aquella lengua delante de ellos para no ofenderlos, para que no pensaran que decíamos vete tú a saber qué. Pero yo no podía, no podía hablar con él en ninguna otra lengua que no fuese la lengua con la que lo conocí. Me jugaba un guantazo, pero no podía. Podía acostumbrarme a que Mimoun fuese Manel y a que nosotros ya fuésemos de aquí, pero no podía cambiar al padre Mimoun por el padre Manel.

Madre decía sales demasiado y comenzaba aquellos discursos de que yo a tu edad ya hacía... Yo a su edad no habría sabido qué hacer porque ella sólo limpiaba y limpiaba y no sabía cómo ir al médico sin padre, cómo había de comprar sin padre, cómo había de vivir sin

padre. Él le decía sal, que aquí los hombres no son como allá abajo, que los cristianos miran a las señoras de otra manera, pero ella sabía que aquello era una prueba para ver si volvía a ser la mujer domesticada de antes o sólo lo hacía ver.

¿Dónde quieres que vaya? Al parque, con nosotros, por ejemplo, al mercado el martes o al mercado el sábado o a caminar o... Pero ella no, limpiaba, lavaba la ropa y dormía la siesta, que era lo que la alejaba de todo. Rezaba sin saber dónde estaba La Meca porque padre no tenía ningún interés en averiguarlo. Estuvo durante años dirigiéndose hacia Estados Unidos en vez de hacia Arabia Saudí, pero tanto da porque Dios te perdona este tipo de cosas si no las has hecho expresamente.

Y todavía duraba la tregua, hasta parecer definitiva. Volveríamos a ser felices. Yo ya había comprado un cuaderno para pintar con el dinero que había ganado haciendo de ayudante de albañil, había pintado con los rotuladores que nos regaló aquel amigo de padre que le decía Manel, que un calentador no es tan caro. Incluso nos había traído una estufa donde podíamos quemar cáscaras de todas clases; pegados a ella, las mejillas se nos enrojecían en los días de más frío.

Debía de ir por la D cuando madre dijo levántate y yo intuí que ya no habría más tregua. Vete a buscar a tu padre, y yo pensé que sí que había madrugado si me despertaba a mí para irlo a buscar. Anda, ve, ve a preguntar si le ha pasado algo, si alguien lo ha visto. Son las siete y aún no ha venido a dormir. ¿Qué pasará si lo ha atropellado un coche o le ha dado un ataque y no sabe ni por dónde anda? ¿Qué pasará si está muerto?

Daci, dácia, que es un adjetivo, *dació*, que es una acción y *dacita*, que es una roca.

6

CALLES, BARES, PARQUES Y JARDINES

Las siete de la mañana de un día cualquiera era una buena hora para que una niña de ocho o nueve años fuera a buscar a su padre. Incluso si tenía diez. Y hasta once. Padre siempre llegaba tarde y bebido y despertaba a madre para hablar y hacía tanto ruido que acababa despertándonos a todos. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Nada, volved

a dormir, decía madre, y él seguía bailando o bien lloriqueando, en función de la fase etílica por la que pasara.

Suerte que aquel día no había niebla y la mañana era agradable. Aún no hacía calor, no hacía frío, y madre me había dicho vete a buscar a tu padre, venga, búscalos, que vete tú a saber. Vete tú a saber y yo que cogía los pantalones lilas del chándal que deslumbraban de tan brillantes que eran y una camiseta blanca con unas manchas que ya no se iban. Vosotros no podéis llevar ropa blanca, decía madre después de haberla frotado sin parar contra el lavadero del patio de atrás, el que estaba delante del palomar de padre. No hace falta que te peines, sólo recógete el pelo. Y así salí a la calle, con chancletas, chándal y la sensación de que entre el manojo de cabellos de mi moño debía de haber más de un nudo, muchos y muchos nudos que me notaba al pasarme la palma de la mano por la cabeza. Así, venga, búscalos, que son las siete de la mañana y todavía no ha vuelto. Pregunta por él en los bares donde va siempre, date una vuelta por todo el barrio, mira por parques y por jardines. A ella no se le debía de ocurrir que yo también tenía miedo de ir sola por la vida a las siete de la mañana, de la misma forma que nunca había pensado que me pudiera resultar difícil calcular las pesetas en duros y después traducirlos. No lo era, pero lo habría podido ser.

Me faltó una capa y los calzones encima de los pantalones lilas. Yo me sentía una heroína, debía salvar a mi familia. Madre siempre decía que yo era más responsable que mis hermanos, más trabajadora, más estudiosa, más de todo, pero creo que lo único que yo era más que ellos era niña.

Me habría ido bien la capa de *supermana* para ir de bar en bar a una hora tan temprana. Me di una vuelta. Aquel bar estaba cerrado, en el otro exclamaban ¿qué me dices?, ¿que aún no ha vuelto a casa? Pero si se fue de aquí ayer por la noche... Yo no lo he visto más desde que acabó la partida de cartas, perdió mucho dinero, pero no sufráis que debe de estar bien. Fui hasta la bolera que hay junto al río y aún no había abierto. Me cogí a la puerta enrejada y vi al fondo de todo los agujeros adonde iban a parar los bolos que caían. Era mejor hacerlos caer todos que sólo uno. Mejor. Fui al parque y me columpié un rato antes de pensar qué estás haciendo, tu padre podría estar muerto y tú

aquí tan tranquila. Pero era divertido, los caballos daban vueltas si los hacías girar con el impulso de una pierna, las palomas amenazaban con cagarme encima y yo que pensaba bastante mierda nos ha tocado a nosotros. O quizá no lo pensé, porque a esas edades se piensan otras cosas.

Fui de puente a puente, como en la oca. Del puente de cemento al puente románico, que no romano, e incluso miré en las sucias aguas, por si lo descubría flotando sobre los restos de las pieles de animales procedentes de las fábricas. Imagínate si la vida nos cambiaría si él saliera del agua con los ojos vidriosos y los labios morados. Imagínate si todo hubiera sido de ese modo. Habrías llorado mucho y mucho, pero era una posibilidad que no te angustiaba del todo, no señor. Te dio miedo mirarte por dentro y verte anhelando un final como ése, o peor o mejor, pero así de trágico.

Aún tuve tiempo de asomarme al puente que siempre me ha gustado y oler las piedras. No había nadie en la calle, quizá fuera domingo o festivo. La tienda de las lanas estaba cerrada y volví a casa dando saltos sobre los adoquines relucientes. Madre me llamó desde la ventana. Pero ¿qué estás haciendo? ¿Cómo puedes ponerte a jugar en un momento como éste?, y yo dije es que no lo he encontrado ni lo ha visto nadie.

Me senté frente a la puerta de casa, en el portal de los vecinos con el escalón color ocre al lado del garaje donde no se podía aparcar, se avisa grúa. Apoyé la cabeza encima de las palmas de las manos, con los codos sobre los muslos, y madre me volvió a regañar. No hagas eso, que da mala suerte. Sólo las huérfanas se sientan así.

Nada. ¿Y en el parque? Nada. ¿Y en el bar andaluz? Nada. Nada, madre, nada, vete a saber dónde está. Nada.

Pues date otra vuelta por todo el barrio y si no lo encontramos avisaremos a los vecinos y les dirás que ha desaparecido. Fui saltando de un adoquín a otro, con los calzones y la capa imaginados que ya se iban destiñendo, y volví al punto de partida. Me quedé ahí sentada, moviendo las rodillas de un lado a otro, ahora juntas, ahora separadas, dándose un golpe o no.

Me lo podía imaginar devorado por unos perros hambrientos que le habrían abierto el vientre y dejado los intestinos colgando por fuera. O

atropellado por un coche que nunca se detuvo y en esa postura con los brazos y las piernas deslavazados. Me fueron viniendo imágenes de las películas de terror que alquilábamos en el videoclub de la esquina. Habría estado bien poder contarles a todos un final así. Y lo encontramos con las tripas fuera, pobre padre. Me imaginé volviendo al pueblo, pidiendo caridad porque el abuelo ya no tenía más tierras para vender. Sólo entonces miré dentro y sentí que me faltarían muchas cosas, que en realidad nunca había habido ninguna *supermana* en toda esta historia. Madre no paraba de repetir ay, ay, este hombre, ay, en qué lío se debe de haber metido, ay, Dios mío, ¿por qué me castigas así? Dios mío, haz que vuelva sano y salvo.

¿Qué haces aquí sentada? Me dijo esto en cuanto bajó del coche rojo. ¿Tienes coche? No, no tengo coche, ¿qué haces tú aquí? Te esperaba, y era mentira. Vi por el retrovisor a una mujer que miraba como si no tuviera que estar allí. Una mujer que lo había llevado en coche hasta casa. Entré detrás de él y madre dijo aquello de mira que nos has asustado, pensábamos que te habías muerto, ¿no podías habernos avisado? Él hizo plaf, una bofetada, y nadie supo qué quería decir. No quiero oírte ni una palabra más, dijo, a partir de ahora haré lo que me dé la gana de la misma forma que tú hiciste lo que te dio la gana. Nadie sabía qué era lo que le daba la gana hacer ni quién era ella ni por qué lo tenía que decir con una bofetada, pero todos entendimos que la tregua ya se había acabado. *E*, nombre de la letra E. *E*, prefijo latino o *eben*, ébano.

7

UNA BOMBONA DE BUTANO

Ella se llamaba Rosa y madre no sabía decir su nombre. Era tan bajita y redonda que todo el mundo empezó a llamarla bombona de butano, pese a que no era naranja. Sólo con verla podía entenderse que la decisión de padre a la fuerza tenía que ser involuntaria. Con tantas mujeres que hay en el mundo..., no era posible que hubiera decidido escoger a una tan horrorosa. La piel de la cara le formaba unos bultos rosas como de haber vivido mucho, pero también la afeaban. Grasienta, y no sólo de carnes. Parecía supurar grasa por todos los poros y, a pesar de todo, sólo olía a cigarrillos y a alcohol.

Madre me decía, venga, hazlo, que te lo dice él, y a mí me daba pena dejarla sola, aunque ya tenía lavadora. El coche nos gustaba y era como una atracción subir a la parte trasera del Citroën sin asientos, balancearnos detrás de esa señora que ya formaba parte de nuestras vidas. Yo tenía que escoger siempre, cada día, y cada día era más difícil. Por un lado, paseos en coche, helados en los bares de toda la comarca, incluso juguetes que ella nos regalaba. Por otro lado, madre, que se quedaba sola y esperaba que tarde o temprano volviéramos a casa. De hecho, era mentira que pudiese escoger. Porque él decía vamos y yo era su hija más querida y no le podía hacer un feo. Vamos, te digo, ya verás como con el tiempo te acostumbrarás.

Madre sólo tenía una explicación para todo ello. Decía que la noche anterior a conocer a la bombona de butano padre había sido invitado a casa de su primo, y su mujer, que se dedica por afición a separar matrimonios, seguro que le puso algo en la comida. Tu padre, con lo bendito que es, tan tonto, no se debió ni enterar. Pero nadie sabe qué le pasó por la cabeza esa noche para que apareciera tan tarde que ya no era de noche.

Sólo que nuestras vidas cambiaron. Aquel año fuimos a la playa. Todos juntos, sin saber cómo meternos en el coche y sin saber cómo teníamos que ponernos. Madre, nosotros, padre y ella. Ella con las dos hijas que ya tenía, cada una de un padre diferente, una mayor que nosotros, la otra, la pequeña, que no nos ponía mala cara. La mayor que siempre decía eso de ¿por dónde pasa el tren? Por la vía. Calla, burra, que ya lo sabía. Calla, burra, tú, que no ves que tu madre está liada con un hombre que tiene un montón de niños y hasta mujer, pero no le dije nunca nada de todo eso.

Jamás supe si era mala o no. Cuando no pensaba en madre me gustaba, pero el día de la playa fue un poco raro, todos juntos como si fuéramos una sola familia, y ella y madre que no se entendían, aunque tampoco habrían hablado demasiado si lo hubieran hecho. No se cómo la aguantas, con lo mal que huele. Y esas piernas de butifarra. Madre lo decía en nuestra lengua y ella le sonreía. Tú te pondrás muy morena, ¿eh? Madre le sonreía y le respondía un hala, vete a cagar sin que la otra se enterase. No decía *tfu* porque habría sido bastante evidente, pero tenía ganas de escupir a sus pies, que yo le veía el gesto de

acumular saliva. La playa era larga y la arena fina, fina, pero madre decía Dios mío, ¿qué hago yo aquí? Nosotros jugábamos junto al agua y ellos ya estaban en el chiringuito bebiendo toda la cerveza que podían. Padre nunca me ha gustado en bañador.

Los vecinos nos vieron volver de la playa, todos con la piel bien morena y ella con aquel color de gamba. No debían de entender nada y las hijas del vecino de delante le decían a madre, venga, échalo de casa, si quieres, nosotras te ayudaremos. Ella no las entendía, sonreía y decía que sí, que sí, pero ellas ya debían de ver que no sacarían agua clara. Entonces se pasaban los dedos por sus peinados de permanente y me usaban como traductora. Me hacían oír frases que yo no quería oír y me hacían decir cosas que yo no quería decir. ¿Qué dicen?, preguntaba madre, ¿qué dice?, preguntaban ellas. Yo habría gritado nada, nada, nada, callaos todas si no os entendéis, pero madre ya estaba demasiado enrejada desde la ventana de donde hablaba.

Madre me decía qué le vamos a hacer, esto es lo que Dios ha escrito para nosotros, y yo aún no podía pensar: pues menudo cabronazo, ese Dios. Tal como se ha apartado del camino, tarde o temprano volverá, si Dios quiere. Yo aún no podía pensar que padre se había alejado tanto del camino recto que le haría falta un mapa para volverlo a encontrar, pero ésa era la puerta a la esperanza.

Yo ya estaba cansada de oír hablar a madre de Rosa y a Rosa de madre. De padre, las dos hablaban. Madre no tenía con quién hablar y me contaba a mí que Rosa le había pedido a padre que nos enviase allí abajo, al pueblo, y que se quedara sólo con ella, que esa situación no podía ser. La verdad es que todo era bastante confuso.

Cuando padre estaba con ella era de una manera, cuando estaba con madre era de otra. A la bombona de butano le decía mira, yo ya no duermo con ella, sólo es la madre de mis hijos y no la puedo dejar tirada así como así, si no fuera por ellos ya la habría echado a puntapiés. Madre lo escuchaba mientras lavaba los platos o fregaba y él le decía es que no ves que es sólo una cristiana, que es a ti a quien quiero, pero así es como Dios ha querido que te castigue, no puedo hacer nada más. Me aprovecharé de ella tanto como pueda y después, aire. No ves que me ayuda a hacer que la empresa vaya bien, que me hará de secretaria y no tendré tanto follón con los papeles. Ella seguía

fregando y de vez en cuando chasqueaba la lengua contra el paladar, irónica, recelosa.

Entonces se me ocurrió eso de volverme a poner la capa y los calzones para salvar a todo el mundo, sin saber por qué, sin tener demasiada conciencia de lo que estaba ocurriendo.

Un trozo de papel de libreta doblado por la mitad y puesto en la puerta del taller que ella tenía al final de la calle. Para Rosa, ponía. Padre vino con el papel en la mano y yo pensé que esa vez sí que la había hecho buena, aunque yo era su preferida y ni por esas me pegaría. No, se enfadaría, pero nunca pegaría a una niña que era su hija favorita. Sería más normal que pegara a mis hermanos, a madre.

¿Tú has escrito esto? ¿Lo has escrito tú? ¡Contesta! Apenas moví la cabeza y ya me sentí gotear la nariz, la sangre primero fría y luego muy caliente que me atravesaba las narices. Una bofetada seca, repentina, y ella decía que no, Manel, no te he dado el papel para que le pegues, no, Manel, no pegues a la niña.

Yo no sé si lloré o no, aún hoy no sé si me hizo tanto daño como para llorar, pero fue delante de ella, delante de los vecinos, y yo habría preferido morirme.

Madre dijo ¿y para qué firmas con tu nombre, tonta? ¿Qué ponías en el papel? Nada, no sabía si estaba llorando o riendo, porque madre reía, nada, decía «deja en paz a mi padre, puta» y después hice una firma. *Fa*, la cuarta nota musical, *fabácies*, papilionáceas, *fabária*, planta.

8

VASOS Y CUCHILLOS QUE VUELAN

Tenemos que decir en defensa de la bombona de butano que gracias a ella celebramos nuestra primera Navidad. Madre insistía en obligarme a hacer las tareas de la casa, enseñarme a preparar comidas que no pareciesen vómitos de perro, que era como decía que quedaban mis estofados, dejar el fregadero bien limpio después de enjuagar el último plato y no sólo lavarlos y dejarlo lleno de agua sucia con espuma. El discurso se repetía y se repetía. Yo ya no tendría que decírtelo, lo deberías ver por ti misma. Si me lo repetía veinte veces,

veinte veces que lo olvidaba yo y no recordaba lo que tenía que pensar sin que ella me lo dijera.

Rosa decía entonces es que esta niña hace demasiadas cosas para lo pequeña que es, esta niña no tendría que trabajar tanto en casa, y padre decía a madre déjala en paz, que es muy pequeña. No eran dos los que se peleaban para saber qué tenía yo que hacer, eran tres, y ninguno de ellos decía lo mismo. Madre quería enseñarme a funcionar como le habían enseñado a ella; Rosa sólo me compadecía, sin compadecerse de su propia situación, y padre lo único que quería era que no molestase a ninguna de las dos y que lo acompañara a todas partes como había hecho siempre. Ascendimos de categoría justo antes de Navidad. Se murió la señora del segundo piso, a la que no habíamos conocido demasiado. Nos alquilaron su casa cuando aún tenía bastantes cosas dentro, cosas que nadie se preocupó de ir a buscar. Era triste, pero habíamos ascendido y eso era más importante que nada. A pesar del olor a muerte, del olor a cerrado o, peor aún, del olor a naftalina que no se iría jamás. Era el segundo piso. El señor de las manchas en la calva y el pelo peinado a un lado nos traía unos recibos con una letra retorcida que no se entendía y donde decía lo que padre tenía que pagar. Manel, confío en ti, decía, y la verdad es que nunca se acabó de fiar del todo.

Manel empezó a hacer cosas que nosotros no le habíamos visto hacer nunca como Mimoun. Dijo que se quedaba la planta baja donde habíamos vivido hasta entonces, por el precio y porque allí estaba su palomar. A veces madre parecía Colometa en vez de Mila, de tanto que había limpiado los excrementos secos de encima de los tablones de madera que había bajo los techos de uralita. Sólo que ella no venía de ninguna guerra, o al menos eso parecía.

Allí arriba estrenamos muebles que no eran nuevos. Sumergimos en agua con jabón todas aquellas copas tan diferentes y madre las fue colocando en la vitrina marrón oscuro, donde se veían y no se veían. Todo estaba más limpio cuando madre decidía cambiar lo que la rodeaba, y yo no sé qué hubiera sido de mí sin esa limpieza. Ya no teníamos que poner la ropa en el armario del comedor porque había armarios en las tres habitaciones. Armarios llenos de olor a miserias o vete tú a saber qué. Unas botas donde habían criado las ratas y los

ratoncitos, tan pequeños, inspiraban ternura. La lavadora de arriba centrifugaba mejor que la de abajo, la ropa se secaba más rápido y el hilo de tender que madre había colgado en el pasillo descansaba más que el de abajo. Del palomar, sólo veíamos el techo ondulado.

Pero abajo pasaban cosas que nosotros no habíamos planeado. Y nosotros siempre éramos madre, yo y mis hermanos.

Fenómenos que nunca imaginé ver, extraordinarios. Padre decía que ya estaba harto de ir y venir y que la parte de los bajos que no fuera despacho sería para Rosa. Y para su hija pequeña, que la mayor era una racista y no lo quería como compañero de su madre; prefería quedarse a vivir con su abuela.

Y así fue como padre se encargó de arreglar todo lo que no había arreglado mientras nosotros vivimos allí. Hizo enyesar de nuevo las paredes del pasillo; en vano, porque al cabo de unos meses ya volvían a lagrimear y a teñirse del gris del verdete. Hizo venir a un fontanero para que se mirase las cañerías, un señor que entonces aún no estaba gordo y que se ponía Nenuco a chorro. Hizo cambiar el plato de la ducha y pavimentó el patio trasero para poner una piscina en verano, dijo. Compró una cama, pero el colchón seguía siendo de lana que madre nunca había sabido dónde lavar. Rojo con dibujos en blanco de flores que se enredan.

Pero el fenómeno más extraordinario de todos ocurrió el día en que Rosa trajo sus cosas a la planta baja. Ese mismo día, unas horas antes, yo había visto a padre hacer algo que nunca había hecho por nadie. Había cogido una escoba y había barrido todos los rincones del piso, había fregado el suelo con jabón de ese que huele a bosque, había quitado el polvo y limpiado los cristales. Con una destreza que jamás le habría atribuido, ni a él ni a ningún otro hombre.

Se lo conté a madre. Yo, que le tengo que lavar los calzoncillos cagados, cabronazo, y a ella le limpia el piso. Pero no creo que a él le dijera nada, o como máximo debió de chasquear la lengua.

Con este nuevo orden establecido celebramos nuestra primera Navidad, la única durante mucho tiempo. Madre me quería en casa, ayudándola, pero padre decía te gustará ir a comprar un árbol con nosotros y las bolas de colores y las luces que se apagan y se encienden. Yo lo conté en el colegio: este año celebraremos la Navidad, y todo el

mundo debía de pensar, mira, estos ya son como de aquí, qué padre tan abierto tienen.

Yo no sabía si ese tipo de fiestas eran como nosotros las habíamos organizado. Padre y la bombona de butano compraron muchas botellas y madre le dijo si quieres beber lo haces fuera de mi casa. Venga, va, hoy no te enfades, es mejor que esté con vosotros que fuera, haciendo el pendón. Y si la he convencido a ella, que ha dejado a su familia para estar con nosotros, ¿qué vas a hacer tú? Al menos así podrás saber dónde estoy. Madre se medio rió cuando padre se puso a bailar moviendo los hombros y usando la escoba de bastón con la voz de aquella mujer que decía iremos a la ciudad para comprar joyas y cosas por el estilo, pero Rosa no entendía ni la forma en que se movía ni la letra de las canciones ni por qué nos reíamos tanto nosotros. Y de repente puso aquello de *vete, olvida mi nombre, mi casa, mi cara y pega la vuelta*; padre se sabía casi toda la letra y la cantaba con ella.

Todo iba bien, las luces de colores se encendían y se apagaban, yo estaba contenta de tener un árbol como aquél, aunque madre dijera qué barbaridad, estáis todos locos.

Debía de ser ya muy tarde cuando todo iba tan bien. Yo ya no recuerdo qué me había preguntado padre o si había respondido con alguna impertinencia de esas que la mayoría de las veces él me toleraba porque era su niña preferida. Se me forma una nube sobre las palabras que salieron de mi boca, pero suerte tuve de madre, de sus reflejos y de que dijera deja en paz a la niña, ni te acerques a ella. Pégame a mí, si quieres, pero a ella ni te acerques. Lo primero que hizo no fue pegarme. Yo estaba al otro lado del comedor y él abrazado a su querida bombona de butano cuando dije o no dije nada. Padre tiene estas cosas. Si se enfada, te lanza lo primero que tiene a mano, y aquella noche cogió de repente el cuchillo de encima de la mesa y lo lanzó contra mí. Yo no lo vi venir, pero madre sí, e hizo una especie de placaje para protegerme y a la vez no recibir ella. Pero sí que recibió, un corte en el codo que le dolería durante días y que consiguió salvarme el ojo, que es adonde se dirigía el cuchillo de mesa. No habría tenido bastante con la protección de las gafas. Padre aún cogió un vaso y dijo apártate, que se nota que no es hija mía, apártate que la mataré. Madre dijo va, hazlo si tienes

cojones, pero a mí no a ella, y él acabó haciendo añicos el vaso contra la pared. Provocando una lluvia de cristales.

Yo quisiera poder recordar lo que le dije, pero es que puede que no le dijera nada y sólo fuese que llevaba mucho rato vaciando botellas con Rosa. *Gabar*, alabar, *gabarrines*, que es un tejido, *gabella*, que es un impuesto.

9

LA REVISTA

Era divertido ir a todas partes con padre. Cuando no había colegio, visitábamos obras, visitábamos clientes y proveedores y todos decían oh, qué bien hablas con lo poco que hace que estás aquí. Íbamos a ver granjas de cerdos en las que esos animales se lamían el culo lleno de mierda e íbamos a ver a los amigos de padre.

Madre seguía diciendo no puede ser, una niña debe estar en casa, y él replicaba no mi hija, que yo la quiero tanto que la necesito conmigo a todas horas. Así pues, íbamos a visitar a esos hombres que vivían solos junto al río. Con más fetidez de curtiduría que en nuestra calle, con más humedad que en nuestra casa y todo tan sucio como encontramos el piso de padre cuando llegamos. Estaba ese amigo suyo que nos hacía reír con sus chistes de erizos y de lobos, con el flequillo cortado tan arriba que parecía una muñeca. A éste lo van a echar, ¿lo sabíais?, por vago y por no saber estar en el sitio que le corresponde. Tan redondo y tan blanco de piel, rubio.

Allí padre se fumaba aquellos cigarros que primero tenía que deshacer y después estaba más tranquilo durante un buen rato, dejaba de apretar los dientes y hablaba de mujeres que no conocíamos y de mujeres que no tenían ni nombre. Se tumbaba en la butaca sin brazos de un oscuro ya tan indefinido que no te habrías sentado nunca, pero a él le daba igual.

Antes o después solíamos pasar por casa de su amigo Manel, que se llamaba así desde que nació, no como padre. Un Manel que a mí me gustaba mucho, de ojos muy claros y un bigote rubio que no parecía suyo. Que hacía reír, pero no con chistes, sólo hacía reír. En casa de Manel, padre o él sacaban unas barras de color marrón oscuro que llamaban chocolate, pero yo no lo probé nunca porque no me invitaron.

Después cogían un trocito muy pequeño y lo quemaban dentro del hueco de la palma de la mano. Lo mezclaban con tabaco y liaban un cigarrillo de papel de alas de mariposa. Vete a jugar con mi hija, decía Manel Manel, y Mimoun decía anda, ve, que tiene muchos juguetes. Y a nosotros nunca nos daban chocolate.

Pero lo más divertido era esperar las fiestas de octubre, las del barrio. Jugábamos a romper la olla y, si acertábamos, nos caía encima una lluvia de caramelos y confeti. Nunca gané nada en el concurso de dibujo, y participábamos en la butifarrada y en la chocolatada. Pero yo esperaba especialmente el día de la revista.

Aquel año Rosa se enfadó porque padre había llevado a madre, y no a ella. Madre no quería ir a un sitio como ése, pero padre dijo no me contradigas e incluso la llevó a la peluquería, donde no supieron qué hacer con el cabello tan extraño que tenía; ella todavía mira la foto y piensa madre mía, qué ridículo con aquella coleta tan alta. Es lo que está de moda, le dijeron a padre, pero ella estaba acostumbrada a recogerse el pelo con un pasador justo donde empieza la nuca y a hacerse la raya al lado, a marcarse las ondas con aceite de oliva, muy pegadas, y no a ahuecárselo de esa manera.

Estuvimos toda la noche. Padre con un vaso de plástico que iba llenando de vez en cuando, sentados en las sillas plegables de madera y viendo pasar a chicas que paseaban con poca ropa, muchas plumas y piedras brillantes en los sujetadores y en las bragas.

Madre decía yo no quiero ver esto, deja que los niños se vayan a casa conmigo. Espérate un poco, mujer, no querrás que acabe solo, ya sabes que me pongo muy malo si me dejáis solo. Pero mira, si están muertos de sueño, y él decía de acuerdo, pero la niña se queda conmigo, ¿verdad? Yo decía sí, intentando disimular el interés que me provocaba todo aquel espectáculo, un interés que no era normal en una niña decente. Cuando madre se hubo marchado, salió una chica vestida de hombre con una silla. Daba vueltas alrededor mientras se iba desnudando poco a poco y yo sólo podía pensar que hasta dónde llegaría, si se quedaría en bragas y sujetador como las otras chicas o qué. Los hombres que había junto a mí no paraban de gritar y silbar y padre ponía cara como de que la cosa no iba con él.

No sé si eran los focos los que hacían brillar las piernas de la chica o su piel aceitosa o la incógnita de si se desnudaría o no del todo, pero allí sentí por primera vez que algo se me removía en la entrepierna. Todos aquellos hombres parecían completamente abducidos por los encantos de la chica, que se volvió y comenzó a deshacerse del cierre del sujetador con una destreza y encanto que nunca más he visto en ninguna mujer. Se volvía hacia los hombres y sostenía la pieza desabrochada contra los pechos, nadie respiraba mientras ella hacía que se pensaba si se lo quitaba o no. Sí o no, insinuaba bailando, hasta que se volvía de nuevo y lanzaba la pieza de ropa sobre las cabezas de los asistentes, aún con las manos tapándose los pechos. Se volvía a dirigir al público *et voilà!*, saludaba con los brazos abiertos y los pechos tan firmes que ni se le movían. Prácticamente desnuda y subida a aquellos tacones de aguja, empezó a pasearse entre los espectadores de primera fila, entre ellos padre. Se acercaba tanto que él le podría haber olido el fondo del alma, aunque ella se alejó para acabar quitándose incluso las bragas en un instante, de espaldas al público y tocando con las manos en el suelo. Se volvió para cubrirse, púdica, pero decidió caminar muy esbelta por encima del escenario mientras todos, absolutamente todos, conteníamos la respiración hasta verla flanquear el telón.

Después venía el numerito del chico que era un poco afeminado y que llevaba unos pantalones tan ajustados que se veía a las claras en qué lado situaba su miembro. Como de torero, con los mismos brillos y acompañado de otra chica. En principio tenía que hacer reír, y excitar, pero padre debió de pensar que se acabaría desnudando. Por eso dijo vete a casa, un poco enfadado por el giro inesperado que había tomado el espectáculo.

Yo me metí en la cama pensando que no era un hombre sin ropa o con los testículos enmallados lo que podía excitarme. Puede que ya tuviera edad para esas cosas, por que no pude evitar tocarme allá abajo y ahogar un débil gemido contra la almohada. Aunque había tenido mi primer orgasmo no había sido suficiente para librarme del *poltergeist*. Continuaba la lectura. *Ha*, que parece que es muy difícil de definir; *habeas corpus*, que es una especie de inmunidad; *hábil*, apto para algo, capaz, idóneo.

HORMIGAS

Hubo un tiempo en el que ya nadie se preguntaba de dónde le venían a padre sus males. Ya no oíamos explicaciones deterministas ni mágicas ni nada, porque ya hacía tiempo que habíamos desterrado de nuestras vidas a todas aquellas personas que nos aligeraban un poco la existencia y nos daban pie a la esperanza. Incluso madre repetía cada vez menos eso del camino recto y de si volvería o no.

Rosa ya no vivía abajo, decía que los vecinos la miraban mal y que él no nos enviaría nunca al pueblo. Tu padre hace mucho daño, ¿sabes? Lo que yo no sabía era por qué todas las mujeres de padre se empeñaban en contarme lo que les hacía y lo malo que era. ¿Qué podía hacer yo? Padre dormía en casa de vez en cuando, sólo cuando tenía que traer ropa para lavar, y nosotros ya no sabíamos si éramos medio huérfanos o no. Yo aún no sé si fue suficiente castigo para madre: esperar a que viniera para tener dinero para ir a comprar, tenernos sólo a nosotros como intérpretes y enlaces con aquel mundo de fuera que tanto miedo le daba.

Y a pesar de todo, creo que fue entonces cuando estuvo más tranquila. Hacía como siempre. Se levantaba, nos daba la ropa limpia para después de la ducha y se quejaba de que todavía nos hiciéramos pipí en la cama. Os lo hacéis encima desde que estáis aquí, decía, antes las cosas no eran así. Cuando ya no íbamos al colegio repetía la misma rutina: recoger el comedor empezando por la mesa, con el hule que habíamos dejado lleno de pequeños círculos de leche con Cola-Cao, barrer, fregar, lavar los platos y ordenar la cocina. Poner la lavadora, tender la ropa, hacer la comida, amasar el pan y cocerlo como podía en aquella especie de sartén, que no es lo mismo, ya lo sé, pero no tengo más utensilios que estos.

Después de la siesta, que era la hora que hubiera podido ser más pesada para ella, doblaba ropa, planchaba o zurcía calcetines, hacía dobladillos y, de vez en cuando, nos hacía pasteles o dulces de esos que no lo eran mucho.

Mandaba a mi hermano mayor a la harinera de al lado del mercado municipal a buscar un saco de cincuenta kilos para ahorrar, para que

el dinero que le daba padre le durase más. Hasta ese día en que, a medio camino, le reventó el saco hecho de papel, allí mismo, en aquel cruce frente al parque Jaume Balmes, y nadie sabía qué hacer para ayudarlo. ¿Qué hacía un niño de esa edad enharinado de arriba abajo?, debían de pensar, y no sabían que aquello era lo más divertido de todo lo que nos estaba pasando. Él llegó a casa y empezó a gritar eso de ¿dónde está padre? ¿Dónde está? ¿Dónde está padre?, con desesperanza, y fuimos los otros dos con sacos de plástico a rescatar lo que pudimos y el suelo se quedó todo blanco unos cuantos días más. ¿Dónde está padre? ¿Dónde está padre? ¿Dónde está?, preguntó también cuando se reventó la cañería de en medio del comedor y comenzó a salir toda la porquería de la terraza. Llovía y llovía y a nosotros se nos llenaba el comedor de agua sucia. Recuerdo que me llegaba hasta más arriba de los tobillos y que llamamos a un amigo de padre y vecino nuestro para empezar a sacar cubos y cubos de agua por la ventana. Todavía llovió más y todavía gritamos más dónde está padre, hasta que entró tan tranquilo por la puerta. Madre hizo ver que estaba en la habitación y que ahí había estado todo el rato, no fuera a pensar encima que se lo montaba con el vecino.

Aparecía y desaparecía cuando le daba la gana y nunca sabías cuándo vendría. A veces despertaba a madre a medianoche para charlar, a veces me despertaba a mí y madre no se enteraba hasta que me tenía delante medio adormilada. Yo decía quiero dormir, y él ¿es que no quieres a tu padre? Quiero explicarte por qué pasa todo esto, hija, para que no pienses que yo no os quiero. Os quiero demasiado a todos vosotros, pero tu madre me ha hecho el peor daño que se le puede hacer a un hombre y yo ya no sé cómo debo vivir la vida. Yo me adormilaba y él me decía no te duermas que te estoy hablando y madre decía deja a la niña que mañana tiene colegio.

A veces me despertaba para llevarme al cine con Rosa, a la sesión golfa, y decía que era ella la que lo deseaba y que si yo estaba en medio no le podría atacar. Yo ya me quiero sacar de encima a esa cristiana que apesta todo el día, ya, pero ella no me deja en paz. Dice que me quiere y que hasta ha llegado a abortar por mi culpa.

Incluso llegué a ir a la discoteca de su mano y todo el mundo le preguntaba Manel, ¿qué haces trayendo a tu hija?, y todos me

preguntaban mi edad. Yo creo que hasta me enamoré de aquel amigo suyo de los rizos, pero quizá fuera la noche, la música tan alta y la Coca-Cola que a las dos de la madrugada ya se me subían a la cabeza. Vendrás conmigo, había dicho, y madre no quería, ¿qué tiene que hacer una niña por ahí a esas horas de la noche, por mucho que seas su padre?

Había niebla la mañana en que llegó a casa muy asustado y nos contó que había dado tres vueltas de campana con el coche. Ni a él ni a la bombona de butano les había pasado nada.

Tenía que tocar fondo tarde o temprano. Esa peste que dejaba en el lavabo por las mañanas, tanto rato encerrado, la úlcera de estómago, las almorranas, ¿cómo podía vivir una vida así?

Un día estaba en su cama con madre, medio desnudos los dos y yo en el comedor, avergonzada de verlos así. Fue cuando descubrí que había tocado fondo, e incluso me dio lástima. Ven con tu padre, ven, ven que te echo de menos. Recuerdo que no quería que me abrazara con la piel sudada, aunque después me comprase helados de chocolate. Decía siéntate. Yo me sentaba. En la cama, tan lejos de él como podía, y él me preguntaba ¿por qué no quieres a tu padre? Y tenía a madre cogida por un lado y me agarraba a mí por el otro y aquello era vergonzoso según todas las normas de conducta que me habían enseñado los abuelos, madre, los tíos. No lo soportaba, y me quedaba muy quieta mientras él hablaba de cosas que yo no entendía, pero que ahora, cuando rebobino, cobran sentido. Decía siempre aquello de que Rosa sólo quería hacerlo por detrás, y yo no sabía ni qué era hacerlo ni por detrás de qué. Fue entonces, un día de esos en que me quedé muy quieta y él se durmió, cuando vi que había tocado fondo. No era la pestilencia, el sudor del alcohol a media tarde, no. En un momento dado se puso la mano bajo el cogote y allí aparecieron, entre los pelos de sus axilas. Madre, dije. Y ella, sí, son hormigas, hija, sí.

I, nombre de la letra I. *I*, conjunción. *Iac*, mamífero.

Los días fueron pasando así, sin demasiados pesares. Aunque el hecho de que padre hubiese tocado fondo significaba unas cuantas

cosas. Que a veces la compra del sábado no estaba garantizada, que no siempre podíamos pagar los libros del colegio el día que tocaba, que las excursiones debían esperar y que la nevera con la puerta completamente oxidada seguía siendo la nevera con la puerta completamente oxidada. No sabíamos nunca cuándo aparecería y volvíamos a ser unos hijos y una esposa abandonados, además de que allí no teníamos ni al abuelo para recordarnos que era obligación de su hijo mantenernos. No teníamos a nadie más que a las vecinas de enfrente, que decían: denunciadlo, que todo el mundo ve lo que está haciendo y que si queréis os acompañaremos a los servicios sociales. Madre decía que no, yo nunca he pedido caridad y ésta no será la primera vez, y estiraba los ahorros tanto como podía.

Había aprendido a ahorrar. Cuando él llegaba borracho con un montón de calderilla que desperdigaba sobre la mesa del comedor, junto a las llaves y al paquete arrugado de ducados. Cuando traía un fajo de billetes que había cobrado de algún cliente que quería pagar en negro y él lo distribuía en pilas para pagar a los proveedores de material, a los trabajadores, a la secretaria. Dejaba un fajo para casa, pero madre ya sabía que volvería más tarde para decirle dame diez mil o dame veinte mil. Y madre ahorra. Cogía dos monedas hoy, dos mañana, un billete de aquí, un billete de allá, y me decía te quemaré la boca con un encendedor si lo cuentas. Nosotros también aprendimos a ahorrar, en especial entre los recovecos del sofá, donde se le caían las monedas de los bolsillos, o bajo la cama, donde a menudo iban a parar sin que él se diese cuenta.

Pero de todos modos nos quería, sobre todo a mí. Una maestra había preguntado qué es eso que tienes aquí y yo dije besos de padre, y ella, qué extraño, ¿tu padre te da besos que te dejan esta marca en las mejillas? Yo no veía nada extraño, simplemente era su forma de querer. Madre no nos daba muchos besos, y los de los abuelos y los tíos eran muy diferentes. No eran húmedos como los de él. Sobre todo cuando se despedía, sentado en lo alto de la escalera, te cogía, te hacía sentar encima de sus piernas y te daba aquellos chupetones por todas partes, decía que no sabía pasar sin ellos, tanto era lo que me quería. Y unos besos que sonaban como el golpe de una pelota de tenis. Después decía aquello de venga, hagamos como si fuésemos palomas. Va, yo seré

vuestra madre, os daré la comida con el pico, abrid bien la boca, y daba aquellos besos tan húmedos sin sal.

Dos acontecimientos importantes hicieron cambiar las cosas cuando ya pensábamos que nuestra existencia había de ser siempre aquélla.

Al número sesenta y siete, unas casas más abajo de la nuestra, fue a parar una familia que venía del mismo pueblo que nosotros. Un matrimonio y sus tres hijos. El hombre siempre reía, la mujer también, y no acababan de parecer demasiado inteligentes, pero madre dejó de contarme estas cosas a mí y yo me sentí aliviada.

No era que madre visitase a la vecina, no, sino que la parte de atrás de ambos pisos estaba lo bastante cerca como para poderse hablar desde las ventanas. Las tardes eran más llevaderas con las dos contándose historias y encontrando antecedentes comunes de conocidos o familiares, recordando un pasado que no era el mismo ni se le parecía.

Cuando madre oía la llave entrando en la cerradura decía me voy que ya viene y hacía ver que no había hablado nunca con Soumisha. Padre nunca había dicho que no pudiese hablar, pero más valía no informarle demasiado.

Sobre todo porque no paraban de hablar de la bombona de butano. ¿Ya la ha llenado de gas esta semana?, le preguntaba ella. Y madre decía qué asco que duerma con ella y después venga a mi cama, no lo quiero allí. Ni a su padre, que tenía sus cosas, ya lo sabes tú, se le pasó nunca por la cabeza tener otra mujer, y aún menos una tipa tan fea y sucia como ella. Tendrías que verle las piernas, debe de ser de tanto comer cerdo, o del alcohol que se llegan a beber.

Soumisha era diferente, pero no más lista que madre, quizá más feliz. Hacía las tareas del hogar como sabía, aunque no se mataba demasiado y en su casa las habitaciones estaban medio vacías, todo muy oscuro. Su pan no era el mejor del mundo y a veces incluso se lo pedía a madre, porque su marido decía que nunca había probado un pan como el nuestro. Yo me preguntaba si eso no sería una forma de adulterio, hacer el pan para un hombre a quien no conocía y que admiraba a madre por cómo se desenvolvía con todo aquello. Soumisha contaba: Dris dice que si fuese yo ya me habría vuelto loca, pero Dris no era Mimoun ni era Manel y casi siempre reía.

Soumisha era diferente porque iba a comprar al mercado, visitaba a otras mujeres que habían venido de la provincia de donde nosotros procedíamos, buscaba telas para hacerse caftanes para el día en que se marchase para allá abajo y viajaba cada año. Yo no podría estar aquí, tanto tiempo sin ver a mi familia y sin probar los higos chumbos, uy, no, me moriría en seguida.

Dris trabajaba para la fábrica del principio de la calle y el sueldo no les daba para mucho, pero Soumisha pronto empezó a hacer algunas horas, que decía ella, a pesar de no ser más lista que madre.

Un día las oí cuando hablaban desde la ventana. Soumisha siempre intentaba convencer a madre de que aquella no era la situación en que debía vivir, pero culpaba por en cima de todo a Rosa, que se había inmiscuido en nuestras vidas. Ya sabes, ellas hacen lo que pueden para birlarte el marido, las furcias han sido siempre así, aquí y en todas partes. Pero tienes un buen hombre que trabaja para vosotros y deja todo el dinero en casa, no como el mío, que es una rata que no gasta ni un duro más de lo imprescindible. Es un buen hombre, créeme, todo lo que le pasa no es por su propia voluntad. Y le explicaba aquello del filtro del amor a la manera de Curial e Güelfa. En una bandeja blanca, ha de ser blanca para ir bien, esparces un kilo de azúcar, sólo puede ser azúcar, y marcas una huella con tu pie derecho, sobre todo que sea el derecho. Guardas el azúcar y se lo pones en cada taza de café o té que te pida hasta que se acabe. No es necesario que lo hagas en voz alta, pero cuando pongas la primera cucharadita de azúcar en la taza has de decir, siempre, aunque sea sólo con el pensamiento: seré para ti como la dulzura de este azúcar, será sólo a mí a quien querrás volver y ninguna otra mujer del mundo te parecerá bonita. Sólo podrás pensar en mí día y noche, noche y día, vuelve a tu hogar, tú que has estado confundido por el demonio. Y das gracias a Dios. No sufras, que funcionará.

Yo lo miraba todo, y madre me decía si cuentas algo... yo, que ya lo sé, que no contaré nada, que yo también quiero que las cosas sigan como antes. Pero yo ya no recordaba cuándo había sido aquél antes.

¡Qué sencillo era poder ser feliz! Padre comenzó a decir no sé qué me pasa, que a aquella mujer ya no puedo verla ni en pintura, que lo veo todo negro con sólo pensar en ello. Ella está colada por mí, y espera que os envíe allá abajo para poder vivir conmigo, yo, que de repente la

encuentro insufrible. Yo intentaba no acompañar a padre cuando iba con ella para no oírla llorar, tu padre me hace mucho daño, ¿sabes que me hace mucho daño? Y a mí incluso me daba pena, de tanto tiempo que hacía que me había acostumbrado a verla, de cómo los ojos se le apagaban cada vez más, la única parte de su cuerpo que valía la pena ser mirada.

Pero Rosa aún tenía esperanzas cuando padre decía que empezaba a odiarla y cuando tuvo lugar el segundo de los acontecimientos que habían de cambiarlo todo.

Pasó algo que no ocurre si tu mujer es sólo la madre de tus hijos y no duermes con ella porque en realidad no la quieres y a quien quieres es a ti y únicamente a ti. Madre estaba embarazada. *Ja*, desde antes, no más tarde. *Jaborandi*, que es un arbusto; *jac*, chaqueta.

12

UN AÑO NUEVO MÁS

Deberías abortar, dijo padre, y madre se estremeció sólo con oírlo. No llevaré ninguna vida sobre mi conciencia sólo para que tú te des el gusto de seguir con esa puta.

Padre continuó comportándose como siempre, a pesar del azúcar, a pesar del embarazo. Yo faltaba al colegio para poder ir al médico con madre y aprendía educación sexual mucho antes que los compañeros de clase. Leía el libro de la embarazada para no tener que ver a madre abierta de piernas encima de aquella camilla que parecía de tortura. Procuraba permanecer detrás de la cortina mientras traducía lo que iba diciendo la comadrona.

Había cuestiones que no sabía pasar de un idioma a otro, que no quería pasar de un idioma a otro. Continuaba sin entender por qué tantas mujeres de por ahí me explicaban a mí cosas de aquéllas. ¿Cuándo fue la última vez que le vino la regla a tu madre? Y yo ya sabía qué era eso de la regla, pero no lo había hablado nunca con ella. ¿Cuándo fue la primera vez que le vino? A los dieciséis años, mejor, así yo estaré tranquila hasta los dieciséis. ¿Cuándo tuvo relaciones sexuales por primera vez? Dios, Dios, quería huir corriendo de todo aquello, yo no quiero saber todas esas cosas, y aún menos traducirlas a un idioma en el que no existía ninguna palabra que yo conociera para

relaciones sexuales que no fuesen palabrotas. No podía correr y la comadrona me miró fijamente con las uñas rojas sobre la mesa, anda, venga, pregúntaselo. Madre me miraba y decía qué, qué te ha preguntado, y yo habría querido fundirme, así, de golpe, y que ellas mismas se las entendieran. No podía decir follar, no. No podía decir cuándo fue la primera vez que padre te la metió. ¿Joder? No. Intenté encontrar un eufemismo. ¿Cuántos años tenías cuando dormiste con padre por primera vez? Y no la miré a los ojos mientras se lo decía; ella dijo, también muy de prisa, nos casamos cuando yo tenía dieciocho años. Eso es todo.

Me acostumbré a leer los trípticos informativos de la sala de espera, unos análisis, unas pruebas, toma hierro, prepara la ropita, etc. Yo tenía ganas de decirle a aquella señora de cabellos muy negros teñidos que madre ya había sido madre tres veces seguidas y que nunca le había pasado nada, sin test de O'Sullivan ni gimnasia preparto.

A mí me hacía ilusión tener una hermanita, así no sería la única chica, la preferida, y recibiría menos besos de esos de golpe de pelota de tenis. Pero nos lo dijeron en la segunda radiografía, es un niño. Madre no se lo acababa de creer, cómo puede saber éste lo que llevo en la barriga, eso sólo lo sabe el Señor.

Padre iba y venía, como siempre, y me decía que no le dijese nada a Rosa. Yo creo que lo debía de saber desde el principio; aunque hacía días que no veía a madre, todo el mundo sabía que estaba embarazada.

La noche en que madre rompió aguas, padre no estaba. Era Año Nuevo y lo celebraba, claro. Yo dormía cuando madre me despertó y pensé, por favor, que no sea ahora, y le pregunté si no podía esperarse hasta el día siguiente, que él ya habría vuelto.

No sé cómo lo hice ni sé por qué otra vez madre no despertó a mis hermanos. Sólo yo debía hacerme cargo de todo. En otro contexto, habría estado la abuela, habría estado aquella vieja del pueblo que hacía parir a todas las mujeres, habría estado el abuelo, que la hubiera llevado al hospital en caso de complicaciones.

Pero sólo estaba yo, y entonces empecé a tener una cierta idea de que la vida no era como debería ser o lo que se pudiera llegar a pensar a esa edad. Vete a buscar a Soumisha y dile lo que pasa, tu padre tardará en venir. Lo decía agarrándose un costado, allí, bajo las

costillas, que al parecer es donde te duele más cuando vas a tener una criatura. Tienes que respirar, le dije, lo dice el libro. Pues claro que debo respirar, si no me moriría, qué narices dices, anda, vete a despertar a Soumisha.

Pero Soumisha tiene el sueño más profundo del mundo y no hubo manera de despertarla. Su timbre no funcionaba y yo no dejaba de golpear la puerta de abajo, que cerraba con llave cuando llegaba la noche. Una puerta de madera.

Fui al bar más cercano, donde daban una cena especial de Año Nuevo, y allí encontré al dueño, a su mujer, a sus hijos. Pregunté si habían visto a padre, y ellos negaron con la cabeza. Feliz Año Nuevo, muchacha. Yo no sabía a quién decírselo y finalmente hablé con el hijo mayor, el de los ojos claros, que me guiñaba el ojo y me despeinaba siempre que podía. Madre está de parto, Ángel, no sé qué debo hacer. Él se pasó la servilleta blanca por los labios, la dejó sobre el plato y se levantó. Me tomó de la mano y me llevó hasta la parte delantera del bar. La tibieza de la palma de su mano me ayudaba a respirar mejor y creo que fue allí donde me enamoré un poco.

No pasa nada, yo llevo a tu madre al hospital y tú te quedas aquí por si regresa tu padre o por si se despiertan tus hermanos. Me deshice de la capa de *supermana* y de los calzones superpuestos y le conté el plan a madre. Ella dijo, vete a dormir, que no sacarás nada quedándote despierta, y si llega él dile dónde estamos.

Y madre fue a parir sentada en el asiento de atrás del coche de Ángel. Sin decirse nada, porque ella lo conocía pero no le sabía decir qué daño o qué cabronazo es este marido mío y él tampoco sabía decirle qué hijo de puta, el Manel, en un día como éste.

Yo ya me había quedado sola otras veces y no por eso me gustaba más. ¿Y si venía un ladrón, un asesino, un loco? ¿Qué haría yo para proteger a mis hermanos que dormían o para impedir que se llevasen algo de valor? No es que tuviésemos demasiadas cosas de valor, pero los ladrones no lo sabían. Me quedé sentada en el sofá, abrazada a las rodillas y reproduciendo el calor de la mano de Ángel en la mía, su sonrisa, no sufras, no sufras, que no pasará nada. Hasta que se abrió la puerta. Hasta que oí el ruido de las llaves y pensé que era demasiado pronto para que fuese él. Pero era él. Madre está en el hospital, está de

parto. Pero puede que me viese a medias o que me oyera a medias. Cayó tendido sobre la cama de matrimonio de su habitación y dijo: ven, hija, ven, sácame los zapatos que yo no puedo. Madre está en el hospital. Muy bien, muy bien, ahora sácame los calcetines. Aún no sé en qué momento se quedó dormido, aunque continuaba hablando.

Madre sola en el hospital sin siquiera una cuerda donde cogerse y pariendo en una postura en la que ella no había parido nunca, todos celebrando el Año Nuevo, padre tumbado al bies sobre la cama hablando aún en sueños y yo que no sabía qué debía hacer con todo aquello. *Ka*, concepto religioso del antiguo Egipto. *Kabardí*, relativo a los kabardinios; *kagú*, pájaro del orden de los faisaniformes.

13

VETE Y NO VUELVAS MÁS

Padre sacó el cepillo que guardaba siempre en la guantera y se peinó hacia atrás sus cabellos tan rizados mirándose en el retrovisor. No hagáis ruido, ¿eh?, había dicho, que en los hospitales no se puede hablar en voz alta ni nada. Pensé que ojalá madre no tuviese ningún hijo más en toda su vida, porque eso de estar sólo con padre siendo la hija mayor era de las peores cosas que nos habían pasado nunca.

Madre, tendida en la cama, me dijo ¿no podías haber dado ropa limpia a tus hermanos, que la llevan toda manchada de tomate de ayer? Yo me había cambiado y me había lavado la cara como cada mañana, y no se me había ocurrido que tuviera que hacer nada más. Me dio más pena ella que yo misma, a pesar de que me sentía como en un pozo de donde no podía salir.

Las sábanas eran muy blancas y podías hacer eso de levantar una parte de la cama con una manivela, podías llamar a la enfermera pulsando un botón y podías tomarte la sopa de galets que no le gustaba a madre y que nosotros devorábamos. ¿Cuándo volverás? Padre le había comprado un camisón de los que se llevan en los hospitales y una bata y zapatillas que madre no había utilizado nunca porque nunca había estado en un hospital. Me daba pena porque yo no le podía traducir todo lo que debía hablar con los médicos, las enfermeras y las compañeras de habitación durante tres días. Me daba pena porque de hecho estaba sola, y de hecho, nosotros estábamos solos aunque

estuviese padre. ¿Qué haríamos si le daba por tirar cuchillos u otros objetos de los que suele lanzar y madre no estaba para hacer algún placaje?

Padre nos dejaba mucho tiempo solos cuando tenía que irse con Rosa, que decía que ya no nos quería ver más. Mejor, así yo no sabría lo malo que era padre y cuánto daño le hacía. Mejor estar solos que con ella, si no nos quería, que entonces padre comenzaba a hacer cosas raras. Por la mañana nos venía a ver Soumisha, que preguntaba, ¿está en casa? Yo le decía que no y ella ponía algo de orden, lavaba platos y cocinaba alguna comida caliente, y era como Ángel cuando me tomó de la mano y me dijo tranquila. Hija, decía, ya es hora de que te espables un poco, no te queda más remedio. Ya sé que a ti te interesa más leer ese libro tan gordo que tienes, pero ahí no aprenderás nada de la vida. Madre volverá y necesitará que la cuides, sólo te tiene a ti y ya eres lo bastante mayorcita como para hacer algunas cosas. Yo deseaba ser lo bastante mayorcita para otras cosas, no quería pasarme los días limpiando para que los demás ensuciasen, aunque puede que no lo pensara de esa forma porque solamente tenía diez u once años.

Las tardes de aquellos tres días las pasamos en el hospital. Llevábamos comida para madre y las enfermeras nos miraban mal. Una olla pequeña que había preparado Soumisha con caldo de gallina, que ayuda a recuperar las fuerzas y era sagrado dar a todas las mujeres que acababan de parir. Pan del bueno, y no esos mendrugos a los que llamaban panecillos, zumos de todo tipo y yogures, fruta. Que madre daba el pecho y se debía alimentar como Dios manda. Sobre todo que se beba el caldo y se coma la gallina, que no hay nada mejor. Y nosotros nos zampábamos la comida del hospital, que no gusta a nadie, pero a nosotros sí. Por lo visto padre no podía dormir en casa si no estaba madre, y por eso dormíamos solos. Si alguien se hace pipí, acuérdate de cambiar las sábanas y de ducharos por la mañana, que yo no esté no quiere decir que tengáis que ir por el mundo oliendo mal. Yo no sabía cómo funcionaban las lavadoras, de modo que las sábanas llenas de meados se fueron amontonando junto al aparato.

Sentí que alguien echaba una mano cuando madre volvió del hospital, pero lo cierto es que ella había disfrutado allí de las primeras vacaciones de casa desde su boda. No tardó en comenzar a trajinar,

aunque el pequeño lloraba de vez en cuando y ella hacía una parada para amamantarlo. Haz esto, haz lo otro, me decía, y ya no era con la coletilla de «es que ya no tendría que decirte lo que has de hacer, que ya lo deberías saber». Yo la ayudaba tanto como podía. A veces se terminaban los pañales y padre todavía no había traído dinero; aún suerte de que no se tenía que comprar leche.

Un día llegó y dijo: dame diez mil, y ella hizo como que no. Dame diez mil que me tengo que ir, y ella: que ya sé dónde vas y que ya estoy harta, no te daré el dinero de la comida de mis hijos para que te lo gastes con aquella puta.

Era invierno y madre había encendido la estufa de gas butano en el dormitorio y yo sufría por si del golpe que le podía llegar a dar iba a parar encima de la llama enrejada. Sufría por si caía sobre el pequeño dentro de la cuna o por si pasaban cosas peores. Dame el dinero, te digo. No, no y no. No había visto nunca aquella forma de mirar de madre y padre estaba como si no le correspondiera estar allí. Dijo: o la dejas, o te dejo. No podía creermelo lo que oía, pero era madre quien hablaba, era Mila quien se había hartado de limpiar capillas y reliquias, la Colometa que huía de todo para encontrarse. Es ella la que no me quiere dejar, ya te lo he dicho, cada vez que me la he sacado de encima ha venido a buscarme.

Dile que venga aquí. ¿Te has vuelto loca?, no sabe que él ha nacido y cree que tú y yo no dormimos nunca juntos. Hazla venir, te digo, y yo no había visto nunca a madre desplegar los brazos de aquel modo ni a padre con una especie de miedo que se le escurría por algún sitio.

Hacía rato que Rosa se esperaba en el coche y al final, harta de hacer sonar el claxon, llamó al timbre para decir, avisa a tu padre de que lo estoy esperando, ¿nos vamos o no? Madre me dijo, dile que suba, y padre que no, y madre que sí, y padre que no y madre que sí. Sentí que debía buscar mi capa por algún lado y salvar del todo a aquella especie de familia que no era nada.

Que subas, que madre quiere hablar contigo, y la cuna estaba tapada con una sábana para que no penetrara ningún espíritu a molestar al hijo pequeño.

Me dio pena, en realidad. Poco pensaba ella que aquello acabaría siendo lo que debía ser, que no volvería nunca más a aquella casa. Nada

más entrar se encontró a madre en el pasillo y a padre que tenía la cabeza entre las manos, fuera de sí. Ven, ven, y madre cogió a Rosa por la manga y la llevó hasta el dormitorio. Ven, ven, mira. Mira, y de golpe levantó la sábana y descubrió a la criatura. Este mi hijo, éste. Y de Manel, él y yo así, y había juntado los dos índices para demostrarle cómo habían estado de juntos. ¿Es verdad eso?, preguntó Rosa, mirando primero a padre y después a mí, que ya tenía la sensación de estar dentro de «Cristal» o «Rubí» y no dentro de la vida real. Lo que dice es verdad, y además me lo hizo traducir a madre. Entonces madre hizo algo que lo sellaba todo. Le estampó una bofetada, plaf, y la cara le giró cuarenta y cinco grados. Se hizo el silencio. Un momento y yo admiré a madre por ser más que Mila, más que Colometa, por ser auténtica. Silencio. Hasta que le cayó un rosario de lágrimas por las mejillas, primero por una y después por la otra. Lágrimas sin gemidos, y yo acabé de traducir: vete y no vuelvas nunca más. E interpreté un poco el papel, me sentí más dura que nunca, crucé los brazos sobre el pecho.

La, sexta nota musical. *Lábar*, un estandarte adoptado por no sé qué emperador. *Labdácida*, cuya definición era excesivamente complicado leer.

14

AMA A DIOS Y ÉL TE AMARA

Di gracias a Dios por que lo hubiese solucionado todo. Padre dijo que tras aquello quería volver al buen camino y comenzó a frecuentar el oratorio que habían abierto unas calles más allá del puente. Dijo vosotros también, y se hacía extraño recordar aquellas tonadas que hacía tanto tiempo que habíamos aprendido al ritmo del vaivén de nuestros cuerpos sentados.

Decían que debías ir al oratorio con una chilaba, que no podías ir vestida de cualquier forma para no ofender a Dios. Yo no tenía ninguna y las de madre me iban demasiado largas, de modo que me llevaba el camisón que madre se había puesto en el hospital y me lo enfundaba sobre la ropa que llevaba. Cada sábado y domingo por la mañana asistían otros muchos niños que, como nosotros, no sabían qué

recitaban sentados sobre las alfombras unidas con ese papel que se utiliza para pintar.

Padre dijo ahora seré un buen musulmán, que todo esto me ha llevado a la perdición, y me encomendaré a Dios. Compró cintas de video en las que aparecía una mujer que había llevado muy mala vida antes de transformarse en una buena musulmana y cantaba tan bien que te venían ganas de llorar y de entregarte entera a Dios. También había comprado la de *El Mensaje*, que narraba la vida del Profeta, y la de *El León del Desierto*, que trataba de la descolonización de Libia, pero que algo tenía que ver con Dios. Además, el general de la resistencia libia era el mismo que el tío del Profeta.

Yo me propuse ser una buena musulmana, la mejor. Por eso debo de estar en los archivos del diario comarcal en una foto con camisón cuando se anunciaba la apertura del primer oratorio de la capital de comarca. Una cosa me llevó a la otra. Un musulmán que no había nacido musulmán hizo los planos de lo que habría de ser la mezquita, y su mujer, que había nacido musulmana, vino a vernos. Todos hablaban pausadamente entre frase y frase y el arquitecto no levantaba la vista para mirar a otra mujer que no fuera la suya. Qué paz, parecía que nunca hubiesen tenido Rosas en su casa ni bombonas de butano ni vasos o cuchillos voladores. Todo porque amaban a Dios y seguían al pie de la letra lo que él había dicho que debían hacer.

Yo debía hacer igual, debía ser como aquella familia que tanto se quería y respetaba. Así la nuestra se transformaría. Rezaba cinco veces al día y terminaba pidiendo por favor, Dios mío, haz que padre vuelva al buen camino, pero lo decía en la lengua de la capital de comarca porque no habría sabido cómo expresarlo en la lengua de los musulmanes. Era válido: en la última parte de la oración, en la que pides algo directamente a Dios, podías utilizar la lengua que te fuese más cómoda.

Aquel orden era reconfortante, era como la mano extendida de Ángel. No podía resistirme. Pedí a madre hacer el ramadán. Y ella me dijo que sólo los fines de semana. Alguien le explicó hacia dónde estaba realmente La Meca y cambió la dirección de sus oraciones. Ya no rompía el ayuno sola y padre pronto estaría preparado para volver, pero habían sido demasiados cambios en un solo año. A pesar de que

continuaba mirando las películas de mensajes divinos y anticoloniales, alternadas con las de Bud Spencer y Terence Hill y las grabaciones de Tom y Jerry que le gustaban tanto.

Sólo de vez en cuando llegaba bebido, o puede que yo ya no me despertara cuando hacía ruido por la noche. O puede que madre hubiese dejado de contarme estas cosas o quizá que entre leer las vidas de los profetas y el diccionario ya no me fijaba tanto en todo eso.

Comencé a leer las etiquetas de los alimentos. Madre, estas galletas llevan cerdo. Y ella, qué dices, hala, si son las que hemos comido toda la vida. Pone grasa animal que, en el mejor de los casos, es grasa de un animal que no ha sido sacrificado como debe ser y en el peor de los casos es grasa de cerdo a secas. íbamos a comprar queso cortado en lonchas y decíamos: nos limpias la máquina, por favor, que antes has cortado jamón, y yo no me acostumbraba a eso. Los maestros nos hacían cantar villancicos y yo no podía decir que no, que yo no los quiero cantar, como tampoco lo hacen las hijas de los testigos de Jehová, que no. Y me situaba entre los niños y cantaba y no cantaba, disimulando, sólo moviendo los labios y por dentro diciendo, perdóname, Dios mío, perdóname, ya sé que Jesús no es hijo tuyo, ya sé que están equivocados y ya sé que es de cristianos cantar estas canciones. Pero no habría lamentado para nada tener regalos para Reyes o celebrar otra Navidad, aunque fuese con cuchillos que vuelan o con bombonas de butano cantando *vete*.

Si hubiese conocido a santa Teresa de Jesús habría sabido que estaba en mi camino de perfección. Si hubiese conocido a Marx habría sabido que me refugiaba en todo aquello para no morirme tan pronto. Quise llevar al límite mi inusual creencia religiosa y fue justo entonces cuando la mujer del arquitecto me regaló un pañuelo de color blanco y unos imperdibles dorados. Para tus oraciones, me dijo, y yo la abracé de tanto que me había gustado. El blanco me sentaba bien y era el color de la pureza; yo no conocía a nadie más puro que yo.

Primero me lo ponía para rezar. Después para estar por casa. Hasta que sentí que era imprescindible, que no podría vivir nunca más pasando delante de alguien con la cabeza descubierta. Me lo puse para ir a comprar y percibí las miradas asombradas de los tenderos que me conocían. Nadie dijo nada. Salí así un par de veces y un día padre me

vio. ¿Dónde vas así?, me dijo, y puso cara de extrañeza. Anda, no salgas más con ese trapo en la cabeza. Pero si... Ya me has oído.

Hay ocasiones en la vida en las que no sabes si lo que te dicen es en serio del todo o es medio en broma. Yo no sé si ya podía saber qué era lo que debía hacer o si me tomé su advertencia como uno de esos no hagas esto que él después se olvida y no te dice nada más hasta que se vuelve a acordar, o es simplemente que mi espíritu de rebeldía se manifestaba en las situaciones más inesperadas.

Yo no había pensado hacer ninguna revolución musulmana, pero padre no podía decir en serio eso del pañuelo. Su madre lo había llevado, su esposa, sus hermanas. No podía ser una amenaza real.

Madre me hizo ir a casa de Soumisha a buscar algo y yo me puse el pañuelo, pensando que en una distancia tan corta no habría problemas si a padre no le parecía bien. Pareces un ángel, me había dicho ella, seguro que entrarás en el cielo directamente, por la puerta grande. Y yo regresaba contenta hacia casa cuando lo divisé en lo alto de la escalera, dos pisos en aquella época, besuqueando a mi hermano pequeño para despedirse de él. Nuestros ojos se encontraron y en aquel preciso instante supe que no debería haberme puesto el pañuelo. Un instante ínfimo y yo ya corría escaleras abajo, que no sé cómo no me caí. Él no decía nada, pero yo lo presentía detrás y cuando dijo para, para o aún será peor, yo ya no sé si corrí o me detuve, pero me recuerdo en tierra, amorrada a la alcantarilla y él dándome puntapiés sin parar. No recuerdo los golpes, no recuerdo si me dio en la cara, en el estómago. Recuerdo uno en la base de la columna con las botas de trabajar, ése sí que me dolió, y pensé que jamás me podrían hacer un daño como aquél. Y entonces miré a mi alrededor y vi a los clientes del bar de delante de casa con sus bebidas en la mano sin decir nada y a los que pasaban junto a mí que no decían nada y a los que nos conocían que tampoco decían nada y aquello era estar sola. *Má*, parte terminal del cuerpo y tantas otras cosas. *Maastrichtiá*, que es muy complicado. *Madre*, un pez del orden de los perciformes.

A pesar de que mudar es cambiar o transformarse, lo que hicimos nosotros fue mudarnos, cambiar de casa sin transformarnos demasiado. Pasamos de vivir en un segundo piso todavía con olor a la muerta que había vivido toda la vida allí y que tenía un hijo pintor de cuadros no muy bonitos, a vivir en una casa entera para nosotros. De dos plantas más garaje, y jardín y todo. Nuestra casa en Mango Street pero sin Lucy ni chicanos. No era Chicago. Estaba en la ciudad capital de comarca, donde había menos peste a curtidurías, que las normativas ya no dejaban que vertieran las aguas en los ríos, pero donde continuaba el hedor de los cerdos.

A todos nos hacía mucha ilusión un lugar donde vivir en el que no costase tanto secar la ropa durante el invierno, por la calefacción, en el que las paredes eran blancas y estaban por estrenar y no se había muerto nadie antes de nosotros. Las habitaciones estaban totalmente vacías cuando la fuimos a ver por vez primera y yo ya pensé que allí sería feliz, que el problema quizá era el espacio y no la forma de ser de padre.

Teníamos balcones y ventanas, una terraza detrás adonde daba la cocina, y un jardín bajo la terraza que comunicaba con otros jardines. No había palomar y madre se puso muy contenta, qué iba a hacer ella, todo el día sacando mierda de las palomas y dándoles de comer. Los vecinos eran amables y te daban los buenos días, unos vecinos que seguramente nunca habrían dejado que te arreasen puntapiés en medio de la calle, sin hacer nada, sosteniendo los vasos de *gin-tonic* con los pantalones abrochados debajo de la tripa.

Aquello sería diferente. Era primavera cuando llevamos nuestras cosas allí. Padre compró una cama de matrimonio y camas para cada uno de los cuatro. Yo tenía mi propia habitación, con ventana y escritorio.

La nevera era de las grandes, de las que congelan abajo y enfrían arriba, un sofá de piel que se te pega cuando en verano estás sudado, negro, y una tele que funcionaba sin que tuvieras que cambiar los canales con el palo de la escoba.

Todo marchaba bien. Padre había buscado un secretario en vez de una secretaria y así no habría más problemas. Decía querernos más que nunca y madre volvió a quedarse embarazada. Todavía no nos

habíamos instalado y ya habíamos hecho amigos, la calle no era una calle, era un pasaje, así todo resultaba más fácil. Una calle que no tenía salida y por donde sólo pasaban los coches de los vecinos, donde dábamos vueltas con las bicicletas y donde madre charlaba con las vecinas como podía en aquel idioma que hacía tanto tiempo que oía.

El día que terminamos de hacer la mudanza yo ya era lo bastante mayor como para encargarme de todo. Padre dijo acompáñame y madre que no, que no quiero dejar a los niños solos, que no. Ella sospechaba que quería ir a beber y que no quería hacerlo solo. Si no vienes tú, me buscaré a otra. Venga, iremos a casa de Manel, no iremos a ningún bar.

Así fue como madre dijo: ya han cenado todos y están en sus camas, tú te has de bañar que mañana hay escuela, cuando termines, métete en la cama.

Me duché tranquilamente, yo, que por primera vez teníamos una bañera de verdad, donde cabía toda entera. No recuerdo si terminé de aclararme los restos de jabón y de suavizante, tanto y tan largo era el pelo que tenía.

Me metí en la cama y continué mi lectura, con la cabeza envuelta en una toalla. El pequeño dormía en el dormitorio de mis padres, los mayores lo hacían en la habitación contigua. Había lavado los platos y dejado la cocina completamente limpia para que madre estuviese contenta y pudiera decir mira, qué bien, y yo que no le había mandado que lo hiciera.

Tras haber puesto orden en el comedor subí las escaleras hasta mi cuarto. Fue mientras estaba leyendo cuando oí ruidos y comencé a pensar en cuán vulnerable era aquella casa. Si los ladrones querían entrar podían hacerlo por la terraza, por el balcón o por las ventanas, por el garaje si se esforzaban un poco. Era un momento de esos en que sentía crujir todo lo que me rodeaba, la respiración de mis hermanos me hacía sospechar, el ligero viento que hacía mover algún árbol o algún coche que rompía de vez en cuando el silencio. Un silencio que no existía. Vuelve a leer, me decía. *Mulat -a, mulater, mulatí*. Debía hacer algo y se me ocurrió comprobar que la puerta estuviese bien cerrada.

Introduje la llave en la cerradura por dentro y la giré dos veces. Se trataba de una puerta pesada con un cierre de seguridad. Dejé la llave

puesta por si algún ladrón intentaba forzarla con un alambre o algo por el estilo. Regresé arriba para averiguar qué seguía. *Mulenc, muler*, y no tardé en quedarme dormida.

Me desperté y me volví a dormir porque todo era una pesadilla. Alguien me arrastraba por la cabellera, que se había quedado completamente desgreñada sobre la almohada, y lo hacía escaleras abajo. Ay, me haces daño, dije, y sólo oía a madre que decía déjala, que le arrancarás el pelo, ay, ay, no ves que me haces daño. No recuerdo si aún dormía cuando me preguntaba quién había cerrado la puerta, y sentada en la cama debía de tener esa cara que tienes cuando te despiertan y no sabes si duermes o no. Todavía no conseguía comprender lo que me preguntaba, y dice madre que dije ah, habéis vuelto, y que él aún se enfadó más. ¿Has cerrado o no la puerta con llave?, me repetía, y yo lo miraba aturdida porque no podía descifrar tantas palabras en el umbral de la vigilia. ¿Sí o no? Y yo que miraba a madre, y madre decía déjala, ¿es que no ves que aún está dormida?

Sí o no, ahora te lo enseñaré, y me arrastró por el pelo escaleras abajo y yo decía, ay, hace daño. Madre dice que me pegó bastantes veces en la cabeza frente a la puerta de entrada, mira, mira la llave dentro de la cerradura, ¿cómo querías que entrara, eh? ¿Cómo? Y me volvió a arrastrar hasta la ventana de la cocina y dijo mira qué he tenido que hacer, romper el cristal en plena noche el primer día que estamos aquí, ¿qué crees que pensarán los vecinos? No lo sé, no lo sé. ¿Puedo ir a dormir, por favor, puedo ir a dormir? ¿Por favor? No sé cuánto duró aquel intervalo, no lo recuerdo todo, y hay cosas que sólo las recuerda madre.

Subí las escaleras y él estaba en la baranda del segundo piso. Yo ya cerraba los ojos pensando en la burrada que había sido dejar la llave allí y haberme quedado dormida, qué tonta. Madre iba subiendo detrás de mí y él debía de entrar en su dormitorio, pero se revolvió en un arranque que suponemos etílico y me cogió por el pelo desde arriba. Pensé que me lo iba a arrancar todo, pero por lo visto debo de tener las raíces muy fuertes. Quedé colgando sólo del pelo mientras me golpeaba en los hombros y madre corrió a subirme sobre ella para que el peso de mi cuerpo dejase de tirarme hacia abajo. Deja a la niña, déjala, que la matarás, que me la matarás.

Me soltó. Me dejó ir hacia abajo, abajo, y madre y yo fuimos a dar contra el suelo, después de haber dado un par de tumbos por las escaleras. Tuve suerte de su cojín, pero ella se hizo daño de verdad.

Al día siguiente dice madre que le fui a decir que no quería ir al colegio, que no sabía por qué, pero que me hacía un daño terrible toda la cabeza. Y ella me dijo: ¿no sabes por qué? No. ¿No recuerdas lo que pasó ayer? Ayer, ¿cuándo? Y durante unos días no pude recordar lo que había pasado, únicamente tuve el dolor de cabeza y bastantes chichones que me dolían cuando me peinaba. Padre decía, ¿has visto lo que le has hecho a madre? *Nabab*, un título de funcionario de la India o vete tú a saber de dónde. *Nabateu* es un antiguo pueblo semita. *Nabí*, profeta.

16

TREGUA

A veces pasa eso de que la muerte te hace pensar en la vida, y aquel primer verano en nuestro particular Mango Street padre tuvo un instante de lucidez. Le llegó la noticia a través de su tío, al que veía a menudo y que a mí nunca me acabó de gustar porque tenía un punto viscoso. Siempre que pensaba en él me venían imágenes de limazos, caracoles o babosas. Ya estaba calvo y siempre contaba historias de cuando padre era pequeño. ¿Sabes que pensó que podía volar y se tiró desde lo alto de la terraza de vuestra casa? Suerte tuvo de que fue a parar a la chumbera y no directamente al suelo. Tu padre las ha hecho muy gordas.

Madre decía que era él quien le había inflado la cabeza contra ella en muchas de las noches que había llegado borracho y la había golpeado a pesar de que estaba medio dormida. O peor aún, las noches que no la había golpeado pero que no paraba de hablar y de hablar, que si como mujer no vales nada, que si eres la vergüenza de tu familia, que si los tuyos no te mirarán nunca más a la cara. Cosas así, una letanía que se repetía y se repetía, y madre callaba porque sabía que en ese estado una sola respuesta hubiera dado pie a un enfado más grande. Si yo estaba me decía calla, no digas nada y déjalo hablar, y entornaba los ojos afirmando todas las veces que hiciera falta. ¿A que eres una puta? Dilo: soy una puta y no valgo nada. Madre respondía sí, soy una

puta, pero no lo miraba como si lo fuera, lo miraba como si quisiera volver a dormir pronto.

Entonces llegó la noticia de la muerte repentina de una de las tías, la que más quería a padre, la que se ve que siempre le había ayudado. Se había muerto, decían, de tanta pena que tenía por no ver a su hermano pequeño y no tener esperanzas de volverlo a ver. El hígado la hizo enfermar de esa forma que se te ponen los ojos amarillos y te revienta, se esparce por todas partes y no hace falta ni que te esfuerces en correr a un hospital.

Padre dijo me voy y a todos nos extrañó que hablara de nuevo de la provincia donde había nacido, de la ciudad y el pueblo y de la familia. No había hecho ninguna mención al supuesto hermano traidor y dijo que viajaría solo.

Un mes. Dijo que se pasaría un mes fuera y lo dejó todo listo para que no nos faltara de nada. Si tienes que salir de casa, no hace falta que me esperes.

Lo despedimos cargado de maletas, su tío lo llevaba hasta Barcelona. En cuanto se fue yo no supe qué sentir. Alivio. Uf, menuda tranquilidad, un mes de tranquilidad. Tristeza, pues a pesar de todo lo echaría de menos.

Las cosas podían haber cambiado mucho durante ese mes, pero no. Madre hizo exactamente lo mismo, sólo que no tenía que recoger sus calcetines sucios del suelo, no le tenía que preparar la ropa en la ducha cuando se estaba bañando, no tenía que acertar la hora en que debía tener el café con leche a punto y al punto de calor para que se lo pudiera tomar y pudiese irse a trabajar. Y dormía, claro, puede que fuera el mes en que durmió más.

Nos llamaba de vez en cuando para decir que nos echaba de menos y que estaba negociando con los abuelos, que lo habían pasado muy mal. ¿Y qué te creías, pues? Tendríais que ver a vuestra abuela, ya no es la que era.

Ni nosotros éramos los que éramos, que ya habían pasado los años.

Yo le decía a madre va, venga, vamos al mercado, que él no está, o vamos a aquella tienda de las telas y las escoges tú misma para hacerte vestidos, vamos a dar un paseo o a ver a alguna amiga tuya. Ella que no, que no, que él no está pero lo sabe casi todo. Entonces comencé a

entender hasta qué punto estaba domesticada y que quizá ese vínculo ya era para toda la vida.

Un día llamaron y yo descolgué el aparato. Hola, ¿me conoces? Hola, padre, había dicho yo, ¿volverás pronto? No, no soy tu padre, y yo que no puede ser, que tienes la voz igual. ¿Pues quién eres? Soy tu tío, ¿es que ya no te acuerdas?, tanto tiempo sin hablar conmigo... Costaba creer que las voces se pareciesen tanto, pero la llamada era de muy lejos y todo podía ser. Escucha, yo quiero hablar con tu madre. Madre, toma, y ella cogió el teléfono y le vi el rostro blanco, blanco. Contó que le dijo que estaba arrepentido de lo que había hecho, que por favor lo perdonara, que sin su perdón él ya no tenía ganas de vivir y que ni Dios ni el pueblo entero le dejarían continuar encabezando las oraciones en la mezquita ni enseñando religión en el instituto. Tú ya sabes que aquello no tuvo ninguna importancia, que fue un incidente de nada. Si no me perdonas, si no hablas con mis padres, ellos me echarán de la familia para siempre. Tu marido se lo ha exigido y ellos se lo están pensando. Hace días que no voy por casa, y mira que la muerte de mi hermana me duele tanto como a ellos.

Madre sólo contestaba vete y déjanos en paz, yo no quiero hablar contigo. Estás perdonado, pero me podrías complicar la vida con esta llamada, venga, vete y déjame, que ya he tenido bastante con esta historia. Y le colgó. Nadie más se acordó de esa llamada.

Padre volvió cambiado, no sólo más oscuro de piel y un poco más delgado. Nos enseñó fotos con chilaba al pie de la tumba de su hermana, hasta llevaba un pañuelo palestino y todo que no tenía razón de ser, nos enseñó fotos de los abuelos, de las tías, y nos habló de los que habían nacido, de los que habían muerto y nos contó que había hecho las paces con toda la familia. Con toda menos con ese criminal que ya tenía su castigo, que sería la condena de tener que estar alejado de todos a los que quería.

El año que viene bajaremos juntos, y volveremos a ver a la familia.

Se había acabado la maldición, la expulsión del paraíso, pero ya era demasiado tarde, porque aquel mismo verano a mí me vino la sangre. O, nombre de la letra o. O, con junción. Oasi, que es lo que te podrías encontrar en el desierto.

NOCILLA, SUPER MARIO Y EL SEXO

Jugaba con mis amigas de la calle en el garaje de una de ellas. Madre siempre decía que debería estar haciendo esto o debería estar haciendo lo otro y yo ya había visto que las niñas de mi edad no sabían ni coger bien una escoba y que no tenían ningún interés por aprender a hacerlo. Yo pactaba, sin decirlo, pero pactaba con madre. Hacía la comida y así tenía toda la tarde libre. Cada mañana se tenía que barrer y fregar la primera planta, el comedor, la cocina y el lavabo auxiliar. Cuando acababa nos íbamos a dar una vuelta por el barrio con la bicicleta, la misma vuelta por las mismas calles una y otra vez. A Laia le gustaba un chico que le hablaba como si todo el rato contara chistes y ella decía pasemos por aquí que seguro que está. Íbamos dando vueltas y vueltas hasta que aparecía y entonces se decían *ei*. Ya está. Nunca hacían nada, decirse *ei*, ¿qué te ha pasado en la cabeza?, ¿te has electrocutado

o qué?, porque él tenía el pelo muy rizado y lo llevaba más bien largo, y él, mira que eres tonta, nena. Y ella, tú eres imbécil, chaval, háztelo mirar. Culo gordo. Picha enana. Y se acababa la conversación, pero al día siguiente volvíamos a pasar por el parque de delante de su casa, tantas veces como hiciera falta.

Por las tardes hacía demasiado calor para ir en bici y nos encerrábamos en el garaje, si ella y Marta no iban a la piscina. Entonces jugábamos a ese juego que ellas ya se habían inventado mucho antes de que yo llegara. No sé si aquello iba en contra de lo que madre me había enseñado, contra la religión o contra todo lo que yo había sido hasta ese día, pero no quería sentirme diferente a ellas. Y si ellas jugaban, yo también.

Laia buscaba una alfombra pequeña y la colocaba a un lado. Ahora tú haces de hombre, decía, y yo me tenía que estirar en el suelo boca arriba. No vale tocar con las manos excepto que lo digamos, y sólo se puede hacer cómo nos lo pida la otra. No podemos quitarnos la ropa, está prohibido, y todo era como un juego que ya se hubiera inventado antes alguien, como un trivial o un monopoly. Ahora tú, Marta, decía

Laia, y ella se tumbaba poco a poco sobre mí, acoplándose a los huesos de mi pelvis, a mis costillas. Sentía su peso encima, tan blando, y era agradable. Su sexo junto al mío tenía la calidez del terciopelo, a pesar de la ropa. Respirábamos, conteníamos la respiración, y yo no habría dicho nunca que un cuerpo sobre otro pudiera resultar tan placentero.

Entonces decía me toca a mí, y Laia todavía era más delicada. Sabía ir graduando el peso que dejaba caer sobre mí, poco a poco, y decía cuando te lo diga me pasas las manos por la espalda. Ella tenía unos pechos pequeños, los míos hacía ya tiempo que crecían y crecían sin parar y nuestros pezones se encontraban a través de las camisetas llenas de caras sonrientes. *Toi contento, toi triste*. Yo la prefería a ella, tan perfecta. Decía ahora y yo le recorría la espalda con los dedos, seguía por los muslos y finalmente el culo. Muy levemente. Apriétalo un poco, así, hacia ti, y yo ya no sabía si aquello era un juego o qué, pero cada día anhelaba esos instantes de la siesta.

Entonces nos incorporábamos y cada una de nosotras ponía la mano plana sobre el sexo de la de al lado, sólo que en esa fase del juego se podía hacer por debajo de las bragas. Hasta que ya no queríamos más y decíamos la palabra clave, aquella que hacía saber a la otra que no podía seguir yendo por donde iba. Después, subíamos a su casa a comer pan con Nocilla y a jugar a Super Mario.

Ya no me acordaba de que madre no me dejaba ni dormir boca abajo, que es de putas, decía, vuélvete de lado, es la mejor postura para dormir de manera decente. Hacía tanto tiempo que me explicaba eso que yo no sabía ni qué quería decir decente. De vez en cuando me ponía boca abajo, cuando todos dormían, y tenía un orgasmo recordando el peso de Laia encima de mí y sus pechos tan erectos tocando los míos, redondos.

Ya hacía un tiempo que tenía la sangre cada mes. Le enseñé las bragas a madre y ella dijo ya está, medio contenta y medio no. Y me hizo comprar compresas de las que utilizaba ella, extragrande noche, que se ve que ningunas otras le iban tan bien. Yo no quería ir con aquello tan gordo entre las piernas y no sabía qué hacer con el olor a matadero que me salía de la entrepierna. Me imaginé que tardaría bastante en recibir las consecuencias de todo eso, pero pronto lo vi.

Padre cambió, conmigo, yo no sé si es que madre se lo dijo o no, pero él hizo un cambio. Empezó a hacer caso de lo que siempre decía madre, que una chica tiene que quedarse en casa y no rondando sola por las calles con su padre a altas horas de la noche. Decía no, no vengas conmigo a casa de Jaume, que allí sólo viven hombres. Decía no, no vengas a la obra, que hay muchos albañiles. Me fueron desterrando de esa parcela que había compartido conmigo desde que llegamos, aunque no fuera la parcela más adecuada para una niña. Pero era la única. Se llevaba a mis hermanos con él y a mí me decía no, tú no vengas.

Pero fue un día concreto cuando adiviné que todo había cambiado y que lo que vendría a partir de entonces iría de absurdidad en absurdidad.

Uno de sus trabajadores había tocado el timbre y él todavía se estaba duchando. Salí a la ventana, como hacía siempre, y dije no, aún no puede bajar, si quieres lo puedes esperar. Él me sonrió y yo no había visto que padre me miraba desde la ventana del lavabo, un piso más arriba, con el cepillo de dientes en la boca, ni cómo se asomaba para ver quién había. Y el albañil volvió a sonreírme, justo antes de ver a padre, y dijo si quieres te dejo a ti las herramientas, las bajas a buscar y te las llevas dentro.

Padre debió de ver lo que yo tardaría años en detectar. Puede que viera el destello del deseo en los ojos de su empleado, su propio deseo hacia todas las mujeres del mundo dibujado en la mirada de ese hombre hacia mí. Era yo reflejada en él lo que le había dado miedo.

Bajó medio desnudo y tan sólo dijo: a partir de ahora no quiero que hables con ningún hombre. Que abran tus hermanos si no hay nadie. Pero ¿qué dices, padre? Y en cuanto él me miró supe que iba en serio. Ningún hombre, ¿me oyes? Y si es moro todavía menos, que a esos ya los conozco. *Pa*, cuya definición duraría toda una página. *Paborde*, un título eclesiástico. *Pabordesa*, la directora de una cofradía.

Yo no sé si me gustaba o no me gustaba el chico que me soplabla en la oreja, pero tenía aquella planta y siempre estaba en el portal del bloque de pisos por donde pasaba para ir a comprar el pan. Se llamaba Jordi, como tantos otros, y era más bien rubito. De pelo claro. Tardó mucho en soplar-me en la oreja, y aún no sé por qué lo hizo.

Laia había dicho: me parece que a Arumí le gustas. Te mira de una forma cada vez que pasamos por delante de él. Yo tenía claro que no le podía gustar a nadie, y todavía menos a uno de aquí de toda la vida. Tenía una premisa que me explicaba el mundo a pesar de sus incongruencias: a los moros les gustan todas las mujeres, pero especialmente las moras. En cambio, a los de aquí no les tenían que gustar nunca las moras. Era contranatural. Si no, ¿cómo se justifica que padre escondiera a su mujer de todas las miradas que no fueran cristianas? Solía decir que uno de aquí no te mirará nunca con esos ojos si sabe que eres una mujer casada o si él lo está.

Había otros motivos para creer que yo no podía gustarle a nadie: 1) Nunca había tenido ningún noviete en clase, algo que ya les había pasado a la mayoría de compañeras a esa edad. 2) Cuando jugábamos al *conejo de la suerte*, *pim, pam, pum*, nadie me daba nunca un beso, aunque prefería que no me eligiesen a tener que decidir a quién besar. 3) Madre siempre me hacía una trenza larga que ya parecía parte de mi cuerpo, el pelo bien atrás, llevaba gafas y había hecho el cambio tan de prisa que parecía una gigante al lado de mis compañeros del colegio, la madre de todos.

No sé si Arumí se fijó en eso, pero volvía a ser verano y al pasar le había dicho a Laia ¿es que no me presentas a tu amiga, con lo guapa que es? Yo dije ¿te estás cachondeando, o qué? No, no, lo digo en serio, pero siempre me quedó la duda porque lo decía con esa media sonrisa que suele poner.

Le dije a madre que necesitaba ropa, que la que tenía ya no me iba bien, y me compré un conjunto tejano, camisa y pantalones. Le pedí que me cortara el flequillo y ella dijo no es ni la *aixura*, ¿cómo quieres que te corte el pelo? Y no sé qué pasó, que se lo pensó un poco y me hizo un flequillo muy recto, con el pelo mojado que me enmarcaba los ojos. Hasta que se secó y cada rizo se fue por su lado y yo ya parecía un girasol.

Me pasaba la tarde entera delante del espejo, me peinaba y repeinaba una y otra vez, me perfumaba, pero no demasiado, me reventaba los granos que ya daban angustia, me ponía bien las gafas y le decía a madre, ¿quieres que vaya a comprar el pan? O, creo que te harán falta guisantes para la cena, ¿no? ¿Quieres que te los vaya a buscar? Si mañana tienes a Soumisha de invitada más vale que compremos galletas, ¿no? Y aún ahora no sé si sólo lo fingía, que no se daba cuenta de lo que pasaba.

Entonces caminaba hasta que podía distinguir su portal y si no lo veía pensaba mierda, tanto trabajo para nada, y si estaba pensaba mierda, mierda, mierda, ¿y ahora qué? Todas las veces que pasé el corazón me palpitaba tan de prisa que estaba segura de que él lo podía oír.

Era mejor que estuviera solo, esperando a sus amigos, porque así me decía algo, ¿y qué, cómo va todo? ¿Sabes que conozco a tu hermano? Te queda muy bien esa ropa. Si estaba con los demás sólo me decía adiós, y algún día incluso fingió no haberme visto.

Saliendo de la piscina con uno de sus amigos me había mirado tanto rato y tan adentro que temí que fuera verdad que le gustaba. Ya me imaginaba el cataclismo familiar, la niña se nos ha fugado con un cristiano que, además, se llama Arumí, qué tragedia, madre no se recuperaría jamás, padre me buscaría por todas partes con el cuchillo en la mano y diciendo los mataré a los dos y después me quitaré la vida.

Me dio tanto miedo que dije adiós y me fui; él todavía me miraba. Adiós, adiós.

Laia decía, ¿por qué no le dices nada a Arumí?, creo que le gustas de verdad. Y yo que no, que no, que me tomas el pelo y punto. Eso decía padre, que todos los hombres buscan una sola cosa de ti y cuando la tienen, te lanzan como un trapo sucio. No te fíes nunca de ningún hombre, ¿me oyes?, de ninguno.

Seguí yendo a comprar el pan tantas veces como hiciera falta y el corazón me siguió latiendo, pero trataba de esquivar su mirada y sólo quería marcharme corriendo a otro sitio. Escucha, dijo un día, ¿quieres salir conmigo? Mira que eres cruel, le repliqué, y él que no debía de entender nada y yo que aún lo entendí menos. Yo no sabía qué hacer

con los sentimientos o con lo que fuera ese barullo que me notaba en algún lado.

Hasta le llamé imbécil, pero era el tiempo de las fiestas de los barrios y en el de Horta Vermella había baile de domingo por la tarde. Un baile lleno de abuelos y abuelas y madre me dejó ir con Laia y con Marta. Él estaba allí con su grupito y cuando sonó la canción de *Quince años tiene mi amor* me vino a buscar. Yo ahora tengo catorce, le dije, pero pronto harás quince, me dijo, y yo no supe nunca cómo se había enterado. Me tendió una mano para bailar y dije no, no. ¿Es que no te gusto ni un poquito? Dije no y ya sé que todo es una broma, que tú y tus amigos os queréis burlar de mí. Deben de estar partiéndose el culo, ¿verdad? No, yo ya te lo dije, que quiero salir contigo.

Me fui y no lo vi más. Sólo en la ventana de su casa, a veces me parecía que me miraba fijamente desde allí, pero estaba demasiado lejos y yo sólo sabía meterme en la cama y llorar.

Hasta que llegaron las fiestas de nuestro barrio y yo me senté en las gradas para ver bailar a la gente. Alguien vino detrás de mí y me cantó al oído, *Próxim supermercados, comprar es un momento, Próxim supermercados*. Me reí tanto que se me puso la piel de gallina y él me sopló en la nuca. *Quad*, relativo a los quads. *Quadern*, conjunto de algunas hojas de papel. *Quaderna*, que ya es demasiado complicado.

19

ÉSTE NO ES MI MUNDO

Todos los vecinos debían de preguntarse por qué llevábamos tantas cosas para ir de viaje. Aquel gran bulto encima del coche, tan cubierto de plásticos, los asientos de detrás llenos de cajas, todo tan repleto que nosotros casi no cabíamos. Es que si vas allí abajo tienes que ir así, explicábamos nosotros, no podemos ir sin nada, ha de ser cargados de este modo.

Cogeríamos el coche al anochecer, para evitar el calor y las colas kilométricas. Padre decía un poco más y madre, que hacía de copiloto, le llenaba el vaso del termo de café con leche. Una y otra vez, pero tenía mucho sueño porque padre siempre ha sido de los que duermen bastante.

Yo me dejaba mecer por el run run de la carretera, pero no sabía cómo poner las piernas entre tantos paquetes y tantos regalos para vete tú a saber quién. Madre había ido incubando el síndrome de Diógenes desde que supo que nos íbamos aquel verano. Jabón, si había una oferta de pastillas de jabón de esas que huelen a hierbas con el envoltorio amarillo, hala, una treintena, o incluso más. Café, del bueno pero no del mejor. Colonias, de las de litro y sólo para los abuelos y las tías, toallas que Soumisha le había traído del mercado a precio de saldo, camisas para los hombres, telas de dos metros, doble de ancho, para hacerse los caftanes. Telas de todos los colores y algunas de color blanco para los vestidos de las abuelas que ellas no sabían que aquí se utilizaban para hacer cortinas. Chocolatinas, Nocilla y quesitos, galletas, caramelos comprados al por mayor.

Al llegar teníamos que ser unos reyes magos, y yo pensé que estaba bien, después de tanto tiempo. Y habíamos tenido que comprar ropa, para los pequeños y para los mayores, que no pareciera que no íbamos bien vestidos allí donde vivíamos. Padre nos llevó a una tienda donde yo no me atrevía ni a traducirle los precios a madre, pero donde la ropa era bonita. Escogí faldas fluorescentes y pantalones por encima de las rodillas.

En el puerto había hombres que se lavaban los pies en las fuentes y rezaban junto al mar. Madre dijo que ya recuperaría las oraciones que no había hecho. Padre durmió hasta que el barco nos engulló, al coche y a la familia.

La frontera se me hizo extraña, y el sabor del aire, tan a tierra. Todo me era familiar y a la vez desconocido. Padre puso música de cuando era joven antes de que llegásemos a la cuesta de la casa blanca y yo recordé que había vivido allí bastante tiempo, entre esas paredes encaladas.

Todo fueron besos, abrazos, emociones que te superaban, la abuela que se mareaba y el abuelo que pinchaba con la barba. Primas a las que no conocía, que decían qué bien, qué alegría volveros a ver, yo que le decía a madre que no puede ser, que mis ojos me engañan.

Yo sólo quería dormir, que todo aquello era demasiado y demasiado diferente y demasiado parecido a tantas cosas que habíamos vivido.

Las atenciones eran excesivas. La abuela había blanqueado las paredes de fuera de la casa, que habían chorreado barro todo el invierno, había puesto un zócalo azul en todas las habitaciones y comprado mesas nuevas sabiendo que por fin, por fin, no sólo regresaba su primer hijo varón sino sus nietos y su querida nuera. Unos nietos a los que aún no conocía pero a los que ya amaba. Debía de sentir que Dios había hecho las paces con ella, después de que le quitara a su hija antes de llevársela a ella, que dicen que lo peor que puede pasarte es que vivas más que un hijo tuyo.

Las primas nos lavaban la ropa en el río, los platos en medio del patio, limpiaban el pescado y cortaban la verdura. A madre no le dejaban hacer nada y ella se vestía con caftanes bonitos, que así era como debían vestir las mujeres de los hombres importantes y ricos. Porque al parecer nosotros éramos ricos.

A mí todo aquello me hizo gracia al principio, pero pronto tuve ganas de volver ya a casa. Se suponía que ése era el lugar del mundo que debería serme más familiar, pero a mí se me hacía un nudo cuando oscurecía.

Padre estaba muy diferente entre sus hermanas y la abuela. Se transformaba en un devoto musulmán y además con sentido del humor. Llevaba chilaba encima de los pantalones y decía que se dejaría barba si no fuera porque sólo tenía en algunas zonas de la cara y habría parecido más judío que musulmán. Se sentaba entre todas ellas y era más poderoso que nunca. Yo pensaba en las hormigas y en qué dirían si lo hubiesen visto así, pero daba igual porque padre había repartido dinero entre todas ellas y, además, había nacido para hacer de gran patriarca.

Sólo con el abuelo tenía algún encuentro no demasiado agradable, pues él le decía mira, tendrías que estar con los hombres a los que has invitado a cenar y no con tanta mujer. Padre ni respondía, sólo hacía volar objetos. Uno de aquellos vasos fue a estrellarse sobre una pared y la lluvia de cristales minúsculos cayó encima de un recién nacido, hijo de alguna de las tías, que dormía ajeno a todo. Fue un milagro que no le pasara nada, pero habría podido pasar, y su madre ni siquiera se enfadó con él. Dijo aquello de pobre hermano mío que está tan mal, que no está bien.

Ellas parecían entenderlo. Yo no. De repente dijo esta ropa no me gusta y había sido él quien me acompañó a buscarla. Decía qué hace éste aquí y se refería a un primo que vivía cerca y que venía a menudo para ayudar con la instalación eléctrica. Sí que me miraba de esa forma que miran los chicos y hacía bromitas guiñándome el ojo, pero yo no sabía si lo hacía porque era mi primo o qué. ¿Qué hace éste aquí? ¿Es que no ves cómo la mira? Y yo que no entendía nada, porque de hecho era él quien lo hacía venir y me daba vergüenza tener un padre con esas contradicciones.

Empezó a hacerme entrar en la habitación cuando venía alguno de los primos, que es uno de los familiares a los que en principio la ley del patriarca te permite incluso saludar porque es eso, hijo del hermano o de la hermana de tu padre, y se parte de la premisa de que nunca manchará tu honor porque eso sería como manchar el suyo. Padre quiso ir más allá, no quiero que hables con esos buitres, que yo ya sé cómo son los hombres y a estas edades ya comienzan a aprovecharse de las chicas. Todo eso era mucho pensar, y yo sólo quería volver a casa.

Hasta que lo oí en una de esas conversaciones de hermanos y empecé a pensar que aquél no era mi mundo ni lo sería nunca. No sé todavía si padre bromeaba o no. Es que se reían todos juntos y él dijo ven un momento que tenemos que hablar. Mira, tú ya estás en edad de casarte. Pues claro, dijeron sus hermanas, por supuesto, si está hecha una mujerona. Yo no te lo había dicho nunca, pero con tu tía, que Dios la tenga en su gloria, habíamos hablado de ello varias veces y pensamos que como nos hemos querido tanto, qué mejor que su hijo para hacerte de esposo. ¿Qué? Yo aún no lo entendía y ya pensaba que definitivamente aquél no era mi mundo. Que te cases con él es mejor que ir a parar a una familia extraña a la que no conoces de nada. Yo no me quiero casar. Mis tías se rieron, que todo el mundo se casa tarde o temprano, no puedes quedarte para vestir santos. No me pienso casar ni ahora ni nunca. Y ellas venga a reír y a reír porque no podían entender que alguien pudiera tener una alternativa al matrimonio. Pero padre se reía y yo no sabía si era una de esas cosas que me decía riendo y que después resultaba que iba en serio, como el pañuelo que había acabado quemando en la estufa. Hecho, hablaré con su padre y el próximo verano celebraremos la ceremonia de pedida. *Rabada*, una

región del corazón. *Rabadá*, un chico que ayuda al pastor. *Rabassa*, una parte del tronco de un árbol.

20

DOS BESOS

No quiero verte por la calle con ningún chico, nunca, que no te vea con ningún chico por la calle. Pero ¿qué pasa cuando tu mejor amigo tiene el inconveniente de ser un chico? ¿Qué pasa cuando es con él con quien pasas los ratos de patio, a él a quien besas cuando te toca el tú besarás a quien te guste más? ¿Qué pasa si tenías que hacer un trabajo de clase y te tocaba de grupo él y tenías que enfilarse arriba hacia la biblioteca?, no podías decirle tú ve por una acera y yo por la otra que ya nos encontraremos allí, no. Y aún menos si tenía los ojos de color crema y tú sabías que había comido Nocilla para desayunar, comer y cenar mucho tiempo. Y aún menos si te hacía reír y tú pasabas menos tiempo leyendo el diccionario.

Suerte tenías de que padre no pudiera entrar en el colegio, en el aula, y eso sí que era un refugio. Hasta que estabas en tu cama leyendo y vino, tan calmado, pero tú ya veías que las sienes le palpitaban. Te dijo dime que no es verdad lo que me han contado, sólo hace falta que me digas que no es verdad y yo te creeré. Me dicen que te han visto con un chico, que caminabas con él por la rambla, un chico con el pelo largo. Yo no, ¿qué dices? Júramelo, sólo hace falta que me lo jures y te creeré, y yo ya me veía escaleras abajo y con la vida en peligro, así que mentí y contesté te lo juro. Júramelo por tu madre, y yo juré por madre y habría jurado por lo que fuera.

Llegó un día y dijo te he comprado un regalo. Una falda y una camisa, que yo pensé que eran para madre. Se me escapó la risa, ¿dónde quieres que vaya con eso? Quiero que vistas decentemente, joder, y no con esos pantalones tan ajustados. Y era una falda de viscosa hasta los tobillos y una camisa de flores con los puños bien cerrados y una solapa en punta. ¿Cómo quieres que vaya así al colegio? Me da igual, te lo pones para salir conmigo los domingos, que no quiero verte vestida así.

Él no sabía que eran los pantalones los que se me quedaban pequeños, y no que yo los escogiera ceñidos. ¿Qué podía hacer si mi

culo crecía y crecía? Nada, buscar tallas más grandes; aunque entonces me sobraba un palmo de cintura. Busca jerséis más largos, camisas más largas, y te dejará tranquila, me decía madre. Pero por aquella época todo lo que era largo era de abuela y yo hubiera preferido morirme que presentarme así en el colegio.

Decía no quiero verte hablando con chicos, pero cuando había que llevar una factura a alguno de sus clientes, toma, vete a darle esto a Josep o a Quintana o a tal y tal, y yo ya no entendía si era sólo que no podía hablar con chicos de mi edad o que los hombres que él conocía no me habrían mirado nunca como él decía que me mirarían todos los hombres.

Suerte tenía de aquella amiga que era maestra y con la que podía hablar del amor y de cosas así, pero con la que no hablé de otros temas que me parecieron demasiado graves. Ella me escuchaba y desmenuzaba mis confusiones en trozos tan pequeños que yo sólo podía reír. Me regaló música que me conmovió, lecturas de poemas que me dijeron eres tú de quien hablamos, eres tú. Libros que iban más allá de la deficiencia de las palabras, que explicaban otros significados de la vida.

Con ella pasé muchas tardes, de camino a mi casa o en su coche; podía pasarme horas de me ha dicho, me ha hecho, he sentido, he notado, qué debe de haber querido decir con eso y por qué me ha mirado de esa forma. Horas, y yo después escuchaba que no tengo más que un unicornio azul y aunque tuviera dos yo sólo quiero aquél.

Dijo te lo tengo que presentar y era él quien hacía, decía, o no hacía o no decía cosas que nosotras tratábamos de descifrar durante todas las tardes del mundo aunque en el coche sonara *Todas las mañanas del mundo* o música barroca. Él tiene ganas de conocerte, le he hablado mucho de ti y está alucinado. Y él me dio dos besos al verme y no sé si era la primera vez que un hombre me daba dos besos. Pensé en padre, pensé que si se enteraba ya podía darme por muerta, pensé muchas cosas, pero sólo sentí el olor a limpio, el aliento cálido, diferente al de todas las mujeres que me habían dado cuatro y hasta cinco besos, e incluso más. Quizá también me enamoré un poquito, pero puede que sólo fuera por el hecho de que era un hombre. Una mujer con sombrero.

En la clase me llamaban pelota porque era la única alumna que iba a pasear con una profesora, pero no sabían que si no hubiera sido por todo lo que ella me aportaba, por los nuevos horizontes que me ofrecía, yo me habría muerto, quizá no por fuera, pero sí por dentro.

Así que nos fuimos rambla arriba ella y él y yo para ir a tomar un café a la plaza. Pero yo me pasé buena parte del trayecto temblando, pensando que de hecho ya estaba muerta, no me sentía las piernas. Me lo encontré de cara justo en el recodo del colegio, cuando cruzábamos el puente nuevo, allí, dentro de la furgoneta, y abrió los ojos y me siguió con la mirada sin poder creérselo.

El problema estaba en la disposición de los tres: ella, él y yo. Él me había preguntado algo y yo me volví hacia él y sonreí, le hablaba. Y ése fue el instante preciso que no podría justificar nunca y ya no oí ni su voz ni la mía mientras intentaba seguir pareciendo normal, pues él olía demasiado bien para estropearlo con una explicación de lo que era un patriarca y cómo tenía que comportarme yo como hija suya. No. *Sa, sana*, que goza de buena salud. *Saba* es un líquido que circula por los tejidos vasculares de las plantas. *Sabadellenc -a* es perteneciente o relativo a Sabadell.

21

UN CAMIÓN SIN FRENO DE MANO

Entonces llegó la época en la que madre debía de ver que se le acababa el tiempo para hacer de mí una buena esposa y una buena mujer (de la limpieza, pensaba yo) y quería que cada día le dedicara un rato a hacer algo más propio de ese rol en vez de leer libros o escuchar a Silvio Rodríguez. Yo no tenía ningún interés, no porque no quisiera aprender a hacer todas aquellas tareas que tarde o temprano tan bien me irían, pero es que un día pensé que si empezaba tan pronto, me pasaría la vida fregando, planchando, etc. Nada hacía prever que acabara teniendo a alguien que me hiciera esa clase de labores.

Cogía el walkman de alguno de mis hermanos y me ponía alguna cinta, así todo se hacía más ligero. *Ojalá o Ah, la música* se me llevaban mientras pasaba la fregona por las baldosas salpicadas de colores. A veces era *El tren de mitjanit*¹¹ o esa canción que dice que en la Estación de Francia hay de todo, hay gente amable y educada y gente que no. Y

pasaba lo que solía pasar cuando lo hacía madre y cuando lo hacía yo: padre volvía a media mañana de trabajar, o a media tarde, es igual, y con el suelo aún mojado pasaba hasta el mueble del comedor para dejar las llaves, las monedas o el paquete de tabaco. Después volvía hasta la puerta para cerrarla, pues se ve que no podía haberlo hecho antes. Entonces iba hasta la mesa del comedor para abrir las cartas y caminaba hasta la cocina para decirle a madre tráeme un café con leche. Yo apoyaba la barbilla en el palo de fregar y lo observaba mientras deshacía la obra que me había costado la última media hora y lo miraba fijamente, pensando que agarraría la fregona y empezaría a pegarle en la cabeza y él diría basta, basta, no lo haré más. Pero no decía nada, sólo lo miraba fijamente y él decía qué y yo, mira, y le señalaba al suelo. Ah, exclamaba él, y seguía deambulando por el suelo limpio que ya no lo estaba. Alguna vez había probado a poner papel de periódico, pero se ve que el recorrido que yo marcaba no le era suficiente y lo iba evitando sin ni tan siquiera fijarse. Eran esa clase de cosas las que me hacían plantearme si lo estaba empezando a odiar o si era tan sólo la adolescencia.

Lo evitaba siempre que podía, no toleraba su presencia, su forma de hablar, y odiaba que madre lo amara a pesar de todo. La barriga prominente, el peso que ganaba y ganaba, los pantalones que madre le tenía que acortar cada vez más, no porque se empequeñeciera, sino porque se los abrochaba cada vez más abajo, los ruidos de cuando comía, las películas de Terence Hill y Bud Spencer que repetía y repetía una y mil veces: en el Oeste, haciendo de gemelos idénticos de unos que eran marqueses portugueses o algo por el estilo, de estafadores, de policías, daba igual, siempre acababan con esos puñetazos que hacían saltar a los otros por encima de las

¹¹ Canción del grupo catalán Sau. (*N. del t.*)

mesas a las primeras de cambio, así porque sí. A pesar de todo eran justos, y padre se reía exactamente con la misma intensidad aunque hubiese visto una escena doscientas veces. Descubrió el botón de rebobinado y el de cámara lenta y todavía fue peor.

Ya no sabía si era yo la que cambiaba o era que cada día lo soportaba menos. Puede que sea por la forma que tengo de ser, pero la

cuestión es que me empezó a resultar insufrible. Él que me quería tanto y yo que me sentía tan mal por no poderlo querer, a pesar de que me esforzaba. ¿O ya no me quería?

Daba aquellos besos que él llamaba de tortolitos a los dos pequeños y ellos se quejaban, pero formaba parte de nuestra cotidianidad. Antes de irse de casa, unos cuantos besos de chasquido y ahora tú, ahora el otro. Sentía asco por ellos.

Hasta que ocurrió aquello del camión y yo comencé a pensar que ése no podía ser mi destino, ni nuestro destino ni el destino de nadie.

Era verano y a padre le habían dejado un camión. Lo aparcó delante de la puerta del garaje, pero se dejó las llaves. Los dos niños jugaban afuera y nadie los vio cuando abrieron la puerta del vehículo y empezaron a hacer ver que conducían. Va, ahora me toca a mí ponerme al volante, debió de decir uno de ellos. No, tú haz de copiloto, ¿vale? Y resulta que al copiloto no le sentaba bien tanta inactividad y levantó aquella maneta que hacía zas siempre que padre la tocaba, que vete tú a saber para qué servía. Y era la maneta que dejaba el camión quieto, pero ellos no lo sabían y se debieron de ver lanzados al final de la calle, precipitándose contra el coche de uno de los vecinos, y antes de chocar, uno de ellos dijo salta e hicieron como en las películas. No les pasó nada. Cuando oímos el estrépito y corrimos hacia allí, nos sentimos aliviados al ver que no les había pasado nada y madre decía menudo susto que se han dado, mira, no tienen color en la cara, rápido, un poco de agua en la nuca y en las muñecas, rápido, que no se les meta el susto dentro. Agua.

En otras circunstancias, madre habría tapado el incidente como hubiera podido y padre ni lo habría sabido, como tantos hechos esenciales de nuestra infancia, pero aquello era demasiado gordo para esconderlo. El camión ni siquiera era nuestro y los desperfectos eran muy evidentes. Como había transcurrido un espacio de tiempo excesivamente largo entre el instante en que padre había aparcado el vehículo y su colisión con el coche rojo, tampoco podía echarle la culpa, mira que dejar el camión así, sin el freno de mano puesto, es que eres... No, no habría colado, porque en el momento del choque padre yacía en el sofá con la piel pegada al cuero negro, donde dejó una marca de sudor cuando fue a ver qué había pasado.

Madre estaba preocupada por el susto de los niños y repetía qué habéis hecho, qué habéis hecho, pero padre tenía métodos propios para quitar los sustos. Te provocaba otros tan grandes que ya ni te acordabas de los anteriores.

Y así fue que los sentó en el sofá, uno junto a otro, con las piernas que a duras penas les colgaban de tan pequeños que eran, sólo con sus pantalones cortos. Y les pegó de una forma planificada y ordenada; no era su estilo habitual. En las piernas y con el cinturón iba dando un golpe, dos, tres, cuatro, y entre golpe y golpe decía, ¿lo volveréis a hacer? Ellos ya habían dicho que no desde el primer momento y repetían entre sollozos, por favor, padre, por favor, basta, ya tenemos bastante. Madre también decía basta, es que no ves que están a punto de morirse, déjalos ya, que la culpa es tuya por dejarte las llaves, y ellos basta, padre, basta, hasta que parecía que ya no les quedara voz. Padre le decía a madre quien se meta recibirá como ellos y yo las cosas las hago así, y yo ya no podía ver más todo aquello.

Me escondí en la habitación y cerré la puerta para no oír nada más, la cabeza bajo la almohada, ¿qué podía hacer? Tenía que hacer algo, pero aún lo debía de querer aunque fuera un poco si no pude avisar a nadie para pedir ayuda. Todo habría sido muy diferente a partir de entonces, pero no quería ser yo la que deshiciera la familia.

Al cabo de unos días, uno de los dos pequeños subió las escaleras y me dijo, ¿me puedes dar una tirita?, y yo para qué y él mira qué me ha hecho padre, y lo decía como si fuera un incidente más, un raspón de una caída en el parque o una nariz que gotea sangre, cosas que te suelen pasar cuando estás creciendo. Yo ya empezaba a saber que normalmente cuando estás creciendo un padre no te muerde en la rodilla. *Taba*, astrólogo. *Tabac*, que es una planta. *Tabac*, que es una cestita redonda; *tábac*, que es un puñetazo.

¿Quiere un número? En el cruce de la calle de Argenters con la plaza Santa Isabel debía de haber una corriente de energía positiva que hacía que los billetes de lotería volasen de mis manos. O era eso o eran mis ojos, que sonreían tras las gafas tan gruesas, o era que les daba pena o era el acento o era que pensaban mira qué morita tan espabilada o era que los sorprendía o que se compadecían de mi miseria o eran todas esas cosas juntas, pero yo batí el récord de números vendidos en el colegio. Alcancé el máximo aquella mañana de sábado, y con eso ya me pagaba tres cuartas partes del coste de los campamentos de fin de curso. Padre había dicho ya veremos si vas, aunque son muy caros, díselo a tu madre. Madre había dicho yo qué quieres que te diga, díselo a tu padre, y con toda aquella confusión di por hecho que ya podía ir. Me imaginé que el obstáculo principal era el dinero y ya estaba, todo solucionado.

Cuando llegó la hora, padre firmó las autorizaciones, ¡viva! Lo hizo delante de aquella maestra con la que se había hecho fotos desnudo para después enseñárselas a madre, que no se había creído que eran amantes, y yo casi las veo si no hubiera sido porque ella dijo eh, tú eso no debes verlo. Era una maestra que me quería mas que a cualquier otra niña y siempre estaba encima de nosotros, pues eso era parte de su trabajo. Padre decía que era ella la que le había ido detrás, pero de hecho era él quien iba a verla. Hasta nos había llevado a su casa, pues le tenía que arreglar vete tú a saber qué de un piso nuevo con videoportero y todo. Ya no colaba eso de que lo ayudaba con las declaraciones del IVA, con el IAE o con lo que fuera. Era una de esas mujeres a las que madre jamás llamó por su nombre y que todos conocíamos como ojos de babosa, y era verdad. No que tuviera los ojos de una babosa, sino que sus ojos parecían babosas a punto de resbalarle por la piel.

Era la profesora que había avisado a padre para quejarse de mi comportamiento, yo que hacía los deberes de los cursos siguientes y leía durante el patio y de quien nunca nadie se había quejado antes. Yo todavía pienso que fue una excusa para poder llamar a padre, que a la mínima que mis hermanos hacían lo que fuera ya lo llamaba y aquella semana ellos debieron de ser muy buenos niños, y me tocó a mí recibir. Es que no para de tocarse el pelo, le dijo, y lo único que pasaba es que

era la primera vez que había ido a la peluquería y no me acostumbraba a que el pelo me llegase al culo y estuviera tan liso. Sólo será hasta que te lo laves, me había dicho la chica vestida de morado. ¿Qué podía hacer, sino tocarme el pelo? Ella no debía de saber que eso era bastante grave dentro de la familia Driouch, que era símbolo de coquetería, de ser presumida, de preocuparse por la imagen, y que sólo eran las putas las que querían gustar a los demás, y no las chicas decentes y castas que intentan pasar desapercibidas. No debía de saber que padre se había enojado y me había dicho no vayas más con el pelo suelto y que no te vuelva a ver con flequillo. Madre sólo dijo, ¿lo ves?, ya te lo había dicho.

Era una maestra como la de *Dientes blancos*, aunque no era pelirroja ni demasiado guapa ni tenía en su aula a dos gemelos hijos de un musulmán de Bangladesh. Era yo quien tenía que verla cada día en clase y no decir nada, no gritarle cada vez que me humillaba delante de todo el mundo, eh, tú, que ya sé que te estás tirando a mi padre. ¿Por qué no lo dije? ¿Qué hubiera sido de nosotros?

Hasta que madre se cansó de todo aquello y dijo, este año voy yo a buscar las notas, incluso las tuyas, y la de los ojos de babosa había palidecido al verla esperando en el pasillo. Yo hacía de traductora, como siempre. Madre decía dile que es una mala puta y que deje en paz de una vez a mi marido, y yo sonreía y decía madre dice que como es ella la que pasa tanto tiempo con los hijos, que es mejor que sea ella la que venga a buscar las notas y, además, que ya tenía muchas ganas de conocerte. Pues yo preferiría hablar directamente con tu padre, que me parece un poco raro que tú traduzcas el informe a tu madre, ¿no crees? Ya te gustaría, ya, que hubiera venido él, decía madre sin esperar a mi traducción, malparida, no te molestas ni en disimularlo. Dice que padre tiene mucho trabajo y que no le iba bien venir, pero que ella ya se fía de mí. Notable, sobresaliente, notable, sobresaliente, muestra interés, eso no tenía traducción y yo decía nada, que dice que todo ha ido bien. Sólo un bien en gimnasia y que le convendría hacer alguna actividad fuera del colegio, en especial inglés, que aquí no impartimos y ella tiene facilidad. Madre dijo vale, vale, que quería decir que ni pensarlo, sólo por el hecho de que había sido la otra la que lo había propuesto. A mí, la verdad, no me habría importado poder hacer algo extra, y envidié

bastante a los compañeros que sí que podían. Nos dio la lista de lo que necesitaríamos para los campamentos.

Yo ya lo tenía todo a punto cuando padre dijo tú no vas. Así, sin más. No vas de campamentos y se acabó, porque lo digo yo. Pero si me habías dicho que... pero si ya has firmado, pero si me dijiste que... No me discutas, no vas. Dile a tu tutora que la que no te deja ir es tu madre, que tiene miedo de que te pase algo. Madre no quería que fuera, por eso no intentó convencer a padre. Tres noches durmiendo fuera de casa, Dios mío, si te pasa algo yo saldré por la ventana en vez de hacerlo por la puerta y yo no sabía qué era lo que me tenía que pasar porque madre siempre hablaba de ese modo, sin ser muy explícita en según qué cosas.

Había sido la sangre la que lo había estropeado todo. La sangre de hacerte mujer que hace que todos estén pendientes de ti, que si tienes que hacer esto, no aquello, que si no puedes saltar demasiado fuerte, ni montar a caballo ni abrir mucho las piernas, que vete tú a saber.

Y así fue cómo el sueño de pasar una noche bajo las estrellas con el chico que era mi mejor amigo se deshizo en trocitos pequeños pequeños y la maestra que no era tutora quiso hablar con padre, hasta la directora habló con él, hablaron las dos, y él no paraba de repetir y yo qué queréis que haga, su madre también tiene derecho a opinar, ¿no? Ya sabéis que yo incluso le compré unos cuantos números y os firmé la autorización, pero somos dos los que la educamos y yo debo respetar la opinión de mi esposa.

¡Mentiroso! Hasta que la maestra que no era tutora me llevó con ella y me dijo no es tu madre la que no te deja ir, ¿verdad? Porque llamaron a madre y ella dijo que no podía asistir a la entrevista, que le dolía la cabeza, y en realidad le dolía. ¿Verdad que no es tu madre? Padre me ha dicho que os lo explicase de esta forma, que así sería más fácil que no insistierais demasiado, pero yo, la verdad, ya me había hecho a la idea de no poder ir, ya lo veía apareciendo por allí de vez en cuando.

Lo volvió a llamar y se ve que no pudo hacer nada más. Al cabo de mucho rato de deliberar, él la miró con esos ojos que ponía de tanto en tanto y le dijo: no metas la nariz donde no te llaman. Y así fue cómo mi lugar bajo las estrellas lo ocupó otra.

U, nombre de la letra U. **U**, numeral cardinal. **Uabatina**, que es un glucósido cardíaco que inhibe el transporte activo del sodio.

23

DE CÓMO SE CREA UN ENCLAUSTRAMIENTO PROGRESIVO

Había diversos motivos por los cuales un estofado tradicional y delicioso podía acabarse convirtiendo en nuestra casa en un plato volador. 1) Que padre estuviera comiendo y hubiese alguien con él e hiciera ruido mientras masticaba. Se ve que eso no lo ha soportado nunca, aunque él mismo emite unos extraños sonidos cuando moja el pan en el caldo y deja un reguero de gotitas amarillas resbalándole por el bigote. Si tenía un buen día, volvía la cabeza y cerraba los ojos en dirección a aquel o aquella que estuviese comiendo y le decía eso de ¿quieres hacer el favor de cerrar la boca? Si no tenía un buen día, o bien cogía el plato y lo lanzaba contra la pared o bien era la mesa entera la que acababa volcada, pero para esto último debía tener muy muy mal día, pues la mesa era de madera maciza y pesaba demasiado para sólo un mal día a secas. 2) Que alguno de los pequeños pasara con los mocos colgando por delante de él mientras comía; aquí normalmente solía cerrar los ojos y gritaba a madre que los limpiara, pero si había tenido alguna otra tensión fuera de casa podía ser que acabara haciendo volar el plato, aunque en su defensa hemos de decir que nunca fue directamente contra la cabeza de los dos niños, a los que aún no consideraba responsables de una higiene tan cuidadosa. 3) Que alguien hablase o mencionase algo que pudiera ser repugnante, o bien que en la televisión saliera algo así como cualquier tipo de conversación sobre excrementos, muertes poco limpias, pus o enfermedades, cosas por el estilo. Era más grave que alguno de nosotros hubiera iniciado la charla que haberla oído por la tele, en esas ocasiones únicamente solía gritar quítame esto de delante. 4) Que en la televisión saliera un contenido poco decoroso y nosotros no hiciéramos nada por cambiar de canal. A saber, la poca decencia se traducía por lo habitual en un beso en los labios y, evidentemente, en cualquier escena de cama. Por eso siempre era mejor poner dibujos, aunque con los Simpson y con

algunas series japonesas teníamos dudas y acabábamos cambiando por si acaso.

Fue y no fue por el punto cuatro que yo acabé ese día recibiendo. Había hecho todas las tareas que madre consideraba justas: barrer, fregar, lavar los platos y quitar el polvo del comedor. Lo había hecho todo con el walkman puesto y seguía con los auriculares muy altos cuando me senté a la mesa para escribir algo de lo que entonces ya escribía, un pronto. Él comía en el sofá y miraba la tele que alguien se había dejado encendida, yo ni la oía ni mis pensamientos estaban allí, sólo pensaba en cuál era la palabra que andaba buscando, y parecía que mis ojos retuvieran la imagen del aparato cuando vi que un plato me pasaba por encima, que las leyes de la física hacían que la salsa no se moviera hasta estrellarse contra la pared, que rememoraba antiguos impactos. Y se levantó alzando el brazo cuando yo todavía llevaba los auriculares y no entendía nada de lo que había pasado. Si yo ni siquiera miraba la tele, y además, ¿qué pasa? Es que no entiendo qué pasa. Me golpeaba el hombro con los puños y yo intentaba parar los golpes con los brazos en cruz sobre la cabeza y entendía ya que lo que había desencadenado su ira era un hombre rubio y sin camiseta. Pero si yo ni siquiera estaba mirando, padre, en serio, estaba escribiendo, he levantado los ojos para pensar qué tenía que poner.

Era y no era el punto cuatro porque de hecho aquel extraterrestre disfrazado de humano que comía ratas no era más que un hombre medio desnudo, pero no estaba dentro de las prohibiciones porque no se disponía a hacer el acto sexual con ninguna mujer ni estaba a punto de besar a nadie, sólo se estaba vistiendo. El reglamento empezaba a ser confuso si tenemos en cuenta que en las películas que a él le gustaban no dejaban de salir hombres medio desnudos. Bruce Lee, Jean-Claude Van Damme, los propios Terence Hill y Bud Spencer.

Y yo nunca contaba ese tipo de cosas, ni a aquella maestra que era amiga y que pronto empezó a vivir en la ciudad capital de comarca, porque ir y venir era muy pesado, por el tren y todo eso.

Fue con ella con quien comencé a entender la música y quien me recomendó a Erich Fromm y quien finalmente consiguió que me comprase sujetadores-sujetadores de los que usan las mujeres, y no aquellas medias camisetas que ya no me servían de mucho. Es que yo

no quiero crecer, y se reía, es lo que hay y no puedes hacer nada, no puedes negarte, pues eso es lo que hay.

Yo le había hablado de crisis, de unas crisis que aún era incapaz de reconocer como de identidad, de pechos que crecen demasiado, de una madre que no quería que me depilara y de cómo me había tirado los tampones por miedo a que perdiera la virginidad, así, sin hablar ni nada, vio el dibujo de las instrucciones y lo tiró a la basura. Le había hablado de la obsesión de padre por que no me viera con chicos fuera del colegio. Por eso había conocido a amigos suyos dentro de su casa y ellos me decían ¿y si vamos a tomar un café?, y yo respondía no o respondía sí y temblaba todo el rato, que ya se sabe que padre es como Dios, que está en todas partes. No sé si aún le había hablado de la profesora que era como la de Zadie Smith pero en feo, porque entonces todavía no existía la de ficción, la de Zadie, aunque sí la mía de verdad.

Y por encima de todo le hablaba del amor, de qué era y qué no era, de cómo se sabía, de cómo se aprendía, de si una mirada furtiva te da tanta información que ya puedes considerarte enamorada o de si necesitas toda una vida para descubrir a quien de verdad amas. Todo con poemas y canciones, suerte tuve de ella en esa época en que el cuerpo se me hacía tan extraño y mi casa no era nunca mi casa.

Padre sabía que yo tenía esa relación con la maestra que era mi amiga. Decía que no le gustaba y aún lo decía más desde el incidente de su amigo y yo y ella, cuando los tres nos lo encontramos por la calle. No me pegó entonces, cuando dije padre, te lo juro, yo iba en la misma dirección que ellos y ellos iban hacia arriba y yo no podía pasar por otro lado, ¿qué podía decir? ¿Qué podía hacer? Yo tenía que ir a la biblioteca y ellos iban a la plaza, ¿qué querías que hiciera? El había dicho no quiero verte nunca más hablando con un hombre en medio de la calle, que nadie diga que la hija de Driouch es una puta cualquiera.

Así fue cómo todo se fue convirtiendo en transgresión y todo se fue tiñendo de miedo. Madre decía pasas mucho tiempo con esa mujer y yo no sabía qué tenía eso de malo. Padre no solía vernos juntas y fingía no saber si aún pasaba tanto tiempo con ella o no.

Hasta aquel día de mi cumpleaños en que nadie se acordó de mi cumpleaños. Era sábado y ella había venido a la ciudad capital de comarca sólo para traerme un regalo y una tarjeta. El regalo era una

libreta con hojas de color blanco, una libreta de las buenas, con la tapa dura y sin espiral, y una pluma. Una pluma de las de verdad, como si yo fuera una escritora de verdad, dijo, y al principio de todo decía eso de que debía ser el espacio para compartir mis propias vivencias con los demás y que tenía muchos años para ir llenándolo. Había venido hasta allí y aprovechado para llevar a su hermano, que, cuando me lo presentó, me dio dos besos, a mí, que tenía tantas ganas de conocerlo. Todo era emoción y yo ya me hacía mayor, pero no me di cuenta de que esa escena había pasado junto al coche que ella había aparcado delante de casa y que el día se haría duro a partir de entonces. Todo habría sido muy normal si no fuera porque padre estaba mirando desde el comedor, con la persiana medio bajada, y lo había visto. Mi abrazo final a ella y los otros dos besos a él, ¿qué podía hacer?

No me pegó, aunque yo hubiera jurado que ya estaba muerta en cuanto lo vi esperándome en el umbral de la puerta. Tan sólo dijo no la volverás a ver, y yo me sentí como Whoopy Goldberg en *El color púrpura*.

Va, vana, que no tiene sino apariencia, sin realidad. Vaca no es más que la hembra adulta del buey. Vacació es vacaciones. Vacada, un rebaño de vacas.

24

INSTITUTO

Si yo iría o no al instituto dependía de muchos factores, y ninguno de ellos tenía que ver con si me portaba bien o no, o con si sacaba buenas notas o no, o con si hacía caso o no. En los dos últimos años habían tenido lugar extrañas desapariciones en el colegio, y aún gracias que no me había tocado a mí. Desapariciones de chicas como yo que procedían de un lugar semejante al lugar donde yo nací pero que quizá eran muy diferentes de mí o debían de tener mucha menos suerte que yo. Chicas que ahora tienen tres o cuatro hijos y hacen horas como hacía nuestra vecina o tan sólo se quedan en casa y saben qué tienen que comer los niños porque todo eso lo estudiamos en el colegio, pero no saben cómo hacer otras cosas que si yo hubiera desaparecido no tendría necesidad de saber nunca, como redactar un informe o hacer una memoria. Cosas así.

A mí me tocaba desaparecer del escenario escolar y todavía no sé cómo no sucedió. Un factor fue el abuelo, que era el único que me preguntaba ¿qué, cómo han ido los exámenes?, ¿lo has aprobado todo? Claro, abuelo, si yo no he suspendido nunca ni una asignatura, claro que paso de curso. Madre ya me lo había dicho, tu padre dice que éste es el último año que vas al colegio, y era un estribillo que se repetía cada fin de curso. Éste es el último, y yo decía vale, pero sabía que no sería así. Puede que otro factor fuera la profesora demasiado amiga de padre, que en algo debía de influirle, que decía tu hija tiene que estudiar una carrera y él no sé que debía de responderle, eso formaba parte del espacio privado que aún compartían de vez en cuando, a escondidas de madre, decían.

O puede que fuera otra charla que tuvo la maestra que no había sido mi tutora cuando pasó aquello de los campamentos pero que ahora ya lo era y se metía de nuevo donde no la llamaban, ella que siempre hace lo mismo y no se deja vencer de buenas a primeras, ella que aún lloraría si leyera esto y supiera que sí, que lo conseguí, que conseguí que padre firmara la hoja de matrícula.

O puede que hasta madre, que no veía demasiado claro eso de que yo continuara estudiando tantos años y que tuviese que marcharme tan lejos, puede que incluso fuera ella la que convenció a padre. Es que esta niña no hace más que pasarse el día con la nariz entre los libros, es que si le quitas eso yo no sé qué vamos a hacer y todo el mundo dice que es muy tranquila y su reputación está impoluta. Por entonces madre se fiaba de mí, me debía de encontrar rara, yo que había salido de su vientre, pero quizá algo hizo clic dentro de ella para que también insistiera en mi paso por el instituto.

Fui a llevar la matrícula, aterrada por tantos pasillos y tantas aulas y si no sé ni encontrar las oficinas, cómo lo haré para encontrar mi clase.

El primer día nos hicieron ir a la sala de actos y allí dijeron las listas de cada grupo. Todo el mundo se rió cuando dijeron mi nombre, que pronunciaron tan diferente que ni yo supe que era yo. Claro, en aquel lugar no estaban acostumbrados a gente como yo. Era la única de la clase que hacía bachillerato, tan sola sin ni tan siquiera el chico de los ojos crema que tenía que estar conmigo para siempre, sin el espacio

que dominaba ni la gente que había visto durante tantos años. A los tontos les tocaría ir a hacer formación profesional. Allí es donde tendría que haber ido a parar, como el resto de los míos, de los que eran como yo, y yo había roto leyes no escritas y había decidido que no quería ser ni auxiliar de enfermería ni administrativa de primer grado ni mecánico ni electricista.

Pesaban bastantes espadas de Damocles encima de mí: que si yo a tu edad ya estaba casada, que si en tu cultura ya se sabe que no vale la pena, que os acaban casando tarde o temprano, que si éste es el último curso o lo que fuera que tuviese padre en la cabeza, como eso de que las mujeres nunca traicionan a sus padres pero acaban traicionando a los hombres.

Todo eso llevaba yo en mi mochila, pero nadie se dio cuenta. Al principio el instituto fue un espacio de angustia, todo funcionaba tan diferente, un profesor cada hora, parciales y finales de trimestre, trabajos, redacciones y tantas actividades que yo nunca sabía si debía hacer como hasta entonces o no.

Las conocí a las dos y no se sabe por qué nos hicimos amigas. Una porque se sentaba a mi lado, pues su apellido iba detrás del mío. La otra ya no me acuerdo, era amiga de otra amiga. Había muchas cosas que nos unían, aunque al principio dicen que les di como repelús, que sabían tanto de las moras, mejor dicho, de los moros, que les dio mal rollo tenerme tan cerca. Pero nos convertimos en imprescindibles las unas para las otras, el triángulo perfecto.

Éramos las únicas que no podíamos entregar los trabajos a ordenador, ni siquiera con aquellas letras fantásticas que bailaban en la portada. Nosotras todavía utilizábamos una máquina de escribir eléctrica y dibujábamos la primera página con el título de diferentes colores. Aún era así. Ninguna de las tres tenía padres con grandes coches que nos esperasen en la puerta de entrada, de donde bajar a primera hora de la mañana. No teníamos carnet de moto ni una Vespingo de última generación y aún menos una moto de ésas donde tanto cuesta aguantar el equilibrio. Ninguna de las tres tenía unos padres que nos ayudasen a hacer los trabajos y era por razones diversas, pero era así.

Pero por encima de lo que no teníamos, nos unía lo que sí teníamos. Las tres habíamos presenciado fenómenos extraordinarios como platos o vasos voladores, historias que si se las cuentas a cualquiera que nunca las haya vivido no te creería, te miraría con sorna y diría venga, va, no me fastidies. Sí que fastidio, sí, que en mi casa pasa lo mismo que en la vuestra, aunque lo supimos mucho antes de verbalizarlo. En mi casa porque éramos inmigrantes, en casa de la amiga uno porque eran pobres y en casa de la amiga dos todavía no se sabe, no eran ni lo uno ni lo otro e incluso tenían un piano negro que brillaba muchísimo y en el que la amiga dos tocaba un *Para Elisa* que me hacía llorar.

Y así fue cómo el instituto se empezó a convertir en un refugio donde los chicos fumaban en los lavabos de las chicas y las chicas fumaban en los lavabos de las chicas, donde en los pasillos te miraban directamente a los ojos o no te veía nadie, donde se percibía ese olor a naftalina sublimada en los laboratorios y tú te enamorabas de vez en cuando. Sabiendo que todo era un juego y que de fondo sonaba la canción de «éste es el último curso», se ha acabado. Ya no leías demasiado el diccionario, no te hacía tanta falta, ahora que estabas a punto de terminarlo. *Wagneriá*, relativo al músico. *Wagnerisme*, una corriente dramaticomusical. *Wagnerita*, un fluofosfato de magnesio.

25

DEL DESEO

Aquel lugar comportaba un cierto riesgo, como todos los demás, pero era evidente que el riesgo crecería conmigo. Padre debía de saber que cuanto mayor me hacía más podía ser que me diera por vencida y que acabara deshonrando a toda la familia.

Aun así, a mí me hacía ilusión volver a aquel paraje tan lejano que ya no era «mi casa», pero que tenía aromas de infancia. Y el abuelo hablaría con padre, le insistiría en que yo acabaría siendo una gran doctora.

La bienvenida siempre igual, un montón de gente afanándose en hacértelo todo tan agradable como sabían y tú que no sabías qué hacer. Después de la llorera, de los cuánto tiempo, o cuánto tiempo sin veros, y de darte cuenta de que los habías echado tanto de menos que ni lo sabías, después del sentaos, hijos míos, sentaos, y ¿qué es eso que llevas

en los dientes?, este año vienes toda llena de plata, qué gracia, y de los ¿es que no os dan de comer, allá en el extranjero? Después del venga, coge el muslo de pollo que ya sé que es lo que más te gusta y os he guardado esos higos tan buenos que recordaréis el resto del año. Después de todo, venía aquella especie de nudo en la garganta justo antes de ir a dormir, con el vaivén del barco todavía meciéndote y una leve certeza de que ése no era tu destino pero que tampoco sabías cuál debía de ser y eras como *Zaida de Nulle Parte*.

Todo tenía que ser diferente esta vez. Padre había tenido un sueño y dijo que le tocaba hacer las paces con su hermano. Quién sabe si nos moriremos mañana y con las deudas pendientes, y yo sé que madre no soportaría dejar este mundo sabiendo que sus dos hijos no se han visto durante tantos años. Había sido un gran gesto por su parte, sí, señor, todos lo dijeron. Un hombre engañado por su mujer y por su propio hermano tenía un corazón tan grande que había podido continuar teniéndola a ella por esposa y al final incluso se decidía a perdonar al otro culpable. Esta fue la versión que padre escuchó y la que quiso creerse. La que corría por el pueblo, y que me contaron primas y tías, decía que la gente jamás se había creído esa historia, que la actitud de madre siempre había sido impecable y que era imposible que hubiera hecho algo así, y que todo un profesor de educación islámica de un instituto de la ciudad no podía haber hecho algo tan grave. Nadie le contó nunca esa versión a padre, que le habría hecho enfurecer como nunca.

Así fue como conocí al tío que ya conocía desde hacía muchos años atrás, cuando venía de vacaciones de la universidad y se planchaba las camisas encima del banco del patio cubierto por una toalla, cuando se lavaba los dientes con un cepillo y pasta y recortaba aquellas cartulinas con esquemas y resúmenes que vete tú a saber qué decían, y al que yo me quedaba mirando todo el rato.

Cogí anginas al día siguiente de reconocerlo, cuando al parecer lo abracé tan fuerte tan fuerte y padre aún no lo había visto entrar en casa. Era él y no lo era, tenía barriga y un bigote muy negro, diferente del de padre. Yo hago como la abuela, me pongo enferma cuando hay grandes emociones por medio, pero no me baja la tensión, sólo tengo

anginas. O eso o es que no me acostumbraba a los virus y bacterias que pululaban por el pueblo.

Él tenía un no sé qué en los ojos, un recuerdo de mí, y era el primero de la familia con quien no sentía que yo había nacido en el lugar equivocado. Preguntaba por las cosas que me interesaban, decía me han contado que te gusta estudiar, y yo, que le tendría que haber dicho que lo que me gustaba era ir al instituto para no quedarme en casa, dije sí y quiero hacer como tú e ir a la universidad. Y me volvía a mirar muy al fondo y yo no podía ni rehuirlo.

Haz todo lo que quieras, pero no te la dejes meter por delante, me había dicho una prima mientras lavaba la ropa en el río. ¿Qué? Ya sabes qué quiero decirte. Debes llegar virgen al matrimonio y todo eso; pero ya no lo hace nadie, cómo quieres aguantar tanto tiempo, ahora que no hay trabajo, que hay sequía y que los chicos no se pueden casar hasta pasados los veinticinco. Si consigues novio, te dejas magrear y ya está, si quieres ir más allá puedes dejar que te la meta por otras partes, ya me entiendes, pero eso depende de ti. Es así de fácil, nadie sabrá nunca nada.

Fue así de fácil. El primo que siempre estaba por casa era más pequeño que yo y nadie sospechaba nada, padre nunca lo había echado porque ninguna chica de mi edad se fijaría en un mozalbete dos años más joven. O yo no me fijaría. Aún no sé si nos dijimos algo; sólo aquello de la higuera. Que nadie quería acompañarlo a coger higos y como padre estaba en la ciudad yo fui con él. Ya nos habíamos mirado de una forma que no se sabía qué iba a pasar, pero yo todavía pensaba que era demasiado pronto, y aún temblaba cuando lo vi encaramarse bien arriba. ¿Qué?, ¿es buena la vista desde ahí arriba? Sí, pero no tan buena como la que tenía a tu lado, dijo, y yo oooh, madre mía. Se me acercó mucho cuando bajó, y yo aparté el rostro. Me cogió de la mano sudada y recorrimos el camino hasta casa. Se oían grillos de esos de mediodía.

Aún hoy no recuerdo si el primer beso de verdad fue aquel que lo despertó. Fue la abuela la que me dijo ve a ver si los chicos se levantan y yo fui y allí mismo, con el gusto de recién levantado que él tenía, recibí mi primer beso, pastoso, que me pareció una delicia. Tenía algo familiar, y quizá fuera el hecho de que él era mi primo. Repetimos otros

besos en la parte de atrás de la casa, en el huerto, en el río, y todos tenían ese gusto de padre. Ya no eran espesos, pero eran sin sal.

Era fiesta en casa, una casa nueva acabada de inaugurar, ya no blanca ni de barro, ni con patio, y yo eché de menos la otra. Con baldosas y fregaderos para lavar los platos, con un depósito de agua en la terraza y con bañeras.

Siempre me tocaba el culo a escondidas y quería verme los pechos, alguien nos había llegado a medio sorprender juntos y nos había mirado con malicia, pero no, no puede ser. Había morreos de campeonato que se daban la mano entre el umbral de uno y otro piso y frotamientos de cuerpos por encima de la ropa que tenían lugar en la terraza; es que estamos arreglando el entoldado para la fiesta de hoy.

Padre me había llevado a casa de la tía, en la ciudad, y yo subía a la segunda planta, encuentros furtivos para sentir su miembro duro contra mis muslos. Me sentía el calor en la cara y me hacía cruces de que nadie se diera cuenta de lo que pasaba. Padre, que se creía tan vigilante, me había llevado a verle; madre no lo habría dicho nunca, o era yo que estaba tan excitada que ya no veía peligros por ningún lado. Me sentía la protagonista de una poesía trovadoresca, aunque yo no era la esposa de ningún noble con el que me hubieran casado por conveniencia.

Padre se fue a comprar y se llevó a mi primo, que conocía mejor los puestos del mercado y sabía dónde encontrar la mejor carne, la mejor verdura. Cuando estaba delante de él, a mí evitaba mirarme. Fue entonces cuando entró el tío, que se sentó un rato a esperar a que volviese el marido de la tía, y me puse a hablar con él. Lo debía de mirar pensando qué habría pasado si él hubiera sido mi padre, pero no lo era, y yo era la única que lo sabía de verdad, además de madre.

A aquellas alturas yo aún no sabía demasiado bien qué era el deseo y si siempre se manifestaba de la misma manera, pero diría que había intuido una chispa de deseo en sus ojos si no fuera porque era mi tío. O puede que sólo fuera que él siempre miraba así, un poco de reajo, como tantas veces le había visto hacer a padre cuando le gustaba una mujer. Se levantó para hacer las abluciones y para rezar y me preguntó si ya rezaba, y yo que no, avergonzada. No le expliqué que todavía negociaba con Dios el incidente del pañuelo. Después de rezar se puso delante del

espejo del pasillo para peinarse y yo lo miré fijamente durante rato, y él que sólo sonreía, con esa paz que siempre ha transmitido. Tienes que venir a verme, mi casa te gustaría y te lo pasarías mejor que en el campo. Nosotros somos diferentes, hacemos cosas que aquí no saben ni qué son, conocerás a mis amigos de la universidad, temas más interesantes que si fulanita se ha casado o menganito se ha comprado un coche nuevo. Yo dije sí, me gustaría, y me reí. Fue en ese instante cuando entró padre. Quizá me vio sonreírle, lo debió de ver a él que me sonreía. Vamos, dijo, y la tía ¿es que no te quedas a comer?, va, quédate a comer aunque sea un poco, al menos un tentempié, que no has comido nada en todo el día. Vamos, tenemos que volver pronto, que vienen mis suegros de visita.

Fue dentro del coche donde me dijo ándate con cuidado con ése, no te fíes ni un pelo, ya sabes lo que le hizo a tu madre, no le importaría hacerte lo mismo a ti.

Xa, título propio de los soberanos de Irán. *Xabec*, embarcación de vela. *Xabiá -ana*, natural de Jávea (Marina Alta).

26

LA PUERTA DEL COCHE

No me casaron, y pronto descubrí que lo que padre no deseaba era precisamente eso, darme en matrimonio a uno de los que sólo querían papeles. Trajeron sacos y más sacos de azúcar, tenía propuestas de matrimonio cada semana y las tías no paraban de decir que aquello no era normal, que tú no puedes retenerla contigo toda la vida. Está estudiando, había dicho. No puede casarse hasta que acabe.

Esperaremos, decían, no importa, que acabe de estudiar, decían otros.

Padre dejó de querer casarme, si es que alguna vez había tenido intención de ello. Además, al primo, hijo de su hermana difunta, que Dios tenga en su gloria, tanto que la quería, lo cogieron y lo encarcelaron por no se sabe qué asunto de robos

o drogas, de modo que sus nuevas circunstancias no le habrían permitido ser mi marido. Puede que con esos golpes de fortuna Dios quisiera hacer las paces conmigo.

Regresé a la ciudad capital de comarca con ganas ya de volver a dar el paseo de media tarde con la amiga número uno y la amiga número

dos, a quienes había escrito todas las cosas que me habían ido pasando. Después de una larga introducción, a la amiga número dos le acababa contando, pues como te iba diciendo, no me había fijado mucho en ese primo mío hasta hace dos o tres días. Una buena mañana me dijo «¿quieres venir a buscar higos al huerto?». ¡¡¡Yo, te lo puedes creer, fui a coger higos!!! Me tiró unas cuantas, que yo cogí al vuelo, ya ves, tal como están las cosas una ya empieza a estar harta de chuparse el dedo. Te juro que nunca, nunca había sentido lo que ahora siento, y ya sé que siempre te digo lo mismo, pero es que saltaban chispas. Al principio nos cogíamos de la mano como buenos primos [...] Ayer por la noche, hacia las once, todos estaban durmiendo excepto mi tío, que pintaba la escalera. Nosotros dos lo esperábamos abajo y mientras yo te escribía una carta que ya he roto, que no me gustaba demasiado, él miraba cómo la escribía y se acercaba mucho y muy despacio. Sólo se oía la respiración de los dos, casi a oscuras. ¿Sabes qué es sentir que los pelos de los brazos se acercaban unos a otros? Bueno, aquello era una hoguera, toda la casa quemaba. Tuvo que irse y me dio un beso en la mejilla. Esta mañana le he despertado y, como no había nadie, me ha clavado un beso, hala, así, sin avisar ni nada.

Y ella leía con los ojos muy abiertos a los pies del cabezudo de la plaza y decía qué fuerte, así que ya te has desmelenado, qué fuerte. Y hacía uaaa y se ponía la mano en la boca. Yo pensaba que todo aquello había valido la pena sólo por podérselo contar a ella con tantos detalles y que si no fuera por la forma en que nos relatábamos todos los acontecimientos, seguramente la vida no habría tenido demasiado sentido. Habría querido que eso hubiera durado siempre.

¿Te acuerdas del día que te pilló la mano con la puerta del coche? La amiga número dos había venido a verte y habíais compartido confidencias en tu habitación, después se había ido, literalmente: se marchaba delante de tus ojos y tú aún te reías. Llevaba un pendiente más en la oreja derecha, enseñaba el ombligo con los pelos decolorados y os habíais partido de risa sólo con decir «quiero un piti» con la voz profunda y pronunciando la primera *i* tan grave como podíais, abriendo la boca hacia abajo. Aquello no tenía ninguna gracia más que para vosotras dos. De hecho, ahora que lo recuerdas, todavía no sabes dónde estaba la gracia, y sonríes al pensarlo.

Ella se acababa de marchar, con esas uñas que parecían colgadas de sus dedos cuando caminaba, los brazos estáticos, y tú te reías con la mano apoyada en la bisagra de la parte delantera, a punto de subir. Aún reías cuando padre, pam, cerró la puerta del coche azul que no hacía mucho que se había comprado. Aún reías y el dolor te sacudió la mano, ¡ay! Dijiste «ay», pero él había dicho «uxtia puta» y tú ya no intentaste que abriera la puerta de encima de tu mano. ¡Ay! hiciste, y trataste de abrirla con la mano izquierda como pudiste. Querías llorar pero ya eras demasiado mayor para hacerlo. Dijiste «¡aaaay!», pero en el momento en que viste que él decía «uxtia puta» y apretaba la mandíbula moviendo los músculos de aquella forma supiste que no se callaría en todo el trayecto, que ni había visto que te había pillado la mano, aunque daba igual porque seguramente te hubiera dicho «te está bien empleado, y más que te tendría que romper yo la mano». Porque en cuanto dijo «uxtia puta» entendiste que tenía un episodio de esos suyos, de los que le provocaba esa especie de maldición o enfermedad, o la indignación o el deshonor o vete tú a saber qué o todo eso junto.

Y no paraba de gritar dentro del coche mientras se encogía de vez en cuando sobre el volante. *Tfu*, apestosa cristiana de mierda, *tfu*. ¿Con qué clase de putas te juntas, tú? ¿Es que no sabes que ésa es una puta?

Todo eran preguntas retóricas, más valía no contestar. Y te quedaste allí, en el asiento trasero del coche, mientras el corazón te volvía a latir muy de prisa, la mano te latía de dolor, padre te gritaba y tú que no sabías contener las lágrimas, escuchando cómo insultaban a tu mejor amiga, con ganas de gritar: ¡bien que te las has follado, a todas la apestosas putas cristianas! Bien que has tenido tantas como has querido y hasta te las has comido. Pero no podías decirle eso. Allí entendiste que el problema real no eras tú ni la amiga número dos ni su vestimenta ni nada de nada. El problema era que a él se le habían puesto esos ojillos que ponía cuando le gustaba una mujer, que de tanto que lo habías visto así ya le conocías la expresión. Ella le gustaba y el territorio le parecía tan desconocido que se sabía sin ningún tipo de posibilidad. Por eso era una puta, por provocar su deseo y que él no pudiese evitarlo. Tuviste que recordar por qué tú también eras una puta.

Yperita, *iperita*. *Ypressiá -ana*, relativo al Ypresiano.

AMIGAS: NI DE AQUÍ NI DE ALLÍ

La ropa siempre había sido un problema. Desde que habías hecho el cambio, antes aún de que te viniera la sangre. Que mira que si los muslos te crecen más de la cuenta qué queréis que haga si no tenéis más tallas que la cuarenta. Una cuarenta y dos no se estilaba en una tienda de ropa moderna y para jóvenes. Si eres joven es por el hecho de que estás delgada. Muchas lo debían de estar, pero yo me quedé encallada dentro de un vestido en uno de los probadores de aquella tienda de la plaza. Literalmente. Era un vestido que tenía que quedar ancho y pensé que padre no me diría nada, al fin y al cabo era un vestido y no unos pantalones de esos tan ajustados que llevaban todas las chicas por aquella época. Un vestido largo hasta los pies, sin mangas, pero ya me compraría una camiseta a juego para ponérmela debajo. No contaba con quedarme allí, delante del espejo, con los brazos en alto y la prenda encallada a la altura del pecho, sin podérmela poner ni quitar.

Las amigas uno y dos me salvaron. Me llamaron desde fuera porque habían reconocido el sonido de los brazaletes que solía llevar entonces, siete brazaletes de plata que siempre hacían tinc tonc. ¿Estás aquí dentro? Sí, por favor, que alguien me ayude, y una de ellas estiró fuerte hasta que pudo sacarme el vestido. Aún ahora tengo pánico a los probadores de las tiendas y me da pereza ir a comprar ropa sólo con pensar en tener que meterme allí dentro.

Mejor que no vengas a casa, mejor que no vengas a casa para nada, que ya sabes que esta vez padre la ha cogido contigo. Estábamos en paz, yo ya hacía tiempo que no podía ir a casa de sus padres, pues al parecer, supuestamente les gustaban tanto las moras como las cristianas a padre. Supuestamente, porque a padre las cristianas era lo que más le podía gustar de este mundo y porque la madre de la amiga número dos la llevaba a vender velas de esas con las que se ayuda a los niños pobres del mundo, hasta de África, aunque se ve que sólo valía para los niños negros de verdad, y no para las medio morenas como yo.

Todo era un problema y yo cada día salía menos, a las nueve en casa, a las ocho en casa, a las siete en casa, cuando sea de noche en casa,

e iba al revés que el resto del mundo. No podía ir al Cap d'Estopes porque no abrían tan pronto y aunque hubiesen abierto, oficialmente no podía entrar a ningún local donde sentarme y tomar algo, pues una norma no escrita se ve que decía que eso era de putas. Yo empezaba a estar harta, de la palabra, y de que todas las mujeres del mundo fuésemos lo mismo. La amiga número dos había comenzado a ir a la discoteca y decía ¿y si le dices a tu padre que te quedas a dormir con una amiga y vienes conmigo? Es que te lo pasarías... Yo decía no, padre nunca me ha dejado dormir fuera de casa. Sólo cuando era pequeña e iba a casa de mis tías, pero ahora ni eso. Aún suerte que era él quien dormía fuera de vez en cuando y entonces parecía que la noche se hacía menos dura.

La ropa, la ropa, siempre discutiendo con madre cuál era la pieza más adecuada y cuál no y yo ya no sabía cómo conciliar tantas exigencias, entre las modas del instituto, donde no quería parecer rara, las del mercado, en las que no cabía, y las suyas, la mayor parte del tiempo sencillamente absurdas.

Los pantalones grises del *idd* anterior eran anchos, con la raya en medio y con caída, agradables. Me había vestido con esos pantalones y con un jersey de cuello de pico y lavaba los platos antes de volver al instituto cuando padre dejó las bolsas que llevaba en cuanto me vio y empezó a gritar. La espuma me resbalaba entre los dedos y él qué coño haces meneando siempre el culo delante de mí, cómo te gusta que te lo vea tan apretado, ¿verdad? Eres una guarra y no quiero verte nunca más con esa ropa, continuó gritando, pero yo estaba en esa etapa en que nada más oírle la voz ya temblaba. Habría huido muy lejos si no hubiera sido por madre, como aquella chica de *Dublinese*s que hace la maleta. Lo habría hecho, porque por un momento me pareció que eso de que mi culo le provocaba no era del todo normal y que los padres no suelen fijarse en esas cosas.

Escribía mucho en aquellas páginas que me había regalado la maestra que era amiga y a la que no vi durante años, escribía cien veces me quiero morir, me quiero morir, me quiero morir... pero no era cierto. Suerte tuve de *Espejo roto*, de *Ariadna en el laberinto grotesco*, de las memorias de Tísner, de Faulkner, de Goethe, de todas las lecturas que pasaban por mis manos. Que el diccionario ya se me acababa y yo

aún tenía que crecer del todo, pero me resistía y pensaba que todo era una fase, que aquella obsesión que tenía por mí misma pronto se me pasaría.

No era así, más bien al contrario. Cuanto mayor me hacía, más cerca lo tenía. Ya no se acordaba de madre ni de eso tan grave que le había hecho, y yo pensaba que ojalá no fueras mi padre y lo fuese él, la vida habría sido diferente.

De repente, padre empezó a rondar por delante del instituto con el coche, aleatoriamente, en días que no habrías adivinado nunca, y no era casualidad. Hasta que lo tenías pisándote los talones y te decía sube, que te llevo a casa, y entonces supiste que tenías que vigilar a la salida y no alargarte demasiado con los chicos de clase. Ni con la chicas, que decía que las cristianas eran todas no sé qué.

La situación era la que era. Nada de amigas de aquí. Que son como son, nada de amigas de allá, que son todavía peores, y, por descontado, nada de amigos ni de aquí ni de ninguna parte.

Cuando ya pensabas que sólo podías morirte o matarlo, apareció él, el caballero que te abría la puerta cuando ibas cargada de bolsas, y llegaste a pensar que te salvaría, incluso de ti misma.

Zum zum, una onomatopeya. *Zurvanisme*, un término demasiado complicado. *Zwitterió*, denominación genérica de los compuestos de estructura betaínica.

28

UNA LENGUA BLANDA Y GRANDE

Era como si lo conociera desde hacía mucho tiempo. Pase, pase, había dicho, y yo gracias. Hablaba la lengua del país con ese acento tan de payés y me hizo gracia, me fijé en él más de la cuenta. ¿Puedo venir a verte cuando acabes las clases?, dijo, y yo, que no sabía ni quién era, debí de abrir los ojos como naranjas. ¿A las cinco el lunes? Vale, dije, yo sabiendo que podía ser una opción. Diría que me enamoré, pero de tanto leer a Erich Fromm y de tanto hablar ya no sabía qué era amar y enamorarse ni nada de todo eso.

El lunes me solté el pelo antes de salir de clase y la amiga número dos me dijo ¿qué haces? He quedado, tengo una especie de cita. Venga

ya, ¿a las cinco de la tarde? ¿Y qué quieres? Cada una tiene sus limitaciones.

En cuanto me vio me dio dos besos, y yo le habría dicho que eso no pegaba en un moro, pero es que él lo disimulaba muy bien. Los encuentros de las mejillas fueron largos. Mira. Yo sólo te he dicho que sí, que vinieras, porque de hecho me quiero documentar para escribir una novela, ¿sabes? Y supongo que tú debes de ser de esos inmigrantes que viven solos y tal. No te lo crees ni tú, debía de pensar, y caminamos hasta el club que había más arriba, donde medio a oscuras ya me dijo que estaba loco por mí. ¿Qué? Si no me conoces de nada. Te conozco y te he seguido durante los últimos seis meses, te quiero. Te quiero, te quiero, sonaba dentro de mi cabeza y lo único que yo podía hacer era reír. No puedes quererme si no sabes cómo soy. Claro que puedo. Sólo dime que me darás una oportunidad. Al oír aquello cualquier otra con la autoestima equilibrada habría huido corriendo y hubiera notado que iba más quemado de lo que suelen ir los hombres a su edad, además no era mi tipo ni de lejos. Pero aún tenía asumido que si un hombre me miraba era porque tenía algo en la cara y no dejaba de limpiarme las comisuras de los labios o bien las mejillas hasta que paraba y le decía ¿qué? ¿Qué pasa? Aún no entendía que pudiera gustarle a alguien de esa manera.

No tuve ni tiempo de pensar si me gustaba o no y ya tenía su lengua cuello abajo. Dios, qué lengua más grande y blanda, no podía ser que tuviera ese sabor y que me gustara a pesar del olor. Puede que fuera el ardor o la necesidad de huir de tantos problemas lo que me impidió decir que no, no, yo no hago estas cosas. Era diferente de mi primo, era más experto y me llevaba a lugares que yo no conocía, pero él sí. Me vi con él encima, restregándose contra mi cuerpo en aquel espacio no demasiado privado, emitiendo aquellos gemidos como de cerdo, y me imaginé que yo también quería eso, que ya era hora y que sería la mejor opción.

¿Cuándo nos volveremos a ver?, dijo en cuanto salimos del espacio en semipenumbra, y yo pensaba ay, Dios, que no le reviente dentro de los pantalones, que debe de estar a punto de explotar. Mira que si me dices que no quieres verme más, yo me mato, ¿eh?, y entonces también

debería haber huido, pero dije mañana, en la biblioteca, a las cuatro y media.

Llegué temblando a casa, pensando si se notaría su olor en mi ropa, en mi boca, si madre olería el tabaco que él se había fumado antes de besarme o si vería la culpa en mi mirada huidiza. Ella era peor que padre para esa clase de cosas.

No sé si él había estado alguna vez en una biblioteca, aún no sé si alguna vez ha leído un solo libro, pero no había muchos otros lugares seguros en aquella ciudad capital de comarca. Fui yo la que dijo vamos, y subimos a visitar el museo donde colgaban pieles trabajadas de todo tipo y de todas las épocas. Ya hacia el final de la exposición él se me volvió a arrimar y yo ya no me acuerdo si era la emoción del peligro de ser descubiertos o tan sólo la emoción a secas de aquella época y aquel estado de ánimo.

Pronto descubrimos un local de comida rápida donde no nos encontraríamos a ningún moro, que eran los que más me conocían y podían correr a contárselo a padre, hemos visto a tu hija con un chico haciendo esto y lo otro. Qué vergüenza, qué deshonra. Nos sentábamos siempre a la misma mesa, que quedaba medio oculta detrás de una columna, y allí dejábamos ir nuestras lenguas y nuestras manos tanto como podíamos. Yo no sabía ni que tenía ese tipo de habilidades, ahora te la meto yo, ahora me la metes tú, que te recorro el paladar, que si entre los labios y las encías tienes un punto sensible. Él de vez en cuando se encogía como podía por encima de la mesa, tan pequeña, y con los brazos doblados pasaba la mano para frotarme los pechos, para apretármelos con fuerza. Todo era como una carrera para ver quién la hacía más gorda o quién se atrevía más que el otro. A mí los retos me han podido casi siempre, y más en estos términos, o sea que pronto me vi pasándole la mano disimuladamente por la entrepierna y hubiese jurado que incluso una punta asomaba por los pantalones del chándal. Que si yo hubiera sido alguien que pasaba por delante de nosotros habría dicho, por favor, buscad un hotel de una vez; seguramente debía de ser eso lo que pensaban los camareros.

Cada vez tardaba más en volver de la biblioteca y creo que a aquellas alturas madre ya se lo olía todo, que ya me lo notaba tanto en la cara que no sabía si tantas mentiras podían durar mucho más.

¿Dónde estabas? Ya te he dicho que tengo mucho trabajo buscando cosas, que no puedo hacerlo en casa, y no la miraba a los ojos y eso me delataba. Me habría gustado contárselo todo, madre, estoy tan enamorada, creo que ya le amo, es tan sensible que llora sólo con imaginar que no me hubiera conocido nunca, me quiere tanto y tanto que nunca le dirá nada a nadie, pues él no es de ese tipo de hombres.

Ya hacía un mes y medio que salíamos y llegó Navidad y él me regaló aquella cadena con dos pequeñas palomas de plata, una cadena que ahora no sabría decir dónde he dejado. Yo lo guardaba todo, el envoltorio, la cajita gris. Te quiero, decía la tarjeta, y yo le dije yo también te quiero. Le regalé una cafetera de seis tazas, no sé si había entendido que no tenía o que quería una o que la necesitaba. Una cafetera que tiré no hace mucho, de tan vieja que estaba, pero que de hecho era de él, un regalo mío, pero suya.

29

TU SEXO NO ES MI SEXO

Tengo que ir a correr, y madre ya no entendía nada. ¿Cómo que vas a correr? ¿No lo ves? Tengo que adelgazar un poco, y ella no debía de ver nada. Voy a correr, no pasa nada, es de día y hay mucha luz, no pasa nada.

La bruma de la mañana se me adhería a los huesos mientras hundía las manos dentro de los bolsillos del abrigo. Tenía que caminar rápido un rato hasta llegar al cruce de caminos de tierra en el que habíamos quedado. Entonces me enseñaría dónde estaba la masía en la que hacía de masovero, que es un decir, porque la tal masía eran cuatro pocilgas de cerdos y un par de habitaciones en las que se había arreglado cuatro cosas para vivir. No pago alquiler y encima tengo un sueldo, ¿qué te parece? A mí todo aquello me pareció horroroso, unas paredes cubiertas sólo de cemento, unos colchones sucios en el suelo, unas butacas pringosas, un mueble tan antiguo como indefinido. Horrible, sólo tenía ganas de salir corriendo, y lo debería haber hecho un rato antes, cuando a medio camino me quedé sin respiración, me puse a llorar y lo abracé, y él no entendía nada. Oye, que si no quieres venir, no hay ningún problema, si quieres nos vamos, no estás obligada. De alguna manera yo sí que estaba obligada, pero aquellos campos tan

poco resguardados y yo con él al descubierto del mundo, de Dios y sobre todo de padre, que podía pasar con la furgoneta y descubrir que su hija preferida era lo que él había sospechado, una puta.

El olor a cerdo no se te va de la piel por mucho que te laves. No se sabe por qué, pero ya puedes usar lejía, si quieres, que eso no se va, aunque entonces ya me había acostumbrado. La estufa de leña del comedor daba tanto calor que me ardían las mejillas; dijo ¿quieres tomar algo?, yo estaba haciéndome un café. No, no, gracias, y todo era una especie de acabemos de una vez que me tendría que marchar. Pues ven, ven conmigo, y me besaba y yo no sabía dónde me llevaba. Un colchón doble con una manta de flores encima. No tardé mucho en verme tumbada, ¿por qué tenía que ir todo tan de prisa? Aún estaba pensando en eso cuando me encontré frente a él sólo con bragas y sujetador, rígida y no chorreando, como debería haber estado. Por qué no dije no, aún no, yo no quiero, no quiero esto. Quería demostrar que tenía tanta prisa como él, que a pesar de la diferencia de edad, yo sabía muy bien lo que hacía. Y no tenía ni idea.

Quería quitarme las bragas y yo apreté las piernas tanto como pude, venga, tranquila, no haremos nada que tú no quieras, sólo te las quito para que estés más cómoda. El olor a cerdo continuaba siendo literal. Déjame hacerte esto, sólo esto, no te la meteré dentro, te lo prometo, sólo quiero sentir tu calor. Yo no me atrevía ni a mirar su miembro, no sé cuánto rato llevaba sobre mí cuando dije tengo que irme, ya hace demasiado tiempo que estoy fuera de casa, y padre se despertará y no me encontrará y empezará a sospechar y, y... no supe cómo se había corrido, aquellos pantalones de chándal que llevaba parecían manchados, pero no habría podido asegurarlo.

Tuvimos muchos otros domingos como aquél y muchas tardes de biblioteca que no eran de biblioteca. Hasta que quizá se dejó llevar por la emoción o lo dijo de verdad, pero soltó un «casémonos». Yo sólo podía reírme y reírme y se ve que él hasta se ofendió. Casémonos y estaremos juntos para siempre, es contigo con quien quiero formar una familia, con quien quiero estar cada día de mi vida, no puedo vivir si no estás a mi lado. Yo seguía riéndome. ¿Y qué? ¿Vendrás a pedirle la mano a padre? Tienes un trabajo de tres horas al día, una casa que no es ni casa ni es nada, no te dará mi mano.

Continuaba siendo la mejor opción, pero no era bastante, que la hija de Mimoun es la hija de Mimoun y todo el mundo sabía cómo se las gastaba.

Buscaré un trabajo y un piso, ya lo verás. El médico me dijo que debía llevar una vida más tranquila, pero por ti lo haré, trabajaré diez horas al día y reuniré suficiente dinero para la dote. Yo es que estoy estudiando y me gustaría ir a la universidad. Ningún problema. Yo es que no seré una esposa de las que se quedan en casa a limpiar y a cocinar, quiero trabajar, quiero salir, las labores del hogar han de ser compartidas. Ningún problema. Debía de ser la presión de su entropierna lo que le hacía decir que sí a todo, o puede que se lo creyera de verdad. Yo me sentí conmovida de que un hombre nacido en el mismo lugar que todos nosotros pudiera ser tan diferente de padre.

Miraba los anuncios para él y le decía, mira, este trabajo te puede interesar, este piso te puede ir bien. Para los pisos llamaba yo directamente y después quedaba él con el propietario, era difícil, de todas formas, es que ya está apalabrado, le decían. A los trabajos yo había llamado una sola vez y se ve que no le hizo ninguna gracia. No puedes llamar tú para que me contraten. Siempre podrías ir a trabajar con padre, si quieres te recomiendo. ¿Y qué más? ¿Tú sabes la fama que tiene entre sus trabajadores? No, gracias, antes a pan y agua.

Después de mucho buscar, encontramos aquel piso minúsculo al final de la calle de Gurb, con unas cortinas de color amarillo, un sofá cama dentro de un mueble y un montón de cojines gastados. Un lavabo pequeño pequeño y una cocina con sólo un par de fogones, que gastaban mucha electricidad, según él.

Aquello se convirtió en nuestro refugio y yo tuve que buscar la forma de esconder la llave para que madre no la encontrara, que todos lo sabíamos, que nos revolvía las bolsas y que lo sabía todo de nosotros para protegernos de padre, algo muy normal, claro.

Tuve que esconder también las tarjetas de teléfono que él me compraba para telefonarle y hablar durante ratos tan largos que las piernas ya me dolían de estar allí de pie aguantando la cabina. Pero lo que seguía siendo más difícil de ocultar era la culpa, que ya debía de supurarme por todos los poros de la piel.

Hasta que un día entró padre y me dijo riendo, él, que no me hablaba nunca, ¿a que no sabes lo que me ha pasado hoy? ¿Te acuerdas de aquel chico que un día vimos en casa de Jaume, el hijo de *rhaj* Hammou, ese que hace tiempo que corre por aquí? Pues no se le ha ocurrido otra cosa que pedirme tu mano. Tiene gracia, le he dicho ¿es que te crees que lo más valioso que tengo se lo daría a un vago como tú? Anda, lárgate y no vuelvas a ofenderme de ese modo, ¡le voy a dar mi hija a un camello!

30

DÁTILES CON LECHE

Quizá sí que nos queríamos, quizá no era todo un espejismo. En mi defensa debo decir que era el tipo de hombre que sabía decirte exactamente lo que querías oír, y en la suya tenemos que decir que no tuvo una vida fácil y que, a pesar de todo, era lo que podría considerarse una persona afectuosa.

Por eso, al recibir la respuesta de padre a una posible proposición de matrimonio por su parte, se hundió. Nos abrazamos durante unas horas en las que yo debía estar en matemáticas, en filosofía, en literatura o en tutoría. No era la primera vez, la amiga número dos le había explicado a la tutora que sabes qué pasa, es que su padre no la quiere dejar continuar en el instituto y, claro, habrá días en que a lo mejor no podrá venir, pero dice que es peor que aviséis en su casa, que entonces él se pone muy furioso y le pega y todo.

Yo me quedé abrazada a él un día entero, y también el siguiente, pero ya no sabía qué hacer con mis pensamientos, allí, acomodada entre él y la pared, la cama tan estrecha y las horas tan muertas. Eso si no intentaba penetrarme, yo seguía diciendo no, todavía no, y él es que no lo conseguiremos, te perderé para siempre y no podré continuar viviendo, sólo esto, ya no me quedan motivos para seguir adelante.

En aquel momento también tendría que haber huido muy lejos, pero me compadecí de él, una vida tan difícil y ahora eso. No sufras, amor, saldremos adelante, tú y yo estaremos juntos tarde o temprano, ya lo verás, y mi voz sonaba poco creíble, como de telenovela barata.

Dejó el trabajo y no quería salir de casa. Yo decía en la mía, tengo que ir a comprar esto o tengo que ir a hacer tal recado, y cada vez tenía

menos excusas para escaparme tan rápido como podía y arañar unos minutos con él. Los fines de semana era más complicado, sobre todo los domingos. Los sábados por la mañana al mercado, siempre y durante horas, pero los domingos costaba encontrar una excusa. Voy a casa de la amiga uno era un riesgo para mí y para ella, que si llamaban y yo no estaba... A esas alturas parecía que ya no era posible vivir sin riesgos, sin tener que tomar una decisión cada día, a veces muchas.

Dejó el trabajo y no tenía ningún otro y ahí también tendría que haberme dado cuenta, pero eso no lo sabría si no hubiera vivido aquel tiempo. Lo único que quiero, que le pido al mundo, es poder pasear por la calle cogiéndote de la mano sin que nadie nos pueda decir nada, que no nos tengamos que esconder más, que no hacemos daño a nadie. Era y no era eso, porque al cabo de un rato ya volvía a decir ¿y si lo probamos?, si estás tan segura de que acabaremos juntos, tanto da que lo hagamos ahora o la noche de bodas. Todavía dije que no un poco más.

Se le fue acabando el dinero y yo lo compadecía cada vez más. ¿No has pedido el paro? Se ve que en este jodido país si eres tú quien deja un trabajo ya no tienes derecho a recibirlo. ¿Y no piensas buscar trabajo? Pero ¿es que no ves cómo estoy? Empezaba a llorar con unas lágrimas gruesas que le rodaban rápidas hacia abajo, y yo no sabía ni qué decir ni qué hacer. Lo abrazaba, pero era el día en que ya no tenía ni tabaco, era el día en que la nevera estaba casi vacía, era el día en que me quedé el cambio de la compra y le llevé patatas, huevos, tomates. Era el día en que hinché los precios de lo que compraba para casa en el mercado y me quedé con la diferencia entre el precio real y lo que yo había puesto para comprarle tabaco y una tarjeta de teléfono, que para entonces ya le tenía que llamar yo.

Cada vez me iba a dormir más tarde, es que por la noche me vienen todos los males, decía. Sentía que le pasara todo eso, pero si abría la puerta del pisito y él dormía, yo decía buenos días, amor mío, y él túmbate conmigo que tengo mucho sueño, y a mí me dolía estar allí a su lado sin hacer nada, yo, que había tenido que hacer tantos malabarismos para arañar aquellos instantes. Una parte de mí decía despiértalo y que se aguante el sueño, ¿es que ya no se emociona de tenerme aquí? ¿Es que no le había costado todo tantísimo? Mi otra

parte decía qué egoísta eres, él está sufriendo y tú aquí pensando sólo en ti misma, qué egoísta, madre de Dios.

A esas alturas madre ya empezaba a sospechar, o puede que ya hiciera días que sospechaba. Cuando padre contó todo aquello de la petición de mano, yo no puse cara de sorpresa, se me notó en el rostro la intriga del ¿qué le habrá dicho? Y después se me debía de ver la decepción reflejada en cada músculo facial. Padre no vio todo eso, pero madre, que es más lista para ese tipo de asuntos, me miró un momento y se quedó callada, dejando unos puntos suspensivos en el aire...

Tú y yo nos casamos. Me da igual lo que diga tu padre, tú y yo nos casamos y punto. ¿Qué dices? En algunos aspectos, yo había recuperado mi faceta musulmana, aunque no sé si tanta relación prematrimonial entra dentro de los cánones. ¿Recuerdas cuál era el ritual de los inicios del Islam? No hacían falta bodas, ni peticiones de mano, ni tantas historias, todo era más puro, más simple, y sólo era preciso tener a Dios por testigo. Continué inventándome aquel pasado remoto y le dije piensa que es una boda de verdad, necesitaremos dátiles y un poco de leche.

Yo te doy a ti a beber de esta leche, yo te doy estos dátiles para comer y tú haces lo mismo por mí. Después decimos la *xahada* y ya está, ya podemos hacerlo. Yo hasta había comprado un par de anillos de plata. Él de repente se animó y dijo, ¿ya? ¿Ya? Sí, podemos probarlo, ¿tienes los preservativos? Es que a mí no suelen irme bien, ya lo sabes, me cuesta mucho que me entren y se me hace incómodo. La primera vez no pasa nada y te prometo que pararé a tiempo.

Yo sabía que la primera vez pueden pasar muchas cosas, pero no me resistí demasiado. Tenía los muslos rígidos y él me dijo tranquila, no te haré daño, pero yo era como una pared y lo intentó tantas veces que al final se cansó, se masturbó solo un rato y acabó eyaculando sobre mi pubis. Tu madre debe de haberte cerrado, como si no tuviéramos bastante con tu padre. ¿Cómo? ¿No recuerdas que te hiciera pasar por encima de un fuego con un montón de cosas quemándose que te humease entre las piernas? No lo sé, dije, no lo sé, pero yo ya sabía que el problema no era madre, que era yo, que aún no quería.

UNA FOTO COLGADA DE LA PARED

Hacía tiempo que madre sospechaba y yo lo sabía. Y era saber que el otro sabe que le engañas y era yo que ya no era su confidente porque a mí ella nunca me había hecho de confidente. Ya no me contaba cosas, pero es que yo no había podido contárselas nunca. Comenzaba a sospechar que crecer era eso, no poder ser la que habías sido delante de los que siempre habías conocido.

Hasta que vino a mi habitación y dijo todavía tiemblo de haber oído lo que he oído, todavía no puedo hacerme a la idea y le he dicho a Soumisha que es imposible, que mi hija no hace ese tipo de cosas, pero ahora ya no sé nada de ti, a veces ya no sé ni quién eres. Dicen que ese hombre que le pidió a tu padre tu mano ha jurado que se casará contigo como sea, porque tú le quieres y has estado saliendo con él durante el último año. Han contado que tiene una foto tuya colgada en el comedor de su casa y que su madre ya dice en el pueblo que la hija de Driouch va a ser su nuera.

Sentí mucho frío en las mejillas, después calor y esa sensación de querer vomitar el mundo entero. Pero qué dices, yo no lo conozco de nada y todo eso se lo ha inventado la gente. Dile a Soumisha que no se crea los chismorreos. Tú, madre, ya sabes cómo va esto, que la gente nos tiene envidia y no puede aguantar sin intentar hacernos daño. Ahora que llevamos una temporada más tranquila con padre, ahora que él gana tanto dinero y ya ha acabado la casa nueva de allí abajo, yo jamás haría algo así. Repetía y repetía la letanía del mira que si eso llega a pasar, yo saldría de casa antes que tú, y no por voluntad propia, que se me llevarían en un ataúd y tú me estarías velando. Me mataréis a disgustos, me mataréis. Pero si yo no he hecho nada, madre, yo no he hecho nada malo.

Yo sé que ella habría podido sacar en ese momento la artillería pesada y que tenía mil detalles que demostraban que yo no era tan inocente como pretendía, que habría podido sacar una cadena de palomas enamoradas que guardaba en el cajón, y una llave escondida en uno de los bolsillos de la cartera, habría podido utilizar mucha más información de la que sacó entonces. Y no lo hizo. Yo aún no sé si fue por la cara de miedo que me vio, porque no quería un enfrentamiento

directo o únicamente porque me quería, pero no me atacó del todo y aquello quedó tan sólo en una batalla.

Fue a partir de entonces cuando empecé a tener vértigos a primera hora de la mañana y un peso sobre el pecho a primera hora de la noche. No podía respirar, pero se me pasaba cuando estaba con él, sólo, no puedo, no puedo, no puedo, y jadeaba mientras lloraba como nunca.

Nuestro pacto era secreto, ¿verdad? No tenía que saberlo nadie, ¿verdad? No, claro que no, y por eso no le he contado nada de lo nuestro a nadie. ¿Ah, sí?, ¿y por qué mi madre sabe que tienes esta foto mía aquí?, ¿por qué sabe hasta la ropa que llevo? ¿Por qué tu madre le ha dicho a medio pueblo que yo seré su nuera de aquí a nada? Y él que no, que no, que todo eso son mentiras, que no te das cuenta, que tu madre te ha tendido una trampa porque sospecha algo y sólo quiere que se lo confieses todo, yo no he dicho nunca nada y me hago cruces de que dudes de mí, me hago cruces de que ya no me quieras. No puedo creerme que llegues a pensar eso de mí, ¿es que no sabes que tenemos a todo el mundo en contra y que esa clase de mentiras son muy fáciles de inventar? Si saben que te quise pedir en matrimonio es fácil imaginarse que nos podíamos haber visto antes y que tú podías haberme dado una foto, es fácil imaginárselo, y quien no está a nuestro favor sólo tiene que pensar un poco. No puedo creer que ya no me quieras, y estoy harto de que todo sea tan difícil. Yo tan sólo le abracé y repetí claro que te quiero y no me atreví a preguntar eso que decía padre de que había sido camello.

El médico dijo esto son ataques de ansiedad, y sonaba tan grave que todavía me asusté más. ¿Tienes motivos para estar así, algún problema personal? No, doctor, no, mi vida es perfecta, quería decirle, como la de cualquier adolescente que se está haciendo mayor y no sabe cómo. Como todos, supongo, le dije, y me dio aquellos tranquilizantes que me tenía que poner debajo de la lengua si me venía otra vez la angustia. La comadrona me dijo si quería tomar pastillas, que quizá la dificultad para penetrarme fuera sobre todo por mis miedos a quedarme embarazada, y me preguntó si era eso lo que realmente quería hacer. Sí, estoy convencida, quiero que sea con él.

Le debió de parecer que ayudaba a una pobre mora a deshacerse de las costumbres antiguas de su pueblo, de su cultura, que le exigía llegar

virgen al matrimonio. Le vi aquel gesto de odio, Señor, qué pena, con lo guapa que eres.

Pero yo no soy la clase de persona que es cuidadosa hasta el extremo de esconder los secretos que le convienen. Fallé en muchos puntos y eran mis errores los que hacían angustiarse a los demás, los que hacían sufrir a madre. Ella estaba barriendo mi habitación y dice que vio una especie de pastilla, pequeña pequeña, que ella ya sabía para qué era. Debí de temblar sólo con imaginarse que había llegado hasta ese punto y no me dijo nada, al menos no entonces.

Yo me relajé un poco, aunque no lo bastante como para que su miembro consiguiera entrar dentro de mí. Dijo ya basta y abrió el estante más alto del armario, sabía exactamente dónde y qué buscaba. Sacó una pequeña bola de color marrón y la deshizo como tantas veces le vi hacerlo a padre. ¿Qué haces? Con esto te relajarás y lo conseguiremos, ya lo verás. A mí me resonaban las carcajadas de padre diciendo mi hija a un camello, madre mía, un camello, un camello, un camello.

No noté ningún efecto demasiado espectacular, sólo tosí, y puede que fuera que no supe fumarme el porro, pero no vi nada del otro mundo y me reí como me he reído otras veces sólo con una calada. No. Pero noté que los músculos cedían y que los tendones de las ingles se convertían en gelatina. Me dejé caer y él no tardó en embestirme. Ay, grité. Lloré, sollocé como si aún tuviera dos años, pero no era sólo el dolor, era que ya me había cavado una fosa a mí misma o era que empezaba a tejer el camino hacia la derrota definitiva del patriarcado.

32

COSÍA

Era verano y ya no había clases, ni trabajos que acabar en la biblioteca ni actividad alguna que hacer fuera de casa. Quería trabajar y padre dijo que no, quería hacer cursillos, deporte, ese tipo de actividades que salen en «el verano es tuyo, vívelo» o en programas por el estilo, pero todo era no, no y no. Madre decía de qué va a servirte todo eso, que no haces más que traerme problemas. No había viaje de vuelta, no había amigas, pues todas habían ido siendo prohibidas, ésta porque es así, ésta porque tiene novio, y yo que quería decirle ¿y qué

quieres?, las chicas suelen tener novios a estas edades, ¿qué quieres? Pero no decía nada y trataba de maquinar algo que me hiciera más ligero el verano.

La perspectiva de los dos siguientes meses, éste será tu último año, ya lo sabes, pero yo seguía matriculada, era trabajar en casa por las mañanas, tomar el relevo de madre en su capacidad transformadora de casi todo, leer, mirar la televisión cuando padre no estaba en casa, hacer la comida o la cena, servirle, llevarle el agua, llevarle las zapatillas. ¿Quieres que te mastique la carne también?

Aún tendría los sábados por la mañana, que siempre suelen tener ofertas interesantes, las gitanas y las compras no se acaban nunca. He encontrado una tela por muy poco dinero, he encontrado toallas a precio de fábrica, dos sujetadores a precio de uno y todo el año preparando un regreso que podía durar dos semanas pero que no era nunca un regreso sino un simple viaje a un lugar conocido. Estaban los sábados por la tarde, todavía acompañando a madre a comprar, todavía traduciendo a duros lo que ya no eran ni pesetas, todavía diciendo mira, este suavizante sale mejor de precio, este yogur te irá bien para el estreñimiento, ¿y si compráramos los helados de régimen para nosotras dos? Pero nada era igual con madre, costaba mucho reírse de las mismas cosas que antes y yo presentía que echaría mucho de menos todo aquello. ¿Qué haría madre sin mí si yo decidía dejarla y marcharme? Quizá fuera por eso que no me iba y punto y que me complicaba tanto la vida. Los domingos por la tarde eran casi todos de visitas a obras en construcción, de mira que les he dicho que no dejaran eso por en medio, mira que ese imbécil que he contratado no sabe poner bien un ladrillo. El mismo discurso de siempre, fuese con quien fuese, las mismas quejas. E incluso eso habría echado de menos si me hubiera ido y punto.

La idea salió de un anuncio: aprender a coser, corte y confección, para ser más concretos, y madre dijo, ah, estará bien, y padre preguntó por el horario. De seis a ocho de la tarde, pero ahora oscurece mucho después y que de acuerdo, que puedes ir a hacer la matrícula. Le expliqué a la maestra que sólo podía asistir una hora, qué le vamos a hacer, a ver qué saldrá en una hora. En una hora tomaba medidas, hacía los cálculos y empezaba el patrón, algún día llegaba a cortar o

embastar, pero no mucho más. La otra hora era para ir corriendo a buscarlo, abrir la puerta y ver que estaba a punto de llegar, que ya volvía de trabajar y decía que volvería a intentarlo, que pediría mi mano de una forma que él no podría decir que no.

Les había dicho que la escuela estaba mas lejos de lo que estaba para poder arañar veinte minutos más, a veces veinticinco, treinta, y a los cuarenta ya me decía por qué has tardado tanto. Nada, que me he despistado y no he visto que ya era la hora de acabar. Cosía por la mañana para avanzar la labor que supuestamente hacía por la tarde, faldas largas hasta los pies, pero bien estrechas y con un corte detrás hasta debajo de la rodilla. ¿Qué clase de falda es ésta? ¿Estás segura de que no te la han hecho demasiado estrecha? No podrás caminar. Yo decía que el patrón que nos enseñaban era así, que el primero siempre era así y que después ya aprendías a hacer cosas más complicadas. Aún con ello, madre parecía calmada, debía de pensar que me tenía más controlada, que yo ya no tenía tanto rato para poderme encontrar con nadie.

Una hora y veinte minutos pueden dar mucho de sí. Para que él llegara y yo pensase debe de venir con hambre y le hiciera algo para comer, buscaré un piso un poco más grande, hablaba mientras masticaba amorrado al plato. Si no, no habrá manera de que tu padre acepte, y en la empresa donde trabajo lo conocen, le pueden dar buenas referencias. Una hora y veinte minutos dan para ducharse, para un clavo bien rápido, más de compromiso que de placer. Yo no tenía tiempo para excitarme y aquel mete saca sólo le iba bien a él, pero yo hacía ah, uh, mmm, uy, ay. Porque lo que yo quería eran abrazos, besos tiernos, miradas a los ojos de esas que te hacen sentir acompañada en el mundo, única en el mundo. Él sabía hacer ese tipo de cosas, pero estaba tan cansado que después del clavo rápido, ah, ah, aaah, uau, cogía el mando de la tele y el abrazo era a medias y las miradas escasas.

Hasta que llegó un día en que entré y me encontré con una chica sentada en la cama que hacía de sofá, una chica de aquí muy delgada pero con un culo y unos muslos enormes, colgada, que diríamos en la ciudad capital de comarca, hola. Hola, dije, y creo que no sonreí. Hola, reina, te presento a una amiga, me parece que no os conocéis. Habían estado solos todo el rato, él y ella solos en aquel piso de cortinas

amarillas con las bolas de tantos años. Padre siempre había dicho que a un hombre y a una mujer no se les puede dejar solos, y aún menos a cubierto de miradas, que no, que no, ni que sean primos, que no hay demonio que no intente meterse entre ellos. El demonio debía de ser el sexo o un beso o que te den por el culo y te guste, da igual. La toleré unos cuantos días, o puede que fuéramos las dos las que nos tolerábamos, y él decía pobre chica, es que su madre la trata muy mal y no tiene padre, me da una pena... La misma que te di yo, pensé, ¿por qué está aquí cada día? ¿Y nosotros qué? Hago muchos malabarismos para estar aquí cada tarde. Ya sabe que nos vamos a casar, que yo no tendré nunca nada con ella, que ya sabes que yo sólo te quiero a ti. Ya le gustaría a ella, ya, pero no es mi tipo. Cerraba la puerta detrás de mí después de un beso fugaz y volvía dentro con ella, a solas, a solas, a solas, y yo no era tan tonta de creerme todo aquello.

Después llegó ese día en que abrí la puerta y él no estaba, no había nadie. Lavé los platos del fregadero, puse aquel programa donde todos cuentan las desgracias que les han pasado y se emocionan al reencontrarse después de tantos años. Hice un revuelto de huevos con cebolla y tomate, el té, siempre mirando el reloj, tictac, aún no llega, tictac, ¿dónde debe de estar? Tictac, ¿y si le ha pasado algo? Tictac, ¿qué debe de hacer? Me sentaba en el sofá, me levantaba, cambiaba de canal y ya dudaba de que ese día hubiera tiempo para un clavo rápido y fingido. Se acercaba la hora en la que me tenía que marchar y ya dudaba de que hubiera tiempo para un abrazo, para un fugaz beso de despedida. Tictac, el tiempo se acaba.

33

VÍAS ALTERNATIVAS DE LIBERACIÓN

Dejé una nota: si ya no me quieres, más vale que me lo digas, que así ya lo sabré. Más hubiera valido, pero el verano se precipitó de repente, de hecho, todo fue muy rápido.

Volví al día siguiente, con el orgullo herido e incluso arrepintiéndome y todo antes de llegar, pero fui, había invertido demasiado en esa relación. Un culo más gordo que el mío no estropearía mi libertad sostenida.

Él estaba allí, con el cigarrillo entre los dedos, que me parecieron demasiado gruesos. Apretando los dientes y la mandíbula como hacía padre, rojo y con los ojos aún más enrojecidos. ¿Estás ya contenta?, me dijo con la voz temblorosa, ¿es esto lo que quieres? Y yo que venía dispuesta a abroncarlo no supe qué había hecho, me asusté, lo vi huyendo de mí, herido, me sentí culpable, pero todavía me sentí más amenazada de perder cualquier puerta de salida, la única que pensaba que me quedaba, la que debía conciliar mis mundos.

Le caían lágrimas incesantes cuando yo le dije es que vine y no estabas, no me vengas con que no estabas con ella. Por un día que no me acuerdo que tenías que venir, por un día ya has de dudar de mis sentimientos. Tú sí que has dejado de quererme, tú sí que estás harta de todo esto y quieres tirar la toalla, me dejarás después de haberme prometido que me querrías siempre y yo no tendré otro remedio que morirme.

Pero ¡qué dices! Si eres tú quien últimamente está muy raro, eres tú quien no me mira, que traes mujeres a casa, que vas aplazando la petición de mano, que me dejas plantada. Las lágrimas eran gruesas gruesas y yo no sabía qué hacer con un hombre que lloraba así, si ni siquiera he sabido nunca qué hacer con una mujer llorosa, si se me hacía extraño pasarle la mano por la espalda, decirle tranquila, no pasa nada, va, venga, y abrazarla. Lo único que pude hacer fue romper a llorar en silencio. No se puede aguantar más, esta situación nos acabará destruyendo como pareja, ya no podemos escondernos más.

Nos abrazamos con las historias de engaños y abusos del programa de la tarde de fondo, a ver, es que ella nunca estaba por mí y tú sabes que un hombre necesita lo que necesita, y yo decía ay, aaah, pero puede que esta vez no fuera sólo por acabar, que ya se sabe que los clavos de reconciliación son más profundos, más reales. Claro, la otra se me puso a tiro, ¿yo qué iba a hacer?

Subía la escalera, la volvía a bajar, la subía, la bajaba. Primero, tenía que hablar con madre y hacerle la propuesta sin que adivinara que la relación duraba ya dos años. Ella tenía que decírselo a padre y entonces, a esperar la reacción. Todo se precipitó tanto que yo no podía escuchar mis pensamientos, de tan fuerte que me notaba los latidos del

corazón, en las sienes, en el pulso, en los tobillos. Eso era miedo, y nada más.

Madre, tengo que hablar contigo. Hay una persona que quiere venir a pedir mi mano y (silencio largo) quiero que padre le dé una oportunidad, que lo escuche, que si no quiere que trabaje, ni que estudie ni que me case, yo no sé qué voy a hacer aquí toda la vida. Se llama así, es hijo del *rhaj* Hammu. Pero ha cambiado mucho y... (silencio todavía más largo ante la mirada impertérrita de mi madre). Dios mío, dime que esto no me está pasando a mí, Señor, apiádate de esta pobre mujer que lo ha dado todo por sus hijos y mira cómo se lo pagan. ¿A qué venía el plural?, era yo quien le hablaba, y no sus hijos. Has estado saliendo con él todo el tiempo, ¿no es cierto? No, no, no, me lo encontré por la calle y hablamos, eso es todo. Ha hablado conmigo a través de la amiga número uno y de la amiga número dos. Yo no he salido con él.

Tu padre no querrá de ningún modo, ¿es que no sabes que ese chico se droga y vete tú a saber qué otras cosas?, ¿es que no sabes que vendió durante mucho tiempo? No querrá y a mí me mandará a tomar viento en cuanto se lo insinúe. Se lo tienes que decir, madre, yo ya no puedo vivir así, con este control y sin poder entrar ni salir. Si no puedo volver al instituto, qué quieres que haga todo el día en casa, me moriré.

Oí que padre ya había subido, que había cerrado la puerta de abajo, que había hecho el riiic de siempre. Madre esperaría a que hubiese comido, a que se hubiera lavado, que fuese a tumbarse a la habitación para echar la siesta, bien relajado, que no hubiera tenido ningún problema serio en el trabajo, ningún disgusto de esos que solía pagar con nosotros.

Hasta entonces los vientos nos estaban siendo favorables, el destino ya se transformaba en lo que debía ser. Madre dijo dice que quiere hablar contigo y yo que entro en la estancia ya sin polvo, que tiemblo, que miro al suelo para no mirarle a los ojos. Él que me dice ¿es que te has vuelto loca o qué?, ¿qué es eso que me cuenta tu madre? ¿Quieres que hable con ese haragán? ¿Quieres que me tome en serio la opción de que mi hija acabe casada con un traficante como ése? Pero ¿para qué me he esforzado yo tantos años en subirte? Eso sería como malograrte, ni más ni menos, y creo que vales demasiado como para hacer algo así.

Hablaré con él, pero será para romperle la cara, qué se habrá creído para hablar con mi hija. Y tú le dices que te deje en paz, que no quieres saber nada de él.

Debía contener las lágrimas si no quería que se supiera que sí lo conocía, que lo amaba, que quería pasar el resto de mi vida con él. Entonces aún sabía callarme ante la autoridad, y me fui a mi habitación para ahogar allí un grito contra la almohada, sintiendo que todo era como una oscuridad que me quería envolver y que nunca cambiaría lo que me tocaba vivir. Dicen que lo que está escrito es inevitable y yo tenía la manía de conformarme.

34

LOS MÉDICOS NO SABEN ESAS COSAS

Lo vi en una sola ocasión después de que ya le hubiese dicho que no otra vez y que pobre de ti si vuelves a acercarte. Una sola vez en la que parecía que tuviera que caerse abajo, abajo en un pozo y sin demasiado tiempo para hablar, que a partir de entonces quería que uno de mis hermanos me acompañase a todas partes, alguno de los pequeños. ¿Lo dejamos correr?, había dicho él. ¿Estás loco?, ¿y yo qué?, ¿y mi virginidad qué?, ¿y mis dos años de angustias qué? Y que ya lo sabes, que vamos a estar juntos para siempre, tú mismo lo has dicho muy a menudo.

¿Qué quieres que haga? No rendirte, hombre, busca otras alternativas, envía a alguien de confianza a quien mi padre respete para que intente convencerlo. Habla con su amigo, Jaume, háblale y él te dirá cuál es la mejor forma, ya lo verás. No puede ser que no haya solución. La despedida fue más afectuosa que nunca, no sabíamos cuándo nos volveríamos a ver. Aquello sí que era encontrarse, y no las bobadas cortesanías.

Fue idea mía y acerté, aunque nunca se sabe qué es el éxito en historias como éstas, nunca. Acerté porque el mejor amigo de padre era también su confidente provisional y él aprovechó para vaciarse de historias que quizá no se deberían haber sabido nunca. No por madre, que sufrió mucho, no por todos, que lo pasamos muy mal, pero sí interesantes para conseguir el objetivo final.

Padre llegó hecho una furia y se lo contó todo a madre, que subió a mi habitación sólo unos pasos delante de él. Mira que... balanceaba la cabeza y esperaba la tormenta. Sólo quiero que me digas una cosa, una sola: ¿eres virgen o no eres virgen? ¡Padre! Sólo dime si estás tal como tu madre te trajo al mundo o ya jamás podré mirar a nadie a los ojos. Di: ¿eres virgen o no? Sí, sí, ¿cómo quieres que...?

He hablado con Jaume y con tu novio. ¿Qué novio? Tu novio le ha explicado que hace tres años que salís juntos, que habéis hecho de todo y que os habéis jurado amor eterno, que eres tú quien le ha dicho que si no te dejaba casar con él te marcharías de casa. No, no, eso no es verdad. ¿Así que no lo has visto nunca aparte del día en que te pidió si podía venir a verme?

Bueno, pero que sepas que hay más gente que puede tener esta información y que yo no pararé hasta saber qué hay de cierto en lo que me dices. No gritó, no dio ningún golpe, sólo me miró y dijo aquello de yo que confiaba tanto en ti porque pensaba que eras diferente.

No sería fácil, no, pero estar allí encerrada no era forma de pensar en lo ocurrido. Madre dijo no saldrás más a partir de ahora, nos la has armado muy gorda y veo que esto sólo es el comienzo. ¿Puedo ir a buscar unos libros, al menos?, iré con mi hermano. Nunca le había visto a madre una mirada tan dura, me la merecía, merecía que me gritase, que me pegase, que me echase a puntapiés, que me tirase a los perros. Con aquella mirada dijo no saldrás más de la habitación, ¿todavía no te has dado cuenta de que tu vida está en peligro?

No sé si fueron dos o tres los días que estuve pendiente de que se abriese la puerta, de no saber si tocaban gritos o aquella otra forma sutil de erosionarme la autoestima. Llegaba borracho y decía es culpa tuya, es por ti que estoy así y que no puedo ni ir por la calle. Le he dicho a fulano ¿a ti te suena que mi hija se haya visto con aquel chico? Y me respondía ah, sí, ya hace tiempo que salen juntos. Se lo preguntaba a otro y lo mismo. En esta ciudad todo el mundo lo sabe menos yo. Incluso Manel os vio un día besándoos a la salida del club, no puedo ir por la calle con la cabeza alta, no puedo de ninguna manera. Sólo tengo ganas de matarte, de matarme a mí mismo después porque no podría vivir con la vergüenza de que mi hija haya estado follando

con un imbécil durante tres años y yo pensando cada mañana que se iba a estudiar.

Que te cases dependerá de una cosa. Yo no te daré en matrimonio si estás intacta, pero si él te ha desvirgado no tendré más remedio que echarte, ¿qué he de hacer, si no? Dime la verdad y no haremos nada más. Ya te lo he contado muchas veces, estoy muy cansada.

Lo estaba cuando él dijo que me llevaría al médico, que me preparase porque iría a que me hiciesen una revisión y dijese si era virgen o no. En condiciones normales mi cabeza habría funcionado, habría sabido perfectamente que ningún médico haría lo que le pedía, un certificado de virginidad emitido por la Seguridad Social. Pero a mí la cabeza ya no me iba y todo me suponía un agotamiento tan enorme que sólo quería dormir, sin aquella desazón persistente en las tripas, sin llorar, sin sollozar, sin pensar que era la peor persona que se podía ser en este mundo. Aún tenía las pastillas para poner bajo la lengua y comencé a tragarme, una, dos, tres, cuatro, hasta perder la cuenta, y me tumbé en la habitación de uno de mis hermanos, más resguardada de todo. En seguida me vino un sueño como de paz, sereno.

35

EXCEPCIONALMENTE, LA VIDA PASA POR DELANTE DEL HONOR

Aún ahora no sé cuántas horas dormí. Me despertó un señor que me daba palmaditas en las mejillas y preguntaba cuántas te has tomado enseñándome el envase. Quiero dormir, quiero dormir, y él que no me dejaba, ¿cuántas, di, cuántas? Ya estaba dentro de la ambulancia y alguien me decía eh, no te duermas, sobre todo no te duermas, y no conseguía recordar cómo había llegado hasta allí. Debí de dormirme, porque la siguiente imagen es la de madre toda congestionada que me miraba como si fuese la última vez, padre a un lado diciendo te puedes casar, hija, te puedes casar y un tubo de plástico entrándome por el esófago. Alguien dijo lavado de estómago y no sé qué de carbono o carbón. Creí que había dormido mucho rato cuando me arrancaron el tubo y fue como si me arrancaran el alma.

Después me dejó en paz y no supe cuánto tiempo había pasado hasta que vi a aquel señor de bata blanca con gafas apuntando cosas con un bolígrafo. Hola, y sonreía, y era un lugar cerrado con mucha luz, las paredes de un verde tan tenue que yo no sabía si aún dormía. ¿Estoy despierta? Parece que sí, ¿quieres seguir durmiendo? No lo sé. ¿Qué hora es? Las doce del mediodía del día siguiente a tu ingreso. Anda, va, ¿quiere decir que he dormido como cuántas horas?, ¿catorce o dieciséis? Más o menos. Tu padre está aquí fuera y está muy nervioso, dice que quiere verte, que todo ha sido culpa suya.

Comencé a llorar y dije no quiero verle, no, pero ya no tenía miedo, únicamente aquella tristeza. No quiero ver a nadie nunca más, nunca más. En realidad no era que me hubiese querido matar, no lo era, sólo fue, doctor, que estaba muy cansada, tan cansada de todo que ya no podía más. Callé.

Dejé que entrasen algo más tarde y yo no sabía ver a padre llorando y pidiendo perdón y te podrás casar y tantas facilidades más. Me dieron el alta cuando yo aún pensaba que no quería ver a nadie jamás de la vida.

Después todo fueron contradicciones, todo fue un padre afectuoso, que yo no lo quería así, una madre que temblaba por dentro y no sabía explicarse todo aquello, una hija mía que se quiere quitar la vida. Los papeles se invirtieron, ella y yo no hablábamos mucho, y él me quería llevar a todas partes, me preguntaba cosas que no habría pensado nunca que fuese capaz de preguntar. ¿Cómo te encuentras hoy, hija? Era tan poco frecuente en él que me habría reído si hubiese podido. Miraba a mis hermanos y me imaginaba su mundo sin mí, todo aquello que habían vivido como espectadores, que me miraban y quizá no entendían nada.

Yo sólo pretendía protegerte, hija, sólo quería protegerte. Así fue más o menos durante dos días, puede que incluso tres. Hasta que otra vez se le trastocó la cabeza y volvió borracho.

Dicen que los grandes secretos desencadenan la tragedia cuando se destapan, ese tipo de secretos que las familias arrastran desde tanto tiempo atrás que nadie se acuerda de que existen. Lo dicen en *Espejo roto* y en otras historias, pero en este caso fue al revés, fue la tragedia

de una muerte tan cercana la que desató las lenguas y no dejó nada por decir.

Prepárate, pensé cuando oí subir a padre, ahora ya no tengo nada que perder, ya no. Prepárate porque llegaba vociferando, era de noche y tanto si yo quería como si no debía hablar conmigo. Comenzó gritando él, pero acabó diciendo baja la voz, que te pueden oír los vecinos.

Decía que todo era culpa de madre, que si ella no le hubiese hecho lo que le hizo nada habría ido de esa manera. Si yo soy la clase de persona que soy es sólo por su culpa, que yo era muy normal, antes. No es verdad, dije yo, y miré a madre. ¿Qué? Que no, que no es cierto lo que explicas, que toda esta historia te la inventaste tú y si no ¿a santo de qué ibas tú a estar tan preocupado por una hija que no es ni tuya? Pero ella lo confesó, dijo que fue su tío. Ella te dijo que había sido él para salvar la vida, para no dejar a sus tres hijos solos con un loco como tú, eso fue lo que ocurrió. Yo lo vi, yo estaba allí, y madre no paraba de decir calla, calla, no hables más y aún no he entendido por qué no debería defenderlo. Una mujer como la tuya no la tiene nadie y si quieres te cuento lo que en realidad le ocurrió en Marruecos y que es en verdad lo que ella te explicó aquella noche, pero tú lo tergiversaste todo para tener una excusa con la que poder irte de putas, para meterte en la cama con nuestra profesora, para tener una bombona de butano de compañía y para hacer siempre lo que te ha dado la real gana. Las cosas tuvieron mucha menos importancia de la que tú explicas.

Tu hermano era muy joven y ella se había subido a una silla para limpiar la estantería de la cocina. Estaba allí arriba cuando él la cogió por la cintura y le dijo que la sujetaría para que no cayese, madre se dio cuenta de que aquello no debía seguir y le avisó. O me sueltas o comenzaré a gritar. Fue todo, tu gran secreto, los enormes cuernos que llevas, eso fue todo.

36

LOS ÁNGELES TE MALDICEN O ERES TÚ QUIEN LOS ECHA

La boda fue agridulce, padre lloraba sin cesar el día que el novio vino a buscarme e hizo llorar a todos los invitados. Yo estaba contenta y

con las pastillas que me habían recetado no tenía demasiado espacio para la melancolía, no pensé en todo lo que dejaba y que nunca más sería igual, tan sólo miré hacia delante por primera vez en la vida. Fue la paroxetina, y no el optimismo.

Lo que teníamos que subir era un cuarto piso sin ascensor, sería complicado desplazar a la comitiva hasta la alcoba nupcial y hacer el último baile antes de dejar solos a los novios, pero una fiesta es una fiesta. Todavía me veo en las fotos con aquel vestido blanco roto, tan delgada que por una vez había tenido que comer para engordar.

Cómo te has quedado, reina, dijo él al desnudarme. Aquella noche hubo ternura, no diré que no, y me dormí abrazada a él, ya no tenía nada que temer, ya era libre y viviría con quien me amaba. La prueba de la virginidad, que se suele entregar a la familia del novio, nosotros se la enviamos a padre, que dijo seguro que han sacado la sangre de algún otro sitio.

La historia se podría acabar aquí, como en las películas americanas, fueron felices para siempre, pero no tenía que ser ni una película ni la historia de una relación amorosa, esto debía ser el relato de cómo se perdió el patriarcado en la línea sucesoria de los Driouch y, más a grandes rasgos, de cómo el destino no debe de estar del todo escrito. Por eso esta historia continúa.

Me habían explicado tantas veces eso de que en tu cultura la mujer pasa de estar bajo la autoridad del padre a estar bajo la autoridad del marido que ya me lo había creído. Y como el pacto con mi marido era de igual a igual, a partir de ahí todo sería diferente. Mi padre no tendría nada que decir de lo que yo hiciera, porque ahora eso era asunto de mi compañero.

Y así fue que no pude estar ni una semana entera en casa sin cocinar, sin fregar ni nada de nada, que madre me enviaba comida, porque las clases ya habían empezado en el instituto y yo tenía que volver. Puede que fuera ésa la maldición de mi matrimonio o es que ya estaba maldito desde antes. Y tenía que buscarme un trabajo por las tardes, que a mí eso de depender de alguien no me parecía seguro.

Aún era jueves cuando salimos a pasear por primera vez, la semana no había acabado y yo iba con unos tejanos y una camiseta que a duras penas me cubría el ombligo, ya no tenía que taparme el culo ni nada

por el estilo. No sólo quisimos ir cogidos de la mano por la calle, él ponía su mano en mi bolsillo de atrás y yo hacía lo mismo. No nos podíamos creer ese acto de normalidad, por fin, qué ilusión. ¿Vamos a tomar algo? Sí, pero aquí no que hay muchos moros. Y qué, dije yo, ya no tenemos que escondernos. Ya, pero no quiero que metan la nariz donde nadie los llama, prefiero ir a un lugar más discreto.

Hablando, hablando, yo mirando las ofertas de empleo, él que ya empezaba a decirme que mejor que no fuera de cara al público, ¿no? Es que los trabajos en bares y restaurantes son muy pesados, créeme, la gente no es respetuosa y a mí no me gustaría que nadie te viniera a decir nada, que ahora eres mi mujer.

Andaba yo cavilando aquel par de opiniones, aunque dudaba si no sería que quería comenzar esa especie de control sutil que suelen hacer los maridos, cuando llamó padre. Tu madre quiere hablar contigo. Que dice que os ha visto en un bar y que tú ibas muy destapada y sin pañuelo y enseñando el culo a todo el mundo. Hija, ¿puedes vestir como una mujer casada, por favor? Tú no tienes que meterte en eso, ahora es asunto de mi marido.

Colgué y se lo conté a él. Calló, demasiado que calló. Quizá te lo tendrías que plantear. ¿El qué?, ¿llevar pañuelo? Me reí imaginándome a mí misma de esa forma, no sabría ni caminar, vestida así. No, el pañuelo no, pero un poco más tapadita sí, que la gente tiene que saber que estás casada.

Casada, casada, las mujeres casadas visten así, no estudian, no trabajan, cocinan muy bien y tienen la casa muy ordenada.

Padre llamó para decir que si no hacía lo que me había dicho no podría ver nunca más a madre, que eso era todo y que decidiese lo que me conviniera más.

Me puse un pañuelo en la cabeza para ir a visitar a madre. Pasé tan rápido como pude por el principio de la calle para que no me vieses los vecinos que me conocían de toda la vida. Anda que con lo guapa que estás con tu pelo, quítate eso de la cabeza, niña. Los más sutiles dijeron te veo muy cambiada y los que todavía lo fueron más me volvieron la cara y no me saludaron.

Pero padre era padre y a él no se le engañaba tan fácilmente. Pasaba por delante de casa tantas veces como podía, con el coche,

amorrado al volante, mordiéndose las uñas o apretando los dientes. Hasta que me veía y era yo sin pañuelo y corría a casa a llamarme, y decía que si me llega a decir eso a la cara aún me hubiese hecho daño.

El marido que había sido un caballero de los que te salvan ahora se mostraba dócil frente al dragón y decía puede que tenga razón, es tu madre, es tu padre, ya sabes cómo es. Puede que fuera el principio del fin, o sólo fuese que yo aún quería ser más libre.

37

YA NO QUEDAN MEANDROS

Todos preveían que ese matrimonio sería muy corto, pero no se acabó porque él me dejase, que era lo que había dicho padre, y no se acabó porque hubiera dejado el trabajo y se hubiese vuelto a dedicar a hacer de camello, no se acabó porque sí.

Quizá es que en cuanto empezó yo ya sabía que no era para toda la vida, pero decirlo ahora sería hacer trampa porque sería decirlo con una cierta perspectiva.

Dejó de ejercer y punto. Todo aquel tiempo había tenido que decir no sufras, saldremos adelante, haremos lo que sea para estar juntos, yo no te dejaré nunca. Se enfadaba cuando le hablaba de las cosas de padre, maldito cabrón, mira que cuando lo veo me entran ganas de darle un par de puñetazos. Me protegió sin protegerme y me defendió sin defenderme, que debía de ser lo único que yo necesitaba. Y con las presiones de padre, sin saber cómo, él fue cediendo, va, mujer, no seas así, va, mujer, no seas de esta forma, es tu padre y un padre es un padre.

Además, le empezaron a coger esas extrañas salidas de tono. Una me dolió más que cualquier otra, crucé toda la calle con lágrimas en los ojos sin saber si era ése el destino que había querido cambiar. Me había encontrado a un compañero de clase en la plaza del Pes, un sábado de mercado que ya no íbamos cogidos de la mano. Ya no iríamos más así, pues a él le daba vergüenza que alguien pudiera verlo. Dije *ei* y sonreí, me detuve para hablar con el chico. Vámonos, va, vámonos, y yo, espérate, mira, te presento. He dicho que vamos, dijo, sin gritos, pero con una voz tan grave que pensé qué pensará mi compañero de mí, a

menudo control la somete, pero no quería que montase un espectáculo y dije venga, ya nos veremos.

Y mira, no quiero problemas con tu padre, que siempre me está llamando. Ponte el pañuelo y ya está, si no pasa nada, tu madre lo ha llevado y no se ha muerto, ¿no? Estaremos siempre juntos, te lo prometo, le había asegurado yo, y él me había dicho, pero ¿qué es una promesa?

Más tarde cogió la costumbre de salir sin decir adónde iba y comenzaron las discusiones por ese tema. Hace como padre, pensaba yo, y él debía de entender que quería atarlo, que ya se sabe que las mujeres de aquí hacen lo que quieren con los hombres y tú eres más de aquí que de allá. ¿Dónde vas? No lo sé, salgo y basta. Hasta que dije de acuerdo, vale, yo haré lo mismo. Y agarraba la puerta a las once de la noche y él decía ¿adónde vas a estas horas? ¿Quién te ha dicho que me voy a quedar en la calle? Ya veremos, puede que me vaya a tomar algo o que vaya al cine o que me vaya de marcha. ¿No eres tú el que no quiere ir a ningún lado conmigo?

Se iban sucediendo discusiones de esas con reconciliaciones que ya no eran del todo sinceras, si ya sabes que te quiero, tonta, pero aún tenía un ojo puesto en el televisor y un cigarrillo encendido.

Qué hago para cenar era el otro tema estrella y que siempre solía acabar mal. ¿Qué quieres para cenar? No lo sé, haz lo que a ti te parezca. Yo ya estaba harta de hacer lo que a mí me pareciera, porque después había comidas que no le gustaban y el plato se quedaba allí, muerto de asco. Si no puedes dignarte a hacerlo, ni a fregar los platos, ni a hacer ninguna tarea del hogar, como mínimo ayúdame a saber qué quieres para cenar. ¿Es que no te ayudo bastante en casa? ¿Es que no he fregado nunca los platos? Pues mira, si eso es lo que piensas de mí, ya te espabilarás porque no pienso tocar nada nunca más, haré como hacen el resto de hombres y a ver si así estás contenta.

Cogía la puerta y se marchaba, así, pam, y yo ya comenzaba a pensar que ése no era mi destino.

Pero lo que nunca le he perdonado es que se durmiera. Me había imaginado la vida con él y había llegado a pensar que no me sentiría sola jamás, pero hacer frente a toda la soledad que yo arrastraba desde hacía una eternidad era demasiada carga para un hombre.

O eso o es que sólo era un vago. Al principio me hacía caso. Cuando se acercaba la hora de ir a dormir, a mí me empezaban esos lagrimones sin fin, y él me decía ven aquí, qué te pasa, nada, no es nada, sólo estoy llorando. Me abrazaba, hacíamos el amor, si no por qué me había abrazado, y me costaba menos dormir. Pero hubo un día en que él no hizo nada, no se acercó a mí ni me pasó un brazo por los hombros, aunque fuese con la mirada puesta en el televisor. Era que no había nadie y que estaba sola de verdad, mucho más de lo que pensaba. Al cabo de una hora en la que yo no paré de llorar dijo me voy a dormir, ¿vienes? Y yo, no, no podría dormir así, no. El llanto me iba a más y entre sollozos lo busqué en la cama, escucha, amor, te necesito, te lo digo de verdad, te necesito. Hizo eh y ya roncaba. Traté de despertarlo y me soltó un déjame en paz, coño.

Fue entonces cuando empecé a pensar que el destino me lo tenía que hacer yo y que quizá ya era hora de dejar de recorrer meandros. Fue entonces cuando tomé la decisión que lo precipitaría todo.

38

A VECES NO HAY NI AMOR

Me voy. Si es eso lo que quieres. No, no es lo que quiero, pero no le veo ningún sentido a todo esto. Mi pequeño apartamento cocina-comedor-dormitorio me esperaba en aquella planta baja acabada de construir, todo equipado, todo bien limpio y bonito. Y yo me senté en el sofá cama y me quedé allí, delante del televisor apagado, reflejándome en la pantalla, las piernas abiertas y estiradas. Las chicas decentes no se sientan así, hija. Y yo que a partir de entonces me sentaría como quisiera, comería como quisiera, cocinaría sólo si me apetecía, limpiaría sólo si me daba la gana, trabajaría en lo que quisiera y estudiaría lo que quisiera. Sólo eso. Aquel día no hice nada más, pero eso era la libertad. Decidir, decidir y decidir.

Fue un momento en el que toda la vida me pasó por delante y no me estaba muriendo, sólo era la primera vez en mi vida que estaba sola, físicamente, la primera vez que dormiría sólo conmigo misma. Ya no tenía miedo, aunque hubiera podido tener bastante. Debe de ser que llega un punto en que ya no puedes tener más miedo, cuando has

pasado tanto te cuesta imaginar situaciones peores que las que te han acompañado desde siempre.

¿Qué podría hacer? ¿Qué podría hacer? No hacía nada. Sólo estar sentada sin decir nada, sin hacer nada, no sé cuántas horas pasaron.

Me fui acostumbrando a la vida de soltera, no es difícil, no has de preguntarle a nadie qué quiere para cenar y debía de hacer tiempo que dejé de amarlo, si no no se entendería que todo hubiera sido tan fácil. No vino a llamar a mi puerta, no me pidió de rodillas que volviera, dicen que desapareció. Sí que llamó y dijo eso de mira que si te veo con otro no lo podré soportar, mira que tú eres mía y de nadie más. Yo le repliqué que miraba demasiado esa clase de programas de televisión y que pobre de él que se me acercara, que ya no había nada entre él y yo. No te daré el divorcio, te quedarás colgada para siempre y no podrás volverte a casar. Ni me quiero casar ni estaré mucho más tiempo casada contigo, que yo ya he pedido el divorcio en los juzgados de aquí, que las cosas no funcionan como allí y tú ya hace tiempo que lo sabes. ¿Cómo lo harás con tu padre? ¿Crees que te dejará tranquila ahora que vives sola? No sabe dónde vivo y aunque lo supiera, ya no puede meterse en mi vida. Tú sí que vives en un programa de televisión, me dijo, y acabó teniendo razón.

Se lo conté todo a madre. Me separo. ¿Es que te ha pegado? No. ¿Te ha insultado? No. ¿Es que no te da dinero para pagar la comida? No. Pues no entiendo por qué te quieres divorciar, ¿es que no sabes que una chica divorciada es ya de segunda categoría? ¿Qué piensas hacer?, tu padre te lo hará pagar caro si vuelves a casa. No volveré a casa, y ella no entendía nada. He alquilado un apartamento, estoy trabajando en un restaurante por las tardes y estudio por las mañanas. Me lo puedo permitir. Pero, pero... Y no sabía cuál era el pero, porque de hecho toda la situación era un pero enorme a toda la tradición, a todo el orden establecido que a ella le habían enseñado. Un orden que ya se acababa, al menos en nuestra familia.

Hasta que llamaron al timbre y era padre que me había seguido. ¿Qué pasa? Abre, venga, abre, y yo he de reconocer que tenía un poco de miedo, muy poco, encallado en la garganta, no por él sino por quedarme a solas con él. Yo ya no quería callarme las cosas, solo quería decirlas bien claras. Escondí el cuchillo de cocina en el armario más

alto, los otros eran de mesa y no harían tanto daño. A esas alturas ya sabía que no era capaz de nada, que era un cobarde y que si no había querido a mi marido era porque le guardaba demasiados secretos, lo de que había sido su camello no sólo para los porros, sino también para lo que esnifaba, que de eso le venían muchos cambios de humor tan exagerados, y si nosotros lo hubiésemos sabido le habríamos respetado menos. No entendió nunca que su problema conmigo era haciendo de padre y que no tenía nada que ver con si se drogaba, delinquía o lo que fuera. Que lo peor que hizo conmigo fue no protegerme, porque de quien me habría tenido que proteger era de él mismo.

En todo eso debía de pensar cuando llamó a la puerta y dijo ¿qué haces aquí? Ésta es mi casa. Tienes que volver a casa, yo ya te dije que aquél no te convenía, o sea que ahora lo que debes hacer es volver con nosotros, darme la razón y vivir de nuevo todos juntos. Una mujer no puede vivir sola. Tenías razón, no me convenía, pero no volveré a vivir contigo, antes me moriría de hambre. Si me das la razón, debes volver, que una mujer sola... ¿Quién dice eso? ¿Lo dices tú? Pues no, padre, se ha acabado, déjame vivir mi vida. Déjame en paz, yo no te pediré nada, ni te guardaré ningún rencor, pero déjame en paz. ¿Rencor a mí después de lo que me has hecho? Yo no te he hecho nada, y mi separación ha sido culpa tuya.

Esa frase no fue justa, en realidad era mi matrimonio lo que había sido culpa suya, pero él no lo hubiera entendido. Se fue y yo pensé que ya estaba, que había ganado, que ya no me molestaría más, que lo había mirado con los ojos tan firmes que no se atrevería a volver.

No fue así. Yo llegaba cansada, muy tarde, y dormía más bien poco. Por eso a menudo me metía en la cama y dejaba la persiana subida, la luz encendida y me quedaba dormida delante del televisor. Fue un día de esos cuando llamaron y en el videoportero estaba su imagen, mordiéndose la lengua, con madre detrás de él.

He traído a tu madre porque he pensado que si te llego a encontrar con un hombre aquí igual te mato y ella siempre impide que haga ese tipo de cosas. ¿Un hombre? He visto que eran las cuatro de la mañana y aún tenías las luces encendidas, seguro que hay un hombre contigo, si no ¿qué va a hacer una mujer que vive sola? Mira en los armarios, si

quieres, pero yo estoy muy cansada y mañana empiezo las clases a las ocho, necesito dormir un poco más.

Lo hizo, aunque era broma. Los ojos le iban de un lado a otro y registró el diminuto piso, ¿ya estás contento? Seguro que se ha escapado por algún lado, y madre también tenía cara de querer irse a dormir. Es que no es tu problema si yo estoy con un hombre o no, ¿qué pasa, que tienes remordimientos? Soy como una de esas mujeres a las que acostumbabas a atacar sólo por el hecho de que eran divorciadas, ¿te das cuenta ahora de que también ellas eran hijas de alguien, hermanas de alguien? Se ha acabado, padre, todo esto se ha acabado y ya no tienes nada que hacer. Si no me dejas en paz me iré tan lejos que no volveréis a verme jamás y te arrepentirás toda la vida de no tenerme cerca. Madre decía déjalo, ¿no ves que está bebido? Para de discutir y podremos volver todos a casa.

No se acabó, no se acababa nunca, y descubrió dónde trabajaba y empezó a venir día sí, día también, a montar numeritos de celos, y el jefe repreguntaba si era mi ex. ¿Éste? No, hombre, no, es mi padre. Pues quien lo oiga pensará que es tu pareja o que ha dejado de serlo.

Yo estaba cansada de tanta persecución, de tanta obsesión sin sentido, de lo difícil que era ser simplemente tú misma. Pensaba en denunciarlo, pero madre decía no lo hagas, por favor, que ya somos el hazmerreír de todo el mundo, es que no me deja nunca en paz. Hasta que en el trabajo me dijeron que aquello no podía seguir así y lo tuve que dejar yo para no permitir que me echaran ellos. Qué vergüenza, estos moros, debían de pensar. A mí ya me daba igual todo, sólo quería un poco de tranquilidad, calma.

Fue una llamada con dos ceros delante la que habría de solucionarlo todo o deteriorarlo tanto que ya ninguno de nosotros podría volver atrás.

39

UNA VENGANZA EN TODA REGLA

Voy a París por unas conferencias y había pensado pasar por Barcelona y si no te importa me podría quedar en tu casa un par de días. Quizá aún no sabía que yo vivía sola y que sólo tenía un apartamento cocina-comedor-dormitorio, pero dije que sí, por

supuesto, me hará mucha ilusión que vengas, que a mí no me ha visitado nunca ningún familiar.

Lo recibí en la estación y él me miró de arriba abajo. Estás fantástica, y nos abrazamos, tenía más barriga, pero el bigote era el mismo. Te tengo que contar un montón de cosas, estoy entusiasmada. He comenzado a escribir un libro, me estoy preparando para entrar en la universidad, creo que haré medicina, que era lo que el abuelo habría querido, ¿te acuerdas? Vaya, ¿tendremos una doctora en la familia? No lo sé, pero el hecho es que puedo hacer lo que me proponga. ¿Y qué dice tu marido de todo esto? Es que ya no tengo marido, vivo sola, y él sólo soltó un ah, porque ya se sabe que siempre ha sido diferente y mira el mundo desde otro punto de vista.

Siempre me había provocado aquella excitación repentina, hecha de espejos de atracciones sesgadas. No era yo, era su modo de mirarme, que no decía nada, pero que yo ya conocía de otros hombres que me habían deseado. Era su deseo lo que me confundía, lo que me estremecía de abajo arriba y de pronto empecé a pensar ¿y por qué no? ¿Por qué no? ¿Quién dice que eso no puede ser?

Yo no era Mercé Rodoreda, pero debía acabar con el orden que hacía tanto tiempo que me perseguía. Qué mejor que un secreto tan grande que ya nadie pudiera volver a mencionar jamás. Qué mejor que un hecho tan repugnante que a padre ya no le quedara otro remedio que callar: o matarnos a los dos o callar para siempre. Y a esas alturas ya sabía que no podía matar a nadie, por muchos cuchillos que hubiera blandido en su vida, por muchos juramentos de te mataré, te mataré, todo era una estrategia para meterte el miedo tan adentro que ya no supieras escapar nunca.

Lo confieso: dejé expresamente las persianas subidas y la luz encendida. Y expresamente le dije al tío que si quieres ya dormiré yo en el suelo, no me importa, y él me vio con el camisón y yo le volví a adivinar aquella mirada. No soy la Rodoreda, me decía a mí misma, pero mi misión va más allá de todo esto, ¿por qué no? ¿Por qué no? Hasta que empezó a acariciarme la mejilla, mira que te pareces a tu madre, mira que nos tuvieron tanto tiempo separados, mira que eres guapa. Y sus dedos bordeaban ya mis pechos, mis nalgas, y su aliento ya estaba tan cerca que no hubo marcha atrás.

¿Lo has hecho alguna vez por detrás?, dijo de pronto entre tanta ternura, y yo no, que duele, y él no te preocupes, yo te enseñaré, si sabes cómo hacerlo no tiene que hacer daño. ¿Quién mejor que tu tío para enseñarte ese tipo de cosas, eh? Son el tipo de cosas que deben quedar en familia. Dijo trae el aceite de oliva, y no fue la mantequilla de Marlon Brando, que nosotros somos mediterráneos. Dijo déjate llevar, así, y en cuanto lo tuve encima ya sentí un orgasmo. Y volví a sentirlo cuando me hizo daño y no supe dónde acababa el dolor y dónde continuaba el placer. Me hubiera querido morir de dolor, y aún volví a correrme. Fue allí mismo, en aquel mismo instante, cuando llamaron al timbre y en el videoportero apareció la cara de padre. Un padre que ya no volvería a ser patriarca, no conmigo, porque lo que había visto no podría contarlo, que ni él hubiera imaginado nunca una traición tan honda, y aún menos viniendo de una hija tan amada.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

- 1. Un hijo esperado**
- 2. El padre del padre**
- 3. El rival número uno**
- 4. Mimoun es especial**
- 5. ¡Corre, Mimoun, corre!**
- 6. Estate quieto, Mimoun**
- 7. Fatma**
- 8. No es tu destino**
- 9. El orden natural de las cosas se resquebraja**
- 10. Alguien a quien domesticar**
- 11. Las putas, en casa de los demás**
- 12. Una bonita historia de amor**
- 13. Para domesticarte, tienes que ser mía**
- 14. Me voy**
- 15. Por un nudo de dedos con dedos**
- 16. Una maleta de relucientes hebillas**
- 17. Viaje**
- 18. Te llamarás Manel**
- 19. Las putas no son iguales en todas partes**

20. Un precepto religioso
21. Mimoun vuelve a casa
22. Todavía no es tu destino
23. El primogénito vuelve a casa
24. La gran noche
25. Una esposa como es debido
26. El hijo del hijo
27. Sin ti me muero
28. Hasta luego
29. Bienvenido
30. En casa
31. No me engañarás nunca más
32. Síndrome de la añoranza perpetua
33. Isabel
34. La hija del hijo
35. Abejas
36. Abandonar o dejar del todo, que no se puede traducir
37. La familia es un retrato de color sepia
38. La llamada, o de cómo el destino da un vuelco inesperado

SEGUNDA PARTE

1. Un pasillo largo, largo
1. El extraño incidente del cuchillo a medianoche
2. Carol-Anne, ¿dónde estás?
3. Diccionario de la lengua catalana
4. Confites
5. Calles, bares, parques y jardines
6. Una bombona de butano
7. Vasos y cuchillos que vuelan
8. La revista
9. Hormigas
10. La vecina
11. Un año nuevo más
12. Vete y no vuelvas más
13. Ama a Dios y él te amará
14. Una casa en un pasaje, no en Mango Street

15. Tregua
16. Nocilla, Super Mario y el sexo
17. Próxim supermercados, comprar es un momento
18. Éste no es mi mundo
19. Dos besos
20. Un camión sin freno de mano
21. Campamentos, o no te metas donde no te llaman
22. De cómo se crea un enclaustramiento progresivo
23. Instituto
24. Del deseo
25. La puerta del coche
26. Amigas: ni de aquí ni de allí
27. Una lengua blanda y grande
28. Tu sexo no es mi sexo
29. Dátiles con leche
30. Una foto colgada de la pared
31. Cosía
32. Vías alternativas de liberación
33. Los médicos no saben esas cosas
34. Excepcionalmente, la vida pasa por delante del honor
35. Los ángeles te maldicen o eres tú quien los echa
36. Ya no quedan meandros
37. A veces no hay ni amor
38. Una venganza en toda regla

This file was created with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
27/11/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com